



# *Sonríe*

Proyectos de amor y deseo, 1

**MEL CARAN**

**SONRIE**

Mel Caran



Este libro no podrá ser reproducido, ni parcial ni totalmente, sin el  
previo permiso escrito de la escritora.

Todos los derechos reservados.

© Mel Caran, 2013

Tengo mi cabeza, ya hace varios días, a pleno rendimiento en busca de ideas, sólo necesito un poco de inspiración, aunque sea una mínima ayuda que me empuje al abismo de la creatividad, pero parece ser que también me he divorciado de ella.

Han pasado ya 6 meses desde mi tortuoso divorcio, me siento bien sola, al fin y al cabo es lo que yo quería, pero también me siento tan... sucia... le hice tanto daño. Él me amaba mucho, demasiado, yo no merecía tanto amor, no podía corresponderle de la forma que él quería... Fueron muchos años juntos, muchas experiencias vividas, unos años maravillosos, pero al final el amor, la pasión, el deseo... se fueron y ya me quedó sólo el cariño. Intento alejar estos dolorosos pensamientos de mi cabeza, esto no me ayudará a encontrar mi inspiración.

Mi nuevo cliente quiere algo especial, diferente, moderno, he hecho ya un millón de visitas al Sr. Google y no encuentro nada que me inspire, tengo una lista con sus preferencias pero no hacen más que confundirme:

“Líneas rectas, amplios y anchos ventanales, amplitud de espacios interiores, exteriores blancos con inserciones de madera...”

De repente ahí está, frente a mí, en la pantalla de mi portátil, ¡por fin parece que mi queridísimo compañero de fatigas se pone un poco de mi lado y me lanza la posible solución a mi falta de concentración e inspiración! “Exposición de Jóvenes Arquitectos” - 16 de Noviembre - Barcelona.

¡Sí! Imagino que los jóvenes arquitectos, ¿tendrán tendencias más modernas que todo lo que he visto hasta ahora no? Eso espero, si no, ¡no sé que va a ser de mí! Cojo mi móvil, visualizo la agenda, la fecha 16 de noviembre y añado mi cita de inmediato. Ya está, no estoy para nadie ese día, es viernes, bien, tendré todo el fin de semana por delante para analizar la información que pueda obtener de la exposición.

De pronto soy consciente que es la primera vez en 6 meses que algo me motiva y me hace sentir “feliz” e ilusionada, algo que no sean mis hijos claro, que son lo más valioso y querido que tengo. Ellos me dan la fuerza necesaria para seguir adelante, y hacen que cada día sea mejor que el anterior.

La melodía de llamada de mi teléfono empieza a sonar, oh.... Ryan Star... mi cantante preferido del momento... mmmmmm.... cómo me gusta este chico... me anima sólo escuchar su voz.

—¿Si? —contesto.

—¡Hola Rebeca, soy Sofía! —la voz de mi amiga me hace volver a la realidad.

He perdido la cuenta ya del tiempo que hace que no hablo con ella. Sí hemos estado en contacto, pero siempre mediante correo electrónico. Ella está pasando duros momentos con la enfermedad de su madre y por supuesto, no sabe nada de mi actual situación, no he querido preocuparla con mis problemas. Sé que se enfadará conmigo cuando se lo cuente, por no haberle pedido ayuda ni consuelo, pero también sé que el enfado no le durará mucho.

—¡Sofía! ¿Cómo estás? ¿Cómo va todo? ¿Cómo está tu madre? —

se me amontonan las preguntas. Me siento culpable por no ser yo la que hubiera tomado la iniciativa en llamarla.

—¡Bien, bien! —se ríe—. Está respondiendo muy bien al tratamiento y ya cada día se siente mejor. ¿Oye porque no quedamos para comer? ¿Qué tal el jueves de la próxima semana?

Se me hace un nudo en la garganta, ¿cómo se lo voy a decir? Me preocupa su reacción.

—¡Perfecto! —contesto con nerviosismo, sin mirar mi agenda para asegurarme que no tengo nada que hacer, pero claro, últimamente mi agenda no es que ande muy cargada, o sea que creo que no será problema que el jueves lo ocupe con mi amiga.

—¡Qué bien, tengo tantas ganas de verte! ¡Seguro que tenemos un montón de cosas que contarnos!

¡Buf! No lo sabes bien.

—¡Yo también tengo muchas ganas de verte! ¡Estoy tan contenta de escucharte tan feliz! —la verdad es que siempre ha sido muy alegre, pero claro en estos últimos tiempos, la suerte no ha estado de su lado.

—Rebeca tengo que dejarte, estoy en el trabajo y hoy mi jefe se ha levantado con el pie izquierdo. Nos vemos el jueves entonces. Un beso.

—Muy bien Sofía. Otro para ti. Hasta el jueves.

Me quedo un rato pensativa y de repente me invaden angustiosos sentimientos de preocupación, incomodidad... No sé cómo se lo

contaré para que no se lo tome mal. ¡Mierda! Tendría que haber hablado con ella antes, aunque hubiera sido por mail.

Intento alejar de mi mente esta nueva preocupación para añadir a mi amplia colección, y me consuelo al pensar que no puede enfadarse mucho, no conmigo.

De vuelta a la realidad, me concentro de nuevo en el esperanzador evento que me espera la próxima semana, ¡Dios estoy deseando que sea ya el viernes! Presiento que va a ser bueno, y me va a reportar grandes avances y excelentes resultados.

\*\*\*\*

Jueves. Hoy es el día. Hoy como con Sofía. Y hoy es el día previo a mi “evento”. Esta noche me ha costado mucho dormir. He intentado trazar un plan, un guión para exponer de la forma más clara y menos dolorosa todo lo ocurrido desde hace 6 meses hasta ahora. Me duele la cabeza, será por la falta de sueño y el nerviosismo de explicarle a Sofía que me he divorciado.

Suena la melodía de mensaje en mi móvil, es Sofía.

*“Lo siento Rebeca. Aquí en la empresa sigue el ambiente caldeado — hace tiempo que están con despidos y juicios, me contó historias que parecían sacadas de auténticos culebrones televisivos— y me han convocado una reunión-comida con los jefes —como secretaria personal del director general está siempre metida en todas las decisiones importantes—. No podemos quedar para comer. ¿Qué tal mañana?”*

Me hundo en el sofá, mientras leo su mensaje. Realmente necesitaba



comer con ella, tengo que sacarme este peso de encima, tengo que liberarme de esta presión. Pero ¡oh! Mañana imposible. ¡Mierda! Esto se va a demorar demasiado.

*“Oh Sofía... ¡Malditos jefes! Mañana me es imposible, tengo que acudir a una exposición en Barcelona y creo que me llevará toda la mañana y parte de la tarde”*

En realidad no sé el tiempo que tardaré en recorrer la exposición, pero tampoco quiero ponerme presión de estar pendiente del reloj, quiero estar con mis cinco sentidos bien agudizados y pendientes de las maravillosas modernidades que allí puedan haber.

*“Tendrá que ser la semana que viene. No tengo nada. Pon tú el día”*

*“La semana que viene no puedo. La siguiente. ¿Qué tal el miércoles? Besos.”*

*“Perfecto. Hasta el miércoles entonces. Y suerte con esos abusones y aguafiestas de jefes que tienes. Besos”*

¡Oh! Se va a alargar otras dos semanas más mi agonía. Igual ahora es mi oportunidad de ponerla un poco en antecedentes... no, no creo que sea buena idea... ya es demasiado tarde, el mal está hecho. Esperaré al miércoles. Si.

\*\*\*\*

Suena el despertador. ¡SI! ¡VIERNES! Hoy es el gran día. Me levanto de un salto, y me sorprendo a mí misma por lo bien que he dormido esta noche, la verdad no recuerdo otro despertar como el de hoy desde hacía tiempo. Mejor, así estaré fresca para lo que me espera en Barcelona.

Empieza la rutina matutina, despierto a los niños, preparo los desayunos, me aseguro que mi princesa dormilona esté ya levantada... sí, seguro que lo está, porque escucho su música en el móvil, es una incondicional del Reggaeton. ¡Dios! Nunca me acostumbraré a esta música, me altera los nervios. Me acerco a ella y le planto un beso en cada mejilla. A sus 15 años ya es toda una mujercita. Siempre ha sido muy responsable aunque demasiado traviesa y activa.

La dejo con su música, mientras se prepara la mochila y me voy a batallar con el pequeño hombrecito, que le cuesta horrores despegarse de sus sábanas. Aunque tengo un as bajo la manga, siempre dan resultado estas tácticas con él, tiene ya 6 años pero es tan inocente todavía...

Ayer por la tarde fuimos de compras y se encaprichó de una preciosa cazadora de piel, ya en casa me confesó su nerviosismo porque llegara el día siguiente, para poder lucir su nueva adquisición en el cole, y que todas las niñas vieran lo guapo que estaba.

—¡Buenos días! ¿Hay algún niño dentro de esta cama que esté loco por estrenar una cazadora nueva, que va a volver locas a sus amiguitas? —canturreo al lado de su cabecita. Y efectivamente dos ojos grandes y redondos se abren como platos y su carita se ilumina de una forma excepcional. Se incorpora con rapidez y me rodea el cuello con sus brazos.

—¡Siuuuuuuuu yooooo yooooooo!

De camino al cole en el coche, hacemos el repaso de lo que será el día de hoy. Se les ve felices. Es mi deseo. No soportaría que

sufrieran por culpa mía. No me lo podría perdonar nunca. Llegamos, nos despedimos con besos y veo como desaparecen por la puerta de entrada al colegio.

Ya está, ahora me toca a mí. Me dirijo otra vez a casa. Me desnudo con rapidez y me meto en la ducha, mientras pienso en qué ropa me voy a poner, tendrá que ser algo favorecedor, no sé que tipo de gente va a estos eventos, y empieza a atormentarme la idea de que no encaje en ese ambiente.

Después de aplicarme un suave maquillaje, empiezo a secar mi pelo, por favor que quede bien.... el pelo no es lo mío, es un poco rebelde y me cuesta que se quede quieto en su sitio. Por eso lo llevo corto, no me gusta nada perder el tiempo con él, así es más rápido, aunque soy consciente de que un pelo largo es mucho más atractivo, pero lo siento, no va conmigo. Igual algún día cambio de idea... Opto por pasarle un poco la plancha, así quedará liso un poco más tiempo. Bien, no me desagrada el resultado, parece que los astros se han sincronizado a mi favor esta mañana. Lo fijo bien con un poco de spray y ya en la habitación empiezo a vestirme.

Al final me he decidido por unos pantalones negros ajustados, realzan mis piernas y disimulan mis tres o cuatro kilitos de más. A mis 40 años ya cuesta deshacerte de estos odiosos y aborrecibles compañeros de viaje. Escojo una camiseta gris marengo de tirantes, que deja a la vista mi escote. Todavía puedo presumir de él y eso me gusta. Completo el conjunto con unos zapatos cerrados de medio tacón que espero estilicen más mi figura y no sean un impedimento para recorrer toda la extensión de la exposición, que no sé si será muy grande o no. Me pongo mi cazadora tejana que le da un toque de

color a mi atuendo, es de talle corto y ajustada al cuerpo, eso me da un aire más jovial, y la verdad, ¡es lo que busco!

Creo que he entrado en esa crisis llamada de los 40, madre mía, a veces me sorprende a mí misma absorta frente a la belleza y juventud de actores como Mario Casas, Miguel Angel Silvestre, Robert Pattinson... ¡Oh! Mi vampiro preferido.... Decidido creo que tengo que coger cita con un psicólogo. Todavía estoy a tiempo de rehabilitarme, con un poco de terapia será suficiente. Ja-ja-ja, mejor tomárselo con humor.

Cojo mi bolso, el móvil, las llaves del coche y me pongo en marcha. ¡Allá voy!

\*\*\*\*

Circulo por la C-31, en mi equipo suena Ryan Star, ohhhh... qué bueno está, no sé cómo reaccionaría si lo tuviera delante de mí, cántandome sus canciones con esa voz... mmmm.... Me anima su música, me siento contenta y me uno a él cantando. Cualquiera que me vea pensará que estoy un poquito loca, igual no se equivoca. Pero me da igual, hoy puede ser un gran día de inspiración. ¡Espero!

Ha sido relativamente fácil aparcar, Barcelona es un suplicio para eso, pero veo que los astros siguen a mi favor hoy. ¡Seguid así astros míos!

Me dirijo hacia la entrada donde cuelga el cartel "Exposición de Jóvenes Arquitectos". Ya dentro me impresiona la magnitud de la exposición, ¡Oh Dios mio! Igual me equivoqué en la elección de mis zapatos, tendría que haber venido con mis cómodas y planas bailarinas. Hay mucha gente. La verdad no me esperaba tanto, ahora

me doy cuenta de que estuve acertada en mi decisión de rechazar la proposición de comida por parte de Sofía, creo que voy a estar aquí hasta bien entrada la tarde. Son las 11:30AM, tengo mucho tiempo por delante. No tengo que preocuparme por ir a recoger a los niños, hoy los recoge su abuela, mi madre siempre tan pendiente de todo, según ella así voy más tranquila y puedo concentrarme más en mi trabajo. La quiero mucho y mis hijos la adoran.

Bueno pues aquí empieza mi cruzada, mi sentido de la orientación es nefasto, siempre me ha pasado lo mismo en todas las ferias que he asistido, empiezo ordenadamente por un pasillo, pero al primer descuido deambulo sin rumbo, ensimismada en los stands y sus productos, y más de una vez me doy cuenta de pasar por el mismo sitio, pero... ¡qué le voy a hacer! Tengo que resignarme y aceptarme como soy. ¡Ja-ja-ja!

No tardo en darme cuenta del gran talento que hay entre estas cuatro inmensas paredes. Será difícil decidirme por alguna de las inspiraciones que se cruzan en mi camino. La verdad es que no me costaría nada acostumbrarme a vivir en alguna de las casas aquí expuestas, además creo que hay un gran trabajo detrás de todo esto, ya que las fotografías que aquí se exponen reflejan toda la belleza y esplendor de estas magníficas construcciones. Algunos stands también cuentan con alguna maqueta, esto ya se acerca más a mi terreno. Empiezo a sentirme a gusto y emocionada, porque ahora sé que saldré de aquí con mi objetivo conseguido.

Si mi mala orientación no me engaña, creo que ya estoy en el último pasillo que me falta por ver, y al doblar la esquina es cuando me paralizó frente a una sucesión de fotografías de gran tamaño,

estratégicamente colocadas dentro de un inmenso marco que imita un gran ventanal con vistas al mar. ¡Dios mio! Qué belleza, tanto por la grandeza de las líneas de la construcción como por la hermosura de la escena donde están colocadas. No puedo salir de mi asombro y me siento incapaz de cerrar la boca, mi labio inferior se ha descolgado y siento como si me llegara a los pies. Esto es lo que he venido a buscar. Vienen a mi mente las exigencias de mi cliente “líneas rectas, amplios y anchos ventanales, amplitud de espacios interiores, exteriores blancos con inserciones de madera...” Que maravilla arquitectónica, cómo puede una mente humana plasmar tanta belleza con unos ladrillos y cemento. El creador de esta maravilla tiene que ser un genio.

—Parece como si quisieras meterte dentro de las fotografías —una voz masculina, melodiosa, y ensordecedoramente sensual a mi derecha me despierta de mi asombro, pero sigo siendo incapaz de moverme.

—Sí... la verdad es que esta maravilla... me ha dejado alucinada — poco a poco recupero la movilidad de mis músculos y giro despacio mi cabeza, en dirección a donde provenía esa voz que me despertó de mi letargo.

De repente aparece en mi campo de visión, es un joven... atractivo... Dios mío... muy atractivo mejor dicho. Y de nuevo me quedo inmobilizada y sin saber qué decir. Todavía me da vueltas la cabeza después del shock recibido al descubrir lo que había venido a buscar, mi ansiada inspiración, y ahora él, tan espectacular al lado de esas fotografías tan bellas. Su rostro de una belleza brutal es como la espectacular punta del iceberg, y el enorme iceberg su cuerpo...

escultural... deseable... sus anchos hombros dejan a la imaginación el deleite del cuerpo que debe esconderse tras su elegante pero desenfadado atuendo...

—¿Expones aquí también? —me pregunta. ¡Dios mio no! Pero si es de jóvenes arquitectos, ¿como puede pensar que también expongo?.

Consigo esbozar media sonrisa, y siento que me elevo tres metros sobre el suelo, regocijándome en sus palabras, no dejan de ser un piropero para mí. En el fondo no se me ve tan mayor entonces.

—¡No que va! Estoy de visita y me has pillado admirando esta maravilla arquitectónica —le respondo sin poder apartar mis vista de sus ojos, unos ojos negros y brillantes.

Ahora consigo ver un poco más de su fisonomía, realmente es impresionante. Muy atractivo. Su pelo.... negro como el azabache, corto, sus ojos negros también, profundos y radiantes, la mandíbula angulosa, su nariz recta y perfecta... sus labios... Consigo recuperar mi compostura, tampoco es plan de que aflore mi oscura adicción a la juventud fruto de mi crisis de los 40, no ahora, no con él, que no lo conozco de nada.

—¿Y tú? —consigo preguntar.

—¡Sí, yo sí! Soy el creador de esta “maravilla arquitectónica” según tu gratificante opinión —responde, mientras esboza una sonrisa que me deja hipnotizada.

Noto que los bordes de mi visión se oscurecen, y mi perspectiva visual se reduce simplemente en torno a su boca. Siento que mis piernas desfallecen, creo que me voy a desmayar, un escalofrío

recorre mi espalda y no puedo apartar mis ojos de sus labios, en los cuales se dibuja una sonrisa embriagadora, sensual, delirante... me siento perder en sus labios... dentro de su sonrisa... ¡cómo puede existir un ser tan atractivo!

Siento una presión en mi codo derecho, recupero parte de mi visión, pero ahí sigue su boca, parece un corazón que abraza una perfecta y recta línea de diamantes blancos, alineados uno al lado del otro.

—¿Estás bien? —me sujeta con su fuerte mano y entonces me doy cuenta que por un momento me he dejado llevar y me he teletransportado al cielo, sólo un ángel podría tener este aspecto. ¿Ángel o demonio? A decir por el efecto que ha causado en mi delicado y tocado cerebro.

—Sí perdona, es que no he desayunado esta mañana y me he mareado un poco —vaya tontería acabo de soltar, ojalá pudiera rebobinar o borrar mis palabras como si de un documento word se tratara.

—¡Vaya! Pues déjame que te invite a un café, tómalo como un agradecimiento a tu admiración por mi trabajo. ¿Vamos? —me dice sin soltar todavía mi codo.

Por favor, quiero que me suelte ya, empiezo a notar como si el brazo me quemara, y esa ardiente sensación empieza a expandirse por todo mi cuerpo, pero al mismo tiempo, deseo que este momento se prolongue un rato más. ¿Qué me esta ocurriendo? De una forma disimulada, toco mi sien derecha y así consigo finalmente deshacerme de su sofocante contacto, sin parecer esquivada ni maleducada.



¿Ir a tomar un café con él, ha dicho? No creo que pueda resistirlo. ¿Qué es? Arquitecto o... ¿una extraña mutación de vampiro? que me ha hipnotizado con su increíblemente atractiva y tentadora sonrisa.

—Me llamo Alan. Qué me dices de ese café. ¿Te apetece?

Ahora mismo no puedo decirte lo que me apetece. No sería políticamente correcto. Ja-ja-ja, por favor, siento que la cordura está abandonando mi cabeza. ¡Vuelve aquí ahora mismo!

—Sí claro, por supuesto —intento parecer indiferente, aunque creo que mis palabras y mi rostro no se compenetran muy bien—. Yo soy Rebeca.

Le extiendo la mano e inmediatamente me percató de mi gran error. Al momento su mano envuelve fuerte la mía, y ese efecto calorífico que antes sentía en mi brazo en respuesta a su mano que sujetaba mi codo, ahora se convierte en un punzante, rápido y excitante latigazo que recorre toda mi espalda para perderse en mi estómago. ¡No puede ser que ejerza ese efecto sobre mí! ¡No hace más de dos minutos que lo conozco! Aunque me parece que esté aquí delante de su imponente atractivo durante días...

Tira de mi mano para dirigirnos a la cafetería, y de nuevo, de una forma educada y disimulada me escabullo de su contacto, de su ardiente y desconcertante efecto que produce el roce de su piel en mi cuerpo.

Camina medio paso por delante de mí, de forma que puedo apreciar sus anchos hombros, oh... si... parece realmente fuerte y sexy.... ¡y por qué no! Me deleito un poco y bajo la vista hasta su estrecha cintura y sus...glúteos... ¡Fuera! ¡Aparta tu vista de ahí! ¡Te va a

pillar! Hago caso de mi subconsciente ya que si no, de lo contrario, siento que me voy casi a desmayar de nuevo. Sus movimientos son ágiles y graciosos, y eso me hace volver a la realidad, ¡claro que es ágil y gracioso! ¡Como que es casi un niño! ¡Pero qué es lo que hago! Bueno mejor dicho, ¡qué es lo que estoy pensando!

Otra vez me arranca de mis pensamientos, cuando oigo su cautivadora voz.

—¿Entras?

Entonces lo veo, me sostiene la puerta de la cafetería, esperando a que me decida a entrar o a salir corriendo, a juzgar por su expresión. No sé cómo hemos llegado hasta aquí ni cuánto tiempo hemos tardado en hacerlo, ¡mierda! Tan hipnotizada estaba con su imponente trasero que no me he enterado de nada. Esto no es normal. Empiezo a preocuparme.

—¿Qué tomarán los señores? —nos pregunta el camarero.

—¿Café solo? —dice mientras sus ojos me miran fijamente. ¡Dios! siento que me voy a derretir.

—No... café con leche, la leche natural, gracias —le contesto al camarero, intentando alejar mis lujuriosos y ardientes pensamientos de mi cabeza.

—Café solo para mí, gracias —pide él.

Estamos sentados en la barra, uno frente al otro y ahora lo veo en todo su esplendor. Viste traje de color gris marengo “vaya coincidencia de colores”, sus brazos cruzados sobre su pecho permiten ahora percatarme de sus fornidos bíceps, ¡madre mía!

¡Cómo está!

Hecho un rápido vistazo a sus pantalones que dejan apreciar sus musculosos muslos. Toda esta maravilla la complementa una camisa blanca sin cuello, desabotonados los dos primeros botones, dejando a la vista una pequeña parte de su pecho salpicado aquí y allá por un poco de vello torácico. Lástima, no puedo ver nada más. El color immaculado de su camisa hace resaltar el tono bronceado de su piel, que hace más impactante y seductor el conjunto de su rostro. Y... ¡madre mía! Mis ojos se encuentran con los suyos, tan negros y profundos y vuelvo a ver esa sonrisa que hace unos minutos me dejó paralizada. Por favor.... deja de sonreírme, no me puedo concentrar en articular palabra ninguna.

—Bueno ¿y qué te trae por aquí? ¿Estás en el mundo de la construcción? ¿Del diseño?

—No exactamente.

Tengo que hacer esfuerzos sobrehumanos para mantener su mirada y al mismo tiempo ordenar mis palabras en el cerebro, vamos a mantener una conversación, y no querría parecer idiota. ¡Vamos tu puedes! ¡Adelante!

—He venido en busca de inspiración. Me dedico a la “*construcción*” de casitas de muñecas. Tengo un cliente que me ha hecho un pedido un poco especial. Quiere una casita para su hija como regalo de bodas y como no encontraba nada por internet que encajara con lo que estoy buscando, pues me he decidido a venir aquí —buff, lo conseguí. Creo que ya no podré decir nada más.

—¡Vaya! Entonces eres una artista a pequeña escala, ¿no?

—¡No! ¡Que va! —y siento que empiezo a ruborizarme, no por favor, eso no, me hace sentir realmente mal.

—¿Y ya has encontrado algo que te “inspire”?

¿De verdad quieres que te conteste a eso? Mejor no lo hago, porque saldrías corriendo despavorido. Ja-ja-ja

—Pues estaba contemplando una maravilla arquitectónica, que se ajusta a todo lo que mi cliente quiere, cuando muy amablemente me has despertado de mi ensueño.

—¿En serio? ¿De verdad te gusta mi trabajo? —y ahí está otra vez, mi tortura, mi locura desenfrenada... esa sonrisa sensual, arrebatadora, ese corazón lleno de blancos diamantes... Me giro rápidamente en busca de mi café con leche, espero que eso me disuada de mis malos pensamientos.

—Sí —contesto—. Es preciosa. Y además encaja perfectamente con las necesidades de mi cliente. Ahora... me pregunto si podría, si me dejarías... —¡vamos dilo! ¡No te atranques ahora! Dios es que la mente se me dispersa con peticiones nada decorosas ni propias de una mujer de mi edad hacia un chico como él, no sé, ¿cuántos años debe tener, 25? ¡no más de 26 o 27! ¡Por Dios si casi es delito lo que estoy pensando!—. Si me dejarías inspirarme en tu obra, siempre tomándola como un punto de referencia, claro que no sería una copia exacta.

—Me encantaría. Me divierte la idea de ver mi trabajo convertido en una casita de muñecas. Es más, si quieres puedes hacerla igual que el original. No estoy yo muy puesto en cómo funciona este mundo, pero si necesitas ayuda, planos o información de lo que sea aquí me

tienes. ¡Vaya! No me esperaba esto —parece realmente divertido y entusiasmado con la idea y eso le da un aire de niño travieso y siento de repente punzadas de reproche en mis sienes.

No creo que sea buena idea lo que estoy a punto de decidir. No puedo seguir aquí sentada delante de él, admirando su belleza y accediendo a una “cooperación” con él. ¿Eso qué implicaría? ¿Verlo otra vez fuera de aquí? ¿Hablar por teléfono con él? ¿Seguir viendo su rostro y continuar con esta tortura en mi interior que me produce su dulce, arrebatadora y sensual sonrisa? Tengo que levantarme y salir corriendo fuera de la cafetería, fuera de la exposición y no parar hasta llegar a casa. Ya encontraré algo por internet.

¡Pero no puedo! ¡No puedo separar mi culo del maldito taburete! Me tiene realmente hipnotizada..... oh no....

Me sobresalta y me aparta de mi lucha interior con mi subconsciente el sonido de un teléfono, es el de Alan.

—Dime —contesta.

Por favor, es enloquecedoramente atractivo y sensual hasta cuando su semblante es serio como ahora, su rostro ha cambiado por completo, sus facciones se han vuelto duras... y su expresión es... fría... Oh... pero sigue siendo tan... apetitoso... Parece que le moleste la inoportuna llamada recibida. ¡Si hombre y que más! ¡Eso es lo que tú quisieras que él pensara! ¡Estás loca!

—De acuerdo, voy enseguida —y cuelga—. Me avisan desde el stand, parece ser que hay otra persona interesada en tu maravilla arquitectónica. Tengo que ir a atenderla —me explica con su rostro de nuevo sonriente y atrayente.

¿Cómo puede hacerlo? ¿Qué extraña capacidad camaleónica tiene, para cambiar su estado de ánimo en décimas de segundo?

Inmediatamente introduce la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y extrae una tarjeta que extiende hacia mí.

—Toma. Aquí tienes mi número de teléfono. Llámame cuando quieras poner en marcha el proyecto y gustosamente te ayudaré en lo que precises.

¿Gustosamente ha dicho? ¡Dios mio! ¡Creo que voy a morir ahora mismo! ¡Siento que me tiemblan hasta las pestañas! De sus pantalones extrae un billete de diez euros que deja sobre el mostrador de la cafetería.

—¿Tienes tú una tarjeta tuya?

¡Por favor no! Yo no soy una joven arquitecto de moda, con un futuro prometedor y una sonrisa arrebatadora.

—No, lo siento, no he traído ninguna conmigo —ya vuelvo a soltar frases idiotas y casi sin sentido.

—No te preocupes —hace el mismo ademán de antes, saca otra tarjeta de su bolsillo, esta vez junto con un bolígrafo dorado precioso, a juego con todo él, gira la tarjeta y...—. Dime.

—Qué... —consigo articular.

Madre mía ¿esto va a ser siempre así? Me siento como cuando era una niña y me encontraba con el chico 15 años mayor que yo que me gustaba, ¡idiota perdida!

—¡Ah sí perdona! Mi numero —río con nerviosismo e

inexplicablemente consigo decirle mi teléfono completo sin atascarme ni olvidarme de ningún número.

Veo que debajo pone mi nombre y lo subraya con una línea seguida de un puntito. ¡Que artístico!

—Tienes un nombre muy bonito. Me ha encantado conocerte —y sin esperarlo, sin darme tiempo a reaccionar, se acerca y me da dos besos—. Hasta pronto Rebeca —y se despide de mí con esa “sonrisa suya”.

Siento regueros de fuego corriendo por mis mejillas, que se deslizan rápidamente como la pólvora por mi espalda para ir a estallar de una forma estrepitosa en mi estómago.

—Igualmente... ¡adiós! —me quedo ahí sentada, pegado mi culo al taburete, incapaz de mover ni un sólo músculo, totalmente embriagada ya no sólo por su sonrisa, sino ahora también por su delicado y atrayente olor.

Oh....no... ¡no puede ser humano! ¡Es imposible!

\*\*\*\*

Llego a casa de mi madre para recoger a los niños, cuando aparco el coche, me doy cuenta de que mi último recuerdo se remonta a la despedida de Alan en la cafetería de la exposición. ¡Cómo puede ser! No recuerdo el haber salido del recinto, ni cómo he recogido mi coche del aparcamiento, ni mi camino de regreso a casa... Mi sistema límbico sigue enviándome en forma de latigazos, recuerdos de su olor, que me embriagan y seducen de tal manera que me parece que esté suspendida en una nube, rodeada por los brazos del deseo. Me

obligo a apartar estos recuerdos de mí y decido por fin que tengo que olvidarme de todo lo que ha ocurrido hoy. No puedo seguir con esto, o de lo contrario, me volveré loca, no puede ser bueno, estar continuamente en este estado de excitación, ni batallar con sentimientos tan contradictorios e intensos en mi cabeza, bastante tengo ya con lo que tengo. Miro el reloj, son las 18:45PM. ¿Cómo puede ser tan tarde? ¿Por cuánto tiempo debo haber estado sentada en aquel taburete de la cafetería inmovilizada de pies a cabeza?

Cuando abro la puerta de casa de mi madre y llegan a mis oídos las habituales discusiones entre hermanos, parece que por un momento vuelvo a recuperar la cordura perdida durante horas y bajo al mundo real, dejando atrás todas las sensaciones y experiencias vividas como en un sueño, sí, eso ha sido, todo un sueño.

De vuelta a casa empezamos a planear el fin de semana que se nos presenta, parece ser que vamos a tener una oleada de frío, de hecho ya ha bajado bastante la temperatura, yo me siento realmente mal, será también porque no he comido nada durante todo el día, sólo un café con leche con.... él.... ¡Fuera! ¡Piensa en otra cosa! De momento no decidimos nada, todo se irá sobre la marcha. A ver cómo amanece mañana el día.

Después de una relajante ducha calentita y enfundarme en mi confortable ropa deportiva, me voy a la cocina para hacer una colada, así si al final decidimos salir el fin de semana no iré tan agobiada con las tareas de la casa. Introduzco la ropa poco a poco en la lavadora, todavía con la mente un poco dispersa, pero ya con los pies en la tierra. Al ir a poner dentro la chaqueta que he llevado hoy, noto algo duro en el bolsillo, lo saco de dentro y entonces vuelven a mí como en



un pase de diapositivas acelerado, imágenes de mi excitante, desconcertante y placentero encuentro con mi atractivo desconocido... sus ojos... sus anchos hombros... su camisa desabrochada dejando entrever la parte superior de su pecho... su... boca.... su... sonrisa... oh su espectacular sonrisa.... y ese delicioso, sensual y atrayente olor... me invade de nuevo... Inconscientemente me encuentro con mi nariz pegada a la tarjeta que me dio. ¡Qué tortura por favor! ¡Está impregnada de su olor! Me levanto, casi corriendo voy a mi habitación, abro el cajón de la mesita de noche y la dejo en su interior, cierro el cajón de golpe haciendo temblar casi hasta las paredes y salgo de la habitación mientras cierro la puerta detrás de mí.

\*\*\*\*

Decididamente creo que hoy no es día para organizar muchas actividades. Son las diez de la mañana y hace mucho frío. Por votación unánime decidimos quedarnos en casa de momento. Aprovechamos para adelantar un poco las tareas del colegio, eso significa mantener casi una pelea con Erik, ya que si por él fuera nunca llegaría la hora de sentarse a la mesa con los deberes delante, pero esto es algo que tiene que cambiar, no podemos estar siempre con estos malos rollos con los malditos deberes. Tendré que pasar a la técnica de los castigos. Mónica siempre ha sido muy diferente, todo y siendo tan alocada y traviesa, nunca he tenido que preocuparme de que hiciera sus deberes, ella sola siempre se ha organizado su tiempo y sus tareas. Son tan diferentes... Ella tan autosuficiente, fuerte e independiente y el pequeñín tan sensible, vulnerable e inocente... ¡Los quiero tanto!

Por la tarde, al final Mónica decide salir un rato con sus amigas, así que nos quedamos Erik y yo en casa, no quiere ni siquiera bajar abajo a jugar con sus amigos, prefiere quedarse y darle una buena tunda a sus videojuegos. Es tan hogareño... seguramente lo heredó de su padre. Yo aprovecho para relajarme un poco y me pongo a repasar las nuevas notificaciones de Facebook, a ver qué se cuece por ahí.

Al final ha sido un fin de semana bastante aburrido, ¡maldito frío! Ya con las mochilas preparadas para mañana, duchas recibidas y todo en su sitio, nos disponemos los tres alrededor de la mesa para darnos un buen atracón con la pizza que nos acaba de traer el chico. ¡Mmm! ¡Huele rico rico!

Los niños ya están en la cama. No me apetece ver la tele, ni sentarme frente al ordenador, así que me decido por meterme en la cama y relajarme un poquito escuchando música en mi iPhone. Abro el cajón de la mesita para coger los auriculares y mi mano se queda ahí suspendida a medio camino, de repente me quedo inmobilizada, invadida de nuevo por esos tortuosos, sensuales y placenteros recuerdos... y por su olor... Aparece frente a mis ojos, esa imagen, su boca... sus labios carnosos entreabiertos... apetitosos... deseables.... esbozando esa sonrisa... tan arrebatadora...tan... No recordaba ya que había dejado su tarjeta aquí. Cuando recupero la movilidad la cojo con mis dedos temblorosos, ¡Dios! ¡Estoy tan nerviosa como si él estuviera aquí! La miro, no lo había hecho hasta ahora, sólo me había limitado a olerla, y leo Alan Gass... A&J Architecture... su teléfono y su dirección... oh no... vive... bueno en realidad no sé si es la dirección de su casa, su oficina o lo que maldita sea que tenga, pero la dirección que figura en la tarjeta es del pueblo

de al lado, ¡a escasos kilómetros de mi casa!

\*\*\*\*

Vuelvo a estar en casa después de haber dejado a los niños en el cole. Empieza una nueva semana. Tengo que espabilar con mi nuevo proyecto o voy a tener serios problemas con mi cliente. Enciendo mi ordenador, tengo que buscar algo que me ayude a diseñar la casita de muñecas para el Sr. Vetel, porque como llegue el día de la boda de su hija y no tenga su pedido delante de él, puede haber un cataclismo.

Abro mi lista de álbumes musicales, selecciono a Bruno Mars, a ver si me anima y encuentro algo rápido, van pasando las canciones, me gusta mucho escuchar su voz mientras trabajo, de repente empieza a sonar *“Just the way you are”*. Siempre me ha encantado esta canción, pero ahora cobra un significado diferente para mí, se la canta a una chica, elogiando su pelo... su cara... su... sonrisa.... ¿por qué? ¿Por qué todo tiene que conducirme al final a su recuerdo? ¡No lo quiero en mi cabeza! Oh.... ojalá las personas tuviéramos un botón de reset, yo lo hubiera pulsado el viernes por la tarde.

Por fin encuentro algo bonito que podría servirme para lo que quiero hacer. Hago unos cuantos bocetos y empiezo a decidir las medidas que voy a darle a cada estancia de la casa.

¡Tin tin tin! Recibo un WhatsApp. Miro el reloj. Las 10:22AM. Seguro que mi hija se ha olvidado algo y me toca llevárselo, ahora a las once, cuando salga a desayunar en el ratito de descanso. Lo cojo convencida de ello, pero mis ojos se quedan abiertos como platos cuando veo en la pantalla ALAN GASS: *Hola, buenos días*

Abro la aplicación... Escribiendo

¡Oh no! ¡Es él! Me entran unas ganas terribles de apagar el móvil, pero ya es demasiado tarde, con estas nuevas tecnologías, él ya ha visto que estoy "En línea", y he leído su saludo, ya no tengo escapatoria.

*Rebeca, soy Alan*

Hasta leyendo sus mensajes me siento aturdida, siento un nudo en el estómago y me tiemblan las manos, esto es insoportable, pero a la vez tan... excitante...

*¿Has pensado algo este fin de semana acerca de nuestro proyecto?*

¡"Nuestro proyecto"! ¡Nuestro! ¡No! ¡Pues claro que no he pensado nada! ¡No he podido pensar en otra cosa que en tu maldito olor! ¡Tu odiosa sonrisa! ¡No! Dios, es imposible engañarme a mí misma, ahora mismo me siento... ¿feliz? No sé realmente como me siento, sólo sé que me gusta lo que estoy sintiendo. Sigue escribiendo.

*Yo no he podido dejar de pensar en ello. De hecho ya tengo material preparado para cuando quieras, quedamos y lo vemos juntos*

En línea

Bueno tendré que controlar el temblor de mis dedos y escribirle algo, parece que espera una respuesta mía, claro es lo que debería hacer ahora yo, en circunstancias normales vaya, pero es que no puedo mantener mis dedos quietos. No entiendo nada, no entiendo que ha hecho este hombre con mi cabeza, tengo que acordarme de preguntarle si es humano, viene de otro planeta o qué es realmente.

*Hola Alan, ¿como estás?*

¡Buenísimo! ¡Como va a estar!

*Pues no la verdad. El fin de semana, con los niños y todas las cosas que hay que hacer con ellos pues la verdad no he tenido tiempo.*

Ja-ja-ja, la ventaja de estas tecnologías es que puedes marcarte los faroles que te dé la gana, sin que te vean la cara de “estoy mintiendo, y se me va a notar”

Escribiendo

*Ah... ¿tienes hijos?*

Sí tengo 2. Venga cierra el WhatsApp y sal corriendo. Olvídate de “nuestro proyecto” y ¡déjame en paz!

*Si. Dos. Por eso los fines de semana son demasiado intensos como para pensar en el trabajo.*

Lo que es intenso es tu recuerdo. ¿Qué me hiciste Sr. Alan Gass? ¿Qué extraña pócima me pusiste en el café con leche? ¿Qué me has hecho, para hacer que caiga rendida a tus pies?

Escribiendo

*Bueno pues ahora ya pasó el fin de semana. Si puedes robarles un poco de tiempo a tus hijos y a tu marido, ¿me lo podrías dar a mí para repasar la información?*

¿Mi marido? Estará intentando sacarme información. No seas ilusa otra vez. ¿Es lo normal no? Si tienes hijos, pues de algún sitio habrán tenido que salir. Oh... no sé qué decirle, por favor. ¡Qué hago!

*¿Sigues ahí?*

En línea

*Sí, sí, perdona. Es que me has pillado en medio de un problema con un pedido, y estoy un poco descolocada.*

Sí, un pedido con ojos negros brillantes, aroma embriagante y labios en forma de corazón con sonrisa perturbadora que me han arrebatado el sentido.

Escribiendo

*Vaya espero que no sea nada serio y puedas solucionarlo pronto*

*¿Bueno qué me dices? Podríamos vernos mañana y mientras comemos hablamos del tema.*

*¿Mañana? ¿Comer? ¿Contigo?*

*Vale*

¡Oh no que he hecho! ¡No no! Bueno pues sí, pienso decirle mañana que ya basta, que no puedo seguir con esto, tengo una familia y no tengo edad para estar idiotizada todo el día por un tío. Pero claro me dirá que eso es problema mío, que él sólo quiere ver su obra reproducida a pequeña escala y que no tiene ninguna intención más conmigo. Entonces sí que quedaré como una idiota. ¡Arrrrrgggggg!  
¡Me estoy volviendo loca!

Escribiendo

*¡Ok perfecto! Pues dime tu dirección y te paso a recoger, ¿qué tal a la una?*

En línea

¿Que le dé mi dirección y me pasa a recoger? No no, que va amiguito, voy en mi coche, así puedo salir corriendo en cualquier momento.

*Prefiero ir en mi coche si no te importa. A la una me va bien, dime ¿dónde quedamos?*

Escribiendo

*Vale, ¿pero dónde vives? No quisiera que tuvieras que desplazarte mucho.*

¡Oh que considerado! La verdad es que no sé realmente que edad tendrá, seguro que rondará los 25, pero su mentalidad parece mucho más mayor y madura que eso.

En línea

*Vivo cerca de ti, en el pueblo de al lado, no te preocupes por eso*

Escribiendo

*¡Increíble! ¡Qué coincidencia más agradable!*

¿Agradable? ¿Pues no sé qué tiene de agradable? Sinceramente preferiría que vivieras ¡en la Conchinchina! Aunque en el fondo, sé que a mí también me gusta la idea. Esto se va a complicar. Lo sé y me conozco, no voy a ser capaz de pararlo a tiempo.

Escribiendo

*Ok pues ¿te parece bien mañana a la una en el Ola's? ¿en el paseo marítimo?*

En línea

*Si lo conozco. ¡Vale me parece perfecto!*

Escribiendo

*Ok pues entonces nos vemos mañana. Me reclaman en la oficina. Tengo que dejarte. Un beso.*

En línea

¿Un... beso...? ¡No otro no! Se me nubla la vista, sólo con leerlo, no puedo ni imaginar lo que me pasaría si estuviera aquí delante mio y me diera un beso otra vez, como lo hizo el viernes. Todavía me arden las mejillas. Es como si lo sintiera de nuevo, sus carnosos, sensuales, apetitosos labios sobre mi cara.... ¡Fuera de mi mente!

*Bien hasta mañana.*

Y cierro rápidamente la aplicación. No soy capaz de escribir nada más.

Sostengo el móvil en mis manos, durante cuánto tiempo, cinco, diez minutos, inmóvil sin decir nada, sin pensar nada, sólo en sus últimas palabras. Un beso. ¡Mierda! No voy a ser capaz de hacer nada más hasta mañana al mediodía. Me hace sentir cosas que ya tenía más que olvidadas. Y que creía que ya no sería capaz de sentir otra vez. Esa sensación de presión en el estómago, ese nerviosismo dulce y excitante... que se extiende hasta mis extremidades cuando pienso en su sonrisa... en sus labios sobre mi rostro... No puedo seguir con esto. Él solo quiere ayudarme en el proceso de creación de la miniatura de su trabajo, es imposible que quiera algo más. Es joven, guapo, atractivo... seguro tendrá una novia joven, guapa y atractiva



también, los chicos guapos hasta aborrecer como él es imposible que estén solos. Además, ¿cómo se va a fijar en mí de otra manera que no sea por trabajo?

¡Por favor! Soy mayor, aburrida, con niños y cuatro malditos kilos de más. ¡Bahhh! ¡Qué tonterías tengo en la cabeza! A veces pienso que realmente debería buscarme un psicólogo, porque lo mío empieza ya a ser preocupante. Yo a lo único que puedo aspirar es a sentarme delante del televisor y ver pelis de los actores “buenorros” de moda y pasar así los días. ¡Vale me has convencido. Mañana voy a una comida de trabajo!

\*\*\*\*

Llevo media hora delante del armario intentando decidir qué es lo que voy a ponerme, sólo faltan dos horas para mi cita, no perdón, para mi comida de trabajo, y no tengo ni idea de qué ponerme. Por suerte ya he lidiado con mi pelo, ya está peinadito y quietecito en su sitio. Al cabo de media hora tengo toda la ropa esparcida por encima de mi cama de 1,60m de ancho, o sea, muuuuucha ropa. Sigue haciendo frío por lo que descarto la ropa un poco ligera, así se va haciendo más fácil la elección. Aunque creo que no renunciaré a una de mis camisetas con pronunciado escote, a ver si así consigo ponerle un poco nervioso y no ser yo la única intimidada por su presencia y cercanía. A decir verdad, ahora que lo recuerdo, creo haberle pillado en un par de ocasiones, el viernes en la cafetería, bajando la vista hasta ahí, mi escote. Ja-ja-ja, seguro que fueron imaginaciones mías.

Al final me decido por mis jeans grises ajustados, camiseta negra con manga de murciélago escotada claro y mis botines negros de tacón alto. ¡Hoy tendré que ponerme el abrigo negro si no quiero que se me

congelen las tetas! Ja-ja-ja. La excitación por lo que se me viene encima, hace que piense y diga para mis adentros tonterías. Dios. Me siento como una niña... y me gusta.

Son las 13:05PM cuando aparco el coche al otro lado de la calle, enfrente del "Ola's". Salgo del coche y oh ¡por Dios! ¡No lo había visto! Ahí está él, justo delante de la entrada del restaurante, apoyado contra su... ¿coche? Claro no podía ser otro que mi coche preferido, un imponente BMW 4x4 negro como sus ojos y su pelo... y ahí está apoyado medio de lado de cara a mí, con sus fuertes brazos cruzados sobre su pecho ancho, musculoso y deseable... Luce una camiseta de escote de pico blanca, ¡de manga corta! Dejando a la vista sus bíceps... esos bíceps que intuí bajo su chaqueta unos días atrás, y que ahora compruebo cómo mis ojos no se equivocaron, sus bíceps contorneados y trabajados... y esa camiseta... ajustada al cuerpo de forma que puedo apreciar todos y cada uno ¡de sus músculos pectorales! ¡ohhhh....! ¡Pero no tiene frío este chico! ¡Por Dios! ¡Tápate ya! Inmediatamente se incorpora, abre la puerta trasera del coche y coge su chaqueta. ¡Bien! Se la pone con un movimiento rápido y elegante. Yo reacciono y me pongo en marcha a su encuentro. Voy a intentar no volver a paralizarme, debe resultar un poco ridículo verme así.

—Buenos días —dice, y ahí está, recibíendome con su mejor tarjeta de presentación, su sonrisa.

—Hola. ¿Cómo estás? —contesto tímidamente.

De nuevo siento que mi alma abandona mi cuerpo y se sostiene revoloteando por encima de nosotros. Él, me sujeta el codo que días antes sostenía para que no me cayera redonda al suelo, me acerca a

su cuerpo, desciende su cara hasta la mía y deposita un suave beso en mi mejilla derecha. Siento como si me ardiera la cara, se me tensan las cervicales y mi columna vertebral parece que vaya a estallar incrustando todas y cada una de mis vértebras contra los coches que están ahí aparcados como si fueran proyectiles disparados con el arma más potente jamás inventada.

—¡Muy bien! ¡Ansioso por empezar ya! ¿Pero primero comemos no? ¿Tienes hambre?

Consigo volver a la realidad y recuperar el control de mi cuerpo, bueno parece que esta vez no me ha costado tanto. Pero duele. Realmente siento como mi espalda duele. Tengo que relajarme. Estoy demasiado tensa.

—Sí claro.

—Pues venga, ¡vamos! Tengo la mesa reservada ya.

Me abre la puerta del restaurante y nos dirigimos directamente a la mesa preparada para dos que hay en el rincón más apartado de la sala. Oh... no... ¿no había otra mesa que no fuera tan... romántica? Está decorada con un precioso ramillete de flores frescas, rodeadas por una hilera de velitas, que seguramente lucen divinas encendidas por la noche durante la cena de alguna pareja enamorada. La mesita es redonda y está dispuesta entre dos sillas y el sofá rinconero acolchado con un suave tejido color púrpura, ¡oh mi color preferido!

Dejo mi bolso encima del sofá, me saco el abrigo y voy a dejarlo ahí también para sentarme en la silla, es más tierra de nadie, terreno neutral, cuando veo que Alan, coge mi bolso, lo deposita en la silla, me coge el abrigo, lo cuelga con delicadeza sobre el respaldo de la

misma, y con un ademán elegante y cariñoso me invita a sentarme en el sofá. Cómo no, caigo, casi me desplomo en él, sin poder apartar la vista de sus ojos ni de su boca... su sonrisa aparece ahí otra vez... delirante, arrebatadora, deseable... Él rodea la mesa y se sienta al otro lado del sofá, de forma que nos encontramos sentados en ángulo recto, a escasos veinte centímetros cada una de nuestras rodillas, de modo que sólo tendría que alargar un poco la mano para tocarlo...

—Buenos días Sr. Gass —saluda el camarero.

Esa voz me arranca de mis pensamientos... carnales... ¿Sr. Gass? ¿Cómo pueden dirigirse a él como Sr.? ¡Pero si es tan joven! ¡El camarero podría ser su abuelo!

—¿Señorita? —saluda dirigiéndose a mí.

Le dedico una media sonrisa, la verdad no sé que decir. Me parece todo tan correcto y de película que me siento un poco fuera de lugar. Además se ha dirigido a mí como “señorita”, ¿puedo pedir algo más? Trato exquisito, compañía perfecta, no, pienso que no hay nada más que pueda pedir ahora mismo.

—¿Qué te apetece tomar? ¿Un vino blanco para empezar? —me dice Alan, sin separarse de su tormentosa sonrisa.

¿Para empezar? Oh. Quisiera acabar ya. ¡Estoy a punto de estallar! Su sonrisa, su cercanía, puedo sentir su olor, ahora estoy reclinada en el respaldo del sofá, pero cuando tengamos la comida en la mesa y apoye mis brazos en ella, estaremos tan cerca que posiblemente ¡nos rozaremos! No creo que pueda resistirlo.

—Bien, si me parece bien —consigo responder.

El camarero asiente y nos deja sendas cartas en la mesa.

—Enseguida vuelvo a tomarles nota —y se va.

Tengo que decir algo. Tengo que distraer mi mente.

—Es muy bonito este restaurante. He pasado mil veces por delante. Pero nunca había estado aquí.

—Cierto. Es mi preferido. Vengo a menudo aquí. Trabajo y vivo no muy lejos, por lo que me es relativamente cómodo y rápido acercarme hasta aquí —dice sin dejar de mirarme y “sonreír”—. Pero... cuéntame algo de ti. Estoy ansioso por saber más de la mujer que va a hacer realidad una pequeña maravilla arquitectónica —bromea, refiriéndose a mi descripción de su obra el pasado viernes.

En ese momento el camarero nos trae el vino, escancia un poco en la copa de Alan y espera su aprobación. Alan coge su copa y lentamente la acerca a sus... labios... entreabiertos... para recibir el delicioso y jugoso líquido contenido en la copa. De nuevo mi vista empieza a nublarse, se me seca la boca y me falta la respiración, noto que mis manos se agarran con fuerza en el asiento del sofá. Sus labios es como si besaran el borde de la copa, siento que me derribo al pensar que ojalá pudiera convertirme en ese envidiable líquido que ahora mismo recorre su boca, su lengua... cruzo mis piernas, nerviosa y doy un sonoro golpe en una de las patas de la mesa que me hace salir de mi estupefacción rápidamente.

—¡Huy! ¡Per—dón! —balbuceo.

El camarero ya me ha llenado la copa, no me he dado cuenta de cuando ni cómo lo hacía y ahora llena la de Alan. Nos recomienda un

par de platos y vuelve a marcharse para darnos tiempo a decidir nuestro menú.

—¿Brindamos? —Alan sostiene su copa en alto, esperando que yo haga lo mismo—. Porque éste sea el comienzo de un bonito proyecto y por qué no, ¡de una buena amistad!

—¡Esperemos que sí! —choco tímidamente mi copa con la suya, mirándonos a los ojos y cómo no, él, sonriendo.

Sonrisa... sonrisa... sonrisa.... no voy a poder olvidarla nunca más en mi vida ya. Se ha clavado en mi mente, se ha grabado a fuego y va a ser imposible borrarla ya por los tiempos de los tiempos.

—¿Qué te apetece comer? —dice mientras sostiene frente a su rostro la carta del menú.

Uf, no tengo ni idea de lo que me apetece. Bueno, sí tengo claro lo que me apetece, pero es algo que no tiene nada que ver con la comida, y ahora no creo que sea el momento de demostrárselo. Ja-ja-ja

—Pues no lo sé. Parece todo realmente tan apetitoso —sí todo, eso he dicho, todo. No he leído nada en absoluto de la carta, no puedo concentrarme en nada, solo en él—. ¿Qué recomiendas? Debes conocer casi todos los platos, ¿no?

—¿Qué prefieres? ¿Carne o pescado?

Ja-ja-ja que ¿qué prefiero? Ya estamos otra vez con las preguntitas. De verdad me gustaría responderle y decirle todo lo que se me pasa por la cabeza. Pero inevitablemente, me tomaría por una loca, e incluso podría hasta llamar a la policía. Ja-ja-ja.

—¿Qué te hace gracia? ¿He dicho algo gracioso?

¡Dios! Lo ha notado. ¡Me quiero morir!

—Oh... no... Nada, nada... Pensaba en... Sí carne, ¡carne estaría perfecto!

—¡Perfecto también para mí! —hace un ademán al camarero e inmediatamente se presenta en nuestra mesa.

¡Madre mía! Tiene poder de atracción hasta para los camareros.

—Compartiremos primero una Ensalada con Bogavante y Mango y luego nos traes por favor, dos Solomillos de Buey con Foie y Trufas. Gracias Carlo.

El camarero asiente, recoge las cartas y se dirige a la cocina a pasar el pedido.

—¿Te parece bien mi elección?

—Si, todo suena muy... apetecible.

—Realmente lo es. Lo comprobarás en un momento.

Me gustaría comprobar otras muchas cosas si te soy sincera. Ja-ja-ja. Tengo que dejar de hacer esto. Como se me escape otra risita fuera de lugar, al final, se va a molestar, se pensará que me estoy riendo de él, y nada más lejos de la realidad. Pero es que no puedo alejar estos pensamientos morbosos y eróticos de mi cabeza, está tan cerca de mí... me hace sentir tan caliente....

—Bueno todavía no me has respondido a mi pregunta de antes. Dime. Cuéntame algo sobre ti.

Ohh. Es verdad. Su pregunta.

—Bueno no hay mucho que contar. Ya sabes a lo que me dedico, y es lo que me ocupa gran parte del día, después por la tarde recoger a mis hijos, disfrutar de su compañía, educarlos, cuidarlos, y poca cosa más.

—¿Hace mucho que estás casada? ¿Son pequeños tus hijos?

¡Tachán! Ahí está la pregunta trampa. Es mi oportunidad, le cuento que tengo un matrimonio feliz y dentro de un par de horas todo habrá terminado. Pero esto no es el WhatsApp, y yo nunca he sabido mentir, se me nota enseguida en la cara. Sin pensarlo siquiera mis palabras están saliendo de mi boca y no puedo hacer nada por retenerlas.

—Llevo seis meses divorciada. Ahora mi única preocupación son mis dos adorables hijos. Tengo una niña de quince años y un niño de seis —¡jala! Ya está. Ya lo sabes. Ahora qué.

—Oh. Vaya... lo siento... supongo —responde.

¿Supongo? ¿Que significa ese “supongo”?

—No, estoy bien. Fue difícil en su momento. Pero tengo la suerte de tener dos hijos encantadores y que ahora son lo más importante para mí.

Por suerte, se acerca el camarero con el plato de ensalada y unos pequeños boles, con diferentes crudités para picar, y eso nos desvía de la incómoda conversación que estábamos manteniendo. Alan coge los cubiertos de servicio y empieza a depositar suavemente comida en mi plato, yo me quedo absorta con sus movimientos... son tan



naturales... tan... sensuales... Acaba la ensalada, depositándola en su plato, y nos disponemos a empezar nuestro festín.

Es cuando ocurre lo que hace unos instantes yo predije, coincidimos en el ademán de acomodarnos en la mesa y entonces nuestros brazos se rozan. Su brazo desnudo, gracias a su camiseta de manga corta, en contacto con mi antebrazo desnudo también. Un reguero de chispas me recorre desde la muñeca hasta la base de la columna vertebral y no puedo hacer otra cosa que cerrar los ojos y sentirlo... sentirlo muy dentro....

Esta vez reacciono rápido, abro los ojos, y veo que él también está... ¿desconcertado? Su semblante parece serio... parece sorprendido. Sorprendido ¿de qué? ¿También puede haber sentido algo extraño? ¿Diferente? O simplemente debe estar alucinando con mis exageradas reacciones. Prefiero no pensar y empezar a comer.

—Bueno, esto tiene muy buena pinta. ¿Empezamos? —por suerte se me ha ocurrido algo ingenioso que decir.

La comida acaba sin “incidentes”, gracias a mi habilidad por escabullirme disimuladamente. Sin que se percatara, me separé un poco de él, así podíamos comer sin que... muy a mi pesar... nuestros brazos se rozaran. La conversación fluyó sin entrar en intimidades, básicamente acerca de lo que íbamos a emprender en común y casi sin darnos cuenta estábamos ya fuera del restaurante.

Miro el reloj. Son las 16:15PM, ¿cómo ha podido pasar tan rápido el tiempo? ¡No me lo puedo creer!

Alan se percata de mi movimiento y enseguida pregunta...

—¿Tarde, Rebeca?

Oh. Mi nombre en sus labios suena a gloria. Se repite en mi mente, Rebeca....Rebeca...Rebeca...

—Sí. Un poco —respondo—. No pensaba que fuera tan tarde. La verdad es que me ha pasado el tiempo volando.

—Sí, a mi también me lo ha parecido. ¿Eso es bueno no? Quiere decir que lo hemos pasado bien —dice sonriendo, como no.

Ahora mismo, no sé si por el exquisito vino blanco que he bebido o porque realmente estoy al límite de mi cordura, me abalanzaría sobre él, rodearía su apetitoso cuello con mis brazos y pegaría mis labios sobre los suyos para borrar esa sonrisa encantadora, sensual y arrebatadora; y neutralizar así, el delirante efecto que ejerce sobre mí.

Lo veo ahora que está al lado de su coche con la puerta del acompañante abierta. Por su postura, creo que me invita a entrar, pero realmente no sé si me ha dicho algo, estaba tan absorta en mis pensamientos que no he reparado en sus movimientos ni en sus palabras. Tengo que parar de sucumbir a estas lagunas en el tiempo, no pueden ser buenas.

Sin decir nada, acepto su invitación y me acomodo en el asiento del acompañante, él cierra la puerta y veo como se dirige a su asiento de una forma segura y rápida, muy rápida. Casi sin darme cuenta, está sentado a mi lado. Coje del asiento trasero una carpeta de color azul. En sus tapas puedo leer: “Proyecto: Maravilla arquitectónica”. Oh... ¡Dios! Además tendrá sentido del humor. No puedo más. Su coche huele... a él... es tan... tan... oh... me estoy perdiendo otra vez. ¡Reacciona! ¡Despierta!

—¿Quieres que le echemos un vistazo? No me gustaría interferir en tus quehaceres vespertinos si tienes prisa —dice de una forma divertida, todo adornado con su letal, para mis recientemente alteradas hormonas, sonrisa.

Oh... ¿sí? ¡No me digas! ¡Ya has interferido! ¡Empezaste a interferir el viernes en la exposición!

—Vale, sí, tengo que irme pronto ya —no aguanto más estos sentimientos tan contradictorios. Mi cabeza me ordena que me vaya, pero mi corazón desea que este momento se prolongue y se prolongue...

Rápidamente me muestra toda la información recopilada en esa carpeta, yo sólo puedo ver cómo pasa las hojas, y sus palabras se amontonan en mi cabeza sin sentido, soy incapaz de prestarle atención. Ahora estoy absorta en sus manos, esos dedos largos, con sus uñas bien cuidadas, mano ancha, fuerte.... ¿cómo se deben sentir sus caricias? ¡Oh... no.... fuera!

—¡Vaya! Has hecho un buen trabajo, Alan. Creo que con todo esto será suficiente. No creo que necesite nada más —digo.

—¡Oh! Espero que no sea así, quiero decir...

¡No! ¡Está dudando! ¡Don Perfecto, Don Sensual y Don Atractivo tiene también su punto débil!

—Quiero decir que espero que necesites algo más de mí. Me gustaría colaborar en lo que pueda en tu proyecto y poder vernos en otro momento si tú quieres —sigue diciendo.

Como un rayo fulminante, me viene a la mente, que este fin de

semana, mis niños estarán con su padre, nunca podré acostumbrarme a estar sin ellos. Desde hace seis meses, cada quince días, el plan de mis fines de semana, es llorar y sentirme sola. ¿Por qué no darme un gusto? ¿Ya es hora no? Por lo que me lanzo y lo suelto, suelto mis armas de seducción encubierta.

—Bueno este fin de semana, mis hijos están con su padre. Así que tendré tiempo de estudiar con cuidado tu información, entonces si quieres el lunes te llamo y comentamos. ¿Te parece? —suelto, con aparente indiferencia. ¡Vaya! Creo que estoy aprendiendo a actuar un poco, ¡por fin!

—Se me ocurre una manera mejor de hacerlo —responde.

¡Bien! ¡Ahí te quería ver yo!

—Podríamos quedar el viernes por la noche para cenar. Si te parece bien, claro.

—Oh. Pero entonces no habré tenido tiempo de estudiar este pedazo de carpeta que has preparado. Ya te he dicho que aprovecharía el fin de semana —me sorprendo a mí misma, por mi tono realmente pícaro y travieso.

—Bueno siempre podemos estudiarlo juntos, después de una buena cena —responde, sonriendo... otra vez.... a la vez que adelanta un poco su fuerte torso en dirección a mí, de manera que se queda a tan solo un palmo de mi cara.

¡No! Tenía mi contraataque preparado, pero su sonrisa y su cercanía... me descolocan totalmente y no puedo más que quedarme ahí delante de él, con mi labio inferior descolgado otra vez, como

hace unos días frente a las fotografías de su maravilla arquitectónica. Ya no me acuerdo ni de lo que quería contestarle.

De nuevo un atisbo de sentido común aparece en mi cabeza y me convence de que no estoy haciendo lo correcto. Tengo que rechazar su oferta. No puedo seguir adelante con este juego. Rápidamente me recompongo, cojo la carpeta de sus manos que todavía estaba sosteniendo en el aire y mientras abro la puerta de su coche... de su bien aromatizado coche... le digo...

—Oh ... lo siento... tengo que irme ya de verdad... ¿hablamos vale? Gracias por todo.

Y salgo apresuradamente de su coche en dirección al mío, sin darle tiempo siquiera a despedirse, no sin antes poner en peligro mi vida, al cruzar la calle sin mirar, y casi ser arrollada por un vehículo que circulaba a demasiada velocidad diría yo, o ¿era yo la que estaba corriendo como una posesa? No lo sé.

Mis pensamientos de camino a casa, no pueden apartarse de él. ¡Gracias por todo! ¡Eso ha sido lo que he dicho al despedirme! No quiero ni imaginarme con qué cara se habrá quedado. El viernes, él se despidió de mí educadamente, y con dos... besos... que todavía siento en mis mejillas. Y yo me acabo de despedir de él con un, ¡gracias por todo! ¡Me quiero morir!

\*\*\*\*

Es la 01:00AM de la noche, llevo dos horas dando vueltas en la cama. No consigo dormir, pensando en la comida de hoy, en mi atractivo acompañante y en mi patética despedida del ser más sensual y excitante que he conocido en mi vida.

Doy un brinco bestial en la cama al escuchar mi iPhone repicar ¡Tin tin tin! ¡Un WhatsApp! ¡Nooo! No suelo recibir WhatsApps a esta hora. No, a no ser que.... mi corazón se acelera, mis manos empiezan a temblar y ahí está otra vez esa sensación punzante y placentera en mi estómago. ¡No, no puede ser!

Cojo el móvil, está a punto de caerse estrepitosamente al suelo, por culpa de mis torpes manos temblorosas, lo miro y ahí esta...

*ALAN GASS: No puedo dormir*

Abro la aplicación para leer todo el contenido de su mensaje.

Escribiendo

*No puedo dejar de pensar en tu despedida repentina*

*Espero que tengas el móvil en silencio, no quisiera despertarte con mis tonterías de madrugada*

*Me atormento pensando en que dije algo que te molestara*

*Si es así ruego me disculpes, no era mi intención.*

¡Por Dios! Se expresa como un hombre de 40 años. ¡Cómo puede ser! Supongo que ya sabrá que yo también estoy despierta ya que verá que estoy "En Línea". Me apresuro a contestarle.

*No por favor, no pienses eso. Has sido encantador, de verdad.*

Encantador, bueno me gustaría decirle algo más, pero no estaría bien.

*Sólo que, tenía prisa de verdad. Siento si he sido un poco maleducada contigo.*

*Lo siento de verdad.*

Escribiendo

*No, no te disculpes por nada, me ha encantado comer contigo, me lo he pasado genial*

Bien ya vuelve el chico joven, el anciano se marchó.

*¿Cómo es que también sigues despierta?*

En línea

*Pues la verdad, también me estaba culpando un poco, por como he salido de tu coche.*

*Supongo que después de seis meses de llevar continuamente el vestido de “mamá” puesto, me sentí un poco fuera de lugar ahí, con mi vestido de “he salido a comer con un chico guapo”, en tu coche, contigo.*

Ya está, ya lo sabes, me gustas, sí, un poco. Bueno bastante.

Escribiendo

(Emoticono de carita sonriente sonrojada)

¡Vaya! ¿Está jugando? ¿Le hace gracia mi malestar?

Escribiendo

*Gracias por lo de guapo. Tú tampoco estás nada mal.*

¡No! ¡No sigas por ahí! Haré como que no lo he leído.

En línea

*En cuanto a tu oferta de este mediodía para el fin de semana. De verdad te lo agradezco un montón, pero no creo que sea buena idea, seguramente tendrás planes mejores con tu novia, antes que tener una cena de negocios conmigo.*

Escribiendo

*Primero, discrepo contigo en que no sea una buena idea*

*Segundo no tengo novia*

*Y, tercero no me lo planteaba como una cena de negocios*

¡Pero bueno! Vuelvo a notar mis manos temblorosas, se me duermen las piernas y ese nudo en el estómago, se convierte en un hormigueo que desciende y desciende hasta lugares hace meses olvidados... No puedo pensar con claridad, qué le digo por favor, ¡qué le digo!

En línea

Está esperando una respuesta y yo estoy aquí incapaz de pensar y por supuesto incapaz de escribir.

Me doy cuenta que no sé nada de él, bueno sí, vive y trabaja aquí en el pueblo de al lado, pero, ¿vive solo? ¿Con sus padres? ¿Cuántos años tiene? Exactamente ¿qué tipo de negocio tiene? ... nada. Pero también siento esta situación tan excitante...

*Vaya no sé que decir.*

Escribiendo

*Pues di que sí a cenar conmigo el viernes. Así de fácil.*

¡No! ¡No lo hagas! ¡No accedas! ¡Será tu perdición! No puedo dejar



de pensar en su sonrisa... mientras leo sus mensajes, la visualizo frente a mis ojos, visualizo sus manos tecleando el mensaje y siento su olor.... oh su olor...

En Línea

*Está bien. Cenemos.*

Escribiendo

*¡Bien!*

Ahí está de nuevo el niño. Saltando y dando botes de alegría. Qué bonito. Sí, todo en él es bonito. Y quiero seguir apreciándolo. ¡Sí! ¡Quiero cenar contigo Sr. Alan Gass!

*¡Perfecto! ¿Pues accederás por fin a darme tu dirección y dejar que te pase a recoger?*

Insistente el chico ¿eh?

Finalmente le escribo mi dirección seguida de un emoticono de guiño. Juguemos a tu juego Sr. Perfecto.

*¡Perfecto! Pues que te parece ¿nos vemos el viernes sobre las nueve? ¿Te va bien?*

En línea

*Me parece perfecto.*

Escribiendo

*Vale pues te dejo dormir, que seguro dentro de unas horas tienes a dos joyas tirando de tus sábanas.*

Oh... si... ¡ojalá tiraras tú de ellas!

*Vale —escribo— pues hasta el viernes entonces. Buenas noches.*  
(otro emoticono de guiño)

Escribiendo

*Buenas noches también para ti* (emoticono de carita dando un beso)

¡Dios! Apago rápidamente el móvil, sin poder apartar de mi mente la imagen del emoticono que me acababa de enviar. ¡Oh! ¿Y pretendes que ahora me ponga a dormir Don Perfecto? Pero inexplicablemente, me despierto con la alarma de las 07:00AM sin recordar nada más después de la visión del emoticono.

\*\*\*\*

Ya es viernes. La semana ha pasado rápido, como todas últimamente. Esta mañana ha transcurrido normal, a excepción de ese sentimiento contradictorio entre tristeza por despedirme de mis hijos hasta el domingo por la noche, y de expectación e inquietud ante mi cita de hoy. Sí, cita, creo que lo será. Esta vez sí.

Es la primera vez después de seis meses, que tras dejar a mis hijos en el colegio, un viernes en el que pasarán el fin de semana con su padre, no siento esas punzadas agudas y húmedas en mis ojos, para luego ser invadidos con grandes lágrimas precipitándose por mis mejillas, de camino de vuelta a casa. Tengo una mezcla de tristeza y alegría imposibles de describir.

El día transcurre lento, parece más largo que toda la semana. Esta mañana he recibido un WhatsApp “recordatorio” de Alan:

*No te olvides de mí esta noche ¿eh? Estaré esperándote a las nueve en la puerta de tu casa. Hasta luego. (emoticono carita con beso)*

¡Otro!

*No me olvidaré. Espero. (emoticono carita sonriente)*

Y salgo de la aplicación para evitar su respuesta. Sigue poniéndome nerviosa hasta chatear con él. No me lo explico. Parezco yo la jovencita inocente y él, el adulto experimentado y perverso.

Son las 19:36PM cuando salgo de la ducha, me lleva al menos media hora pelearme con mi pelo, por fin le gano la batalla, a ver si consigo que aguante toda la noche. De nuevo, me recuerdo hace tres días frente a mi armario, y aquí estoy, otra vez. Tengo que salir de compras, si sigo saliendo con jovencitos, tendré que renovar mi vestuario, ja-ja-ja.

Esta vez me decanto otra vez por mis jeans negros (espero que no se dé cuenta de que repito modelito), me gusta cómo me quedan, debo haber perdido algo de peso, ya que no los noto tan ajustados, mejor, no necesito notar presiones inoportunas en ninguna parte de mi cuerpo, ya tendré bastante con las que me provoque él con sus miradas y sus sonrisas... me enfundo en una camiseta negra de tirantes y encima otra con adornos dorados más larga, hasta por encima de las caderas, holgada y con un amplio escote que llega hasta la mitad del estómago. Saco el abrigo del armario y lo lanzo sobre la cama.

Suena el teléfono, WhatsApp, miro el reloj, las 20:55PM

*ALAN GASS: Hola Rebeca.*

*He llegado. Estoy fuera. Te espero. Cuando quieras.*

Se me acelera el corazón. Oh.... Dios... ha llegado el momento. ¡Qué nervios! Creo que voy a vomitar. ¡No! ¡Tranquilízate! No puedes estar toda la noche en perpetua tensión y excitación. Serénate y disfruta de la compañía.

*Vale. Enseguida salgo. Hasta ahora.*

Me coloco mis zapatos negros de tacón alto. Me gusta el resultado. Me da un aire sofisticado. A ver si así consigo ponerle nervioso de una vez. Me pongo el abrigo, me cuelgo el bolso, y salgo por la puerta. De camino a la salida me voy mentalizando a mí misma, que debo mantener la calma y así poder disfrutar de la noche. Parece que lo estoy consiguiendo.

Abro la puerta exterior del recinto y salgo... y ahí esta él... implacable... seductor... apoyado contra el lateral delantero de su coche, con unos jeans negros, camiseta ajustada y cazadora negra de piel... oh... niño malo... Sus brazos otra vez cruzados sobre su pecho... y recibéndome con su mejor sonrisa.... con su deseosa boca entreabierta y mostrando sus perfectos dientes. Su pelo está alborotado, oh... me gusta.

Espero poder contener mis casi desmayos y mis lascivos pensamientos, o de lo contrario, la noche se me va a hacer bastante difícil de soportar. He conseguido esta vez, no quedarme paralizada y avanzar hacia su encuentro. No consigo llegar hasta su coche, antes, él avanza dos pasos y se acerca a mí, regalándome dos suaves y sensuales besos en mis mejillas, ardientes ya, antes de que sus labios rozaran mi piel.

—Buenas noches. ¡Estás preciosa! ¿Lista?

No me lo puedo creer. Me ha dicho ¿lo que me ha parecido escuchar? ¿Preciosa? Mi mente me debe estar jugando una mala pasada. No puede ser.

—Gracias. Tu tampoco estás nada mal —le miro medio sonriente, bromeando acerca de su mensaje del martes de madrugada—. Sí, lista.

—Pues vamos entonces —me acompaña hasta el asiento del acompañante, me acomodo dentro y cierra la puerta.

Parece una escena de película, estoy alucinando. Lo miro cuando pasa por delante del coche, realmente está guapísimo hoy, ese aire de niño malo, le sienta perfecto. Me mira a través del parabrisas y me sonrío, parece que adivine mis pensamientos. Le devuelvo la sonrisa.

Esta vez me lleva a un restaurante cerca de su casa supongo, es un sitio precioso, en el puerto marítimo. Cada mesa iluminada con una lamparita antigua y una vista inmejorable, se pueden contemplar a través de la ventana las velas de las embarcaciones moviéndose al son del suave viento que sopla fuera.

—¿Te gusta? —pregunta.

—¡Buf! Es precioso. ¡Todo! —le digo mirándolo fijamente, espero que no haya pillado la indirecta, a veces no puedo contener mi lengua y debería hacerlo—. Siempre me ha gustado mucho el mar, los barcos, la playa... ¡Es perfecto! De verdad —intento disimular.

Por sorpresa para mí, la cena transcurre tranquila. Me habla algo de él, me atrevo a formularle algunas preguntas y acabamos hablando

como si nos conociéramos de toda la vida. No sé de verdad qué extraña criatura eres Sr. Alan Gass, pero seas lo que seas me has atrapado en tus redes.

Acerca de su trabajo no me aclara mucho, tampoco quiero profundizar, no quiero parecer interesada, pero no le tiene que ir mal, viendo su coche... su elegancia... además me cuenta que vive sólo en su apartamento, aquí en la playa...

Es el pequeño de tres hermanos, su hermana mayor cirujana, su hermano abogado y él, arquitecto, ¡vaya! sus padres tienen que estar contentos. ¡Qué carreras! Por fin, me desvela mi gran intriga, su edad, 29 años. ¡Bien! Creía que tenía menos. Eso está mejor. Aunque no lo suficiente creo.

Yo también le hablo un poco más de mí y de mi actual situación, y por supuesto también le confieso mi edad, si va a salir corriendo, mejor que sea ahora, cuanto antes mejor. Pero no. Sigue sentado conmigo, mirándome mientras hablo y empezando a causarme cierto mareo con su sensual boca en forma de corazón, medio entreabierta esbozando su... sonrisa...

Además esta noche sí, esta noche he estado bastante lúcida, raro en mí cuando estoy cerca de él, pero no sé si por eso o porque estábamos esta vez sentados el uno frente al otro, he podido comprobar que en una par o tres de ocasiones, sus hipnotizadores ojos se desviaban hacia mi provocador escote. ¡Bien! ¡Todavía queda algo de atractivo en mí! ¡Hurra!

—Bueno pues casi tendríamos ya que empezar a decidir algo de nuestro proyecto ¿no? —dice arrancándome de mi ensoñación.

Habíamos ya terminado nuestros cafés. Eso significaba que se avecinaba un cambio de lugar. ¿Dónde me llevará ahora?

—Como veo que no has traído el dossier que te di, ¿qué te parece si vamos a mi apartamento a tomar una copa? Tengo una copia allí.

Paralizada, de nuevo. ¿A su apartamento? ¡No! No sé si estoy preparada para eso. Supongo que algo raro debe haber visto en la expresión de mi cara, porque se apresura a decir...

—Bueno no me malinterpretes, pero es que no me gusta beber y luego coger el coche, así de esta forma, nos tomamos la copa y luego mientras discutimos nuestro proyecto, doy tiempo a que se me pase el efecto del alcohol, para llevarte más tarde sana y salva a tu casa.

A que se le pase el efecto del alcohol... si tú supieras... tú tienes el mismo efecto en mí que el alcohol ¡pero multiplicado por diez! Cuando estoy a tu lado vivo en una permanente borrachera. ¿Cuándo se me pasará a mí el efecto?

—Oh... no claro... no pensaba nada raro, claro... —¡vamos vamos! deja de decir idioteces—. Claro, me parece perfecto. La verdad es que ha sido un descuido por mi parte. Debería haber traído conmigo el dossier, que tan amablemente preparaste —río.

—Pues entonces, vamos.

Cogemos el coche y a la vuelta de la esquina, se detiene frente a un vado, saca un pequeño control remoto de su chaqueta, click, y empieza a abrirse la puerta de entrada para coches a su... apartamento.... ¡Apartamento! Apartamento es lo mío. Eso... no es un apartamento... Están encendidas las luces de la entrada a la casa

y las de las terrazas de la primera planta. Es un chalet impresionante. Dos plantas. Jardín con árboles. Me estoy mareando. No quiero que note mi asombro, por eso me apresuro a hablar.

—¿Este es tu apartamento? —digo.

—Sí —afirma.

—¿Lo has diseñado tu?

—No, ¡que va! Lo diseñó mi padre, también es arquitecto. Hace tres años, mis padres se mudaron a la ciudad y yo decidí quedarme. Llegamos a un acuerdo de compra y aquí estoy.

—Y... ¿vives aquí solo? ¿Todo esto para ti, solo?

—Sí, siempre he sido un corazón solitario. Tengo también el estudio de trabajo aquí o sea que tampoco me sobra mucho espacio.

Estamos ya dentro del garaje. ¡Dios! Es casi tan grande como todo mi apartamento. Está justo debajo de la casa, o sea que igual es casi tan grande como toda la planta de la vivienda. Al fondo hay una puerta que seguro conducirá directamente dentro de la casa. Al garaje no le falta detalle. Armarios por todas partes. Zona de limpieza, con su lavadora, secadora... Incluso un rincón de juegos, ¡con mesa de billar incluida!

Salimos del coche y nos dirigimos a la puerta que vi antes. Por un momento me he olvidado de la excitación que me produce su presencia, para rendir cuentas al asombro que me produce estar dentro de esa preciosa casa. Tras subir los escasos diez escalones que nos separan de la puerta superior, Alan la abre, y accedemos a lo que parece ser el salón de la casa, el gran salón de la casa, todo



blanco, con pequeños adornos y detalles en gris plata, oh... es casi tan bonito como él.

Me invita a que le dé mi bolso, lo hago sin rechistar, lo deja en la silla que está perfectamente alineada al lado de la puerta por donde hemos entrado, y veo cómo se coloca detrás de mí, introduce sus manos por dentro del cuello de mi abrigo y con un lento movimiento desliza sus manos hacia fuera para sacarlo de mis hombros, poco a poco siento mi cuerpo invadido por una irrefrenable embestida de calor, al sentir sus dedos cómo se deslizan sobre la piel desnuda de mis brazos.

Oh! Tendría que haberme puesto un jersey de cuello alto y manga larga. Mis brazos caen rectos a lo largo de mi cuerpo y sus manos me siguen acariciando, me siguen quemando... hasta que por fin, el abrigo queda fuera totalmente de mis brazos. Deduzco que lo deja encima de la silla, realmente no lo sé, porque no puedo moverme, y de golpe ese calor excitante se apodera de mi mano izquierda. Y siento que algo tira de ella...

—¡Ven! Te enseñaré dónde paso el noventa por ciento de mi tiempo y cogeremos el dossier para ponernos a trabajar —dice mientras tira de mí.

Supongo que gracias a que estaba detrás de mí, no se da cuenta de lo que me estaba sucediendo hace unos segundos al sentir el contacto de sus manos en mi cuerpo. ¡Buf! Mejor. Hubiera sido un comienzo complicado.

A la izquierda del salón, hay una puerta doble corredera y dentro ya puedo ver las mesas, los planos... los libros....

—Aquí está. El nido de tu maravilla arquitectónica.

A la derecha de la estancia hay una mesa enorme ovalada, como de reuniones supongo, flanqueada por una hilera de estanterías, repletas de libros, floreros y objetos decorativos, todos estudiadamente colocados, para seducir hasta al más inapetente observador. En el centro una isleta de archivadores, fotocopiadora y máquinas varias que no tengo idea de para qué son. Y a la izquierda una hilera de cinco mesas de oficina, custodiadas al fondo por una amplia mesa de despacho que supongo será la suya. Efectivamente nos dirigimos hacia esa mesa y coge de encima, una carpeta idéntica a la que me dio a mí el martes y que tengo en casa tan fielmente guardada.

—Pues aquí es donde trabajo. Tengo la suerte de tener muy buenos ayudantes conmigo —dice señalando las otras mesas.

—¡Precioso! Como todo lo que he visto hasta ahora —respondo.

—¡Me alegro que te guste! Luego te enseñaré más. Ahora ¿vamos a prepararnos esa copa?

¿Luego me enseñará más? ¿Que ha querido decir con eso? Espero que se refiera al baño o a la cocina, y no se refiera... a su.... ¡Fuera! ¡No sigas pensando en eso!

—Si vamos, claro.

Salimos de su estudio y entramos en la sala contigua, la cocina.

—¿Qué te apetece? Vino, cava, ¿algún licor en especial?

—Creo que el vino está bien. Las mezclas no suelen acabar bien —  
río nerviosa.

—Me parece bien. Yo también tomaré vino —dice, mientras abre la nevera, inmensa de doble puerta.

Coge una botella de vino blanco del estante superior. La deposita en el mármol de la cocina, abre un cajón, extrae el abridor y descorcha la botella. ¡Qué práctica tiene! Se nota que está acostumbrado a esto. Se dirige más hacia la izquierda y saca de dentro de uno de los muebles, dos copas de cristal para el vino. Con la misma mano agarra la botella que descansaba en el mármol y con la otra vuelve a coger mi mano, otra vez, ¡Dios! La voy a perder, se me va a derretir entre sus dedos.

—Vamos disfrutemos de un buen vino, mientras hablamos de nuestro proyecto.

Nos dirigimos al centro del salón, hacia el gran sofá blanco en forma de U, situado frente a una inmensa pantalla de plasma. Deja caer encima el dossier que llevaba sujeto debajo del brazo y deposita las copas y la botella encima de la mesa de centro de un cristal impoluto y reluciente, que está justo enfrente de nosotros. Me hace un ligero ademán para que tome asiento en el sofá. Obedezco a su invitación y me siento casi en el borde. Entonces se da la vuelta, ofreciéndome una esplendorosa visión trasera de todo su fornido físico... esos jeans negros, su camiseta ajustada, dejando adivinar su espalda fuerte y musculada... y veo que se dirige al estante situado encima del plasma, enciende un diminuto equipo de música y empieza a sonar una música envolvente que se escucha por toda la sala. ¡Madre mía! Que sistema de altavoces debe ser, capaz de que de algo tan pequeño se escuche algo tan grande. Se vuelve hacia mí, nuestros ojos se encuentran, sus ojos negros, brillantes... su sonrisa sensual

vuelve a aparecer en ese rostro... tan.. bonito... se acerca, sirve el vino en las copas, coge una me la ofrece y mantiene la suya en alto.

—Gracias por acceder a mi invitación de cenar conmigo. Ha sido increíble. Me gusta mucho hablar contigo. Me siento... bien contigo...

Me sorprende su frase. ¿Qué debe querer decir con que se siente bien conmigo? La verdad es que me desconcierta un poco, parece siempre tan seguro de sí mismo... en cambio ahora... parece un niño perdido...

—Yo también he estado muy a gusto —miento, si no fuera porque produces un extraño efecto delirante, excitante e incontrolable hacia mí, todo el tiempo que estás cerca.

—¿Qué piensas? —otra vez, parece que lea la mente. ¡Jo! Si fueras más claro en tus respuestas igual no me quedaría intentando descubrir qué quieres decir.

—Me preguntaba ¿qué has querido decir con lo de que te has sentido bien conmigo? —pregunto tímidamente.

Igual me he pasado, ahora que lo pienso, tendría que haberme callado, no creo que deba entrar en ciertas intimidades, al menos no ahora, es demasiado pronto todavía..

—Ah... bueno yo... quería decir que... no estoy acostumbrado a mostrarme tal como soy, me paso gran parte del día, en medio de negociaciones y reuniones, que me obligan a sacar la parte más seria y fría de mí, y en mis escasos momentos de ocio, me encuentro con compañías que no sé realmente si están conmigo por mí o por todo lo que me rodea. En cambio, por primera vez en mucho tiempo, hoy he

sentido que éramos dos personas compartiendo un rato agradable, dos amigos pasándolo bien y sin intereses de ningún tipo de por medio.

O sea, que es eso, por eso antes ha dicho que era un poco solitario, deduzco por lo que ha dicho, que todo el mundo se le pega, por lo que aparentemente debe tener, su negocio, la casa...

—Bueno pues siento decepcionarte pero si tengo un interés y está aquí dentro – le digo abanicándole con el dossier frente a su rostro.

Mientras me abría un poquito su corazón respondiendo a la pregunta que yo le había formulado, se había sentado a mi lado, con su pierna izquierda doblada, su trasero encima de ella, su cuerpo ladeado hacia mí y su imponente brazo izquierdo reposado en el respaldo del sofá, de manera que su peligrosa e incandescente mano está a la misma altura que mi espalda. Por ese motivo, me quedo tal como estoy, no puedo reclinar me en el sofá, porque entonces estaríamos demasiado cerca... demasiado.

Ríe divertido con mi respuesta y coge el dossier de mi mano. Lo abre y empieza a comentar las fotos de su maravilla arquitectónica, me empieza a hablar de cómo hizo el diseño... materiales utilizados... empiezo a perder mi capacidad de escucha, vuelvo a estar hipnotizada con sus manos pasando las hojas, su voz... que ahora la siento peligrosamente cerca de mi oído. Veo que se ha acercado un poco más para mostrarme las fotografías, eso hace que la sensación de calor se intensifique más todavía en mi interior. De repente se detiene en sus explicaciones.

—Mmm... qué bien hueles.

Oh... no hablemos de olores ¡por favor! ¡Tengo las de perder! Tú me ganas con creces. Vuelvo a sentir que el nerviosismo extremo se apodera de mi cuerpo. Casi salto del sofá.

—¿Puedo ver qué música tienes?

—Sí, por supuesto —responde rápidamente—. Sólo tienes que deslizar el dedo por la pantalla para ver la lista, y pulsar sobre el título que quieras escuchar.

¡Vaya! Qué tecnología. Voy pasando el dedo, pensando en sus gustos, ¿tendrá alguno que coincida con los míos? De pronto mi dedo se paraliza. ¡Sí! Ahí está. Coincidencia. Robbie Williams. ¡Bien! Le doy al primer título de la lista, cuando me doy cuenta ya es demasiado tarde. La canción empieza a sonar, “Feel”, oh.... no... demasiado lenta, demasiado romántica.... quiero pararla, pero de repente, noto su presencia detrás de mí, su calor, su mano en mi mano y su voz... cerca... muy cerca...

—Bonita elección. ¿Quieres bailar? —su voz es un delirante susurro.

Soy incapaz de articular palabra. Inmediatamente su brazo derecho con un movimiento firme rodea mi cintura, me da la vuelta hacia él y me aproxima hacia su cuerpo. Su mano en mi costado me hace sentir como si millones de agujas se introdujeran en mi piel, millones de agujas incandescentes, rojas y afiladas, abriéndose paso entre la capas de mi piel. En décimas de segundo siento su brazo izquierdo sobre mi espalda, su nariz cerca de la mía, y sus ojos clavados en los míos, esos ojos negros... profundos... brillantes... A estas alturas ya estoy sobre una nube de deseo y mi consciencia se quedó en el suelo, a doscientos metros por debajo de mí.

No puedo evitar rodear su cuello con mis brazos, estoy realmente hipnotizada, siento su cuerpo tan cerca del mio... siento su calor... Bajo la mirada avergonzada, pero todavía empeora más, si puede ser, la situación, cuando mis ojos se encuentran con su boca. Sus labios carnosos... entreabiertos... esbozando esa media sonrisa que me perturba, me hace perder el control, desata en mi interior sentimientos de lujuria y pasión, ¡no puedo! ¡No puedo estar aquí! ¡Tengo que irme!

—¡No hagas eso por favor! —no puedo creer que haya dicho eso.

Me separo de él con rapidez y veo su cara de asombro, no, de espanto, vergüenza, no sé.

—¡Perdona! No pretendía molestarte —casi suplica.

—No, no lo siento, no me refería al baile, es que... —dilo, díselo, él te ha abierto un poquito su corazón, qué tiene de malo que le digas que tiene una sonrisa encantadora—. Es tu sonrisa... no me sonrías así por favor... siento que voy a perder la cabeza. Tienes una sonrisa encantadora, bueno más que encantadora.

Me quedo paralizada, es imposible que lo haya podido soltar. Veo que su semblante se relaja, y sonrío divertido.

—¡Ah! Es eso, joder, pensaba que en cualquier momento ibas a soltarme un puñetazo. ¡Vaya! No sabía que ejercía este efecto sobre ti. Pero si te soy sincero, podría decir lo mismo de tus ojos... Cuando me miras, siento como si me atravesaran dos cuchillos al rojo vivo. Ese color miel tan dulce... También me hace perder la cabeza —su voz de nuevo se ha vuelto caliente y seductora, sus brazos vuelven a rodear mi cuerpo—. Quiero besarte... —dice apoyando su frente

contra la mía.

¡Dios! Tan cerca estamos... como ha podido ocurrir ¡otra vez! Mi súplica de antes no ha servido de nada, no me atrevo a mirarle a los ojos, pero él sigue torturándome con su sonrisa... Al final consigo alzar mi vista, él me mira, siento como sus ojos se vuelven más oscuros si puede ser, entonces ladea lentamente su cabeza para permitir que sus labios... esos labios carnosos, sensuales, seductores hasta la locura, se posen sobre los míos.

En un arrebato de deseo le rodeo con mis brazos, acaricio su pelo con mi mano derecha y entonces siento como sus brazos se cierran poderosamente alrededor de mí, aplastándome contra su cuerpo. Noto todo su esplendor varonil, me quema con su fuego... Su lengua caliente se abre paso entre mis labios para ir al encuentro de la mía, y retorcerse con ella, y girar y girar.... Sabe tan... dulce.... Oh. ... la tensión se refleja entre mis ingles y siento el deseo irrefrenable de sentirlo más y más. Su mano derecha desciende por mi espalda, para acabar posándose en la parte superior de mi trasero, con un movimiento brusco me acerca contra su pelvis... oh... no... estoy a punto de marearme, no.... ahí está, puedo notar su excitación, su erección se aplasta contra mi estómago... Su fuerte mano me retiene contra él y me pierdo entre las nubes sintiendo esa fuerza contra mí, mientras nuestras bocas se rinden la una a la otra y nuestras lenguas se acarician, frenéticamente, prisioneras del deseo.

Como llovido del cielo, la romántica y lenta canción de Robbie Williams se acaba, dejando paso al último éxito del cantante, una melodía más alegre y movida, ¡gracias a Dios! Eso nos saca de nuestro momento de pasión y desenfreno y consigo separarme un



poco de él. Sus labios siguen sobre los míos, pero ahora ya en un suave y cariñoso beso. Nuestros ojos vuelven a encontrarse, los suyos siguen teniendo ese aspecto oscuro y profundo, supongo debido a la excitación contenida, o no, a juzgar por lo que noté antes contra mi estómago.

—Deberíamos seguir con el dossier ¿no? —intento alejar mis pensamientos de la cabeza y quiero acabar ya con esto, pienso que no estoy todavía preparada para algo así.

—Si no hay más remedio... —contesta todavía con voz profunda y sensual.

Me siento en el sofá, él a mi lado, y consigo centrar mi atención en las siguientes explicaciones que me da. Las últimas hojas del dossier contienen los planos de la casa, con todas las medidas necesarias para que yo de ahí pueda calcular las que yo quiera darle a mi casita. Me aterra la idea de que ya no hay más hojas para estudiar, hemos acabado, y ahora qué. Me anticipo al final y me apresuro a hablar.

—Alan, yo... de verdad me lo he pasado muy bien esta noche... lo de antes... no me arrepiento, en realidad me ha gustado mucho... Eres encantador, pero.... —veo que su semblante se vuelve serio otra vez al escuchar mi “pero”. Tengo que seguir no puedo echarme atrás ahora—. Pero no creo que esté bien esto. No es culpa tuya de verdad, me gustas, me gustas mucho, pero no puedo.

Parece recuperar el aliento y su semblante se vuelve más relajado. Vuelve a ser el chico atractivo y sensual, que hace un rato, casi me hace perder el control.

—Tú también me gustas mucho. No quiero que pienses mal de

verdad. Me siento muy bien contigo. Me haces sentir realmente bien... y si de momento sólo quieres una bonita amistad, pues por mí ¡perfecto! —no perfecto no, no puede ser que quiera estar conmigo, ¿por qué yo? Si puede tener a todas las chicas que quiera a sus pies, ¿por qué yo? Aquí hay algo que no me cuadra.

—¿Qué piensas? —¡otra vez! Cómo puede hacerlo. Casi no me conoce y sabe que algo raro anda por mi cabeza.

—Es que... no puedo entender... ¿por qué yo? No entiendo como estás aquí conmigo, pudiendo estar con chicas jóvenes de tu edad, maravillosas y estupendas, que seguro caen rendidas a tus pies, con tan sólo chasquear tus dedos.

—Te lo he dicho antes. Me haces sentir diferente. Me haces sentir bien. Sí tienes razón, puedo tener todas las chicas que quiera, pero ellas no me quieren a mí, quieren lo que yo tengo. Tú eres diferente. Lo sé.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? No me conoces.

—Te conozco más de lo que crees. Eres bastante... transparente. Además en mi trabajo, he aprendido a ser también un poco psicólogo, y sé ver enseguida el tipo de persona que tengo delante —se acerca de nuevo a mi lado, su pierna doblada se apoya en mi muslo, su mano derecha se posa en mi otro muslo y con su mano izquierda me acaricia la mandíbula, suave... dulce... caliente...—. Por favor, créeme, no voy a pedirte nada que no quieras, sólo déjame disfrutar de tu compañía, déjame sentirme bien a tu lado. Déjame ser yo Alan, no el competitivo e implacable arquitecto.

Deduzco por su tono que algo más se esconde detrás de sus

palabras, pero no consigo descifrar qué es, y eso me incomoda. ¿Qué escondes Alan Gass? ¿Cuál es tu secreto? ¿Qué hay detrás de ese rostro bello hasta doler y de esa sonrisa brutalmente eclipsante? No te preocupes, lo descubriré. No puedo resistirme a su sonrisa que está ahí delante de mis ojos, llamándome... Sin pensarlo dos veces, me acerco a su cara y le doy un suave beso en sus labios carnosos, deseosos de algo más que hoy no va a tener, seguro. Me separo de él y para suavizar un poco la situación le digo...

—De acuerdo, poco a poco. Pero con una condición, intenta disimular en la medida que te sea posible esa sonrisa tuya que me va a volver loca y no quisiera perder la compostura contigo.

—Pues sinceramente, no estaría nada mal que la perdieras — contesta riéndose, a lo que le respondo con un suave puñetazo en su fuerte hombro.

—¿Me llevas a casa? Me espera un fin de semana intenso, si quiero sacarle el jugo a este gran trabajo tuyo —le pido señalando el dossier.

Parece que no le gusta mucho la idea pero asiente. Se levanta, coge mi mano mientras me levanto y me acerca a él. De forma que volvemos a estar uno frente al otro, sus brazos rodeándome la cintura, mis brazos sujetos a su cuello, sigo sin darme cuenta de cómo suceden las cosas, sigue hipnotizándome, sigo con mis lagunas mentales...

—Vale te llevo ahora mismo a casa, pero yo también pongo una condición, ¿comes mañana conmigo?

—Vale pero invito yo —respondo casi sin pensarlo, no sé si para que me suelte enseguida o porque realmente quiero hacerlo.

—Oh... no... eso no será necesario.

—Vale pues no hay trato —replico intentando zafarme de su abrazo.

—Vale, vale de acuerdo —contesta rápidamente reteniéndome aun más junto a él—. Invitas tú, trato hecho —ríe.

Me mira fijamente a los ojos, oh... esa mirada otra vez, esos ojos negros, profundos... sus labios... sí... vuelvo a sentirlos sobre los míos, otra vez, pero ahora de una forma más sutil, pero no menos excitante, labios delicados y pausados que me besan de una forma dulce y cariñosa.

Ya en su coche de camino a casa, no puedo dejar de pensar en su último beso, suave y delicado, ¡vaya! Parece que ha entendido a la perfección lo que quiero. Ha sido tan... dulce...

Demasiado rápido nos encontramos ya enfrente de la puerta de mi casa, en el fondo no quiero que se acabe la noche, pero sé que es lo mejor. Para el motor y se reclina de lado para acercarse un poco a mí. Su mano izquierda vuelve a acariciarme la mandíbula y empieza un recorrido lento con su pulgar desde el lóbulo de mi oreja hasta llegar a la comisura de mis labios. Inclino mi cabeza para sentir más el contacto de su caliente mano a la vez que cierro los ojos para sentirlo más fuerte.

Coloca su otra mano detrás de mi nuca e inmediatamente me encuentro frente a él, nuestros labios juntos, nuestras lenguas buscándose ansiosas, retorciéndose de nuevo, mis manos enredadas en su pelo negro, fuerte... No puedo reprimir un pequeño gemido, es tan excitante... ¡Tengo que parar! Nuestras bocas siguen en su lucha infernal hacia el profundo y oscuro abismo del deseo... Bajo mis

manos por su cuello hasta llegar a su pecho. Oh... puedo sentir sus fuertes músculos bajo mis dedos, su calor, su corazón a un ritmo trepidante... Presiono fuerte sobre él y consigo un poco de espacio. Nuestros labios se quedan a tan sólo dos milímetros el uno del otro, nuestras frentes apoyadas una contra la otra y nuestros ojos mirándonos fijamente... durante cuánto tiempo... no lo sé... he vuelto a perder la consciencia, otra vez.

—Buenas noches —le digo.

—Que duermas bien, Rebeca —oh... mi nombre... otra vez en sus labios—. Nos vemos mañana.

—Bien —le digo saliendo del coche.

Mientras me dirijo a la puerta de entrada a mi casa, siento como si estuviera caminando por encima de las nubes, mis pies no tocan el suelo, me giro para verlo por última vez esa noche, y ahí está regalándome la más sensual de sus sonrisas a modo de despedida. Cierro la puerta tras de mí. Sí, me siento realmente feliz.

\*\*\*\*

A la mañana siguiente me despierto pronto. Me siento agotada. Parece que haya corrido una maratón, ¡por Dios! Supongo que mi cansancio se debe a toda la excitación y nerviosismo retenidos esta pasada noche. De repente, me acuerdo de mi cita de hoy. Vuelven a mi mente mis pensamientos contradictorios. Sí, tengo ganas de verle otra vez, muchas ganas, pero... ¿estaré haciendo lo correcto? Sigo viéndole muy joven, demasiado joven, aunque a veces aparente que tenga mi edad, pero no, ¡no la tiene!

Tengo que tomar una decisión. ¿Pero cuál? Mi cabeza me recomienda una, pero mi corazón quiere otra totalmente distinta. Tengo que hablar con él. Tengo que contarle todas mis dudas, tengo que confesarle todos mis miedos. Sí.

He estado hablando largo rato con mis niños, eso me ha distraído un poco de mis excitantes y lujuriosos recuerdos de la pasada noche que invadían mi mente. Se les escuchaba contentos y felices, bien, todo va sobre ruedas.

A media mañana suena mi móvil. ¡Tin tin tin! Un WhatsApp.

ALAN GASS: *Buenos días princesa*

Escribiendo

*¿Qué tal has dormido?*

*Yo casi no he podido pegar ojo pensando en ti*

*¿Qué me has hecho?*

En línea

Oh. ¡No puede decirme esto!

*Buenos días mi señor*

*Lamento que no haya usted podido pegar ojo*

*pero yo no le he hecho absolutamente nada*

*ha sido usted y la influencia de su sonrisa sobre mi*

Escribiendo

(emoticono carita feliz)

Vaya me alegro que se divierta conmigo.

*Pues entonces me temo que tendré que vendarle los ojos*

*mi señora*

*para evitar que usted clave esa mirada en mi*

(carita feliz otra vez)

En línea

*¡Que gracioso! En serio siento que no hayas podido dormir*

(emoticono carita con beso)

Escribiendo

*Vale luego cuando nos veamos te recordaré que me lo debes*

En línea

*¿Cómo?*

Escribiendo

*Me acabas de enviar un beso. Pues me lo debes.*

En línea

*¡Vaya no se le escapa una!*

(carita sonriente) *Vale no creo que me olvide.*

Escribiendo

*Eso espero*

*¿A qué hora quieres que pase a recogerte?*

Oh. Vale, si pienso hablarle de lo que siento, quizás mejor que me lleve mi coche, depende de cómo será bastante embarazoso que tenga que traerme de vuelta a casa.

En línea

*Quiero ir a ver a mi madre, así que mejor, dime dónde quedamos y nos vemos allí. Sobre las dos estaría bien*

Escribiendo

*¿Tanto quieres hacerme esperar?*

*Vale vale esta bien*

*¿Que tal donde comimos el otro día?*

En línea

*Me parece perfecto. Sabes que me gusta mucho*

Escribiendo

*A mi me gustas tu mucho.*

En línea

No, no sigas, no me lo pongas más difícil.

*Venga venga no sera para tanto (carita sorpresa)*

*Vale pues a las dos nos vemos en el restaurante*

*(carita con beso)*

¡No! Le doy a enviar antes de poder rectificar el emoticono.

Escribiendo



*Vale ya me debes dos*

*Hasta luego Rebeca* (emoticono con corazones en los ojos)

Cierro la aplicación. No puedo más. Vuelvo a temblar de pies a cabeza. No entiendo como el simple hecho de chatear con él, me pone a cien de esta manera. Tengo que aprender a controlarme, y más si quiero hablar con él.

Al final he decidido que la excusa de la visita a mi madre para llevarme yo mi coche, pues no tiene por qué ser excusa, y me decido a visitarla. Me sorprenden sus palabras.

—¡Hola hija! ¡Qué guapa estás!

—Hola mamá —intento disimular mis razones, no quisiera tener que confesarle que estoy perdiendo la cabeza por un joven arquitecto—. ¿Sí? Será porque acabo de hablar con los niños y se les notaba muy felices. Parece que las aguas van volviendo a su cauce —en parte también era por eso, supongo que la suma de todo, hacía que hoy me viera así de bien.

La verdad es que la visita con mi madre, me ha hecho perder un poco la noción del tiempo y son las 14:10PM cuando aparco el coche enfrente del restaurante, justo al lado de su coche. Él está dentro hablando por teléfono y a decir por su expresión, en una conversación no muy amigable. ¿Estará enfadado por mi retraso?

Salgo de mi coche al mismo tiempo que él cuelga el teléfono y sale también.

—Siento el retraso, mi madre tenía ganas de hablar. ¿Problemas? —pregunto dirigiendo mi mirada a su teléfono móvil.

Enseguida le cambia su expresión, volviéndose dulce y encantadora, acompañada cómo no, de su arrebatadora sonrisa. ¡Bien! Entonces no está enfadado por mi retraso.

—Nada que no pueda solucionarse el lunes con un par de llamadas.

Llegamos uno frente al otro, me encuentro de repente entre sus brazos, ahí inmóvil frente mí, mirándome fijamente, recuerdo sus palabras con respecto a mis ojos, y los bajo tímidamente hasta su pecho. Vuelvo a mirarle y ahí sigue inmóvil.

—¿Qué? —le digo riendo nerviosa.

—¿Veo que has olvidado tu deuda conmigo? —intenta parecer enfadado.

Ahora me acuerdo. Mis emoticonos de antes. Está esperando un beso. Por un momento mis dudas y miedos desaparecen, y sólo puedo ver frente a mí a un hombre infinitamente deseable, extremadamente atractivo, que está esperando un beso de mis labios.

No puedo hacer otra cosa que rodear su cuello con mis brazos e ir en busca de su boca ardiente... sus labios llenos de deseo hacia mí que se abren en busca de mi lengua deseosa también de la suya, y allí están las dos juntas, danzando una pegada a la otra, en un baile desenfrenado de pasión y emociones sin fin.

El claxon de un coche nos aparta de nuestro mundo de placer y nos miramos cerca... muy cerca...

—No está mal señorita... —y se detiene en seco—. Madre mía, sé que te conozco un poco, pero no sé tu apellido.

—Cold, Sr. Gass —respondo.

—Vale. No está mal señorita Cold. Veo que sabe saldar muy bien sus deudas pendientes. Pero le recuerdo que todavía tengo un saldo a mi favor —bromea con su sonrisa, ahora un poco burlesca.

—De acuerdo Sr. Gass. Intentaré hacer frente a mi deuda en cuanto me sea posible. Pero ahora le importaría si vamos a comer. ¡Tengo hambre!

—Una última cosita Srta. Cold, pienso que su apellido no es nada apropiado para usted.

Se ríe mientras me coje de la mano y nos dirigimos al interior del restaurante. Estamos en la misma mesa que el otro día y el trato con el personal del local, sigue siendo igual de exquisito. Por no decir de la comida.

Estamos ya con los cafés, cuando recuerdo la conversación que quería mantener con mi Sr. Alan Gass, con mi Sr. Perfecto, atractivo y sensual Alan.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—¿Cómo lo haces? ¿Por qué sabes siempre que estoy pensando en algo?

—Te lo dije. Te conozco. Eres transparente. ¿Qué es lo que te preocupa?

Oh. Voy a tener que ser fuerte. Me mira ahora con una mezcla de cara angelical y de preocupación. No sé si seré capaz de soltarle todo lo que llevo dentro.

—Es que no está bien... no está bien que yo esté aquí contigo... confundíendote y haciéndote perder el tiempo, con una relación que no llegará a ningún sitio.

De repente su cara se vuelve angulosa, sus ojos se vuelven más brillantes todavía y veo cómo su semblante se desmorona delante de mí. ¡Oh no! Realmente le está afectando lo que le estoy diciendo.

—Por favor entiéndelo, tu eres tan... joven, no puedo seguir con esto, no jugamos en la misma liga.

—Pero... la edad no tiene ninguna importancia... —su voz parece una súplica, está triste—. Son simplemente números, lo que importa es lo que sientas aquí —y pone su mano sobre mi pecho.

Siento que me quema, que se abre paso a través de mi piel, entre mis músculos, como si quisiera realmente coger mi corazón. Enseguida le cojo la mano y la sostengo entre las mías, jugueteando, nerviosa, con sus dedos sobre mi regazo.

—Sí, puede que a ti te dé igual la edad, pero no a la sociedad que nos rodea. Estamos aquí sentados uno al lado del otro, y sé que en este restaurante hay más de unos ojos puestos en nosotros, desaprobando lo nuestro, criticándome seguramente, y tratándome de buscona que va con jovencitos.

—¡A la mierda lo que piense la gente! —eleva su voz de manera que me asusta, no lo había visto así hasta ahora, me sobresalta tanto que suelto su mano inmediatamente y me reclino de golpe sobre el respaldo del sofá—. No me importa en absoluto lo que piensen los demás —baja la voz diez tonos y sus ojos imploran una disculpa por haber perdido la compostura—. Yo sólo quiero sentirme bien y

estando contigo me siento bien. Te lo dije ayer, no voy a obligarte a nada, haremos siempre lo que tú quieras, cuando tú quieras, no quiero que eso te preocupe. Sólo quiero estar así, aquí disfrutando de una comida, en mi casa disfrutando de un buen vino y buena música o en un parque sentados en un banco. Me da igual. Lo que sea. Pero contigo.

No puede ser. Hay algo más. No puede ser que en poco más de una semana sus sentimientos tengan esta envergadura. Yo me siento igual, pero mis sentimientos van más hacia la atracción sexual que siento por él y por el irrefrenable deseo que ejerce sobre mí, pero él me está hablando de algo... emocional... algo muy... sentimental.

—Dime algo por favor... —suplica.

—Es que no puedo entender...

—¿Qué? —implora.

—Hace tan sólo una semana que nos conocemos. No puedes tener tanto sentimiento hacia mí. No me cabe en la cabeza. Sé que hay algo más. Algo que no quieres confesarme.

Su rostro se paraliza. Por primera vez su sonrisa se convierte en una fina línea y sus ojos... me pierden con su profundidad y su oscuridad. Parece de golpe que le hayan caído encima veinte años.

—Toda mi vida me he sentido como un objeto. La única preocupación de mis padres, desde que tengo uso de razón, fue formar a tres brillantes cerebros, que destacaran por encima de todo el mundo, a fuerza de disciplina se salieron con la suya. Sí, tengo un futuro brillante, llevo tres años con mi empresa y estoy apunto de entrar en

el ranking de las diez mejores del estado, pero detrás sólo recuerdo eso, disciplina, rigor, esfuerzo...

A medida que oigo sus palabras, me voy haciendo cada vez más pequeña, suena tan triste...

—No recuerdo sentir amor, cariño, una mano de ayuda en momentos difíciles... Todo era tan... estudiado. Tan hermético. Por no decir de mis “compañías”. Ya te hablé de ellas. Tú en una semana me has transmitido todo eso y más. Me he divertido. Me has hecho olvidar mi parte de ejecutivo para encontrarme conmigo mismo. Tus besos... me han llegado al corazón. Sé que han sido realmente besos de cariño, de deseo, no de “bien, vamos a ver qué puedo sacar de esto”.

Estoy perpleja, no puedo reaccionar. Así que todo se reduce a eso. Falta de cariño. Falta de amor. ¡Oh! pues mi vida, de eso ¡tengo! ¡y para parar un tren!

—No lo entiendo —atino a responder—. No entiendo como nadie que pueda llegar a conocerte, no pueda enamorarse de ti. ¡Es imposible! Eres un encanto, eres guapo, cariñoso, inteligente es imposible. Y tu sonrisa... con ella puedes conseguir lo que quieras.

—¿Ves? A eso me refiero. Me dices que soy guapo, inteligente, cariñoso, te gusta mi sonrisa. Y ya está, no ves nada más. Sí, todo el mundo igual ve eso también, pero te puedo asegurar que en lo primero que se fijan, es en otra cosa. Yo en tus ojos, veo el deseo, el cariño, ese color miel que me vuelve loco, pero en los ojos de los demás veo el signo del dólar. ¡Siempre!

¡Dios! Esto empeora, lo siento tan sincero. Creo que voy a perder la consciencia otra vez. No puedo resistirme, necesito sentirlo cerca.

Paso mi mano por detrás de su cabeza, ahora mismo no me importa lo que piense la gente, quiero saldar la deuda que tengo pendiente con él. Acaricio con mi pulgar sus labios y lo acerco contra mí para que nuestras bocas se fundan en un beso dulce pero a la vez amargo por toda la tensión emocional, vivida hace un rato.

Noto la punta de su lengua tímidamente entrando en mi boca, y mi lengua sale al encuentro de la suya para darle una buena bienvenida. Él me corresponde con el beso, realmente le importa tres pepinos lo que piense la gente, si no fuera así, no me lo estaría devolviendo como lo estaba haciendo. Poco a poco, nuestras lenguas vuelven cada una a su posición normal y nuestros labios se separan un poco, él vuelve a besarme levemente para luego separarse un poco y mirarme con sus ojos profundos y oscuros y su sonrisa envolvente... seductora...

—Gracias —susurra.

No puedo decir nada. Simplemente me quedo ahí mirándolo fijamente. Apreciando su belleza exterior y dejándome embriagar por su reciente conocida belleza interior.

Busco la mirada del camarero y le hago una señal para que nos traiga la cuenta. Noto como ligeramente desvía su mirada hacia Alan buscando su aprobación. ¡Será posible! ¡Machista camarero! Supongo que Alan se percata de mi malestar y se apresura a disuadirme de mis pensamientos.

—De verdad Rebeca, no tienes por qué hacerlo. Quiero invitarte yo.

Me vuelvo hacia él de forma amenazadora y graciosamente levanta sus manos en posición de “vale, vale, perdona como quieras” y baja

su mirada hasta la mesa de una forma sumisa. Bien. Ha vuelto el joven gracioso y atractivo.

Salimos del restaurante. Todo lo que tenía pensado hacer se ha hecho añicos junto con mi corazón, con su arrebatado de sinceridad hace unos momentos en el restaurante. Me sigue apeteciendo estar con él y deseo horrores sentirlo cerca de mí... sentir su calor...

—¿Te apetece venir a mi casa a tomar algo? No esperes nada espectacular ¿eh? Diría que es más grande tu salón que todo mi apartamento.

—Encantado. Y... cualquier casa parece pequeña si tú estás dentro de ella. O sea, que no te preocupes por eso.

Le sonrío y me dirijo a mi coche. Llegamos a la entrada de mi bloque de apartamentos, espero que él aparque su coche y le abro la puerta del acompañante para que entre conmigo. Abro la puerta automática y entramos. Aparco el coche en mi plaza de parking y subimos la escalera en silencio, en dirección a mi piso, él detrás, siento sus ojos, en mi... trasero... ¡Oh! Pagaría lo que fuera, para saber lo que piensa.

Abro la puerta, dejo que entre y suavemente la cierro mientras me apoyo en ella. Él está frente a mí, sus ojos clavados en los míos, de pronto pone sus manos dentro del cuello de mi abrigo y repite la maniobra que realizó ayer en su casa. Siento cómo desliza sus calientes manos por mis brazos, acompañando al abrigo en su precipitada caída hacia el suelo. Suelto el bolso, las llaves... y me aferro a su cuello, sin dejar de mirarlo fijamente. ¡Ahí está! ¡Te voy a pagar con tu misma moneda Sr. Gass! Tú no controlas tu sonrisa



¿verdad? Pues tú vas a tener que soportar los efectos de mi mirada.

—Bésame —le suplico.

—Con mucho gusto Srta. Cold...

Nuevamente nuestras bocas sedientas se unen, nuestras lenguas siguen con su danza desenfrenada, siento sus dientes, pequeños mordisquitos.... ¡Dios! Qué calor.... Es increíble, creo que voy a empezar a arder de un momento a otro. Siento sus manos que me sujetan con fuerza por la espalda, ahora descienden hasta mi trasero y me presionan con fuerza contra él. Vuelvo a sentirlo. Vuelvo a elevarme hacia el cielo. Siento su calor contra mi cuerpo, manteniéndome con fuerza contra la puerta. No tengo escapatoria, no quiero escapar. Oigo su gemido, realmente está muy excitado y yo... yo no soy capaz de dejar de besarle, no quiero dejar de sentirlo....

Casi sin darme cuenta de lo que hago, bajo mis manos hasta su pecho. ¡Quiero tocarlo! Quiero sentir su calor... sus músculos... Saco su cazadora rápidamente. Mis dedos se posan en los botones de su camisa y empiezo a desabrocharlos. El ritmo de su lengua se acelera y su embestida contra la puerta se hace mayor, siento su cuerpo tan excitado. Poso mis manos sobre su pecho desnudo, siento cómo se estremece. ¡Oh está tan duro! Acaricio su escaso vello, ¡bien! Me gusta así. Lentamente desciendo un poco hasta su abdomen, se tensa todavía más bajo mis manos y vuelve a emitir otro gemido, esta vez más profundo, al mismo tiempo que ejerce más presión con sus caderas contra mi estómago. Estoy empezando a perder el sentido... no puedo más...lo quiero ahora, quiero sentirlo en mí, cuerpo con cuerpo, piel con piel.

Nuestras bocas se separan, y como si hubiera escuchado mis pensamientos, me mira fijamente, pero sin separar una pizca su cuerpo del mío. Sin mediar palabra, me acerco a su cara, y empiezo a

besar sus mejillas, su mandíbula... al mismo tiempo que le empujo hacia atrás, haciéndole retroceder en dirección a la habitación.

—Espera —me sorprende su reacción. Parece algo incómodo cuándo dice...—. No he venido preparado. No pensaba que me harías este regalo tan apetitoso. Y no sé si necesitamos tomar precauciones.

Oh. Claro. Desde mi divorcio no he estado con nadie. Y claro nada de anticonceptivos ni preservativos guardados en la mesita.

—Ah es eso —respondo—. Pensaba que te habías asustado y que ibas a salir corriendo.

—No. Por favor... ¿acaso me ves asustado? —dice echando un vistazo a su torso desnudo.

Ahora lo veo. Su cuerpo. Delante de mí. Sus pectorales bien definidos. Sus abdominales que los puedo contar uno a uno y esos oblicuos.... oh... esas dos líneas que van a perderse dentro de los pantalones. Mmmm... ¿Qué esconderán esos pantalones? ¡Qué belleza! No creo que nunca me canse de mirarlo, ni de tocarlo... Siento otra vez una ganas irrefrenables de poner mis manos sobre su esculpido cuerpo, vuelvo a estar perdida en mis pensamientos cuando oigo su voz.

—Dime... ¿lo necesitamos?

—Oh. Sí, perdona, no sé por qué me había distraído un poco —le digo sin poder apartar mi mirada de sus oblicuos—. Si, lo siento, yo no tengo.

—Vale no hay problema —dice al mismo tiempo que empieza a abrocharse la camisa. Se planta de un salto en la puerta, recoge su

chaqueta que estaba en el suelo y se despide—. Vuelvo enseguida, ¿no te vayas eh?

En cuanto cierra la puerta tras de sí, oigo un “click” en mi cerebro. Tengo que ducharme. Me desnudo con la velocidad del rayo, meto toda la ropa dentro de la lavadora y me voy corriendo al baño, tengo que ir rápido, la farmacia está muy cerca. Por suerte esta mañana ya me he dedicado a depilar cuidadosamente todo mi cuerpo, por eso creo que tendré tiempo de darme una ducha rápida y vestirme con algo cómodo. Estoy acabando de cubrir mis hombros con mi bata blanca de raso, cuando oigo mi móvil. ¡Tin tin tin!

ALAN GASS: *¿Me abres por favor?*

En Línea

*No se... no se...*

*Déjame que piense....*

Escribiendo

*Ábreme ahora mismo, si no quieres que eche la puerta abajo*

*Es de hierro pero me da igual*

*Por favor!!! (carita triste)*

Me río y le doy al botón del interfono.

Abro la puerta de arriba y la dejo entornada. Voy al baño a repasar mi pelo. No lo he lavado. Si no, aún estaría en la ducha. Y está todo bien, en su sitio. Repaso mi maquillaje. Y ya me siento lista.

La puerta se cierra, salgo a su encuentro y él se paraliza en medio del

salón, mirándome, sus ojos, de mi rostro, a mi pecho, de mi pecho, a mis piernas, y otra vez a mi rostro. Pienso que he acertado con mi atuendo. Me he puesto mi camisón de raso blanco que deja al descubierto mis piernas y con un pronunciado escote claro, y lo remata, la bata a juego ligeramente abierta y anudada a mi cintura, también corta como el camisón.

Avanza lentamente hacia mí, retrocedo poco a poco, para situarme al lado de la cama, se quita la chaqueta lanzándola sobre el sofá y ahí está frente a mí, mirándome con sus ojos profundos y negros mientras me perturba con su sonrisa hipnotizadora. Deja algo sobre la mesita, los preservativos supongo, y me rodea con sus brazos. El calor al que ya me tiene acostumbrada, empieza a invadir mi cuerpo.

—Mmmm... Qué bien hueles... —dice acariciando mi rostro con su nariz. Se disparan todas las alarmas en mí, vuelvo a sentirlo contra mi cuerpo, pero ahora más intensamente que antes, claro ahora llevo mucha menos ropa.

Vuelvo a ocuparme de su camisa, y lentamente empiezo a desabrochar los botones sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Chica mala.... ¿qué haremos con esa mirada? —dice claramente excitado.

—Chico malo... ¿y qué hay de tu sonrisa? —pregunto acercando mi cara a la suya.

De repente con un rápido movimiento, me coge entre sus fuertes brazos y se deja caer encima de la cama, mi espalda contra el colchón y su cuerpo encima de mí. Hábilmente mis manos arrancan la camisa de sus brazos. Está todo él encima de mí, no puedo

moverme, abrazo su espalda con fuerza y enrosco mis piernas alrededor de su cuerpo.

Entonces lo siento otra vez, pero ahora justo ahí, justo donde terminan mis latigazos de deseo, mis desenfrenados calambres de placer. Bajo mis manos por su torso, hasta llegar a su cintura, desabrocho su cinturón para seguir luego con el botón de su pantalón, él me está mirando fijamente, mientras su mano izquierda deshace el nudo de mi bata, dejando al descubierto el camisón, semitransparente en la zona de los pechos. Bajo la cremallera de sus pantalones muy lento... Gime... Y empieza a fustigarme con un recorrido de suaves besos por todo mi cuello en dirección a mi escote. Mis manos están ya dentro de sus pantalones y a la vez que acaricio su duro trasero, los deslizo hacia abajo, muy hábilmente él se deshace de ellos, de manera que ya lo tengo encima de mí únicamente con sus boxers puestos.

Imitando su forma de quitarme el abrigo, hace lo mismo con la bata, primero un lado, luego el otro, su mano me abrasa por ahí por donde pasa. Ahora se detiene y mira mi cuerpo, mis pechos, mi abdomen, su mano desciende de nuevo, acariciándome el costado, haciéndome estremecer como hacía tiempo no lo había hecho. Termina su recorrido en mi muslo y emprende de nuevo su camino, esta vez hacia arriba, llevándose consigo el camisón y haciendo que queden al descubierto mis bragas de encaje blanco. Me mira. De nuevo sus ojos negros, brillantes y ahora sedientos de placer.

—Oh estás preciosa... —me susurra al oído, y yo me siento morir de deseo, lo quiero para mí, lo quiero conmigo siempre, no quiero que acabe este momento, quiero que sea eterno.

Nuestras bocas vuelven a unirse mientras nuestras manos empiezan una carrera delirante sobre nuestros cuerpos. Noto la presión de su mano izquierda sobre mi pecho derecho. Gime. Yo no puedo resistirlo más y me lanzo en busca de aquello que antes sentía en contacto con mi estómago y que tanto deseo. Pongo mi mano sobre su erección y no puedo hacer nada más que separarme de su boca y emitir un largo y sonoro mmmmmm. Se siente tan grande... tan dura... oh... decididamente es mi Don Perfecto.

Con un rápido movimiento me despoja del camisón, dejando mis pechos a la vista, no es que me guste presumir mucho de cuerpo, pero creo que no puedo quejarme de esa parte de mí. Y a la vista de su expresión, creo que él piensa lo mismo. Continúa con sus besos donde antes había parado, pero esta vez cambia el rumbo y se dirige a mis pechos. Siento su lengua sobre uno de mis pezones, que inmediatamente noto como se endurece y un calambre recorre todo mi cuerpo. Mis manos se posan sobre sus abdominales, vuelve a tensarse como lo había hecho antes, y ahora sigo descendiendo, entro dentro de sus boxers y mis dedos toman contacto con su vello púbico. Me entretengo unos segundos jugueteando con él. Ahora está totalmente excitado, mientras sigue chupando y mordisqueando mis pezones ahora, de uno al otro, de uno al otro, aumenta su presión contra mi entrepierna. Mi mano derecha coge su miembro con fuerza mientras la otra tira hacia abajo sus boxers, y deja al descubierto todo su esplendor varonil, ¡todo para mí! Su cuerpo se tensa entero de nuevo y tira su cabeza hacia atrás mientras emite un profundo gruñido. Y ahí está suspendido encima de mí, mirándome fijamente a los ojos, con su sonrisa más seductora... más tentadora.... y más caliente que nunca.

Dejándose caer encima de su brazo derecho, empiezo a notar su mano izquierda recorrer mi cuerpo, mi cuello, mis pechos, mi abdomen, cambia de posición su mano para descender recto en dirección al interior de mis bragas. Una vez alcanzado su objetivo, se detiene ahí justo encima de mi pubis, mirándome como pidiéndome un gesto de aprobación.

En respuesta a su mirada, yo vuelvo a coger su pene y empiezo a mover mi mano, arriba y abajo, suave, suave... mientras abro más mis piernas. Se dibuja una leve sonrisa en su rostro y cerrando los ojos, me besa apasionadamente mientras reanuda la marcha de su mano hacia mi sexo.

—Oh... Que suave... y que mojado.... —susurra a mi oído.

De repente introduce su dedo, dentro, muy dentro de mí, mi espalda se tensa y me hundo en el colchón a la vez que agarro con más fuerza su pene y acelero más el movimiento de mi mano, una y otra vez, arriba, abajo, arriba, abajo, apretando con fuerza.

—Mmmmm... Alan... ohhhh...

—Ohhh... para... para... —suplica—. ¡Vas a hacer que explote!

—No quiero parar, quiero sentirte... más... más —gimo.

De golpe me coge por la cintura y me voltea con fuerza, de manera que ahora es él el que está debajo contra el colchón y yo sentada encima de sus caderas. ¡Oh.... no...! Así tiene una visión entera de mí, no sé si estoy preparada para esto, me estoy muriendo de vergüenza y creo que él lo nota, porque no puedo evitar el encogerme. Se incorpora de inmediato, ahora está sentado frente a



mí, yo sobre sus muslos y mi cara entre sus manos.

—¿Qué ocurre? —pregunta acariciando mis mejillas.

—¿Otra vez adivinando mis pensamientos? —gimoteo—. Es que me da vergüenza que me mires. No me siento lo suficientemente guapa para ti.

—¡No digas tonterías! ¡Me pareces preciosa! Tienes un cuerpo precioso y una piel tan suave... Toda tú eres suave —dice dirigiendo la mirada hacia abajo con su sonrisa picarona.

Le golpeo en el pecho y le rodeo el cuello con mis brazos.

—¿Sabes lo que me has llegado a hacer sentir en estos pocos minutos que llevamos aquí? —sigue diciendo mientras acaricia mi espalda.

—Tengo una ligera idea —bromeo.

—Rebeca, no sólo me refiero al sexo, son tus besos, tus caricias, tus abrazos. Me siento tan... amado. O sea que no quiero volver a oírte decir tonterías. Eres preciosa. Y me encanta lo que me haces sentir.

Me vuelve a besar, mientras sus manos empiezan a bajarme las bragas, me incorporo un poco y libero mis piernas de ellas, y veo por el rabillo del ojo que las lanza no se donde. Seguimos así, los dos sentados, yo encima de él, desciendo un poco, y noto su miembro en contacto con mi vagina, sin necesidad de ninguna ayuda, se introduce dentro de mí... lento... caliente... duro... Mis piernas se tensan, mis caderas se contraen y empiezan un movimiento continuo de vaivén.

—Ohhh Alan, ¡qué duro estás! ¡Y que grande! MMMMMMM —gimo.

—Siiii Re...be.... —no puede acabar de decir mi nombre.

Me voltea otra vez poniéndome de nuevo sobre la cama. Ahora está fuera de mí, puedo verlo, ahí de pie, abriendo el paquete de preservativos, arrancando el sobrecito con sus dientes, y su pene ahí enfrente mío, desafiante y ansioso por volver donde estaba hace un momento.

Con un movimiento rápido se coloca el preservativo y se lanza sobre mí, sin parar de besarme, ni acariciarme, me separa con fuerza las piernas y vuelve a introducirse dentro de mí con ímpetu.

—Ahhhh... —gimo—. Si, si, sigue, sigue —me siento desvanecer, no puedo aguantar tanto placer, siento que mi alma abandonará mi cuerpo de un momento a otro.

Lo siento dentro, muy dentro. Su cuerpo está totalmente pegado al mío. Sus brazos me aprisionan de tal forma que me cuesta hasta respirar, pero nada comparado con la sensación de tenerlo dentro, sintiendo sus embestidas en lo más profundo de mi ser, mientras escucho sus gemidos y gozo de todo él.

Empiezo a notar un calor increíble en mi estómago, mis piernas empiezan a tensarse, mis caderas se elevan en busca de esa fuerza que me embiste desde abajo. Noto la piel de su espalda bajo mis dedos, que se cierran sobre sus músculos. Mi espalda no toca la cama, solo mantengo contacto con mi culo y mi cabeza.

—¡Ohhh Rebeca! ¡Vamos, vamos!

—¡Sí Alan! ¡Si, si, si! —grito y no puedo más que estirar los brazos y agarrarme al cabecero de la cama, de lo contrario sería capaz de

arrancarle la piel de la espalda.

Sus manos sujetan con fuerza mis hombros y sus caderas me embisten en una lucha desenfrenada por llegar al clímax más apasionado mientras su boca recorre mi cuello entre una sinfonía de gemidos, besos y sonidos guturales que no hacen más que aumentar mi excitación. Vuelvo a abrazarlo para todavía retenerlo más cerca de mí y al mismo tiempo él estrecha sus brazos a mi alrededor, dejándome de nuevo casi sin respiración y así, exploto con él, los dos juntos, todo placer y pasión, juntos en un solo cuerpo.

Estoy a su lado en la cama, mi cabeza recostada sobre su fuerte pecho, mi pierna en su entrepierna, noto todavía en mi muslo la erección que hace unos segundos me había elevado hasta el cielo para luego caer directa al precipicio de la pasión. No puedo dejar de acariciar su torso, es tan agradable... Nuestros ojos no se separan ni un momento el uno del otro y su cara... me parece ahora después del sexo tan... tranquila, tan angelical... y su sonrisa... oh... si sigo mirándole no podré evitar tirarme encima de él otra vez. Cierro los ojos y disfruto del momento, disfruto de su tacto, de su olor y de su calor.

Después de un largo y dulce rato así recostados el uno al lado del otro, le pregunto si quiere tomar la copa por la cual él estaba aquí, le recuerdo picaronamente que sólo le había invitado a una copa. Después de su risa infantil, acepta mi oferta. Me siento en el borde de la cama, recojo mi bata del suelo y me la coloco, sin abrochar, me siento más cómoda así, un poco más protegida. Le miro y deja entrever una mirada de desaprobación a mi gesto. Le sigo observando, es tan guapo, ahí tendido, rendido a mí, su cuerpo...

Sacudo mi cabeza mirándole sonriente y me marcho directamente a la cocina a preparar un par de copas de vino. Necesito beber algo, me siento sedienta por dentro. Sed de él y sed de líquidos. El frenesí y la respiración desbocada de hace unos minutos me han dejado seca.

Cuando vuelvo a la habitación, él está sentado, apoyado en el cabecero de la cama, con una pierna doblada, tocando el talón casi su trasero, se le ve... fascinante... completamente desnudo frente a mí, sin ningún tipo de pudor, y puedo apreciar en todo su esplendor lo inmensamente atractivo que es.

Me pongo a su lado de rodillas, sentada sobre mis pies y le extiendo su copa.

—¿Sabes que estás muy bueno? —bromeo echando una rápida mirada a todo su cuerpo y poniendo luego los ojos en blanco.

Sin decir nada extiende su dedo índice hacia mí y traza lentamente una línea recta desde mi garganta hasta mi ombligo, y siento cómo deja sobre mi piel un reguero de incandescentes llamas a su paso. No puedo evitar emitir un profundo gemido cuando la respuesta a su caricia se refleja en la parte más íntima de mi cuerpo.

—Rebe, ¡tú si que eres bonita! —abro mis ojos con expresión de sorpresa.

—¿Rebe? —contesto.

—Si. Rebe de re-be-lla. —oh, por favor, no me puedo resistir.

Dejo mi copa en la mesita venciendo contra todo pronóstico la ley de la gravedad ya que con los nervios estoy a punto de lanzarla al suelo y me abalanzo sobre él, le lleno de besos, su cara, su cuello, su

pecho. Él me coge la cara con sus manos, me acerca a su rostro y me besa ardientemente, me retiene junto a él con su pierna encima de mí. Nuestras lenguas jugando al juego que más les gusta, una contra la otra, juntas, girando, enroscándose... oh... ¡me gusta tanto!

Consigo deshacerme de su abrazo, necesito besar su cuello, sus brazos, su pecho... Apoyo con fuerza mis manos en el cabecero y consigo zafarme de su boca hambrienta, y mientras no dejo de mirarle a los ojos con una de mis más calientes miradas, desciendo por su cuello hacia su pecho. Me entretengo en esos pectorales tan fornidos, paseo mi lengua por sus pezones que ahora están duros como todo él, subo en dirección a sus hombros, para besarlos y mordisquearlos mientras bajo por uno de sus brazos hasta su mano que tiene apoyada en su abdomen.

Lentamente retiro su mano, para dejar al descubierto sus abdominales y esos... oblicuos... madre mía, siento que de un momento a otro me voy a derretir. Me pongo entre sus piernas, le miro fijamente, desciendo para seguir besando su abdomen, mis pechos rozan su pene y puedo sentir su nueva excitación. Por mi espalda corren intensos calambres de placer y siento unos deseos irrefrenables de cerrar mis piernas, como si así pudiera frenar mis más lascivos instintos.

Escucho sus gemidos y no puedo reprimir el mío. ¡Lo quiero todo! ¡Lo quiero ya! Sigo descendiendo, mi boca se encuentra con su vello púbico, se tensa completamente y catapulta su cabeza hacia atrás cerrando los ojos y aspirando una bocanada de aire que entra a través de sus dientes apretados. Desciendo más, muy lento....

—Ohhh... Rebeca... Me estás volviendo loco... —susurra entre

gemidos.

—¿Si? Pues entonces demuéstramelo... —le respondo en un susurro.

Pongo mis labios sobre su pene, lo beso, lo lamo, está muy excitado, realmente excitado. Lo envuelvo en todo su esplendor con mi boca, ¡Mmmmm! ¡Sabe delicioso! Empiezo a succionarlo, dejo que mis dientes rocen con suavidad su piel. Aumenta más su excitación y la mía. Protejo mis dientes con los labios y empiezo a mover mi cabeza rápido, arriba y abajo, arriba y abajo. Mi mano lo aferra con fuerza mientras mi lengua se deleita en la punta de su espectacular pene, lamiendo y relamiendo, exquisitas gotas de semen que afloran al exterior. Vuelvo a envolverle con mi boca. Mi ritmo acelera cuando con su mano intenta apartarme.

—Ohhh. Rebeca ¡por favor! ¡Sal si no quieres que me corra en tu boca! —grita extasiado.

Cojo su mano y la sujeto con fuerza contra el colchón, y sigo con mi ritmo frenético en torno a su monumental erección. De repente sus caderas se tensan al máximo y se elevan, sus manos cogen con fuerza mi cabeza intenta separarme un poco, e inmediatamente noto dentro de mi boca su jugo caliente, dulce-amargo y embriagador, todo para mí. Invadiéndome, llenándome, ¡oh qué placer!

Sus caderas y brazos caen desplomados sobre el colchón acompañados de un largo y profundo suspiro de placer. Sigo envolviendo su pene con mis labios ahora delicada y lentamente. Mi lengua se pasea por él de abajo a arriba, limpiando los restos de semen que todavía quedan en su suave piel. Me tiendo sobre él y

rodeo su cuerpo con mis brazos mientras le aprieto, muy cerca, muy fuerte.

A los pocos segundos, parece haber recuperado sus fuerzas, porque me voltea contra el colchón y ahora lo tengo recostado sobre mí con su muslo en mi sexo y su erección todavía latente contra mis caderas. Me mira fijamente esbozando su sonrisa caliente, y sella nuestro amor con un delicado beso en mis labios.

—Rebe... eres increíble. ¿Qué extraño hechizo has lanzado sobre mí? —me pregunta imitando un divertido tono de preocupación.

—Pues el mismo que tú me has lanzado a mí, supongo —respondo, chocando mi nariz contra la suya.

Lentamente su mano desciende desde mi cuello hasta mi pecho, apretándolo con fuerza, mientras su lengua está ya dentro de mi boca, en busca de su amada compañera de juegos. Su mano abandona mi pecho, dejándolo ardiente y latiendo en respuesta a sus presiones, y sigue su recorrido lento, ensordecedoramente excitante hacia abajo, al pasar sobre mi ombligo, se entretiene dibujando círculos alrededor con su dedo índice, ¡Dios! Sólo me está tocando con la punta de su dedo y siento como voy a estallar de placer de un momento a otro. Es insoportable, tanto deseo, tanta sed... Quiero volver a besarlo todo, quiero tenerlo otra vez dentro de mí en todos los planos posibles, pero no puedo moverme, está prácticamente todo encima de mí, y es ¡tan fuerte!

De pronto abandona mi ombligo y lo siento caliente sobre mi entrepierna, acariciando suavemente mi piel, fuera, pero lo siento tan dentro.... no puedo reprimir un sonoro gemido, mezcla de placer y de

ansiedad por notarlo rápido dentro de mí. Sus dedos hábilmente se abren paso en mi más tierno y caliente interior. Su cabeza está ahora entre mis pechos, lamiendo y mordisqueando mis pezones. Siento que voy a abandonar mi cuerpo enloquecida de placer, roza lo insoportable, y siento la necesidad de gritar.

—¡Ahhh! Alan, Alan... Por favor... ¡quiero sentirte dentro! ¡Muy dentro! —suplico.

Haciendo caso a mis plegarias, introduce con fuerza dos de sus dedos dentro de mí, y siento que todo mi cuerpo convulsiona de tal forma que mis músculos se tensan por completo.

—Rebe... Rebe... eres tan caliente... y estás tan mojada.... —me susurra al oído mientras continúa con su ritmo frenético, fuera y dentro, fuera y dentro, con fuerza.

No puedo soportarlo más, su voz... sus dedos.... su erección más notable ahora contra mi piel, me voy a perder...

En un rápido movimiento extrae sus dedos de mi ardiente interior y se coloca encima de mí apoyándose en la cama con sus rodillas y sus manos, me mira fijamente a los ojos y me ciega con su sonrisa que me lleva más aún a la lujuria y a la perdición.

—No por favor, sigue, ¡no pares! —le suplico.

—¡No! Tengo algo mejor para ti preciosa —susurra.

Sin dejar de mirarme a los ojos, desciende lentamente, paseando su dulce lengua por su labio superior, tan lento... me excita tanto... no está ni siquiera tocándome ahora, pero es tal el placer que siento, mirando sus ojos y viendo su lengua paseándose por sus labios, que



mis manos se agarran desesperadamente a las sábanas en busca de un poco de alivio a las tensiones y presiones latentes en todo mi cuerpo.

Dulcemente sus labios se posan en mi vagina, ya no siento mis extremidades, un fuego me recorre por dentro para clavarse en mi estómago. Su lengua se introduce rápido, haciéndome chillar de placer y empieza a rodear mi clítoris con frenéticos círculos, con furor una y otra vez. Ahora dibuja líneas sobre él, y me estremezco de tal manera que no puedo evitar cerrar mis piernas para contener el orgasmo inminente que se está apoderando de mí, todavía no, quiero sentirlo más aún. Su dedo pulgar se introduce en mi vagina, mientras su lengua sigue su juego desenfrenado con mi clítoris. Noto como su dedo rebota en mi interior, muy dentro, muy fuerte y su lengua sigue lamiendo, chupando el punto donde se concentran todos mis deseos.

—Sí dámelo, ¡dámelo todo Rebe! ¡Lo quiero ahora! —casi grita.

No puedo reprimir mi grito de placer extremo, cuando siento mi clítoris explotar contra su boca en un glorioso orgasmo que siento cómo recorre todo mi cuerpo hasta llegar a mi nuca. Su lengua me sigue envolviendo, sedienta, sus manos ahora se aferran a mis pechos, apretándolos con fuerza.

En décimas de segundo lo veo de rodillas frente a mí, arrancando el envoltorio de un preservativo con furia, rápida y hábilmente se lo pone sobre su hermoso y gran pene, y sin darme tiempo a reaccionar, se lanza sobre mí, me embiste con fuerza, dentro muy dentro, tan fuerte que no puedo evitar lanzar un grito, al sentir un leve dolor, pero a la vez un inmenso placer que me lleva de nuevo a la locura.

Su excitación es extrema y sus embestidas brutales, me aferro a él más fuerte que nunca suplicándole que siga y siga, que no pare. Siento que me voy a desmayar, cuando todo mi cuerpo explota de nuevo alrededor de él, con otro orgasmo punzante que me hace perder casi el sentido. Su cuerpo se tensa por completo, está inmóvil dentro de mí, llenándome completamente, me empuja dentro con fuerza, hasta rincones insospechados, cuando finalmente su viril miembro estalla en una eyaculación inmensa y me acompaña con un orgasmo bestial y maravilloso.

\*\*\*\*

El sonido de su teléfono móvil nos despierta de nuestro profundo y relajado sueño. Estamos tendidos el uno al lado del otro abrazados con fuerza. Su teléfono sigue en el bolsillo de su chaqueta tirada en el sofá.

—No... ¿quién demonios será ahora? —me besa dulcemente en los labios y se levanta en su busca.

—¡Dime Jan! —su voz se ha vuelto fría de golpe. Se mantiene a la escucha.

—¡Joder Jan! ¡Es sábado! Son las.... —(pausa, debe estar mirando la hora, realmente yo tampoco tengo ni idea de qué hora debe ser, fuera es oscuro ya)—. Son las nueve de la noche y estoy ocupado. Puedes encargarte tú de algo por una vez en tu vida —siento sus palabras cómo acuchillan mis oídos, no me gusta escucharlo así, es tan diferente ahora. (Escucha).

—Eso espero. Bueno, hasta el lunes. Buen fin de semana —por fin, parece que su enfado remite un poco.

Vuelve a la habitación, me lanza un guiño, parece que su enfado definitivamente se ha esfumado, y se mete en el baño. Cuando sale, parece adivinar mis dudas.

—Negocios. Mi socio. No te preocupes. Nunca pueden dar un paso, no sin antes consultarme —se disculpa.

—¿Y eso es malo? —pregunto.

—¡Hoy sí! Hoy no quiero que nada me distraiga, no quiero que nada perturbe mi mente, nada que no seas tú.

¿Son las nueve ya? Siento un vacío en mi estómago. Tanto ejercicio.... me ha despertado el hambre.

—¡Uffff, tengo hambre! Ya que eres mi invitado y tan gentilmente has aceptado mi invitación a una “copa” —bromeo guiñándole un ojo—. ¿Aceptarías ahora mi invitación de quedarte a cenar? Podríamos pedir una pizza, si te gusta —en un arrebato me acerca a él y me besa en la sien.

—Me encantan tus “copas” —dice haciendo hincapié en la palabra—. Aunque creo que una pizza me sabrá a poco, este cuerpo necesita algo más —bromea, mirando hacia su miembro lascivamente.

—Bueno, siempre puedo prepararte una sopita calentita —sigo, acompañándolo de un suave pellizco en sus abdominales.

—La pizza me parece perfecto, aunque sinceramente cambiaría la sopita “calentita” por una “Rebe calentita” —y ahí está otra vez su sonrisa, desafiando a mi cordura, desafiando a mi poder de control.

—Bueno... —digo apartando mi mirada de su boca—. Creo que con

eso podremos llegar a un buen acuerdo.

Después de llamar para hacer el pedido de nuestra cena, dejo un billete de 20 euros sobre la mesa del comedor, y después me dirijo a Alan, que sigue tumbado en la cama, luciendo su maravilloso cuerpo desnudo, le doy un cariñoso beso en la mejilla y me meto en el baño. Necesito sentir el agua correr por mi piel. Todavía quedan resquicios de calor y fuego por mi cuerpo. Necesito aclarar también un poco mi mente.

Cuando acabo mi refrescante ducha, me enfundo de nuevo en mi bata, nada más, y salgo al salón. Ahí está él, preparando la mesa, con la pizza ya en el centro, ataviado sólo con sus bonitos y sexys boxers, las copas ya llenas de vino. ¡Dios! ¡Es tan atractivo! Me detengo un momento, apoyada en el umbral de la puerta, maravillada por su exquisita belleza, mmm.... ¡quién fuera esos boxers ahora mismo!

Nos sentamos hambrientos delante de nuestra cena, mientras bromeamos de cómo se habrá sentido el pizzero al verlo con tan poca ropa. La pizza estaba exquisita, no sé si porque realmente lo estaba o por el hambre atroz que teníamos, pero en un momento terminamos con ella y con la botella de vino, empezada hace unas horas, después de nuestro primer encuentro sexual. Sólo pensar en ello, hace que mis músculos se estremezcan. Y cómo no, Alan enseguida lo nota.

—¿Tienes frío? —pregunta.

—No exactamente —respondo.

Retira un poco su silla de la mesa y cogiéndome la mano hace que me siente sobre sus piernas, de cara a él, mientras me mira con

semblante interrogante.

—Estaba pensando en nosotros, en lo que acabamos de hacer... — bajo la mirada.

—¿Arrepentida? —pregunta preocupado.

—¡Nooooo! ¡Por favor, no quiero que pienses eso! Ha sido maravilloso. Has-sido-maravilloso —recalco cada una de mis palabras—. Pero... —de pronto su semblante vuelve a desencajarse, como este mediodía en el restaurante—. Siento que te mereces algo más. ¡Eres tan joven todavía!. Eres tan guapo y cariñoso.

Pone sus dedos sobre mis labios y me hace callar inmediatamente.

—Pensaba que ya habíamos dejado aclarado este tema —parece enfadado, ohhh por favor no... que no se enfade conmigo—. Pero tú no te has dado cuenta de todo lo que me has hecho sentir ahí dentro —dice señalando con la cabeza en dirección a la habitación—. ¡He sentido más amor y deseo en estas escasas horas que hemos pasado juntos que en toda mi puta vida sexual! —dice alzando la voz.

No puedo resistirlo más. No consigo centrarme en lo correcto, no si lo tengo delante, viendo sus ojos clavados en mí y su boca moviéndose y llamándome... bésame...bésame...

—Oh Alan, estoy empezando a preocuparme. ¡Me gustas tanto! Y me siento tan bien a tu lado —sollozo, abrazándome contra su pecho.

—Pues sigue sintiendo eso Rebeca. Y aleja tus miedos de tu cabeza. Me gustas mucho. Y significas mucho para mí. Más de lo que podría desear —y me corresponde con el abrazo.

De repente mi deseo se abre paso entre la preocupación y el miedo y siento su cuerpo, pegado al mío, estoy simplemente vestida con mi bata, con lo cual, puedo notar en la parte más sensible e íntima de mi cuerpo su contacto. Nuestras bocas se unen en un beso cálido y profundo, mientras eleva sus caderas y veo el movimiento de sus manos, deslizando sus boxers hacia abajo.

—Ohhh.. Alan tu siempre tan dispuesto... —bromeo mordándole el lóbulo de la oreja.

Me levanto rápidamente en busca de otro mágico sobrecito y vuelvo a colocarme en un suspiro encima de él, se lo entrego, oigo cómo desgarrar el envoltorio mientras lo siento dentro de mí, suave, dulce, lento...

—Ohhh... Rebeca... tú siempre tan a punto.... Lástima que tengamos que usar esto —dice sosteniendo en su mano el preservativo—. Me gusta esta sensación... mmmmm... eres tan... caliente....y suave...

Nuestras respiraciones y nuestro ritmo se aceleran, por lo que se apresura a salir de dentro de mí, se coloca el preservativo, y vuelve a introducir su pene, suave, dulce, con un movimiento lento y prolongado. Así de una forma tan diferente, tan cariñosa, nuestros cuerpos llegan nuevamente al clímax, en un abrazo de amor y pasión el uno por el otro.

—Ohhh. Mi amor —suspiro cerca de su oído—. Tengo que acordarme el lunes de llamar a mi ginecóloga, a ver qué solución podemos encontrar a tu problema de aversión al látex.

Me mira con ojos brillantes de deseo y alegría y me responde con un dulce beso en mi cuello.

—Será un placer para mí comprobar la eficacia del nuevo método con usted, mi bella señorita —responde alegremente.

—Súbase usted los calzoncillos, ¡desvergonzado! —le grito—. Vamos a bailar —susurro ahora a su oído.

Recojo mi bolso que seguía en el suelo de la entrada junto con mi abrigo, saco mi iPhone y lo coloco en los altavoces. Busco.... Ryan Star... perfecto... visceral... sensual... atractivo... como él. Selecciono “You and me”, lenta y muy adecuada para la situación. Cuando me giro ya está detrás de mí con sus brazos listos para envolver mi cuerpo. Nos fundimos en un dulce abrazo y nos dejamos llevar por la música.

Suena la siguiente canción, ¡bien! Lenta también, espero que lleguen tarde las más movidas, quiero seguir aquí, dentro de sus brazos, con este balanceo... en silencio... sintiendo... disfrutando de su calor... siento que vuelvo a estar sobre las nubes.

—Te quiero... —susurra a mi oído.

Separo mi cabeza de su pecho y cuando le miro a los ojos sé que está diciendo lo que realmente siente. ¿Pero qué clase de vida ha llevado hasta ahora? No puede ser que sienta tanto en tan poco tiempo. Es prácticamente imposible. No puede ser que no haya encontrado a nadie que se haya quedado hipnotizada por sus innumerables encantos como yo lo he hecho.

Adivinando, supongo mis pensamientos, apresuradamente me besa, para disipar cualquier tipo de duda de mi cabeza. Un dulce y amoroso beso. Cuando me doy cuenta, en el equipo de música suena la canción más cañera del cantante, pero ahora me parece la más dulce

de las melodías. Lo estrecho más fuerte entre mis brazos.

—No me dejes nunca... —suplico.

—Lo mismo le digo señorita —replica. Y me aprisiona entre sus brazos.

Las calientes letras de Ryan Star nos acompañan hasta la cama, donde Alan y yo nos seguimos demostrando la pasión y deseo que sentimos el uno por el otro durante varias horas más.

\*\*\*\*

Me despierta la luz de la mañana que entra por la cristalera. Mi cabeza está sobre su pecho, su escaso vello acariciando mi mejilla, levanto la vista y lo veo... su rostro... parece un ángel... profundamente dormido a mi lado. No me lo puedo creer. Supongo que sucumbimos al agotamiento. Soy incapaz de recordar cuándo me dormí. Lenta y silenciosamente me escabullo de entre sus brazos y me dirijo al baño. Necesito asearme un poco. Después de sentir el agua fresca sobre mi cara y darle un buen cepillado a mis dientes, salgo para volver a reunirme con mi impresionante escultura, esculpida en carne. Y ahí está él, mirándome fijamente y esbozando la más tentadora de sus sonrisas.

—Buenos días mi bella y caliente Rebeca... —susurra sonriendo a tan sólo dos milímetros de mi cara.

—No por favor, no hagas eso, creo que necesito un buen desayuno para recuperar fuerzas, vas a hacer que caiga enferma —gimoteo cómicamente.

—¡Nunca! No podría perdonármelo. Espera. Se me ocurre algo —sale



apresuradamente hacia el baño, vuelve casi inmediatamente como poseído por una fuerza extraña.

Lo veo, recogiendo su ropa del suelo, poniéndosela rápidamente...

—¿Qué pasa? —le pregunto sobresaltada.

Ya con la chaqueta en la mano, me besa.

—No te muevas de aquí. En seguida vuelvo.

¡Dios! Qué pasa. Es tan desconcertante. Tan niño y tan misterioso a veces, que me da miedo.

Han pasado ya veinte minutos desde su marcha. ¿Y si no vuelve? ¿Y si ha estado jugando conmigo? El miedo asalta mi cabeza y entonces me doy cuenta lo hondo que ha calado en mí. Sigo sin explicarme, cómo con tan solo nueve días puedo tener ese sentimiento hacia él, y no puedo evitar pensar en sus palabras de amor mientras bailábamos la noche anterior. Me pareció que él también sentía algo muy intenso por mí. Pero ahora empiezo a dudar...

¡Tin tin tin! Suena el WhatsApp.

Siento que voy a morir de un ataque al corazón, mis manos empiezan a temblar mientras voy en busca de mi móvil que sigue en los altavoces.

ALAN GASS: *Ya estoy aquí mi bella dama*

*¿Me abres?*

Tengo que recordarle el piso, así podrá llamar al interfono y me ahorrará morir súbitamente por un fallo cardíaco.

En línea

*Sí mi amor, enseguida voy* (Emotico beso y emoticono lengua)

¡Toma esa! ¡A ver qué te parece!

Dejo la puerta entornada y voy a la cocina a ponerme un vaso de agua. Me giro y lo tengo detrás sosteniendo su móvil en alto, con ojos encendidos, mostrándome mi último mensaje.

—¡Paga tus deudas! —me ordena.

Y automáticamente su boca impacta contra la mía, su lengua contra mi lengua, y nos fundimos en el mejor de los bailes, un baile caliente, húmedo y sensual, sin lugar a dudas, el mejor aperitivo para un dulce desayuno.

Cuando nuestro súbito deseo parece que de momento está saciado, vuelve a salir al rellano, recoge algo que había dejado instantes antes en el suelo y vuelve sobre sus pasos. Sostiene frente a él una bolsa de la pastelería, que despide un olor apetitoso y su mano izquierda se mantiene escondida detrás de su fornida espalda.

—¿Qué escondes ahí, chico malo? —bromeo.

Con un movimiento que a mí me parece realizado a cámara lenta, mientras observo su belleza extrema, sus ojos negros y su sonrisa encantadoramente sensual, muestra delante de él, un hermoso, perfumado, fresco e inmenso ramo de rosas blancas.

—Siento que la bolsa contenga lo que sea recién hecho, pero me temo que nos lo vamos a comer frío —me abalanzo sobre él, no sin antes darme cuenta de su habilidad para apartar el ramo, impidiendo

que muriera aplastado entre nuestros cuerpos.

\*\*\*\*

Falta poco para volver a reencontrarme con mis preciosos hijos. Alan ya hace un par de horas que se ha ido. Ha sido difícil verlo salir por la puerta, pero necesitaba un poco de tiempo para poner en orden la casa, mi cuerpo y mis ideas, antes de que volvieran a casa mis dos tesoros. Tengo que ponerme otra vez el vestido de “mamá” y guardar en el armario el de “ardiente amante” hasta la próxima oportunidad.

Me encuentro, de pie, frente a la mesa del comedor, contemplando el precioso ramo de rosas blancas y recordando con nostalgia a Alan. Acaba de irse y ya lo echo de menos.

Ha sido un fin de semana realmente intenso en todos los sentidos, y por primera vez desde hace mucho tiempo lo he disfrutado al máximo y me siento feliz.

Me reconforta mucho cuando veo sus caritas, felices también después de sus dos días alejados de mí, y algo debe haber cambiado en mí, porque mi hijo no puede ocultar su sorpresa al verme.

—Mamá qué guapa estás —me lo como a besos, mientras él intenta zafarse de mis brazos.

Abrazo y beso cariñosamente a mi princesa y empiezan a contarme cómo les ha ido el fin de semana.

—¿Y tú mamá? ¿Te has aburrido mucho sola? —me pregunta inocentemente mi hija.

—Pues no, cariño, no he tenido tiempo —respondo mientras

aparecen en mi cabeza calientes recuerdos de mi imponente compañía del fin de semana—. Tengo un cliente impaciente con su pedido y he estado trabajando bastante —miento un poco avergonzada.

—¿Ah sí? ¿A ver qué estás haciendo ahora? —dice entusiasmada.

—Luego, luego, ahora a deshacer mochilas y a la ducha, que mañana toca levantarse pronto —consigo disuadirla.

Por fin me relajo, tumbada en mi cama, aunque muy a mi pesar sola. Me siento realmente cansada, la verdad es que ha sido un fin de semana muy excitante. Cojo mi móvil y abro la aplicación de fotos. Poco antes de que Alan se fuera, me entró la fiebre “paparazzi” y le acribillé durante un rato con mi cámara. Y ahí está frente a mí, con sus ojos fijos en mí y su deliciosa sonrisa en forma de corazón, que me invita siempre a besarla. Apago la pantalla del móvil sintiendo un escalofrío por la espalda. ¡No! ¡Fuera! Tengo que ser fuerte. No sé cuándo lo podré volver a ver, así que tengo que aprender a dosificar mi deseo irrefrenable hacia él.

De pronto... ¡Tin tin tin! Ohhh.... Dios... ¡Un WhatsApp! Mi corazón de nuevo quiere saltar de mi pecho, todavía tengo el móvil entre las manos, pero se me escurre hacia abajo con mi sobresalto y cae encima de la cama. Lo cojo rápidamente.

ALAN GASS: *Te echo de menos princesa.*

*¿Cómo va tu noche?*

*Presiento que la mía va a ser larga y aburrida.*

En línea

*Buenas noches, mi galán caballero*

*La mía también será larga aunque me consuelo con su recuerdo*

*y viendo su sensual rostro en mi iPhone gracias*

*a las fotos que tan gustosamente usted ha accedido a que le tomara*

*(emoticono ojitos cerrados)*

Voy a evitar emoticonos subidos de tono, no podría soportar sus calientes sugerencias.

Escribiendo

*Eso no es nada justo*

*Mi bella señorita usted juega con ventaja*

*Te recuerdo que me debes entonces unas magníficas instantáneas tuyas*

*para que yo también pueda deleitarme contemplando tu belleza*

*en mis momentos de soledad*

En línea

*(emoticono risa)*

*Vale te lo recordaré*

Escribiendo

*¿Comemos mañana juntos?*

En línea

No por favor, necesito tiempo para mí, necesito sacar adelante mi proyecto, si no mi cliente me cortará las orejas. Comer con él significa, que ando toda la mañana perdida, sólo puedo pensar en él, pensar en qué ponerme, donde vamos a ir... mi mente no puede concentrarse en otra cosa que no sea él.

*Mi amor, necesito sacar adelante una maravilla arquitectónica, ¿recuerdas?*

*Si no empiezo ya, puedo perder una oportunidad muy buena de negocio, este cliente pagará un buen dinero por ello.*

Escribiendo

*No te preocupes por eso. Yo estoy aquí para cualquier necesidad que tengas, del tipo que sea. Lo sabes. No tienes necesidad de romperte la espalda para complacer a un viejo seboso.*

En línea

No puedo más que reírme de su expresión. ¿“Viejo seboso”? ¡Pero si ni siquiera lo conoce! Mmmmmm. ¿Estará celoso?

(emoticono risa)

*Mis necesidades las satisfaces de sobras. LO SABES.* (emoticono sonrojado)

*Pero me gusta mi trabajo y necesito seguir haciéndolo.*

Escribiendo

*¿Eres dura eh?*

*Vale me rindo. Te entiendo.*

*Pero es que tengo la semana bastante complicada y te echo tanto de menos...*

*(corazón y beso)*

En línea

*Te recordaré que me lo debes*

Escribiendo

*Sólo tienes que pedírmelo y estoy ahí en cinco minutos*

En línea

*¡No mi amor! No quiero poner en peligro tu vida, conduciendo temerariamente por esas oscuras calles (emoticono carita beso)*

*Cuando nos volvamos a ver prometo darte éste y cientos más.*

Escribiendo

*Me hace muy feliz saber que soy tu amor*

En línea

*Me parece que este fin de semana te he demostrado eso y más ¿no?*

Escribiendo

*No sabes cuánto*

*Te quiero Rebe*

En línea

*Buenas noches*

*Te quiero MI AMOR*

(emoticono beso)

Escribiendo

*Te hablo mañana*

*Buenas noches princesa*

(emoticono corazón y dos besos)

Cierro la aplicación de lo contrario me temo que estaríamos intercambiando emoticonos durante horas y me duermo con el móvil en mi pecho.

\*\*\*\*

De vuelta a empezar la semana. Esta mañana me he despertado antes de que sonara el despertador. Me ha costado mucho levantarme de la cama, me siento completamente dolorida. Pero me gusta pensar en cuál es la causa por la que me encuentro así. Una sonrisa aparece en mi rostro al recordar a mi Don Perfecto.

De camino a casa una vez dejados los niños en la escuela, me invade un sentimiento de preocupación, al recordar las palabras de Alan en nuestra conversación por WhatsApp de ayer por la noche. Yo rechacé su invitación de comer hoy y él me comentó que tenía una semana bastante complicada, yo también el miércoles tengo mi comida con Sofía. ¡Dios! Me había olvidado de ella completamente. Entonces... ¿cuándo nos podremos ver? Este fin de semana estoy con los niños, así que será imposible salir. De repente me siento profundamente triste, lo echo tanto de menos ya.



La mañana transcurre tranquila, intento centrarme en mi trabajo, pero me es tan difícil, tengo que trabajar con la información que él preparó para mí, y sólo pensar que estoy tocando las mismas hojas del dossier que él tuvo entre sus manos, mi cabeza empieza a divagar y a perderse entre imágenes y recuerdos suyos.

¡Tin tin tin! Un WhatsApp. Mi corazón se acelera, mi estómago se encoge y empiezan a temblarme los dedos. Cojo el móvil rápidamente, quiero que sea él.

ALAN GASS: *Buenos días* (emoticono beso)

*¿Cómo estás mi amor?*

*Yo muy mal*

*Echándote mucho de menos*

En línea

*Buenos días* (emoticono carita con beso)

*Intentando concentrarme en el trabajo*

*Aunque se me hace difícil*

*contigo permanentemente en mi cabeza*

Escribiendo

*Pues tengo la solución para eso*

*Vente a mi casa a la una*

*Así tendremos más tiempo*

*No tengo una reunión hasta las cuatro*

*Por favor dí que sí (carita triste)*

En línea

*¡No por favor! Necesito empezar con mi proyecto. No puedo demorarlo más.*

Escribiendo

*Por favor, por favor*

*Te dije que tengo la semana a tope*

*Seguramente no podremos vernos hasta el viernes por la noche*

*Y no creo que sea capaz de estar tantos días sin verte.*

En línea

*¡Oh no! Tengo que decirle que este fin de semana no podemos vernos.*

*Oh Alan nada me gustaría más pero tengo que trabajar*

*Por cierto no creo que este fin de semana podamos vernos (carita llorando)*

*Tengo a los niños*

En línea

*¿Por qué no me dice nada?*

*¿Alan? ¿Estás bien?*

Escribiendo

*No no estoy bien*

*Me acabas de decir que no te veré en toda la maldita semana*

*¿Crees que puedo estar bien?*

En línea

¡Mierda! ¡No sé si está enfadado o triste! Lo que daría por ver su rostro ahora mismo, así sabría mejor que decirle.

*Vale no te enfades por favor*

*Mira el miércoles tengo que comer con una amiga que está con problemas y hace mucho tiempo que no la veo.*

*Si quieres luego me paso por tu casa un momento*

Escribiendo

*No me enfado mi amor*

*Es tristeza*

*No creo que tenga suficiente con un momento además*

*el miércoles no estoy aquí*

En línea

¡Oh que horror! No puedo ceder. No puede absorberme de esta manera.

Escribiendo

*¡Joder Rebeca! Me están llamando*

*Tengo que dejarte*

*No he podido convencerte ¿no?*

En línea

*Lo siento Alan, de verdad.*

Escribiendo

*Vale dicen que lo bueno se hace esperar ¿no?*

*Hasta luego preciosa (beso)*

En línea

(beso beso beso beso beso beso beso beso beso)

Cierro la aplicación con lágrimas en los ojos. Me siento muy mal. No podré estar toda la semana sin verlo. Porqué tengo que ser tan orgullosa a veces. Si pierdo unas horas del día pues las aprovecho por la noche y ya está. Pero sé que luego no lo hago, por las noches no tengo ganas de nada, sólo tenderme en la cama y pensar en él. A veces me odio a mí misma.

Hoy ha sido un día asqueroso. He dejado pasar la oportunidad de estar con mi chico perfecto y además no he podido casi ni empezar mi proyecto. Ya es la hora de la cena con los niños y todavía no he recibido ningún mensaje de Alan. ¿Se habrá enfadado conmigo? Ahora mismo tengo miedo.

Estoy en la cama sin poder dormir, son casi las dos de la madrugada y él no me ha escrito. Siento unos deseos incontrolables de escribirle yo, de hecho siempre es él el que lo hace, pero me da miedo su reacción. ¿Y si hoy ha tenido un día agotador y está durmiendo? Mejor esperaré a mañana por la mañana. Bastante rato más tarde consigo dormirme, aunque me despierto continuamente con sueños

inquietantes e imágenes de él.

\*\*\*\*

Son las doce del mediodía, no puedo más, necesito hablar con él. Paso del WhatsApp y lo llamo. Quiero escuchar su voz. Un tono, dos tonos, tres tonos.... el corazón me va a salir por la boca, finalmente la señal, se corta. No lo ha cogido. ¿Ni buzón de voz ni nada? ¡Ohhh por Dios! ¿Qué pasa?

Vuelvo a intentarlo. Nada. Otra vez. Nada.

No puedo reprimirme más y noto cómo las lágrimas corren por mis mejillas. Estará realmente molesto conmigo, por no querer verlo ayer. Igual no le gustó saber que yo sí tendría tiempo para comer con Sofía, pero no tenía tiempo para él. Me tumbo encima de la cama y hundo mi rostro en la almohada, donde había estado su bonita cabeza este fin de semana pasado. Me embriaga su olor todavía perceptible y rompo a llorar desconsoladamente.

Me arranca de mi súbito abatimiento la melodía de llamada entrante de mi teléfono móvil, ¡siiiíiiii! ¡Gracias al cielo! Le voy a decir que le quiero. Que quiero estar con él. Que a la mierda el “viejo seboso” y su casita de muñecas. Cojo el móvil y al instante mi alegría se esfuma por completo.

DESCONOCIDO

No es él. Por favor....

—¿Sí? —consigo pronunciar.

—Buenos días ¿Señorita Rebeca? —pregunta una seria voz

masculina al otro lado de la línea.

—Sí, soy yo.

—Mire soy Jan, el socio de Alan —contesta lentamente.

¿Jan? ¿Y porqué me llama él? Oh. Por favor tan enfadado está Alan que ni siquiera quiere hablar conmigo. Siento que mis lágrimas aparecen nuevamente en mis ojos.

—Tengo que darle una mala noticia... —mierda sí, es eso.

—¿Sí? —pregunto con apenas un hilo de voz casi inaudible.

—Verá, me he visto obligado a revisar las llamadas y mensajes del teléfono móvil de Alan, y al ver sus conversaciones he creído conveniente que usted tenía que saber lo que ha ocurrido...

—¿Por favor, qué pasa? —imploro ahora ya con un tono casi chillón, presa completamente del pánico.

—Alan ayer por la mañana parecía realmente nervioso, mirando continuamente su móvil, al mediodía dejó la oficina y... —¡por Dios sigue! ¡No te pares ahora! Estoy a punto de desmayarme, mis manos tiemblan de una forma casi dolorosa, qué ha pasado, por favor que acabe ya—. ... tuvo un accidente con su coche —continúa diciendo.

—No no no —empiezo a sollozar—. Está.... —sigo sollozando.

—No no... está en el hospital... grave... quiero decir...está en coma.... Encontraron su coche totalmente destrozado, él tiene varias fracturas, pero la peor parte se la llevó su cabeza, parece ser que se golpeó contra la ventana. Se cree que fue un descuido en la carretera ya que han encontrado su teléfono con el WhatsApp abierto, como si

estuviera manipulando el teléfono al mismo tiempo que conducía...

Su socio sigue hablando pero ya soy incapaz de escuchar nada más, no puede ser... en coma... y por un descuido... ¿con quién querría hablar? ¿Nervioso toda la mañana? ¿Por mí? ¿Querría hablar conmigo cuando tuvo el accidente? ¿Venía a verme aquí? ¿A casa? No por favor, no puede estar ocurriendo esto, ¡no!

—Puedo.... ¿verlo...?

—Bueno está en la UCI, pero veré si se puede hacer algo. Tome nota de mi teléfono y si necesita saber algo no dude en llamarme, yo ahora voy para el hospital y luego le comento —me da su número, lo anoto temblorosamente—. Lo siento mucho. Adiós.

—Adiós.... —me despido casi sin voz..

¡No! ¡No! ¡Por qué por qué! No es justo, no se merece esto por favor.... Estaba tan feliz este fin de semana, ¡estábamos tan felices! Y ahora.... ¡Y es culpa mía! Si hubiera aceptado el ir a su oficina, él no habría salido y ahora estaría.... bien....

Mis ojos se posan en el esplendoroso ramo de rosas blancas que luce como con luz propia sobre la mesa del comedor. Ese ramo que Alan me trajo el domingo por la mañana, junto con el delicioso desayuno que acompañó con su no menos apetecible amor. Y con mi vista clavada en el jarrón me desplomo en el sofá, presa de la histeria y la desesperación.

Me siento hundida y se refleja en mi rostro. Por la tarde mis hijos se dan cuenta y me preguntan. Me excuso diciendo que habré cogido algún virus en el estómago y me encuentro fatal.

Por la noche recibo la llamada del socio de... Alan... No puedo verlo de momento, sólo puede hacerlo la familia. Pero piensan que la semana que viene ya lo subirán a planta una vez tenga las constantes estabilizadas y sus fracturas bajo control, entonces sí podré verlo. Jan me avisará. También me dice que me mantendrá informada cada día de su evolución.

Sólo puede verlo la familia... por lo que me contó, no es que tuviera una muy buena relación. Espero que ahora sí estén a su lado. Por favor que así sea.

Soy incapaz de hacer nada, me paso el día tirada en mi cama, sintiendo su olor...en la almohada... pero cada día que pasa me es más difícil sentirlo, se está desvaneciendo...

¡Tin tin tin! Me incorporo de golpe, ¡síii por fin! ¡Está bien!

SOFIA: *¡Oye! ¿Me vas a hacer esperar mucho mas?*

*¡Tengo hambre!*

En línea

¡Sofía! ¡Es miércoles! ¡Lo había olvidado completamente! Por favor qué puedo decirle...

*Oh Sofía perdona*

*Ha pasado algo terrible*

*Un amigo mío (me detengo, me cuesta seguir escribiendo)*

*ha sufrido un terrible accidente*

*de verdad me he olvidado de nuestra comida*



*lo siento mucho*

Escribiendo

*¡Vaya! Cuanto lo siento*

*No te preocupes quédate con él*

*Ya quedaremos cuando puedas otro día*

En línea

Oh. Que me quede con él, ojalá pudiera estar con él

No tengo ganas de seguir hablando

*Vale yo te aviso*

*Lo siento de verdad*

Escribiendo

*No te preocupes espero que se recupere pronto*

*Un beso*

En línea

*Un beso. Adiós*

Cierro y vuelvo a desplomarme en la cama.

Mi semana transcurre como en una pesadilla, intentando disimular delante de mis hijos y todo el día esperando la llamada de Jan para ponerme al día. De verdad agradezco mucho su apoyo, a él también se le escucha verdaderamente desolado y realmente no sé qué haría si no tuviera sus llamadas, que aunque nunca tienen buenas noticias

hacen sentirme un poco acompañada en mi dolor.

Por fin el lunes por la mañana me llama para comunicarme que acaban de subirlo a planta y si quiero me recoge para acompañarme a visitarlo. Así el personal del hospital no me hará demasiadas preguntas si entro con él y ya tendré entrada libre a partir de ahí. Viene a mi mente la imagen de su familia allí con él, y no puedo menos que aterrarme, no puedo presentarme allí, no soy nadie, y nadie me conoce. Le transmito mis miedos a Jan y muy educadamente me responde que se imaginaba que pensaría eso, por eso quedamos ya, en media hora, por las mañanas no suele haber nadie. Oh, no.... todas las mañanas solo, ¡que horror!

Me preparo rápidamente y a los veinticinco minutos estoy saliendo por la puerta. Veo un chico apuesto vestido elegantemente con un traje que sale de su coche y se dirige a mí.

—¿Rebeca?

—Sí —asiento.

Me extiende su mano.

—Encantado. Soy Jan. ¿Nos vamos?

—Si por favor. ¿Cómo está Alan hoy? —pregunto preocupada.

No sé si podré resistirlo, verlo en la cama, inmóvil, sin poder ver sus ojos negros y brillantes, ni su sonrisa.... noto que mis ojos están a punto de ser inundados por lágrimas, pero las retengo como puedo.

—Bueno sigue igual. Afortunadamente las fracturas no fueron graves, como te comenté. Realmente es un tipo fuerte —noto como se le

quiebra un poco la voz. ¡Oh no! Bastante tengo con controlarme yo, no podría soportar que Jan perdiera el control. Por suerte sigue—. Ahora sólo les preocupa a los médicos su cabeza. Los escáners y electros son buenos. No aprecian ningún trastorno importante. Pero sigue sin despertar. Por lo tanto, no pueden aventurarse a dar un pronóstico favorable.

—Entiendo.... Quería darte las gracias por mantenerme informada durante toda la semana. La verdad no sé lo que hubiera sido de mí si no hubiera sido por ti.

—No tienes que dármelas. La semana pasada Alan era otra persona. Se le veía diferente. Alan nunca ha sido muy dado a contar sus cosas, pero no sé por qué razón extraña el viernes me comentó que estaba conociendo a una persona y que se encontraba genial con ella. Al leer los mensajes... —baja la mirada, como pidiendo disculpas por ello— ... deduje que eras tú. Tenías que saberlo. Él lo hubiera querido así.

—Ohh... —ya no puedo contener más mis lágrimas y exploto en sollozos incontrolables, Jan abre el pequeño compartimento frontal del coche, para extraer una caja de pañuelos que deja en mi regazo. Él le habló de mí. Estaba feliz. Lloro desconsoladamente.

Cuando llegamos al hospital, subimos en el ascensor, estoy temblando de pies a cabeza, me vienen a la cabeza imágenes de él tendido en la cama, sin moverse... siento que voy a empezar a llorar. Jan me presenta a las enfermeras de planta como una amiga íntima de la familia. Parece todo muy estricto y muy... lujoso... Oh. No me enterado ni de dónde estamos, tengo que recordar cuando salga ubicarme un poco, para volver al día siguiente. Después de

asegurarse de que efectivamente Alan se encuentra sólo, Jan vuelve, me coge del brazo y me acompaña a la puerta de la habitación.

—Esperaré en la sala, al final del pasillo.

—¡No por favor! —respondo—. Entra conmigo te lo suplico... tengo tanto... miedo —sollozo.

—Está bien no te preocupes. Entremos.

Jan abre la puerta. Entre un mar de lágrimas puedo verlo, como lo había imaginado, tendido, inmóvil, sus ojos... cerrados... su boca... ligeramente abierta... con un tubo introducido en ella... cables.... máquinas a su alrededor.... Me acerco despacio a él... No puedo apartar la vista de su cara... tan... pálido... tan... guapo.... Me desplomo en la silla que hay justo a su lado, mis manos se posan en la suya, está... no noto su calor sofocante... cuando cogía mis manos.... cuando me tocaba... Vuelvo a llorar, pero esta vez de una forma que no sé si voy a poder controlar en mucho rato.

Noto las manos de Jan posándose sobre mis hombros, intentando consolarme, pero sus intenciones son en vano. Es imposible. No puedo soportarlo. No puedo soportar la idea de que esté así por mi culpa.

Ya de vuelta a casa Jan me explica que ha hablado con el personal del hospital. Tienen órdenes de dejarme entrar siempre que yo quiera, aunque les comenté que prefiero verlo a solas, estoy destrozada y no quiero que su familia me vea así. Por eso, me avisarán en cuanto llegue de si Alan tiene compañía o no.

—Oh... Gracias Jan.

—Yo estaré todos los días allí, sobre esta hora, por si necesitas compañía. Durante el día tengo que estar en la oficina, ahora tengo que ocuparme también de los temas de Alan y la verdad estoy un poco desbordado. Y si necesitas hablar conmigo no dudes en llamarme a la hora que sea.

—Gracias de verdad. Alan tendría que estar contento. Tiene un buen amigo —respondo recordando sus sentimientos hacia ese tema.

Me mira con expresión lánguida. Se le ve muy triste.

Sigo los días siguientes con mis visitas al hospital. Poco a poco voy intentando aceptar la situación. El fin de semana es infernal. No puedo ir a ver a Alan, pero estoy en continuo contacto con Jan. De todas formas, me consuela diciendo que ha estado todo el fin de semana recibiendo visitas continuamente. O sea, que tampoco podría haber ido a visitarle.

El lunes me sobresalta el sonido de mi teléfono, llamada entrante, muy pronto, las siete y media de la mañana. Jan. Oh no ¿qué habrá pasado?

—¡Jan! —suelto aterrorizada.

—Rebeca buenos días. Tengo que decirte.... van a trasladar a Alan... a... casa de sus padres.... Parece que va a estar un tiempo así, por lo que han decidido tenerlo cerca, montarán un mini hospital en su casa con enfermera permanente, ya lo están preparando todo. Y dentro de un rato se lo llevan —siento desfallecer, soy incapaz de articular palabra.

Nooo... no podré verlo... noooo... caigo de rodillas al suelo, por

suerte mis hijos siguen durmiendo. No puedo aparecer en casa de sus padres, ¿cómo me presento? ¿Amiga de su hijo? ¿Novia de su hijo? ¡Por Dios! Si ni siquiera sé lo que soy, y tengo la impresión que Alan no querría que sus padres conocieran de mí, dada su relación con ellos. Mi mundo se desmorona.

\*\*\*\*

—Mamá ¿por qué no tiras estas flores? ¡Están ya marchitas!

La observación de mi hija, se me clava en el corazón. Es cierto. Las perfectas rosas blancas de Alan, han cambiado su color, a un tenue marrón. Están arrugadas y caídas, pero me niego a deshacerme de ellas. Son mi vínculo con él.

—¿Ah si? ¿También querrás tirarme a mí a la basura, cuando esté vieja y arrugada? —intento bromear.

—No es lo mismo mamá.

Tras un mes después del accidente llega la Navidad. Estas Navidades están siendo las peores de mi vida. Las primeras después de mi divorcio y sin Alan... Sólo puedo saber de él a través de Jan. Sigue en coma, en casa de sus padres, con los mejores cuidados médicos y con los mejores equipos, ¿pero le demostrarán su amor? Eso que él tanto añoraba y estoy segura tanto necesitaba de ellos, aunque él jurara y perjurara que no le afectaba. Daría lo que fuera para poder estar con él, poder acariciarlo, besarle y demostrarle todo el amor que siento por él.

\*\*\*\*

Estamos ya a mediados de febrero, el tiempo es bastante frío todavía,

o me lo parece a mí. Me siento tan vacía... Sólo consigo sentirme un poco viva cuando estoy con mis niños, pero cuando no están conmigo... las horas pasan lentas... su almohada se ha convertido en mi inseparable compañera. El tiempo pasa, abrazada a ella y con mi mirada y mis pensamientos perdidos en la lejanía, a través de la cristalera de mi habitación. Esa habitación que fue testigo de nuestro amor, el primer y último fin de semana que estuve con él.

Han pasado tres meses desde el fatal accidente. Todo sigue igual. Sigo en constante contacto con Jan, que me va informando de las inexistentes novedades. En numerosas ocasiones intenta convencerme de que me acompaña a casa de sus padres a verlo y que me presentará como una amiga. Pero no puedo hacerle eso a Alan. Mejor que siga todo como está.

Además corrió el rumor, que su accidente fue causado por el nerviosismo que le produjo un posible enfado con una "amiga" y se distrajo con el teléfono, y sus padres intentan averiguar de quién se trata. Por suerte el teléfono está a buen recaudo en su oficina, custodiado por su buen amigo Jan. Hasta cuándo. No lo sé. Parece ser que los padres de Alan, pueden ser bastante persuasivos cuando quieren.

Mi corazón está hecho pedazos. Ya no puedo sentir su olor... aunque no puedo borrar de mi mente su sonrisa... sus ojos... Paso gran parte del día mirando sus fotos... que feliz se le veía. He conseguido sacar fuerzas de dónde no las tenía, tengo que seguir adelante con mi trabajo, tengo que estar fuerte por mis hijos. Pero es tan difícil. Es tanta la tristeza que tengo dentro.

Ahora me doy cuenta de que mis dudas de si debía estar con él, o

debía dejarle ir, no tenían fundamento. Ahora sé que realmente quiero estar con él. Le pese a quien le pese. Y pase lo que pase. Pero ya es demasiado tarde.

—Jan quiero pedirte un último favor —le digo cuando descuelga al otro lado.

He decidido grabarle las canciones de Ryan Star en un pen. Es la música que nos acompañó en nuestro último encuentro en mi casa. Aquel fin de semana especial, maravilloso e inolvidable que pasamos juntos.

—Me gustaría que Alan tuviera algo mío allí con él. He grabado unas canciones en un pendrive. ¿Podrías encargarte de hacer que se las dejaran escuchar en algún momento? No sé si escuchará, pero quiero intentarlo, por favor.

—Por supuesto, me parece una idea genial, no habrá problema, tiene música en su habitación. Dicen los médicos que es bueno seguir estimulando los sentidos, aunque no sepan si es consciente de algo. Luego te lo paso a recoger.

—Gracias Jan.

\*\*\*\*

Última semana de febrero ya. Los meses van pasando y todo sigue igual. Cada día que pasa lo siento más lejos de mí. Jan insiste en que le acompañe a visitar a Alan. Pienso que tiene razón. Y si.... ¿no despierta nunca? ¿Y si queda poco tiempo para tener la oportunidad de verlo? Hace días que me atormentan estos pensamientos. Aunque quiero apartarlos de mi mente, en el fondo siento que existe esta



posibilidad. Es miércoles por la tarde y voy de camino a recoger a los niños al cole, cuando recibo una llamada de Jan. Qué raro, me llama siempre por la noche. Le doy al botón “Descolgar” del manos libres.

—Hola Jan, dime —pregunto temiendo la respuesta.

—¡REBECAAAAAAAAAA! ¡ALAN HA DESPERTAAAAADOOOOOOOOO!

—su estruendosa voz penetra en mi cerebro.

Afortunadamente tengo espacio a mi derecha, giro el volante bruscamente y freno en seco haciendo chirriar los frenos. No puedo moverme, siento que mis ojos van a salirse de las órbitas y mis manos están a punto de aplastar el volante aferrándose con una fuerza brutal, de tal forma que las uñas de mis dedos empiezan a clavarse en las palmas de mis manos.

—Co...co...mo... di...ces.... —susurro.

—¡Siiiiii Rebeca siiiii! Hace aproximadamente una hora, ahora los médicos están con él, haciéndole todo tipo de pruebas, yo voy de camino a su casa, porque me ha pedido su móvil y otras cosas. ¡Y ha preguntado por ti Rebeca! ¡Delante de todo el mundo! He podido decirle que estás bien, que hemos estado en contacto cada día. Me ha dicho que te diga que en cuanto dejen de marearlo quiere hablar contigo. ¡Está de un humor de perros! Ja, ja, ja, sigue siendo él Rebeca, ¡sigue siendo nuestro Alan!

Estoy llorando. No puedo parar. Al otro lado de la línea Jan intenta calmarme, diciéndome que ya todo está bien, que todo lo malo ha pasado, pero ahora mismo soy tan feliz, mis lágrimas son de felicidad, de alivio, de amor....Quiero verlo, quiero escucharlo de nuevo, quiero tocarlo.... Me muero por él. Después de casi tres meses, vuelvo a

sentirme viva.

Estoy al límite de la desesperación. Son las diez de la noche y todavía no me ha llamado mi querido Alan. ¿Qué estará pasando? Vuelven mis miedos. Los niños están ya durmiendo. Estoy tendida en la cama, encerrada en mi habitación con el móvil en silencio, no quiero que se despierten, quiero estar sola, sola con él. Por fin, se ilumina la pantalla y vibra, *ALAN llamando...*

Descuelgo, no puedo hablar, los sollozos salen por mi boca, las lágrimas corren por mis mejillas.

—Buenas noches princesa —puedo oír su voz, más pausada de lo normal, menos firme que antes, pero su voz al fin y al cabo. Sigo llorando.

—Mi amor no llores, el que he estado enfermito he sido yo —balbucea simulando un niño pequeño.

Por favor, cómo puede decir Jan que está de un humor de perros, acaba de despertar de un coma que lo ha tenido postrado en la cama tres meses y está bromeando.

—Te... quiero.... —consigo articular entre sollozos—. Te... he... echado... tanto... de menos... Lo siento Alan, ¡lo siento tanto! —y exploto en mil sollozos más.

—No tienes que sentir nada mi amor. Jan ya me ha puesto en antecedentes... sobre vuestras confesiones. Sé lo que piensas... y quiero que te olvides de ello inmediatamente —suena cansado, le cuesta acabar las frases.

¡Oh, por amor de Dios! ¡Como puedo olvidarme de todo! Por mi culpa

he estado tres meses separada de él. Si yo hubiera accedido a comer con él aquél fatídico día...

—¡Alan! ¡Cómo te sientes! ¿Está todo bien? ¿Qué han dicho los médicos?

—Tranquila, tranquila. Está todo perfecto. Me siento... como si me hubiera pasado una apisonadora por encima..., pero todo está perfecto. Vas a tener que aguantarme mucho tiempo más. Durante todos estos meses el personal... médico ha hecho un buen trabajo... conmigo... me han mantenido en forma... y mi estado es relativamente bueno.

—Ohhh.... no sabes cuánto me alegro de oír eso...

—Rebe... mi amor.... ¿sabes? He tenido el despertar más bonito de mi vida. Tú sabes qué maravillosa sensación el despertar... escuchando la música con la que tanto nos amamos...

—¡Oh.... Alan! ¿Estabas escuchando el pen que grabé para ti? — vuelvo a estallar en sollozos, ahora ya incontrolables. ¡Nuestra música! Ha despertado con nuestra música.

—Sí... no llores más mi amor.... todo está bien ahora.... Ven a verme por favor necesito estar contigo.

—Oh. Alan, no puedo. Estás en casa de tus padres, no me hagas pasar por eso. No puedo presentarme en su casa.

—Olvídate de ellos, no me importa en absoluto lo que piensen o digan, sólo me importas tú.

—No puedo permitir que por mi culpa se enfaden contigo, tienes que

estar bien para recuperarte pronto. No quiero que nada te preocupe ni que por mí tengas problemas. Te espero, te prometo que te espero ansiosa. Cuando estés en tu casa, será lo primero que haga. Verte. Tocarte. Besarte...

—Ohhh chica mala.... no empieces... que estás hablando con un pobre convaleciente.... ¿no querrás causarme un shock post-traumático no? —bromea.

Si señor, ese es mi chico, ese es mi Alan.

—Vale pues en ese caso... tendré que pedir mi “alta voluntaria” cuanto antes.

—¡No Alan! Recupérate bien. Tenemos tiempo. Mucho tiempo.

—Bien. Vuelven con las malditas pruebas. Tengo que dejarte. Luego hablamos, ¿vale? ¿Te vas a dormir ya?

—Noooo, te espero despierta hasta mañana si hace falta.

—Oh... lástima entonces que no pueda ir hasta allí ahora mismo —ríe—  
— Hasta luego preciosa.

—Hasta luego mi amor.

Cuelgo el teléfono. Y me quedo allí, tendida, disfrutando todavía de su voz en mis oídos. Ahora siento mi cuerpo totalmente relajado, después de tantas semanas en continua tensión, hoy por fin, vuelvo a recuperar el control de mi mente y de mi cuerpo. Y vuelvo a tener su bonito recuerdo en mi cabeza, el dolor va dejando paso al amor, a la felicidad y a la esperanza de que todo se va a arreglar muy pronto.

Los siete días siguientes transcurrieron en continuo contacto

telefónico con Alan, por la mañana, a media mañana, al mediodía, por la tarde, por la noche... Casi estoy fundiendo el cargador, mi móvil casi se pasa todo el día conectado a la corriente. Alan ha avanzado mucho, todos los cuidados que está recibiendo están dando sus frutos. De algo bueno tiene que servir tener tanto dinero, parece ser que sus padres no han puesto ningún límite a nada, y han traído a los mejores especialistas y los mejores equipos.

Esa noche...

¡Tin tin tin!

ALAN GASS: *Buenas noches mi princesa*

*¿Cómo va tu noche?*

En línea

*Buenas noches mi amor*

*Podría estar mejor*

*¿Y tú como andas?*

Escribiendo

*Pues justo esta tarde he ido a correr una maratón (carita sonriente)*

Llevaba dos días ejercitándose con las escaleras, quiere volver cuanto antes a su casa, para poder estar juntos. ¡Ya queda tan poco!

*¿Te gustaría mañana ver a un excomatoso?*

En línea

*¿Cooooomooooo? ¿Estas ya en tu casa? (carita superfeliz)*

Escribiendo

*No, todavía no, están ahora llevando mis cosas para allí  
y por la mañana me llevarán a mí  
o sea que se acerca el momento más feliz de mi nueva vida*

En línea

¡Dios! Su nueva vida. Realmente es así.

*¡Pues claro!*

*Es lo que he estado deseando estos últimos tres meses*

*A qué hora dime*

Escribiendo

*ja ja me alegro de leer eso*

*cuando llegue te aviso*

*no sé todavía a qué hora vendrá a buscarme Jan*

En línea

*¿No te llevan tus padres?*

Disimulando un poco, intento sonsacarle información para saber qué me puedo encontrar mañana en su casa

Escribiendo

*No mi amor*

*Para ellos ya estoy bien*

*Ya no soy una preocupación*

*Bueno sí ahora preocupados para que empiece a trabajar*

*Solo estará conmigo Jan y la enfermera que tengo por las mañanas  
para mis ejercicios de rehabilitación*

En línea

*Espero que esa enfermera se haya limitado a eso  
a ejercicios de rehabilitación*

Escribiendo

*jajajaj si mi amor*

*tengo otros ejercicios de rehabilitación en mente*

*pero esos ten por seguro que los tengo reservados para ti*

En línea

Siento nuevamente esa sensación de calor recorriéndome la espalda.  
Nunca me acostumbraré a él. Siempre me sorprende.

Escribiendo

*Aunque el médico me ha recomendado reposo absoluto durante al  
menos dos semanas*

*pero no se yo si le haré mucho caso*

En línea

*Pues claro que le harás caso*

*Tienes que recuperarte al cien x cien*

*Te quiero a tope*

Escribiendo

*Créeme lo único que me falta para recuperarme del todo*

*es verte (carita beso)*

En línea

*¿Cuántos me debes ya?*

Escribiendo

*Pues unos cuantos igual que tú*

*Me parece que tenemos bastante trabajo pendiente*

A la mañana siguiente justo al volver a casa, recibo su mensaje en el que me avisa de que ya está en su casa y que me espera ansiosamente. Ya me he preocupado lo suficiente esta mañana de salir preparada de casa, por si me llamaba mientras estaba en el cole, o sea que no tengo que hacer nada más que ir al encuentro de mi amado Alan.

Es la primera semana de marzo, y hoy jueves empieza nuestra nueva vida juntos. Como por arte de magia, ha amanecido un día soleado y con una temperatura que invita a pasear bajo los rayos del sol y a despojarse de las ropas de abrigo. Todo es perfecto.

En escasa media hora me encuentro aparcando el coche delante de su casa. Noto que me tiemblan las manos. Siento un nudo en el estómago y me cuesta respirar. Entro por el caminito que lleva a la



puerta principal. Aunque con Alan sólo estuve una vez en su casa, ahora la conozco un poco más, ya que cuando estaba muy deprimida a veces le hacía alguna visita a Jan. Alan de verdad puede considerarse afortunado, Jan es un gran amigo, y espero que lo sepa ya que durante estos meses se ha portado conmigo como un hermano. No hubiera podido soportarlo si no hubiera sido por él.

Es precisamente Jan quien me abre la puerta y me siento incapaz de cruzar el umbral. Estoy paralizada. Con semblante divertido, supongo al ver mi cara desencajada, me agarra del brazo.

—Pasa. Te está esperando ansioso —me saluda con dos besos y cierra la puerta detrás de mí.

Entro en la gran sala que presencié nuestro primer beso, y ahí está sentado él, en ese inmenso sofá. Al escuchar mis pasos, gira su cabeza y vuelvo a ver sus ojos... negros.... su sonrisa.... se me nubla la vista, empiezan a correr lágrimas por mis mejillas, no puedo controlarme. Está tan... delgado... y su piel morena ha palidecido mucho, pero sigue siendo tan... bello. Me acerco y me coloco delante de él, llorando, caigo sobre mis rodillas entre sus piernas, él se separa un poco del respaldo y nos fundimos en un abrazo profundo... tierno...dulce...

—Rebeca... te he echado tanto de menos —solloza mientras me aprieta con fuerza.

—Oh... Alan... pensaba.... —pone sus dedos sobre mis labios adivinando lo que iba a decir y suavemente se acerca a mí y me besa.

Cubre mis labios con pequeños besos llenos de ternura, de

sentimiento... Ohhh. Soy feliz. Ahora sí. Sujeta mi cabeza con fuerza para retenerme más cerca de su boca y entonces vuelvo a sentirlo dentro... tan dentro otra vez... Su lengua se abre paso entre mis labios y mi lengua se enreda con la suya, y juntas reemprenden el baile que tenían pendiente hace meses.

Ha perdido peso pero su poder sobre mí sigue intacto. Me estremezco de pies a cabeza y siento que debo parar, de lo contrario, me abalanzaría sobre él, y todavía tengo que asegurarme de cómo están sus lesiones.

—Ehhh chico malo... ya basta por ahora... si no quieres tener problemas con tu médico.

—Al infierno el médico, te necesito a ti, me siento mucho mejor desde hace dos minutos —dice sonriéndome, sí su sonrisa... sigue hechizándome y él lo sabe.

Acaricio sus brazos y le pregunto por su estado. La verdad, a simple vista, parece estar bien, a parte del peso. Gracias a su buena condición física, se ha recuperado bien de las fracturas, ya solo le quedan dos semanas de rehabilitación.

—Mi cabeza sigue en su sitio —bromea—. Lo único que me falta es recuperar el peso y un poco la masa muscular perdida. Bueno y una cierta parte de mi cuerpo que no he podido rehabilitar todavía y no se si funcionará como antes —ahí está mi chico malo. Me gusta.

—Te quiero Sr. Alan Gass —me invade de nuevo la tristeza—. Si supieras lo mal que lo he pasado.

—Lo sé. Sé por todo lo que has pasado. He estado interrogando

severamente a Jan y lo ha cantado todo. ¡Todo! —simula enfado, pero en el fondo no puede disimular su sonrisa divertida—. Ya le he dicho que a partir de ahora, estoy yo aquí, que más le vale mantenerse alejado de ti, si no quiere verse en serios problemas conmigo.

—Ohh... Alan —le grito y le golpeo suavemente en su hombro izquierdo.

Una mueca de dolor se dibuja en su rostro y recoge su hombro con su mano derecha, masajeándolo.

—Ohhhh... no.... perdona mi amor... no quería lastimarte, lo siento lo siento —cojo su cabeza entre mis manos y empiezo a llenarlo de besos, mientras no puedo parar de disculparme. De repente empieza a sonar una sonora carcajada y me mira a los ojos sin poder parar de reír, jajajaja.

—Cariño, sigo un poco débil, pero creo que puedo aguantar algo más que eso.

—¡Serás! —me cruzo de brazos y le miro enfadada.

Pero no puedo continuar más con la broma y me cuelgo de su cuello, besándole suavemente bajo el lóbulo derecho.

—Alan, en serio, tienes que saber que Jan se ha portado conmigo como un hermano. Si no hubiera sido por él, me hubiera vuelto loca. Y te quiere mucho Alan. Tienes un gran amigo. En serio.

—Lo sé. Y ya se lo he agradecido un montón. Me lo ha contado todo. Y me he sentido tan triste, sabiendo que has estado tan... mal... Yo en el fondo, he estado durmiendo, para mí ha sido menos doloroso,

para mí es como si hiciera dos semanas que tuve el accidente, pero tú... —se le quiebra la voz y no quiero que siga, no quiero recordarlo. Le beso.

Jan entra en el salón acompañado de una mujer de avanzada edad enfundada dentro de un uniforme blanco. La enfermera. Le tocan sus ejercicios de rehabilitación. Alan tuerce la boca, en una mueca de desaprobación.

—Ohhh ¡joder! Mis ejercicios.

Han habilitado una habitación contigua al salón para ello, junto con alguna que otra máquina para algunas pruebas supongo. Se levanta del sofá con un poco de dificultad, y le acompaña a la sala.

—Quédate conmigo no te vayas —me suplica.

Parece que a la enfermera no le hace mucha gracia, pero accedo, me lo pide mi hombre y eso es suficiente para mí. Aunque se me hace duro verle ahí. En su semblante de cuando en cuando aparecen signos de dolor, todavía es muy reciente, todavía le duele. Y no puedo verlo así. Le digo que voy a prepararme una copa, realmente la necesito, y parece que lo entiende. Lo dejo con sus ejercicios.

Veo a Jan sentado en su mesa de trabajo. Me acerco a él. La verdad es que le he cogido mucho cariño a este chico. Po primera vez en estos cuatro meses, me detengo un poco a estudiar su rostro. Curiosamente es mayor que Alan, tiene 35 años, pero también aparenta menos edad de la que tiene. Sus ojos verdes combinan a la perfección con su rizado pelo dorado y resulta bastante atractivo también. ¡Vaya par de arquitectos! ¡Menuda pareja!

—¿Cómo le ves Jan?

—Muy bien y a partir de hoy mucho mejor ya verás. Es muy fuerte. Suerte ha tenido de eso, si no, no se hubiera recuperado tan pronto, pero ahora contigo a su lado, ya verás como todo irá más rápido.

—Eso espero... voy a ponerme una copa de vino, ¿te traigo algo?

—No gracias, estoy de servicio —bromea echando un vistazo a la pila de informes, planos y demás que tiene sobre la mesa.

Le sonrío cariñosamente y me dirijo a la cocina.

Estoy sentada en el sofá escuchando música cuando se abre la puerta del gimnasio improvisado y sale Alan seguido de la enfermera, la cual se despide hasta la mañana siguiente.

—¿Cómo te sientes? —le pregunto cuando se sienta a mi lado.

—Un poco dolorido. Después de los ejercicios me duele un poco, pero se pasa enseguida y hoy creo que se me está pasando más rápido.

—¿Quieres beber algo? —le invito señalando mi copa.

—Estoy todavía con antibióticos, pero un poquito de vino no me afectará, tenemos que celebrar que estás aquí conmigo.

Me levanto enseguida y voy a la cocina, cojo una copa y le pongo dos dedos escasos de vino. Vuelvo con la copa. Se la ofrezco y mientras la sostiene en su mano, la mira con cara de expectación.

—¡Vaya! No me voy a emborrachar no.

—Eh Sr. Gass, estoy aquí para cuidar de usted, y si el señor está

tomando medicación, ¡esto! no es bueno para usted.

—¿En serio Srta. Cold? ¿Está usted aquí para cuidar de mí?

—Sí Sr. Gass —le respondo.

—¿Para cuidar de mí en lo que sea Srta. Cold?

—Si Sr. Gass.

Su brazo izquierdo rodea mi cintura y su mano derecha se posa en mi rodilla, iniciando un lento avance hacia mi muslo, acercándose peligrosamente a mi ingle, mientras mantiene su mirada fija en mí y su sonrisa no deja de seducirme ni un momento.

—Eh eh eh eh ¡quieto chico malo! Ordenes estrictas de su médico. Reposo absoluto. ¡Dos semanas!

—¡A la mierda el reposo absoluto! Sólo caricias, sólo besos, por favor...

—Alan cariño, ¿crees que podremos parar? ¿Crees que nos podremos conformar sólo con eso?

—No —responde rotundamente.

—¡Además no estamos solos! —digo señalando con la cabeza la puerta de su estudio, donde Jan sigue discutiendo al teléfono no sé con quien—. ¡Entonces! Por favor, sepárate medio metro de mí ¡ahora! Bueno espera, ya lo hago yo, no te muevas —y me alejo de él un poco.

Seguimos toda la mañana, uno junto al otro, sentados en el sofá, abrazados y hablando sin parar, de todo lo ocurrido durante estos

meses. A la una, Jan sale del despacho y se despide de nosotros. Ha acabado su jornada laboral por hoy. Imagino que Alan le habrá pedido que no vuelva después de comer. Por fin estamos solos, de nuevo, los dos solos.

—Rebeca... y si no funciona... ¿como antes?

Su tono de preocupación acompañado de su pregunta me hace reír, me parece ahora mismo tan niño.

—Oye no te rías ¿eh? ¡Que esto es serio! —responde enfadado

—Mi amor, sólo que funcionaras al cuarenta por ciento de tus posibilidades, ya me bastaría y créeme que a juzgar por tu aspecto, eso no va a suceder.

—Me gustaría comprobarlo ahora mismo.

—Alan no... eres un loco —me separo un poco de él y recuerdo que tengo algo que contarle.

—Quiero decirte una cosa que creo que te animará un poco. El lunes tuve cita con mi ginecóloga y creo que hemos podido solucionar satisfactoriamente tu problema con el látex.

Su rostro se ilumina, sus ojos se oscurecen, el deseo los invade y su sonrisa... se vuelve lasciva... seductora... y excitante como hacía tiempo no la recordaba.

—Rebe, la última vez que estuviste aquí conmigo, no me diste la oportunidad de enseñarte el resto de la casa. ¿Quieres verla ahora?

—su sonrisa... le delata.

—Ohhh ... Alan ... no.... recuerda lo que te ha dicho... —no me deja

terminar.

—Por favor. Sólo tumbados, uno junto al otro. Muy juntos —no me puedo resistir, no a esos ojos, no a esa sonrisa.

Cojo su mano y lo sigo escaleras arriba. Le cuesta todavía subirlas, pero después de dos semanas de su despertar, verlo así tan bien, es todo un milagro. Me lleva directamente a su habitación. Es preciosa. Amplia. Blanca. Una cama... inmensa... Se tumba en ella. Ahora me fijo en su cuerpo. Sus pantalones de deporte y su camiseta se han pegado al cuerpo, ha perdido mucho peso, pero se le siguen apreciando sus músculos todavía debajo de esas cómodas ropas. Me recuesto a su lado con cuidado de no apretarle demasiado, pero él me rodea con su brazo derecho y me estrecha fuertemente contra su cuerpo.

—Ohhh Rebeca, llevo dos semanas pensando en este momento.

—Alan cariño, yo llevo casi cuatro meses soñando contigo así como estamos ahora.

Se incorpora lentamente y se coloca a mi lado casi encima mío. Su brazo por detrás de mis hombros y su pierna izquierda entre mis piernas. Me asaltan todos los fuegos interiores, mis manos rodean su cuello y nuestros labios se unen en un acalorado beso que me sabe a gloria. Mis manos descienden hasta el borde de su camiseta, la levanto y él increíblemente ágil levanta sus brazos para que pueda sacarla por ellos. Y ahí lo tengo frente a mí, su cuerpo caliente... tan deseado por mí... otra vez para mí... todo para mí.

Le obligo a recostarse otra vez contra su espalda, noto que le cuesta mantener un poco la postura, quiero que esté cómodo, y así empiezo



a recorrer con cientos de besos su cuello... su pecho.... su abdomen... Mis manos realizan mil dibujos sobre su piel, por sus hombros... por sus oblicuos... ohhh.... todavía siguen ahí... esas líneas que tanto me gustan... Con una fuerza increíble hace que me siente sobre sus muslos, él se sienta también y empieza a desabrocharme lentamente la camisa. Enseguida quedan al descubierto mis pechos. La libera de mis brazos y sus dedos hábiles se dirigen al cierre de mi sujetador. Lo deja caer delante nuestro y noto sus ojos que se vuelven más profundos, me mira fijamente y oigo su dulce voz.

—Te quiero. Y quiero tenerte ahora...

—Alan, puedes lastimarte.

—No lo creo... seremos cautelosos. ¿Es efectivo ya el método? — pregunta refiriéndose a mi visita a la ginecóloga.

—Pues no lo sé, no lo he podido comprobar con nadie —bromeo.

Me mordisquea un pecho a modo de castigo. Se me escapa un gemido y mientras sigue reencontrándose con mis pechos y mis pezones, sus manos empiezan a desabrochar mi pantalón. No para de emitir pequeños gemidos y yo no puedo controlar ya mi excitación, mi cabeza da vueltas y mis manos deseosas de su cuerpo, descienden hacia su abdomen.

De golpe me voltea y lo tengo encima de mí, me arranca prácticamente los pantalones y las bragas y en décimas de segundo me encuentro totalmente desnuda debajo de su cuerpo. Parece haber recuperado toda su fuerza pero en su cara todavía se refleja todo el dolor sufrido hace meses. Mis manos vuelven a posarse en su

abdomen y descendo lentamente hacia el interior de sus pantalones. Nuestras bocas se separan, me mira fijamente, yo sigo descendiendo y por fin, ahí está, envuelvo con mi mano su pene, su cuerpo se tensa y vuelve a emitir un gemido, esta vez más gutural y profundo que los anteriores. Veo en su cara una expresión de paz, de alegría, supongo que aliviado al descubrir que sigue siendo tan hombre y tan varonil como hace unos meses.

—Ohhhh... Rebeca... mi amor.... te deseo tanto..... —su mano desciende hasta mi pubis, inmediatamente siento sus dedos dentro de mí.

—Mmmm... Alan... ¡no sabes cuántas veces he soñado con este momento! Ahhhh... si... si... ¿Te sientes bien? ¿Te duele?

—No.... Rebeca... estoy bien... sigue... sigue... fuerte.... sigue.... —obedezco sus órdenes y sigo con mi particular masaje, sus dedos siguen luchando dentro de mi vagina y creo que voy a explotar cuando se coloca encima de mí y me penetra con fuerza, vienen a mi mente todos los momentos vividos con él antes de su accidente y no puedo apreciar mucha diferencia, la verdad.

—Ohhhh.... Rebeca... que sensación tan excitante... eres tan caliente... ahhhh ... ahhhh —susurra mientras me embiste una y otra vez.

Estoy a punto de perder el sentido, rodeo con fuerza su espalda, empiezo a notar que disminuye un poco el ritmo, tenemos que acabar, no quiero lastimarle.

—Rebeca.... te quiero... —susurra.

Noto su respiración acelerarse... la mía también... mi vagina se llena de él... de su fuerza... de su jugo... un fuego recorre mi clítoris, latigazos me invaden el estómago, agarro con fuerza las sábanas y me incrusto contra el colchón en una explosión caliente de placer, amor y deseo, tan profunda... tan bonita... como nunca había experimentado.

Él cae extasiado a mi lado, con la respiración fatigosa, empapado en

sudor causado por el esfuerzo. Le acaricio suavemente su rostro.

—¿Te encuentras bien mi amor? —le pregunto.

—Ohhh... si cariño. No he estado mejor en mi vida, te lo aseguro. Eres la mejor medicina para mí.

—Ya... sólo me quieres por el sexo... lo sé —finjo tristeza.

—Además de por otras muchas cosas —coge mi barbilla y me acerca a su cara para depositar un cariñoso beso sobre mis labios.

Su semblante parece ahora preocupado. Ahora soy yo quien se adelanta a sus pensamientos.

—¿Qué ocurre? ¿En que piensas mi Don Perfecto?

—¿Tu Don Perfecto?

—Sí, ¿tú no te has visto? Lo eres. Venga en qué piensas.

—Mañana es viernes —dice despacio—. ¿Qué planes tienes este fin de semana?

No habíamos hablado de este tema, por lo que él no tenía claro si este fin de semana tendría a mis hijos conmigo o por el contrario, estaría totalmente disponible para él. Por suerte, esta vez, no me sentiría desolada al tener que dejar a mis niños con su padre. Estos próximos días, me entregaría en cuerpo y alma a mi hombre perfecto y amado.

—Bueno.... resulta que... —titubeo haciéndole pasar un mal rato, hasta darle mi respuesta— ...resulta que... me preguntaba si querrías que te viniera a visitar algún ratito el sábado y algún ratito el domingo.

Porque como estaré sola en casa, ¿pues para no aburrirme tanto sabes? ¿Qué te parece?

—Pues sinceramente no me parece bien. De hecho tu idea me parece de lo más descabellada —responde furioso. Por un momento me desconcierta, pero no puede disimular su sonrisa por mucho tiempo y sigue—. De eso nada. Tú mañana por la mañana a primera hora te vienes aquí, cargada con tu mochila, y te retendré aquí a mi lado hasta el domingo por la tarde, quieras o no.

—¡Vaya! Pues me has decepcionado un poco. Es que yo tenía pensado quedarme aquí hasta el lunes por la tarde.

Su rostro de golpe recupera todo el color perdido, su cara se ilumina y parece como si de repente engordara diez kilos. Se incorpora para verme más de cerca. No puedo evitar reírme.

—Lo he arreglado con su padre, para que los niños se queden con él y los lleve él el lunes al cole, o sea que hasta el lunes por la tarde... estoy a su servicio Sr. Gass.

Inmediatamente me atrapa entre sus brazos, nuestras bocas se unen delirantes, nuestras lenguas juntas, calientes y revoloteando de una boca a la otra... arriba... abajo...dentro... fuera.

Le obligo a recostarse contra la cama y empiezo a cubrirlo de besos. Su cara... sus ojos...mis pechos van rozando su cuerpo, vuelvo a notar su excitación, sus manos me sujetan los costados y siento que me queman ahí donde se detienen. Desciendo por su cuello, me detengo en su pecho, me embriaga su sabor dulce-salado causado por el sudor del fantástico clímax antes compartido, tiro con mis dientes suavemente de su vello, chupo sus pezones... sus manos

incandescentes presionan sobre mi trasero aplastándome contra sus caderas, noto su nueva erección contra mi vagina, gimo, él gime, vuelve a estar listo, y yo también, pero ahora lo quiero yo a él, a todo él, todo para mí.

Me deshago de sus fuertes manos y sigo mi descenso, mis labios recorren su abdomen, mi lengua se introduce en su ombligo, tensa su espalda, gime, ohhhh... Alan... cuánto me gustas.... mis labios besan su vello púbico y levantando mi mirada hacia él y mirándole fijamente, abro mi boca para recibir a esa parte de su cuerpo que tanto he ansiado durante estos meses. Cubro su pene totalmente con mis labios y empiezo a succionarlo obsesivamente, mis manos ascienden hasta su pecho, sus manos sujetan con fuerza mis muñecas, mientras un largo y quejoso gemido sale de su garganta. Su excitación es tal, su miembro es tan grande ahora... que tengo que retirarme un poco, sigo subiendo, bajando, arriba, abajo, fuerte, profundo... Sujeto su pene con mi mano mientras mi lengua juguetea con su punta, lamo, chupo...

— Ohhh... Alan...cómo me pones... me excita tanto comerte la polla.

— Mmmmm... Rebeca.... ¡me vuelves loco!

No puedo creer lo que estoy sintiendo, no puedo evitar el emitir un terrible gemido cuando mis piernas desfallecen sucumbiendo a mi brutal orgasmo acompañado del suyo dentro de mí boca, permitiéndome saborear su dulce jugo una vez más.

En un fiero arrebató me atrae hacia su rostro y me besa apasionadamente, está fuera de control, su lengua parece querer descubrir sitios infranqueables dentro de mi boca y yo... yo no puedo

hacer otra cosa que corresponderle en su deseo.

—Eres increíble Rebeca. No me dejes nunca por favor. Te quiero — me dice al oído.

—Tú si lo eres. ¿Has visto lo que me has hecho? Sin tocarme siquiera tienes un poder sobre mí que traspasa todas las fronteras.

—Ya me he dado cuenta Srta. Hot. —bromea cambiándome el apellido—. Usted tan mojada y preparada como siempre. Y esa boquita... que no puede estarse quietecita... ni calladita... Ahhh... Me gusta tanto todo lo que me haces... y lo que me dices... mmmmm.... —ríe.

—Nunca te dejaré mi amor. Y menos ahora que he descubierto que sigues en forma —y suelto una sonora carcajada.

Llega la hora de despedirnos, con su brazo apoyado en el umbral de la puerta, y su cabeza inclinada hacia mí, me parece tan atractivo... no quisiera tener que irme, pero me consuela el saber que a la mañana siguiente volveré a estar con él, sólo con él, durante casi cuatro días, ohhh que maravilla.

—¿Estarás bien esta noche? —pregunto preocupada.

—Sí, tranquila, ya sabes que siempre he sido un corazón solitario e independiente, pero mañana ven pronto por favor —susurra a mi oído.

Recorre con sus labios la línea de mi mandíbula para encontrarse con mi boca, esperándolo ya con ardiente deseo. Rodea mi cintura con sus brazos, mis manos acarician su pelo y nuestras lenguas se unen una vez más sedientas la una de la otra.

—¿Hablamos esta noche vale? —consigo decir.

—Muy bien.

—Adiós Alan, si necesitas algo llámame. ¿Lo harás?

—Ohhh. Rebeca, claro que necesitaré —bromea detrás de unos ojos encendidos.

\*\*\*\*

Son casi las diez de la mañana cuando estoy entrando por el caminito que lleva a la puerta principal de la casa de Alan. Los niños ya están en el cole y tengo por delante cuatro maravillosos días para pasar junto a mi querido y añorado Don Perfecto.

Me abre la puerta la Sra. Gaby. Es una entrañable mujer que ha cuidado de Alan desde su infancia. Es increíble la vitalidad que tiene, nunca se está quieta, arriba, abajo, limpiando, cocinando, siempre pendiente de tenerlo a punto todo para su querido Alan. En mis visitas a Jan durante la convalecencia de Alan en casa de sus padres, coincidimos en varias ocasiones y llegamos a congeniar mucho. Será porque queremos mucho al mismo hombre, cada una a nuestra manera claro.

—Buenos días Rebeca —me saluda.

—Buenos días Gaby, ¿cómo está? —respondo.

—¡Perfectamente! Y contentísima de ver a Alan tan recuperado ya, y creo que mucho te lo debemos a ti —dice mientras me estruja entre sus brazos emocionada—. Estaba preparando un tentempié para los chicos —dice refiriéndose a Alan, Jan y sus ayudantes—. ¿Quieres



que te prepare alguna cosita?

—Ohhh. ¡No gracias Gaby! Ya he desayunado y hay que cuidarse – bromeo.

Golpeo tímidamente en la puerta del estudio de Alan antes de abrir las puertas. Ahí está sentado mi atractivo hombre detrás de su mesa llena de papeles hablando con su socio Jan. Saludo a los ayudantes y me dirijo al fondo de la estancia. Jan se levanta y me saluda con un gran abrazo y dos cariñosos besos mientras veo por el rabillo del ojo, el rostro de Alan, detrás de una expresión seria. Me dirijo a él y le planto un beso en los labios.

—¿A qué viene esa cara, Don Mal Humor?

—¿Es necesario que te bese tanto? —responde tras unos ojos increíblemente fríos.

—Ohh... Alan... mi amor... ¿quieres que te demuestre aquí y ahora que no tienes que preocuparte por nada?

—¿Serías capaz? —me reta ya con media sonrisa en sus labios.

—Uffff.... no me tientes... no me tientes.... Te dejo trabajar. Sólo quería que supieras que ya estoy aquí. Voy con Gaby a criticarte un ratito —le bromeo despidiéndome de él con otro beso, éste un poco más dulce.

—Ya estoy deseando que sea la hora de acabar el trabajo. Hasta luego.

Salgo del estudio y me dirijo a la cocina donde oigo a Gaby que está trasteando con los cacharros dentro.

—Me ha comentado Alan, que vais a pasar aquí estos cuatro días. Os he estado preparando comida. Ven que te cuento y me dices si quieres algo más.

—Oh... Gaby no creo que necesite nada más. Es usted perfecta y siempre piensa en todo. Seguro que todo está más que bien.

Se me pasa el tiempo muy despacio esa mañana. Todavía falta una hora para que Alan quede libre de sus quehaceres arquitectónicos. Supongo que Gaby se da cuenta de mi nerviosismo, es por eso que me ha preparado una pequeña lista, y me pide si se lo puedo ir a comprar, ha pensado que nos va a preparar un par de cositas más.

Me ha tomado un poquito más de tiempo de lo que pensaba el hacer la compra, ya que me entretengo comprando algunos “caprichitos” para estos días, pero cuando llego todavía siguen encerrados en su estudio. Uf... Que larga y tediosa mañana. Por fin, mientras estamos sacando la compra de las bolsas, oigo las puertas y las voces despidiéndose hasta el martes próximo. ¡Bien! Rápidamente salgo al encuentro de Alan. Su visión de pie, en el centro del salón, enfundado en su traje, su camisa y corbata desabrochadas, sus manos dentro de los bolsillos del pantalón, haciendo de esta forma que se note más toda su fisonomía varonil, hace que me recorran mil escalofríos de deseo por la espalda. Me abalanzo sobre él rodeando su cuello con mis brazos y llenándole de besos su cara, su cuello, sus labios... Sus manos se posan de repente en mi trasero y me aplasta contra él, llenando mi boca con su lengua y encendiendo todo mi ser en décimas de segundo.

—Mmmmm... ¡qué bueno estás! No sabes los esfuerzos sobrehumanos que tengo que hacer para saludarte castamente

cuando estás con gente mi amor —le susurro al oído—. Habéis tardado mucho hoy. ¡Ya no podía más!

—Lo sé. Hemos tenido que adelantar el trabajo de esta tarde y el del lunes. Ahora ya soy todo para ti —y me estrecha fuertemente otra vez contra él y empiezo a notar que estoy al borde de la perdición cuando noto su fuerte cuerpo contra el mío.

Le hago una señal en dirección a la cocina para avisarle que Gaby todavía está con nosotros.

—En ese caso, voy a darme una ducha y a cambiarme de ropa. ¿No te vayas eh?

—¡Ni loca! —le respondo mientras veo cómo va subiendo las escaleras en dirección a la habitación.

Todavía se aprecia un poco la dificultad en subir escaleras y eso me entristece un poco, me cuesta alejar de mi mente las imágenes de él postrado en la cama del hospital y todos los malos momentos vividos durante su ausencia.

Estoy sentada en la isla central de la cocina, escuchando las alegres historias de Gaby, mientras sigue preparando no sé qué mil cosas. Me encanta cuando me habla de Alan, es increíble el amor que se desprende de las palabras de esta mujer. Realmente lo quiere mucho. Me está contando una típica travesura de niño, cuando unos fuertes brazos me rodean la cintura.

—¿Ya estás hablando más de la cuenta Gaby? —bromea Alan. Ella ríe.

—No te creas nada de lo que te diga —me susurra al oído.

—Oh... Alan querido, ¿sabes que nunca miento! Lo que me has hecho pasar sólo lo sabemos tú y yo —le reprende cariñosamente—. Bueno Alan si no necesitas nada más, yo ya me marchó.

Mientras Gaby parloteaba alegremente conmigo, había preparado la mesa de la cocina con nuestra comida y ya no faltaba detalle.

—No Gaby, gracias, puedes irte.

—Pues que lo paséis muy bien. Hasta el martes —se despide—. Cuídamelo mucho —me susurra cuando pasa por mi lado.

—Lo haré Gaby, gracias.

Oímos cerrarse la puerta de la entrada y por unos segundos disfrutamos del silencio mirándonos a los ojos.

—Por fin solos —me susurra acercándose a mi taburete y colocándose de pie frente a mí entre mis piernas.

—Sí por fin. Te he echado tanto de menos.

—¿Comemos? Estoy hambriento y quiero hablarte sobre algo mientras disfrutamos de este manjar que nos ha preparado Gaby.

—¿Hablarme sobre algo? ¿Qué ocurre Alan? —mil temores me asaltan y siento que empiezan a temblarme las piernas. Mi cara supongo que se descompone de inmediato.

—No pasa nada princesa. No te preocupes —me tranquiliza sonriendo—. Sólo quiero proponerte algo, pero es algo bueno mi amor —y sus dedos recorren mi mandíbula para acabar acariciando mis labios. Le beso el pulgar y me aferro a su cuello con fuerza.

—Ohhh... Alan... tengo tanto miedo que llegue el día en que me digas que te has cansado de mí.

—¡Créeme eso nunca ocurrirá! —me dice mientras me separa con brusquedad de él agarrándome por los hombros—. Quiero que te olvides de esas estúpidas ideas. ¡Nunca! ¡Nunca! ¿Me oyes?

Estoy a punto de llorar. Todavía siento en mi interior mucha tristeza y dolor por todo lo pasado durante estos meses y sigo muy sensible a todo. Él lo sabe y se apresura a consolarme.

—Lo siento mi amor, no quería chillarte, pero es que me enfurece que pienses algo que no ocurrirá jamás. Ven vamos a comer y te cuento, verás como piensas entonces diferente.

—Vale —asiento.

Sé que es sincero conmigo en este momento, pero también sé que eso es algo que no puede saber ahora. Él no sabe mañana lo que puede pasar, nadie sabe lo que nos deparará el futuro.

Realmente la comida que nos ha preparado Gaby está exquisita. Alan me sirve una segunda copa de vino.

—Rebe, quería pedirte si quieres pasar conmigo todos los días que tengas libres de las vacaciones de Semana Santa. Sólo dime cuándo será y yo lo arreglo todo con los chicos para estar solos tú y yo.

Miro sus ojos que reflejan el deseo y a la vez la emoción por la oportunidad de pasar más tiempo conmigo y entonces veo cómo tenía razón. Todas mis dudas y todos mis miedos se disipan al momento. Estamos aquí sentados uno frente al otro, tenemos cuatro días por delante y él ya está planeando los próximos días de vacaciones para

nosotros. Realmente quiere estar conmigo. ¡Sí! ¡Y yo con él!

Rodeo rápidamente la mesa y me siento en su regazo agarrándole la cabeza con mis manos y hundiendo mis dedos en su pelo.

—¡Sí! Claro que quiero pasar contigo las vacaciones, ¡siiiii, siiiii! — beso de nuevo sus ojos, sus mejillas, su cuello—. Tengo libre la segunda parte de la semana, desde el miércoles por la tarde hasta el lunes —le digo sin poder ocultar mi entusiasmo.

—Perfecto pues el martes empiezo a prepararlo todo. Tú sólo preocúpate de traer tu bolsa con lo imprescindible. No vas a necesitar mucha cosa, porque no te voy a dejar salir de la cama —bromea besándome la nariz.

—¡Ehhh! ¡Eh! ¡Eh! Le recuerdo Sr. Gass que sigue convaleciente y....  
—no me deja acabar.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! Srta. Cold le recuerdo que para entonces ya habrán pasado las dos malditas semanas de reposo y ya estaré totalmente recuperado y al cien por cien de mis posibilidades —contesta picarescamente.

—Bueno bueno... por lo que pude comprobar ayer... Sr. Gass.... usted se pasa por el forro las indicaciones de su médico y sus posibilidades puedo confirmar que están más que recuperadas. ¡Pero! no te creas que este fin de semana vas a hacer lo que te dé la gana. Voy a cuidar de ti, por la cuenta que me trae, ya que quiero que estés bien para las vacaciones. Si estos días te fatigas mucho igual te estropeas un poco para entonces —nos unimos en una carcajada—. Venga empecemos porque tienes que acabarte la comida —le digo mientras me dirijo de nuevo a mi silla.

—¡Sí mi señora! —asiente mientras me lanza una de sus provocadoras sonrisas. Opto por clavar la mirada a mi comida y así huyo un poco de mis fuegos internos.

Hemos acabado nuestra primera deliciosa comida del superfin de semana. Nos llevamos nuestras copas al salón y nos acomodamos en el gran sofá uno junto al otro. Reposo mi cara en su pecho. Siento sus pectorales a través de su camiseta fina de algodón y le acaricio mientras planeamos nuestros días juntos. Alan quiere salir a cenar y a comer y a pasear... pero yo no estoy tan segura de que sea buena idea hacer todo eso. Aún se fatiga un poco con los esfuerzos, pero él insiste en que se siente bien y quiere pasear su amor por todos lados. Es encantador y me hace sentir realmente bella y amada. Nuestra conversación se detiene y empiezo a sentir sus manos deslizándose por mi espalda. Me apresuro a incorporarme y con la excusa de ir al baño lo dejo ahí, descansando en el sofá.

—Voy al baño un momento. Descansa un poco —le digo besándole la mejilla.

—Vale pero no tardes —susurra.

Una vez en su habitación, decido tomar una relajante ducha y ponerme ropa cómoda. Así también tendrá más tiempo de descansar. Hoy parece un poco cansado.

La ducha me ha despejado un poco, el vino había hecho efecto en mi cabeza. Me pongo mi camiseta de tirantes y mis pantalones cortos y bajo a reunirme con mi amado compañero. Mientras bajo por las escaleras en silencio, gracias a mis pies descalzos, puedo verle... Está totalmente estirado en el sofá, con los ojos cerrados. Parece

realmente un ángel. Su belleza se acentúa cuando duerme. Sigilosamente me acurruco a su lado en el suelo, sin tocarlo para no despertarle y poder seguir así apreciando su extremada belleza en silencio. Tengo que obligarme a mí misma a mantener las manos quietas, se me hace difícil al contemplar su cuerpo. Su camiseta ajustada a esos pectorales... y sus pantalones de deporte escasamente sujetos a sus caderas por un delgado cordoncito... Su pelo alborotado... y su sonrisa, incluso durmiendo, su sonrisa es provocadora y sensual.

Tengo que dejarle dormir por eso decido ir a la cocina a revisar donde ha colocado Gaby las compras “especiales” que he hecho esta mañana. Realmente Gaby sabe cómo cuidarnos, la nevera está repleta de comida, podríamos estar una semana sin que nos faltase de nada. Y Alan quiere salir. ¡Que vamos a hacer con todo eso! Tengo que quitárselo de la cabeza como sea.

Cuando salgo de la cocina unos ojos negros y profundos están mirándome desde el sofá. Su sonrisa... también.... invitándome a sentarme junto a él. Me deslizo entre sus piernas y me coloco a su lado, sobre su pecho y mi pierna entre las suyas.

—Buenas tardes dormilón —le saludo besándole el lóbulo de la oreja.

—Mmmm... qué bien despertarse así... —sus manos me abrazan y sus labios se abren en busca de los míos.

Nuestras lenguas sedientas se juntan, con su mano presiona mi cabeza contra él, adentrándose así aún más dentro de mi boca. Su otra mano recorre mi espalda, subiendo mi camiseta y recorriendo cada centímetro de mi piel. Libera mi cabeza para sujetar mi muslo



contra su entrepierna para luego y ascendiendo su mano se introduce dentro de la pernera de mi pantalón y me acaricia dulcemente el trasero.

—Mmmmm... qué bien hueles... y qué poca ropa llevas....

—Mmm... si.... he querido ahorrarte trabajo.... quiero que guardes tus fuerzas para lo realmente importante.... —susurro a su oído.

Inmediatamente me siento a horcajadas sobre sus caderas y mirándole a los ojos, sujeto mi camiseta y la deslizo fuera de mi cabeza y de mis brazos, dejando al aire mis generosos pechos, hambrientos de sus manos y sedientos de sus besos. Lo agarro de su camiseta haciendo que se incorpore frente a mí y hago lo mismo con la suya. Lo obligo a recostarse otra vez sobre el sofá y me tiendo sobre él, cubriendo su pecho de besos y rozándolo con mis senos una y otra vez. Deslizándome hacia sus pies, desabrocho el cordón de sus pantalones y los saco por sus musculosas piernas, dejándolo simplemente con sus sexys boxers sobre su cuerpo. Delicadamente, de rodillas entre sus pies, deslizo mis pulgares dentro de mis pequeños shorts, y los voy bajando lentamente... lentamente... ante su atenta mirada, dejando a la vista de inmediato mi sexo, frente a él, para él. De repente hace el ademán de incorporarse, pero se lo impido apoyando mis manos sobre su pecho y haciéndolo rebotar sobre el sofá, emitiendo su garganta un sonoro gemido, mezcla de placer y de sorpresa.

Reanudo mi recorrido de besos y caricias sobre su pecho. Mientras mi lengua se deleita con sus pezones mis manos llegan a la cinturilla de sus boxers, poco a poco mientras mis labios descienden hacia sus abdominales, mis manos también van despojándolo de la única

prenda de ropa que le queda. Ya puedo sentir su pene rozando mis pechos, y sin verlo sé que está totalmente excitado, siento su erección grande y dura entre ellos y no puedo más que emitir un débil gemido de placer cuando mi boca se encuentra con ella. Recorro de abajo a arriba su pene con mi lengua para luego introducirlo lentamente en mi boca, succionando y rozando con mis dientes su piel. Siento su cuerpo retorcerse bajo mis manos, cuando sujetándome por los brazos me obliga a separarme de su erección y llevándome hacia él me penetra con fuerza catapultándome sobre sus caderas. Con sus manos en mi trasero me acompaña en los rápidos movimientos de vaivén, arriba y abajo, arriba y abajo, sintiéndolo dentro, caliente, grande....

—Ahhhh... Alan.... ohhh... —soy incapaz de articular ninguna palabra más, mis brazos rodean su cabeza y mis manos se pierden en su pelo, tirando de él, mientras lo siento tan dentro.

—Rebe... —sus dientes muerden mi lóbulo, mi cuello... y eso hace que me excite aún más todavía.

Siento sus dedos clavarse en mi carne cuando me llena totalmente y explota dentro de mí, mientras mis piernas se cierran en torno a sus caderas y lo acompaño en una explosión de placer que recorre todo mi cuerpo desde mi clítoris hasta el último pelo de mi cabeza.

Permanecemos así, yo encima de él, los dos rendidos al deseo, por unos minutos, sus fuertes manos recorriendo mi espalda con suaves caricias y mis manos acariciando su pelo una y otra vez.

\*\*\*\*

Al fin Alan se sale con la suya y salimos a cenar. Bien pensado, creo

que será mejor, así por unas horas tendremos que refrenar nuestros más lascivos deseos. Y daremos un poco de respiro a su aún convaleciente, pero escultural cuerpo.

Estamos sentados en nuestro rincón, en la misma mesa donde disfrutamos de nuestra primera cita. Y aquí sigue la perfecta decoración para una velada perfecta. Un pequeño jarrón con preciosas florecillas frescas, rodeadas de una hilera de velitas encendidas. Lo que ese primer día me pareció una decoración terroríficamente romántica, ahora me parece de lo más delicioso y apropiado.

—No quiero que acabe nunca este fin de semana Rebe —me susurra sin soltarme la mano apoyada en su muslo.

—Ni yo tampoco lo quisiera mi amor, pero tenemos que trabajar para seguir viviendo.

—Yo sí, pero tú si quisieras no tendrías que preocuparte por eso.... ¡Por cierto! No me has dicho nada de tu “maravilla arquitectónica”.

—No mi amor, de ti sólo necesito una cosa y te aseguro que no es el dinero —le bromeo lanzándole una mirada sensual.

—Ohhh... Rebe... deja de mirarme así si no quieres que arranque ahora mismo tu precioso culo de este sillón y huyamos despavoridos del restaurante sin pagar, te lance sobre la arena y te folle ahí mismo al lado del mar —me amenaza susurrante al lado del oído, rozando mi oreja con sus labios y encendiendo dentro de mí la mecha del deseo.

—Ohhh... Alan suena muy bien todo eso...

—Chica mala... ¡venga dime! ¿Cómo va nuestro proyecto? —intenta

reñirme.

No quería sacar este tema, se me da muy mal mentir, pero veo que no tengo escapatoria. Al final decidí algo diferente, y es una sorpresa que tengo pendiente para él.

—Pues muy bien, le gustó mucho y a su hija le encantó. Ya te enseñaré las fotos que le hice.

El camarero nos trae el segundo plato y es mi salvación.

—Mmmmm ¡que buena pinta! Venga come come, que todavía te faltan unos kilitos ¿eh?

—Cómo quieres que engorde, ¡con el ejercicio que me haces hacer!

—Perdona, pero no he sido yo ahora la que te ha provocado, con calientes proposiciones sobre la arena —y aprieto su muslo subiendo peligrosamente hacia su ingle mientras él se recuesta un poco hacia el respaldo facilitándome así el camino.

—¡Desvergonzado! —le reprimo apartando enseguida mi mano.

Arranca a reír y seguimos dando buena cuenta a nuestra cena. Soy tan feliz de verlo reír. Es como si el pasado no existiera ahora para él. Como si todo su sufrimiento desde el accidente se hubiera volatilizado. Como si sus malos recuerdos hubieran sido sólo un mal sueño.

—Te quiero Alan.

—Y yo también Rebe. No sabes cuánto te quiero... —y besa suavemente mis labios mientras sujeta mi barbilla contra él.

Cuando salimos del restaurante son casi las dos de la madrugada, hemos estado bebiendo y charlando como dos buenos amigos, riendo sin parar.

—Ven, demos un paseo por la playa.

—¡Alan no! —me asusto al acordarme de su broma de antes.

—Cariño no. ¿Crees que dejaría que alguien pudiera verte en actitud poco decorosa? No mi amor, eso sólo está reservado para mis ojos —y me abraza fuertemente contra su cuerpo mientras me besa apasionadamente.

Cogidos de la mano, nos adentramos en la oscuridad de la playa, dirigiéndonos a la orilla bañada por la preciosa luz de la luna. Es una sensación realmente agradable, el sentir el roce de la arena fría en los pies, mientras paseo de la mano con mi amado Alan, sintiendo todavía el sabor de su boca en mis labios. Nos sentamos cerca de la orilla, acompañados por el sonido de las olas y el murmullo lejano de las voces de la gente que está disfrutando de sus copas en las terrazas de los bares. Alan rodea mis hombros con su brazo y yo me acurruco en su pecho, rodeándole la cintura. Siento su corazón latir al galope.

—Alan soy tan feliz. No quiero que esto acabe nunca —le digo apretándole con más fuerza entre mis brazos.

—Esto durará hasta que tú quieras. Rebeca has cambiado mi vida completamente y siempre, siempre te querré.

Nuestras bocas vuelven a unirse, su lengua se enreda con la mía y empiezan una lucha una contra la otra. Mis dientes rozan su lengua,

tiro de su labio inferior, mi lengua ahora busca la suya, y se lanza sobre mí tumbándome en la arena y someténdome bajo su cuerpo. Mis brazos cerrándose sobre sus anchos hombros y sus manos recorriendo ávidamente mi cuerpo.

—Ohhh... Alan... vamos a casa... por favor... —no consigo casi zafarme de su boca para articular palabra y sus manos siguen en su desenfadada y galopante cruzada por mi cuerpo.

Mi cabeza empieza a dar vueltas y siento que voy a perder el control, mis manos descienden hacia sus abdominales y después a su erección que ya es inminente. La envuelvo con mi mano por encima de su pantalón y no puede evitar emitir un gemido que sale de su garganta de una forma gutural y profunda, que todavía hace aumentar más mi excitación.

—Vámonos Alan... por lo que más quieras...

—Si.... vale.... pero deja de tocarme.... o te prometo que no llegamos a casa... Mmmmm... —susurra.

De un salto se coloca sobre mí en postura como si fuera a hacer flexiones y deposita un dulce beso sobre mis labios. Le acaricio los brazos y puedo notar sus músculos tensos y el tacto de sus desarrollados bíceps vuelven a hacer que mi cabeza gire y gire.

Antes de subir al coche intentamos sacudirnos la arena de encima, aunque es difícil tarea, ya que en un momento ha entrado hasta sitios insospechados.

—¿Has visto lo que has hecho? —le regaño intentando sacudirme la arena de mi trasero.

—Ohhh.... bien.... me gusta... tu no te preocupes, ahora en cuanto lleguemos a casa, yo me ocupo de limpiarte —y ahí está su sonrisa cautivadora, retándome desde ese atractivo rostro.

Al cabo de cinco minutos ya estamos dentro del parking de casa de Alan. Sale apresuradamente de mi coche y todavía no me ha dado tiempo a salir, cuando ya lo tengo delante de mí, sus ojos mirándome fijamente y su sonrisa retándome desde ese rostro tan bello. Su mano izquierda agarra mi cuello mientras la derecha sujeta mi trasero con fuerza, atrapándome con su cuerpo contra el coche, cubre mi boca con la suya. Su húmeda lengua me invade y mis manos ansiosas de su cuerpo abrazan sus caderas, atrayéndolo con más fuerza contra mí.

—Alan.... necesito una ducha... creo que tengo arena... hasta en lugares que no podrías acceder nunca —gimoteo casi sin poder respirar.

Su boca no me da tregua y el contacto con su erección me está elevando a un estado tal de excitación que mi cabeza empieza a nublarse.

—Ohhh... Rebe... ¿eso no será un reto no? Te prometo que me encantaría buscar hasta el último granito de arena dentro de ti —me susurra al oído.

Le empujo con fuerza en dirección a las escaleras de entrada al salón sin soltarle y sin separar mis labios de los suyos. Resulta tan excitante. Su cuerpo... su voz... sus sentimientos.

Alan se dirige al baño y escucho cómo abre el agua de la ducha para dejarla correr. Mientras me voy despojando de mis zapatos y mis

pantalones, llenos de arena por todos lados. De repente él está frente a mí, simplemente vestido con sus pantalones ya medio desabrochados. Sus manos se posan sobre las mías, sujetándolas con fuerza me lleva hacia el baño.

—Quiero hacerlo yo —dice, sonriéndome, cómo no.

Muy despacio y suavemente desliza mi camiseta fuera de mis brazos. Sus dedos rozan mis hombros levemente, bajando por los brazos. Tomo contacto con la encimera del lavabo, necesito un apoyo. Su leve toque me marea y necesito sujetarme con las manos, si no quiero aterrizar en las baldosas del baño estrepitosamente. Cierro los ojos para sentir más el placer de sus caricias. Esas caricias tan superficiales pero que increíblemente se sienten tan dentro. Sus dedos rozan ahora mis laterales. Me estremezco con fuerza y no puedo evitar emitir un largo gemido de placer. Ya me ha desabrochado el sujetador y éste cae al suelo delante de nosotros. Sus manos calientes acarician mi espalda y ya empiezo a ser invadida por pequeños latigazos de placer que recorren mi espalda en dirección a las ingles.

—Alan... mi dulce e insaciable Alan... mmmm....

Mientras con una mano sigue acariciando mi espalda, con la otra empieza a bajar sus pantalones. Se separa de mí y mis ojos no pueden apartar la vista de su cuerpo cuando con un rápido movimiento se deshace de ellos junto con sus boxers. Sus ropas caen al suelo, él avanza medio paso saliendo de ellas y hace lo mismo con mis bragas. Cogiéndome de la mano, entramos en la ducha. El agua recorre nuestros cuerpos juntos uno frente al otro, mientras me besa dulcemente en los labios.



Lentamente pone sobre la suave esponja un poco de gel y empieza a frotar mi espalda, suave, lento, dulce... mientras sus ojos miran los míos y su sonrisa me pierde. Cierro los ojos sintiendo la esponja acariciar mi piel, suave... lento... dulce... Una vez ha recorrido todo mi cuerpo, vuelve a poner más jabón sobre la esponja y empieza a frotar su cuerpo. Yo estoy delante de él, todavía convaleciente de tan increíble experiencia recibida hace un momento, y admirando sus movimientos, deleitándome con el vaivén de la esponja, dejando regueros de jabón a su paso por sus músculos... ohhh.... qué bonito eres Alan.

Una vez termina, deja caer la esponja al suelo de la ducha y me atrae hacia él, quedándonos así pegados el uno al otro, bajo el chorro de agua que va llevándose el jabón, que tan bonitos dibujos había trazado sobre su piel. Su boca va al encuentro de la mía y nuestras lenguas se unen danzando de nuevo juntas, húmedas y sedientas de nuevo, la una de la otra. Sus manos me sujetan contra él y mis caderas instintivamente se arquean ansiosas por su contacto. Me agarro con fuerza a sus hombros, mientras noto el contacto en mi espalda de las frías baldosas. Enrosco una pierna alrededor de sus caderas mientras él suavemente introduce su pene dentro de mí, lentamente empieza su baile, dentro y fuera, dentro y fuera, entre gemidos suaves e interminables caricias, llegando así los dos juntos al más dulce y sensual de los orgasmos.

—Ohhhh... Alan.... no sé si me gustas más así dulce... o duro....rápido... o lento.... No puedes llegar a imaginarte lo que me haces sentir —digo mientras beso sus labios.

—Yo sé como me gustas... de todas las maneras posibles —me

abraza con fuerza.

\*\*\*\*

—¿Te apetece comer algo? —pregunta.

Me acurruco junto a su cuerpo, bajo las alborotadas sábanas.

—Sí, pero nada que tengas en la nevera —y pasando levemente mis manos sobre su miembro, acaricio sus muslos.

Lo noto totalmente receptivo a mis caricias, mi simple pasada rápida hace que su espalda se tense y su garganta emita un gemido.

—Ohhh... Rebe.... —y girándose me atrapa entre sus brazos.

Este sábado hemos decidido tomárnoslo con calma, realmente Alan despertó por la mañana profundamente cansado.

—Ni se te ocurra moverte de aquí. Enseguida vuelvo —y me escurro de la cama, me pongo su camiseta y bajo a la cocina.

Quiero prepararle un succulento desayuno.

Cuando entro en la habitación cargada con la bandeja, él no está. El corazón me da un vuelco, está todo tan silencioso... Me acerco a la puerta del baño.

—¿Alan? ¿Estás bien? —pregunto asustada.

Inmediatamente se abre la puerta y aparece Alan, se ha puesto sus boxers, pero su cara... me viene a la mente su rostro tendido en la cama del hospital...

—¡Alan! ¿Qué te ocurre? —casi grito.

—Nada cariño. No te preocupes. Sólo me he mareado un poco.

—Ven tiéndete en la cama mi amor —lo sujeto por la cintura y le acompaño a la cama—. Ohhh... Alan... tenemos que parar, por favor.... el médico te recomendó reposo. O le hacemos caso o me iré a casa, te lo prometo.

—No Rebe, por favor, no te vayas. Ya estoy bien, de verdad. Vale, vale, prometo portarme bien, pero no te vayas.

—Vale, valeeee..... me quedo, pero..... ¡ya sabes! —me levanto en busca de la bandeja que había dejado sobre la cómoda y me acerco a él de nuevo—. Ahora vamos a desayunar. Me siento a su lado y le beso en la mejilla.

El café realmente huele de maravilla y el aspecto de las tostadas y los croissants calentitos abre el apetito hasta a un muerto. Empiezo a untar las tostadas con mantequilla cuando me doy cuenta que Alan me está mirando fijamente.

—¡Tonto! No vuelvas a darme otro susto ¿vale? —le riño de una forma casi cómica.

—Lo siento. Estoy bien de verdad.

—Quizás deberíamos llamar al médico. ¿Quieres que lo llame? —pregunto preocupada.

—Estoy bien en serio y ahora con este espectacular desayuno recuperaré todas las fuerzas. Tranquila cariño —y me besa en los labios mientras acaricia con sus nudillos mi mandíbula.

Acabamos totalmente con el desayuno y nos quedamos en la cama

por un largo rato más, tendidos uno junto al otro, sintiendo nuestras respiraciones y controlando nuestros deseos.

\*\*\*\*

Esta mañana de sábado, transcurre tranquila. Sentados en el gran sofá del salón, Alan sorprendentemente empieza a hablarme de su trabajo. Llevaba meses trabajando duro para conseguir un nuevo proyecto en China que puede ser el detonante para convertirse en una de las mejores jóvenes empresas del momento. La tristeza me asalta, cuando pienso en que tendrá que irse a China. ¿Durante cuánto tiempo? Ohhh... no quiero ni pensarlo.

—¿Qué ocurre? ¿Pareces triste o es que te aburro? —bromea.

—No, nunca me aburres. Me encanta escuchar tu voz y mirarte mientras hablas. Pero... es que estaba pensando que tendrías que irte a China —gimoteo haciendo pucheros. Se ríe.

—Todavía no sé cómo lo organizaremos, pero siempre podrías venir conmigo —dice acariciándome la cara.

—Nada me gustaría más, pero... Sr. Gass tengo otra vida además de ésta tan excitante y apasionante a su lado, que no me permite hacer ciertas cosas. Pero basta ya de charlas. Vamos a ejercitar esos músculos —su rostro se ilumina y sus ojos se vuelven más oscuros y profundos—. No..... no... no... ¡chico malo! ¿Vamos a dar un paseo por la playa?

—Ohhh... Rebe... pensaba en otra cosa... más.... ¿casera? —dice hipnotizándome con su letal sonrisa.

—¡NOOOO! ¿Ya has olvidado el susto que me has dado antes? ¡Ni

hablar!

El paseo por la playa ha sido maravilloso. Paseando a su lado, cogidos de la mano, me siento realmente viva y feliz. Siento como si volviera a tener 25 años. Ese sentimiento de libertad, esa sensación de que puedes manejar el mundo con un sólo dedo y que puedes conseguir lo que te propones tan sólo con desearlo.

La caminata y la brisa del mar debe habernos abierto el apetito, ya que en la cocina empezamos a dar buena cuenta a todo el buen trabajo de Gaby el día anterior. Sentados uno al lado del otro en los taburetes de la isla central, tengo una visión completa de Alan. Ha recuperado el color de sus mejillas y parece ya superado el susto de esta mañana. Estamos acabando nuestra comida cuando de pronto llaman a la puerta. Alan me mira sorprendido.

—¿Esperas a alguien? —pregunta divertido.

—¡No! —rio—. Eso tú. Es tu casa. ¡Vamos! ¡Ves a ver! —me quedo ahí sentada, mientras veo cómo sale de la cocina, admirando su ancha espalda y su trasero... mmmmm.... cómo me gustaría tocarlo.... Oigo cómo abre la puerta.

—Hola Alan —una voz grave masculina rebota en mi cabeza.

—Ma-má.... Pa-pá... —la voz de Alan parece quebrarse y mi sangre se congela al momento dentro de mis venas.

No puede ser. ¿Sus padres? ¡Dios! ¿Qué hago? No puedo ir a esconderme arriba, ya los oigo en el salón y me verían saliendo de la cocina. Me siento indefensa y aterrorizada. Por suerte hemos salido a pasear y llevo puesta mi ropa de deporte. No quiero pensar lo que

hubiera pasado dos horas antes cuando sólo llevaba puesta la camiseta de Alan.

—¡Parece que no te alegres de vernos! Es que no podemos venir a ver cómo está nuestro hijo ¿o qué? —la voz chillona y autoritaria de su madre no ayuda nada a tranquilizarme.

—Sí, si claro, pero.... venid, quiero presentaros a alguien.

¡No! No, por favor, Alan, no me hagas esto. No nos hemos planteado nunca esta situación. Sólo las veces que él me pidió que fuera a visitarlo a casa de sus padres cuando estaba convaleciente, y lo corté rápido, era una situación que no pensaba pasar por ella. Y ahora, no sé cómo reaccionar, qué voy a decir.

Siento mi cabeza rodar cuando los veo a los tres, aparecer por la puerta de la cocina. Alan con su sonrisa de “lo siento, esto no estaba previsto”. Su madre, una mujer mayor, de unos 65 años, pero realmente atractiva todavía, con una larga melena ondulada rubia y unos labios sensuales... ohhh... ya sé de quién ha heredado la sonrisa Alan, aunque ahora los labios de su madre no sonrían, parecen tensos al cruzar sus fríos ojos con los míos. Y su padre... el dueño de esa voz grave, su aspecto es altivo y todopoderoso. Es un hombre alto, muy alto, y lo parece más todavía por su tirantez, parece que en cualquier momento se le vaya a separar la cabeza del cuerpo.

—Mamá, papá, os presento a Rebeca —dice cogiéndome de la cintura para ayudarme a bajar del taburete, intuyendo mi actual estado de nerviosismo y desfallecimiento.

Extiendo mi mano tímidamente.

—Sr. Gass, Sra. Gass, encantada de conocerles —consigo decir de una forma un poco alterada.

Me estrechan la mano, sin inmutar sus semblantes en lo más mínimo. Puedo notar su frialdad y rechazo sin necesidad de mirarles a la cara. Ohhh.... por favor.... esto no va nada bien. Alan les invita a pasar al salón. Nos sentamos en el sofá, su mano coge la mía y debo estar helada porque inmediatamente me mira y me la cubre con su otra mano para hacerme entrar en calor.

—Pues ya me veis. Casi totalmente recuperado. Debo daros las gracias por conseguir los mejores médicos y los más avanzados equipos, de verdad, os estoy muy agradecido.

No me puedo creer lo que estoy oyendo. No parece que hable con sus padres. Agradeciéndoles lo que hicieron por él. ¡Qué narices! ¡Eres su hijo! ¡Cómo no querías que hicieran lo que hicieron! Y ahí están ellos, escuchando tras esa cara de... superioridad... ohhh.... ¡no puedo más!

—Y también... —sigue diciendo Alan— ... me siento super feliz de tener a mi lado a Rebeca. Ella hace que cada día que pasa me encuentre mejor.

Oh...no... no puedo apartar mis ojos de él, no sólo por la atracción que ejerce sobre mí, si no también ahora, porque soy incapaz de mirar a sus padres. No quiero ni pensar lo que van a decir ahora.

—Vaya, pues nos alegramos de que estés tan “bien” —¿qué ha significado ese tono?—. Bueno pues no queremos molestaros más. ¿Nos vamos papá? —dice su madre mientras se levanta. Su corazón debe ser tan frío como su voz.

—Sí, enseguida querida. Sólo una cosa más Alan, espero que esto —dice rodando sus ojos hacía mi— ... no interfiera en los intereses de A&J Architecture, y más cuando está tan cerca el final de lo que llevas esperando tanto tiempo —supongo que su padre se refiere al proyecto de China que esta mañana me estaba contando Alan.

—Papá “esto” como tú dices, te guste o no, ha “interferido” —recalca irónicamente— en mi vida, y te aseguro que ha sido lo mejor que me ha podido pasar desde que tengo uso de razón —sigue diciendo con absoluta y gran frialdad.

Le aprieto la mano intentando calmarlo, no quisiera que empezaran una discusión por mi culpa, no estoy preparada todavía.

—¡Muy bien! Pues entonces.... adiós Alan. Señorita Rebeca —ohh... ese titubeo ha dolido. Se despide lanzándonos una inquietante mirada a cada uno—. No hace falta que nos acompañéis.

—Alan... adiós —se despide su madre poniendo su mano sobre el brazo de su hijo, y dirigiéndome un asentimiento con su cabeza.

Estoy petrificada en el sofá. Alan se deja caer hacia atrás sobre el respaldo, y resopla relajándose.

—¡Alan! ¡Qué frialdad! —no puedo pensar en otra cosa.

—Pues bienvenida a mi familia mi amor. ¡Eso ha sido mi vida!

—No Alan, pero estoy segura que el noventa por ciento de esto, ha sido por mí. Habrá sido un shock para ellos saber así, que su hijo está saliendo con una mujer bastante mayor que él.

—Mis padres ya lo sabían —me responde.



—¿Cómo, cuándo se lo has contado?

—Cuando estuve en su casa. Tenía tantas ganas de verte... quería que vinieras. Por eso, les dije quién eras, que estabas conmigo y que nos queríamos mucho. Necesitaba conocer su opinión y su reacción. Si era buena, podría decirte que vinieras sin problemas.

—Y no fue buena —afirmo, sabiendo la respuesta antes de que él me la diga.

—No —sus ojos se vuelven tristes de repente—. Pero me dio igual de verdad, sólo me dolió el hecho de que tendría que esperar unos días más para verte.

—Ohhh... Alan... lo siento... —me aferro a su cuerpo con fuerza y noto cómo mis ojos se vuelven húmedos con gran rapidez—. No quiero traerte problemas, te quiero demasiado y no voy a permitir que salgas perjudicado con esta relación.

—¡No Rebeca! —agarra mi cara entre sus manos mientras sus pulgares limpian las ya inminentes lágrimas de mis mejillas—. Tú nunca me traerás problemas. Te quiero en mi vida. Quiero que estés conmigo pase lo que pase. Contigo soy el hombre más feliz del mundo. ¿Por qué no puedes verlo?

—Por favor... Alan... abrázame fuerte, por favor.

Me estrecha entre sus fuertes brazos y me relajo sobre su pecho, sintiendo los dulces latidos de ese corazón que me quiere tanto. Ese corazón que me lleva con tanta facilidad, de la tristeza al amor, del deseo a la pena, del cariño al miedo.

\*\*\*\*

¿Dónde quieres ir esta noche? —su cara vuelve a ser la atractiva y deseable cara de siempre.

Son las ocho de la noche, y después de una relajante siesta en el sofá, nuestro nerviosismo y mal estar se ha borrado por completo. Me encantaría quedarme en casa, pero sé que es mejor salir fuera, así tendré un tiempo más controlados mis instintos más básicos.

—Sorpréndeme —le contesto—. Si quieres podemos ir en mi coche. Te llevo donde quieras guapo —bromeo.

Alan todavía no conduce. De hecho todavía no tiene coche. El imponente coche con el que me llevó a cenar en nuestra primera cita nocturna, fue directo al desguace. Esta mañana también hemos estado hablando de coches, y me preguntó sobre mis gustos al respecto. Se quedó boquiabierto cuando le dije que mi preferido era el que ese triste día pasó a mejor vida.

—Me gusta pasear contigo. Podemos ir al puerto, si no te importa repetir.

—Ohhh... Alan... contigo repetir es un placer —le beso y siento punzadas en todo mi cuerpo—. Creo que será mejor que vaya a arreglarme —y me separo un poco de él.

—¿Casi mejor nos quedamos no? Ahora que pienso, tenemos la nevera llena de comida —susurra reteniéndome contra su cuerpo y sonriéndome como sólo él sabe.

Sus labios se posan en los míos y mientras mordisqueo su labio inferior sus manos van recorriendo mi espalda.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! ¡Quieto Sr. Gass! Ahora mismo voy a subir a vestirme

y usted va a quedarse aquí quietecito, luego cuando yo ya esté preparada podrá subir usted a cubrir ese maravilloso cuerpo con sus bonitas ropas —mientras me levanto le beso en la nariz y acercándome a su oído le susurro—: Quiero que reserves tu energía para esta noche.

Noto sus ojos clavados en mí mientras subo la escalera y me gusta esa sensación. Soy infinitamente feliz.

Alan está espectacular, sentado frente a mí, con sus desgastados jeans negros y su ajustada camiseta de pico negra que deja adivinar sus bonitos pectorales. Detrás suyo se extiende la inmensidad del mar, salpicada por el reflejo de la luna y adornada por la belleza de las embarcaciones amarradas al puerto. Es una escena perfecta. Mi hombre perfecto en un marco increíblemente bello.

—¿Qué miras? —pregunta.

—A ti. Eres realmente bonito. Me gustaría que estuvieras dentro de mí, para que supieras lo que me haces sentir. Sólo con mirarte me siento tan viva y tan...

—Créeme, ahora mismo, estar dentro de ti, ¡es lo que más me apetece!

—¡Alan! ¡Te estoy hablando en serio! Ahora que afloraba en mí el sentimentalismo poético, ¡me has cortado el rollo! —simulo enfado.

Ríe—. Rebeca perdona. Es que me dices unas cosas.... esa boquita tuya...

—Pero... yo me refería... ¡oh Alan! ¡Eres imposible! —y ya no puedo aguantar más mi risa.

Realmente quiero mucho a este hombre, me hace sentir deseada, querida, me divierte, me entristece, me conmueve... Lo es todo para mí.

—Alan te quiero —mis manos van en busca de las tuyas. Ahora mismo si pudiera saltaría sobre la mesa, para abalanzarme sobre él. Mis ojos deben decir lo mismo porque se apresura a decirme: —Vamos a cenar rápido ¿vale? No sabes cuánto te necesito.

Intentamos despejar nuestras mentes, mientras disfrutamos de la excelente cena. Repasamos levemente la experiencia vivida con sus padres esta tarde, y me alegra saber que ya no nos afecta nada. El primer obstáculo está superado.

—¿Te apetece algo de postre? —pregunta cogiéndome de nuevo la mano.

—Sí. Pero no aquí —inmediatamente levanta su otra mano haciendo una señal al camarero para que traiga la cuenta.

—Sus deseos son órdenes para mí, mi Srta. “Hot” —y sus ojos reflejan el mismo deseo que siento en mi interior.

Ese deseo reprimido durante todo el día. Se me hace tan difícil estar a su lado, sentirlo tan cerca, sentir su calor... y no poder casi ni tocarlo, ya que si no, sucumbiría a sus encantos de una forma irremediable e imparable.

Subimos las escaleras que conducen a su habitación en silencio, cogidos de la mano. Se le ve muy ágil, mucho más que ayer. Bien. Otro obstáculo superado.

—Mmmm... ven aquí —sus brazos rodean mi cintura y sus labios

chocan con los míos mientras su lengua se abre paso entre mis dientes para encontrarse bruscamente con mi lengua. Chocan, se retuercen, se relamen...

—Ohhh... Alan... me gustas tanto.... ¡pero tienes que parar! —lo aparto con fuerza con mis manos sobre su pecho, sus ojos abiertos presos de la sorpresa.

Me dirijo a su armario, lentamente lo abro sin apartar mis ojos de él, y cojo una de sus corbatas. La deslizo de izquierda a derecha bajo mi nariz, inhalando su dulce aroma, el dulce olor de Alan, mientras me acerco despacio a él.

—Ahora te voy a tapar los ojos y esas manitas se van a estar muuuuuuyy quietecitas, ¿entendido? —él asiente, visiblemente excitado por la inesperada situación.

Cubro sus ojos con la prenda y situándome detrás de él, la anudo con fuerza a su cabeza, provocándole un ligero gemido. Acariciando su espalda y sus hombros, me vuelvo a deslizar delante de él. Mis manos van rozando su pecho, y bajando hacia sus abdominales, ya puedo notar su cuerpo totalmente tenso bajo mis caricias. Sujeto su camiseta y la deslizo sobre su cabeza. Frente a mí aparece su imponente físico. Oh.... ¡Dios mío! Debería ser yo la que llevara los ojos tapados. Es imposible ver ese espectáculo y quedarse inmune delante de él.

—Mmmmm... Rebeca.... quiero tocarte.... —suplica.

—Todo a su debido tiempo mi galán —le susurro al oído ronzándolo con mis labios, haciendo que su excitación aumente aún más si cabe.

Mis manos empiezan a ocuparse de su cinturón, para luego pasar al botón y a la cremallera de su pantalón. Me arrodillo delante de él y acariciando sus piernas extraigo los zapatos de sus deliciosos pies, y luego sus calcetines. Mis manos suben otra vez recorriendo sus músculos para agarrarse con fuerza a su pantalón y tirando hacia abajo lo dejo simplemente con sus boxers.

Puedo comprobar su excitación. Su pene se dibuja a través de la fina tela de los boxers y tengo que sacar fuerzas para no arrancarlos de su cuerpo y lanzarme sobre su sexo para liberarle de esa tensión y excitación sobrehumanas. Cogiendo sus manos lo acompaño hasta la cama. —Siéntate —cojo sus hombros y le ayudo a estirarse.

—Ahora voy abajo un momento. Quiero que estés aquí quietecito y ni se te ocurra quitarte la corbata. ¿Vale?

—Si... pero no tardes... por favor... —suplica claramente excitado.

Tras cinco minutos, estoy ya de vuelta con la misma bandeja con la que esta mañana le servía el desayuno. Sigilosamente la dejo sobre la mesita y empiezo a desnudarme, quedándome simplemente con el sujetador y las bragas. Me pongo de rodillas a su lado sin tocarle.

—Ya estoy aquí. ¿Cómo estas? —le susurro.

—Ohhh... Rebeca... ansioso y caliente...

—Bien... shhhhhh.... —coloco mi dedo índice sobre su esternón y noto como su cuerpo se estremece con el simple contacto de mi yema sobre su piel.

Sigo trazando una línea recta hasta su ombligo, lo sobrepaso llegando a la cinturilla de sus boxers y continúo trazando una línea en

diagonal esta vez sobre su erección. Su boca se abre y un gemido sale de su garganta, sus manos se elevan, pero parece recordar de inmediato mis órdenes y enseguida las baja agarrando con fuerza las sábanas entre sus dedos.

—Nos falta comer el postre, ¿recuerdas? —le susurro al oído—. Bien, pues ha llegado el momento.

Mueve su cabeza en dirección a mi voz, cómo queriendo adivinar mis pensamientos y puedo ver su boca, sedienta, hambrienta de mí. Noto cómo mi excitación crece, no voy a poder aguantar mucho más, pero tengo que hacerlo, tengo que acabar lo que he empezado.

Cojo la bandeja de la mesita y la coloco a mi lado sobre la cama. Con mis dedos cojo una fresa y la sumerjo en el licor de naranja que he vertido en el bol. Coloco la fresa por encima de los labios de Alan y dejo que caiga una gota del licor sobre sus labios. Se sobresalta al sentir el líquido e instintivamente abre los labios en busca de algo más. Introduzco la punta de la fresa en su boca.

—Muerde —ordeno.

Y sus blancos dientes se cierran sobre la fruta.

—Mmmmm... delicioso... aunque me gustaría más otro tipo de fruta...

—Shhhhhh.... no seas impaciente.... —me como el resto de la fresa y ahora introduzco mi dedo índice en el bol de nata.

Acaricio sus labios y lo introduzco en su boca. Alan empieza a chupar mi dedo, cierro los ojos y siento su succión hasta muy dentro de mí, haciéndome gemir y estremecer de pies a cabeza. Reacciono rápido,

extraigo mi dedo de su boca y cogiendo una buena parte de la nata, empiezo a dibujar una línea sobre su cuerpo que va desde su garganta hasta su ombligo.

Me coloco a horcajadas sobre sus caderas. Su enorme erección en contacto con mi vagina, me envía latigazos de placer que fustigan mi cuerpo. Alan gime al sentir el contacto con mi cuerpo y de pronto me encuentro sobre él, chupando, lamiendo... su pecho, su abdomen... impregnándome yo también con la nata, resbalando sobre él y desatándose dentro de mí todos los placeres y deseos habidos y por haber. No puedo aguantar más. ¡Lo necesito ya! Quiero sentirlo, ¡lo quiero todo!

Como en un arrebatado de locura, me coloco de un salto a su lado, le arranco los boxers, me lanzo entre sus piernas y cubro con un desenfrenado frenesí su pene con mi boca, mientras lo sujeto con fuerza con mi mano presionando fuerte hacia arriba y hacia abajo.

—¡Ahh! Mmmmm..... ¡Rebe! ¡Por Dios! —grita mientras arranca de sus ojos la corbata, lanzándola por lo menos a diez metros lejos de nosotros.

Se incorpora brutalmente sobre su trasero y lanzándome sobre la cama, me arranca literalmente el sujetador, hundiendo su cara entre mis pechos y clavándome su erección en el muslo. Sus dientes se cierran sobre mis pezones, sus labios chupan y lamen los restos de nata que se había adherido a mi cuerpo cuando estaba sobre el suyo y sus manos me liberan de mis bragas, mientras se coloca entre mis piernas. Mis manos se aferran a su miembro con fuerza, me excita mucho presionar y sentir su dureza bajo mis manos.



—Ohhhh... Alan... fóllame... ¡fóllame!

—Noooo.... mi princesa... tú todavía no has tomado postre —susurra a mi oído.

—¡Nooooo! ¡Alan! por favor...

—Cierra los ojos y no los abras.

Noto su movimiento cerca de mí y el tintineo de uno de los boles sobre la bandeja. Sus manos abren mis brazos poniéndolos en cruz y acto seguido noto sus rodillas bajo mis axilas.

—¡No abras los ojos! —ordena.

Enseguida noto el frescor y el sabor dulzón de la nata sobre mis labios, acariciándolos con suavidad. Abro mi boca para recibir más, pero entonces se retira el contacto de inmediato.

—Shhhh.... esa boquita cerrada. Ya sabrás cuando tienes que abrirla. Ahora no.

Ohhh...me voy a volver loca, he caído en mi propia trampa y ahora él se está vengando sin piedad. Vuelvo a sentir el dulzor en mis labios y las caricias de su dedo. La nata se introduce en mis labios entreabiertos y ahora puedo sentir más su contacto. Su piel es suave.... muy suave.... mi lengua recoge los restos de la nata. Oigo sus gemidos encima de mí. Mi lengua se introduce en un agujerito.... ohhhh... siiiii.... no es su dedo lo que acaricia mis labios.

Emitiendo un gemido abro mi boca y noto como se introduce su pene envuelto en una deliciosa capa de nata. Lo agarro con fuerza de nuevo y empiezo a succionar. Mis ojos están abiertos. Él no puede

verme. Su cabeza está echada hacia atrás, totalmente excitado, disfrutando al igual que yo de mi postre. Ahora baja su cabeza y nuestros ojos se encuentran, sus gemidos se vuelven más fuertes y mi sensación de calor aumenta entre mis piernas. Me excita mirarle y me excita aún más que me mire mientras jugamos a nuestros nuevos juegos eróticos.

—¿Le ha gustado el postre Srta. Hot? —me pregunta mientras abandona mi boca para colocarse todo sobre mí.

—Ohhhh... Sr. Gass.... la nata no es que sea uno de mis postres preferidos, pero le aseguro que acompañada de su maravillosa polla, se ha convertido en el postre más delicioso del mundo.

Sus manos se ciernen sobre mí y entre gemidos, besos y caricias sucumbimos a los placeres de la carne, acompañándonos el uno al otro en un orgasmo lleno de amor y dulzura.

\*\*\*\*

Despertamos el domingo casi al mediodía. No me puedo creer que hayamos dormido tanto, pero me alegro, así mi querido amor habrá podido descansar, al final, la noche anterior fue bastante intensa. Me entristece el pensar que estamos ya a la mitad de nuestro megafin de semana. Han sido dos días estupendos y mientras lo miro durmiendo quiero que no acabe nunca. Si no fuera porque también necesito mucho estar con mis hijos, vendería mi alma al diablo para que se parara el tiempo ahora mismo.

Estamos escuchando música tranquilamente en el sofá, después de casi nuestra comida—merienda, mientras planeamos lo que serán nuestras próximas vacaciones. Me recuerda que me traiga lo

imprescindible, mi neceser, mi sexy camisón, algún bikini, por si hace sol tendernos un rato junto a la piscina y alguna que otra ropa de recambio y no más.

—Te aseguro que no te hará falta mucho más. La mayor parte del tiempo pienso mantenerte desnuda junto a mí.

—Mmmmm... Alan... que buen plan me parece.

De repente, su cabeza rebota contra el respaldo del sofá y de su garganta emerge un sonido gutural a la vez que aspira una bocanada de aire a través de sus dientes apretados. Su rostro refleja un dolor inmenso y mi corazón se acelera de inmediato.

—¡Alan! ¡Qué te ocurre!

Suspende su mano derecha frente a mí, en un ademán de que me espere, mientras poco a poco su rostro se va relajando y sus ojos se van abriendo.

—Alan... —mi voz ya es sólo un susurro.

—Ya está, ya pasó, tranquila.

—Pero ¿qué pasa? ¿Alan qué te ocurre? —grito aterrorizada.

—Nada Rebeca, dolores de cabeza, supongo que será normal —dice casi extasiado.

—Ohhh... no... no puede ser normal... Alan... estás recientemente recuperado de un gran traumatismo, no hay nada de normal aquí. Ayer deberíamos haber llamado a tu médico. Voy a hacerlo ahora mismo. —intento levantarme en busca de la tarjeta que me dio Alan por si lo necesitábamos y él no se encontraba en condiciones de

llamar, pero él me retiene sujetándome con fuerza el brazo.

—No Rebeca. Estoy bien de verdad. El martes lo llamaré. Te lo prometo. Sólo debe ser un poco de cansancio. Nada más.

—Ohhh... Alan... debería marcharme. Llamo a Gaby para que venga, así podrás descansar.

—¡No! No por favor. Quiero que estés conmigo. Me mantendré a diez metros de ti si es necesario, pero no te vayas —suplica abrazándome y acurrucando su cabeza en mi pecho.

No puedo evitar abrazarlo con fuerza mientras mis dedos se pierden entre sus cabellos.

—Ohh.. Alan... no podría soportar el volver a hacerte daño. Otra vez no por favor.

—Rebeca tú no tuviste la culpa. ¡Fui yo! ¡Sólo yo! —y ahora es él, el que reclinándose en el sofá, me mantiene junto a su pecho, caliente y fuerte durante largos minutos.

Por la noche decidimos quedarnos en casa, ya basta de salidas.

—Tienes que descansar Alan, además tenemos la nevera llena de comida. Gaby se pensará que no nos ha gustado. ¿No querrás entristecerla no? Además creo que esta noche voy a dormir en el sofá.

Parece que esta última sugerencia no le gusta nada, porque sus ojos se clavan en los míos y de sus labios apretados en una fina línea se escapan cuatro simples palabras.

—Ni se te ocurra.

—Vale, vale, no te enfades —le bromeo fingiendo asustarme—. No creo que pudiera quedarme aquí sabiendo que tú estás allí arriba solo y desamparado. Dormiré contigo, pero me tienes que prometer que vamos sólo a eso, a dormir. Necesitas descansar.

—Rebeca, estoy bien. Sólo ha sido un pequeño dolor de cabeza. ¡En serio!

—No Alan, eres muy fuerte y tu rostro no decía que era un “pequeño” dolor de cabeza.

—Bueno te prometo intentarlo —y riéndose me acerca de nuevo a su pecho. Le abrazo con fuerza. Verdaderamente no podría soportar otra vez separarme de él.

\*\*\*\*

Me despierto sobresaltada. Siento su cuerpo estremecerse bajo el mío. Mi cabeza está recostada sobre su pecho cubierto de sudor y su cabeza se mueve de un lado a otro entre gemidos de dolor. Miro el reloj. Son las cuatro de la mañana. Alan está sufriendo una pesadilla, acaricio su rostro.

—Shhhhh... mi amor... tranquilo... estoy aquí. Duerme....shhhhh....  
—le susurro al oído.

No sé a qué hora nos dormimos. Sólo recuerdo que nos estiramos los dos juntos en la cama, hablando y riendo, abrazados el uno al otro. Y haciendo grandes esfuerzos nos limitamos sólo a eso, hasta que nos quedamos profundamente dormidos.

Alan vuelve a dormir tranquilo. Empieza a preocuparme. Su mareo, sus dolores de cabeza, sus sueños... ¡Dios! Qué es lo que debe estar

pasando en esa preciosa cabeza. Con mis preocupaciones al final le acompaño en el sueño profundo de nuevo.

Me despierta la luz de la mañana que entra por los grandes ventanales. Lunes ya, me invade la tristeza. La cabeza de Alan reposa sobre mi pecho. Parece ahora tan tranquilo. Necesito ir urgentemente al baño, pero no quiero moverme. No quiero despertarlo.

Como siempre, como si leyera mi mente, se remueve sobre mí y se separa de mi cuerpo, liberando su peso de encima mio, y dejándome vía libre para mis necesidades. Cierro la puerta del baño tras de mí, para no despertarle con el sonido de mi pis. Me estoy lavando los dientes cuando irrumpe en el baño, acercándose por detrás y rodeándome la cintura con sus brazos.

—Buenos días mi princesa —me susurra mientras me enjuago la boca.

—Buenos días mi amor, ¿cómo te sientes? —pregunto girándome para rodearle con mis brazos.

—Muy bien, aunque deberías soltarme si no quieres que riegue ahora mismo tus bonitos pies —dice en tono divertido con su cara retorcida a causa de la inminente incontinencia.

Automáticamente le libero y observo cómo se dirige al inodoro, levanta la tapa y el asiento y se pone a hacer pis, sin ningún tipo de reparo. Tengo una visión lateral de todo su cuerpo, y hasta en esa actitud, me parece tan atractivo y deseable que no puedo evitar el emitir una leve sonrisa, mientras apoyo mi cuerpo contra la encimera del lavabo.

—¿Te parezco gracioso no? —finge tristeza.

—No. Me pareces hermoso. E incluso así te deseo con todas mis fuerzas —le digo mirando divertida hacia el chorro que desaparece dentro del inodoro.

Llega hasta mi lado, mirándome fijamente y regalándome una de sus sonrisas, la más sensual que puedo recordar. Se lava las manos y empieza a cepillarse los dientes. Mientras, empiezo a recorrer sus hombros con mis dedos, sus brazos... colocándome detrás de él, y mirándole a través del espejo pongo mis manos sobre sus pectorales. Mis dedos pellizcan sus pezones, mis labios recorren su espalda, deslizo mi lengua a lo largo de su columna. Ha dejado de cepillarse los dientes y su boca está completamente mojada después de haberse enjuagado. Sus labios abiertos y sus manos aferrando mis caderas presionándome contra su trasero. De pronto nos sobresalta el sonido de su móvil.

—¡Mierda, malditos teléfonos! —suelta exasperado.

—¡Ohhh! ¡Qué inoportuno! Pero no te vas a librar de mí, no te preocupes —corro hacia la habitación y le acerco el teléfono al baño. Acaba de secarse la cara y descuelga. Le doy un poco de privacidad y me voy a sentar a la cama.

Es Jan. Parece que hay algún problema. De nuevo parece haberse puesto la careta de persona fría y calculadora. Es increíble lo camaleónico que puede llegar a ser. Cuando cuelga y se planta delante de mí, me mira y su semblante se vuelve tierno otra vez.

—Jan viene hacia aquí. Tiene problemas con el cliente de China y no puede él solo. Espero liquidarlo en no más de una hora.

—Eso espero —le respondo y acercándose a mí me encierra entre sus brazos extendidos y me obliga a tumbarme en la cama.

Sus labios me besan y su suave lengua se desliza sobre ellos, humedeciéndolos con su dulce saliva. Mis dientes mordisquean la punta, para luego dar paso a mi lengua, mi punta lamiendo su punta. Y acabamos con nuestros labios pegados y nuestras lenguas refugiadas dentro de nuestras bocas, rozándose una contra la otra.

—Ohhh... Alan.... tenemos que vestirnos. Jan aparecerá aquí de un momento a otro y no querrás que me vea así, ¿semidesnuda no?

Se tumba boca arriba a mi lado dejándome el paso libre y mirándome provocativamente, sabiendo que voy a tener una visión perfecta de su cuerpo, una visión perfecta de su erección bajo sus ajustados boxers. Decido no mirarlo más y me levanto rápidamente en busca de mi ropa, no sin antes darme cuenta de la risa que intenta esconder. Él sabe perfectamente el efecto que ejerce sobre mí y sabe lo difícil que se me hace resistirme a sus encantos.

—Me alegra ver que te divierto —le reprocho mientras me pongo los pantalones.

—Sí Srta. Hot, me diviertes mucho y me excitas mucho más. Y me encantaría ahora mismo comprobar cuál es el grado de tu excitación.

—Eres un perverso insaciable —me acerco y deposito un suave beso en su fornido pecho—. ¡Vístete ya!

Bajo a la cocina para preparar algo de desayuno y suena la puerta. — ¡Abro yo! —le grito a Alan que todavía sigue arriba.

—Buenos días Rebeca, siento molestaros de verdad, pero es que es



urgente —el semblante de Jan parece realmente apenado.

—¡No te preocupes! Anda pasa —le cojo del brazo arrastrándolo dentro y le beso cariñosamente en la mejilla—. Alan se está vistiendo. Ahora baja.

—De verdad lo siento —repite intuyendo supongo lo que acaba de interrumpir.

—¿Quieres desayunar? —pregunto.

—No gracias Rebeca, ya he desayunado. Hace tres horas que estoy de pie ya.

—Vaya sí que pareces preocupado. Bueno voy a avisar a Alan.

Al cabo de diez minutos oigo el sonido de las deportivas repicando por la escalera. Se acerca a mí junto a la isleta central de la cocina, para coger un bollo y su café que le tenía preparado. Su pelo está mojado y alborotado y su cuerpo despide ese olor tan fresco al jabón de la ducha, que tan buenos recuerdos me trae y que tan buenos momentos me hizo pasar hace dos días.

—Mmmmm... Alan... qué bien hueles... por Dios no tardes mucho.

—Descuida.

Y desaparece por la puerta de la cocina en dirección al estudio después de besarme dulcemente en los labios.

Acabo mi tranquilo desayuno y me apetece sentarme en el sofá y escuchar un poco de música. Se oyen voces desde el estudio. Predominando la fuerte voz de Alan.

—¡Joder Jan! ¡Es que es siempre lo mismo! ¡No me vale que me digas que el puto cliente no sabe lo que quiere! ¡Hace tiempo que tenemos el presupuesto aprobado y esta semana el cliente dio su visto bueno al anteproyecto!

—Alan yo....

—¡No Jan ya está bien! ¡Ahora es cosa nuestra! Ponte las pilas con los planos. Ya me encargaré yo de él, en cuanto tengas...

No puedo seguir escuchando sus gritos. No me gusta escuchar a Alan en esa actitud y más cuando le está gritando de esa forma a Jan. Su incondicional socio pero también su gran amigo. Salgo por la puerta que da al jardín y decido tumbarme en una hamaca y recibir los débiles rayos de sol en mi cara. Aquí mis oídos están a salvo de sus gritos.

Debo haberme adormecido. He perdido totalmente la noción del tiempo y cuando abro mis ojos, Alan está mirándome sentado en la hamaca contigua a la mía. Le sonrío.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —le pregunto.

—Unos diez minutos. No me cansaría nunca de mirarte.

¡Dios! Qué diferencia. Parecen dos personas totalmente distintas la que está aquí a mi lado y la que hace un rato estaba vociferando en el estudio.

—¿Ya habéis acabado?

—De momento sí. Mañana seguiremos —se levanta para sentarse a mi lado acariciándome los muslos—. Dormilona, creo que habíamos

dejado un tema pendiente arriba antes ¿no?

—¿Ya no estás enfadado? —me mira con cara de sorpresa—. Antes no he podido evitar escucharte cómo le chillabas a Jan. Y me da mucha pena por él.

—Rebeca a veces Jan es demasiado... blando, y en este negocio o tienes mano dura o se te comen. Desgraciadamente esto lo aprendí rápido. Jan lo entiende, no te preocupes.

—Vale, pero no me gusta verte así... tan distinto de cuando estás conmigo.

—Pues ya sabes... no me hagas enfadar —y su sonrisa aparece en sus labios para incrustarse en mis ojos y hacerme olvidar de todo, de todo menos de él.

\*\*\*\*

A la semana siguiente salimos a cenar con Sofía y su nuevo acompañante. Los cuatro disfrutamos de una agradable cena para despedirnos antes de nuestras vacaciones. Sofía me ayudó mucho en mi soledad, durante los terribles meses en los que Alan estuvo en coma. Nunca me confesó sus verdaderos sentimientos. Lo hizo cuando él despertó. Se sinceró conmigo e intentó convencerme de que nuestra relación no tenía futuro. Este tipo de relaciones nunca acaban bien. Y lo que me dolían no eran sus palabras, lo que me dolía realmente era que yo también estaba convencida de ello.

—Rebeca estoy muy contenta de verte tan feliz —me dice Sofía mientras nos refugiamos en el baño del restaurante.

—Sí Sofía, lo soy.

—Sabes que no me fiaba mucho de él. Pero realmente veo el amor que siente por ti en sus ojos cuando te mira. Es encantador. No me extraña que te hayas enamorado perdidamente de él —y entre risas me abraza.

\*\*\*\*

Llevamos dos fines de semana sin poder vernos, ya que este fin de semana ha sido el comienzo de las vacaciones de Semana Santa. Y el anterior era el fin de semana que me tocaba estar con mis niños. Durante dos semanas nos hemos tenido que conformar con encuentros esporádicos para ir a comer y con un poco de suerte, si Alan conseguía echar a todo el mundo, pues encontrarnos en su casa y disfrutar de nuestra compañía a solas durante unos instantes.

Cada día se me hace más duro estar separada de él, pero tengo claro que tiene que ser así. Soy consciente de las diferencias que existen entre nosotros, aunque él me afirme y me quiera convencer de que no es así; y estoy segura de que las cosas deben seguir así, por el bien de los dos. Cerca... pero lejos. Aunque a veces sea doloroso de soportar.

Pero... ¡por fin! ¡Ha llegado el día! Ya es miércoles, esta tarde mi exmarido ha venido a recoger a los niños y tras despedirme de ellos efusivamente y desearnos felices vacaciones, empieza mi carrera. No quería que mis hijos supieran que me iba, no estoy preparada todavía para contarles que tengo una relación, no por ellos, sino más bien por su padre, no estoy segura de cuál podría ser su reacción. Por eso, todavía tengo que prepararme la mochila, darme una ducha y arreglarme un poco. ¡Y ya son las siete! ¡Y hemos quedado a las nueve! Sobretudo me dijo, que era importante que no me retrasara.

¡Uf! ¡Qué misterio! Alan no ha querido contarme nada, acerca de lo que tiene planeado que hagamos estos cinco días de vacaciones y estoy muy ansiosa por saber algo. Sólo me ha insistido en que me lleve lo imprescindible... oh... mi Alan, ¿qué estará tramando?

Consigo meter en la bolsa mi neceser. La cierro y miro el reloj. ¡Bien! Las 20:53h. ¡Todo un récord!

¡Tin Tin Tin! WhatsApp

ALAN GASS: *Buenas noches*

(carita beso) *ya estoy aquí*

*te espero ansioso*

En línea

*Enseguida salgo (labios y lengua)*

Jajajaja me encanta jugar con él. Ya me lo imagino, cuando llegue a su lado.

Cuando salgo al exterior, ahí está él, como hace unos meses, apoyado en el lateral delantero de su nuevo recién estrenado coche, que como no, es igualito al que tenía. Por eso me preguntó sobre mis gustos automovilísticos. El lunes me pidió que le acompañara a recogerlo y mi sorpresa fue muy grande cuando vi por cuál se había decidido.

—¡Este no lo abolles! Cuando te canses de él, me lo das y ¡ya está! No hace falta que lo tires por un barranco —por fin he aprendido a bromear con lo del accidente, ya no me duele tanto el recuerdo.

Llego a su encuentro y me acurruco entre sus brazos. ¡Dios! Llevaba dos semanas esperando este momento. Me siento tan bien ahora.

—Buenas noches —le digo pasando mis manos por detrás de su cabeza.

—Hola... —y sus labios acarician los míos con un suave beso. Coloca su frente contra la mía y me mira con sus ojos negros, profundos y brillantes.

—¡Adivino! ¿Puede que estés esperando algo no? —bromeo.

Sus ojos se cierran asintiendo de una forma divertida. Oh... mi camaleónico Alan. Sin dejar de mirarle a los ojos, lentamente mis manos descienden por su cuello hasta su pecho, lo siento caliente y fuerte bajo su camiseta, deslizo las manos por su cintura mientras siento cómo un profundo suspiro sale de su boca. Al final agarro con fuerza su trasero atrayéndolo hacia mí, mientras mi boca se encuentra con la suya, mordisqueo su labio inferior y sus manos ya están sobre mi culo apretándome con fuerza contra él. Nuestras lenguas se encuentran y nos besamos apasionadamente durante al menos un par de minutos.

—Alan... ¿quieres que entremos en casa para tomar una copa? —empiezo a sentirme un poco inquieta, no quisiera montar un espectáculo, en cualquier momento podría cruzarme con algún vecino.

—Mmm.... Rebeca... no me tientes... pero debemos irnos —responde.

—Bueno tu casa no cierra, tenemos tiempo.

—Es que no vamos a mi casa —contesta en tono misterioso.

—¿A no? ¿Y dónde vamos si puede saberse? ¡Deberías haberme avisado! ¡Mira como voy vestida!

Me había puesto unos cómodos jeans y mis zapatillas deportivas, aunque mi bolsa contenía algo más de lo imprescindible. Con Alan nunca se sabe lo que vas a necesitar.

—Vas perfecta. No te preocupes. Sube al coche.

Obedezco sin rechistar. Es tanta la emoción y la curiosidad que tengo un nudo en el estómago. Nos incorporamos a la comarcal en dirección a Barcelona. ¿Dónde iremos? Espero que no vayamos a casa de sus padres. ¡Menudo plan!

Al llegar al desvío que lleva al Aeropuerto, Alan gira el volante y abandona la comarcal. ¡Dios al aeropuerto! Lo miro con cara de susto y su sonrisa le delata.

—¡Alan! ¿Es que vamos a recoger a alguien?

—No —contesta.

—¿Nos... vamos?

—Sí —parece estar disfrutando de mi nerviosismo.

—¿Pero a dónde? Me has hecho meter en una cutre bolsa cuatro tonterías y ahora... ¡vamos a coger un avión!

—Créeme, donde vamos no necesitas mucho más, y si necesitas algo siempre podemos comprarlo.

—¿Pero a dónde vamos?

—Todo a su debido tiempo Srta. Cold. ¡No sea usted impaciente!

A las 21:20h entramos en el aeropuerto. Alan me lleva casi arrastrándome, me cuesta seguir su rápido paso, y eso que él carga con su bolsa de deporte y con la mía, pero claro con lo poco que llevamos... a él debe no debe suponerle ningún esfuerzo.

—Date prisa nuestro avión sale en 10 minutos.

—¿Quééee? ¿Pero no hay que estar dos horas antes?

—Para éste no.

—No entiendo nada, Alan ¿me puedes explicar por favor? —no puedo más, los nervios me están comiendo.

Dejamos atrás los mostradores de facturación y nos dirigimos a un pasillo como de oficinas... Entramos en la sala de "Information", Alan extiende unos documentos a la chica de detrás del mostrador y ésta le indica dónde tiene que dirigirse, devolviéndole muy educadamente los documentos, no sin antes echarle un buen vistazo a mi chico. Un reguero de celos me sacude en mi interior. Espero que Alan no se haya dado cuenta, la chica era realmente bonita, pero parece que ni se ha inmutado. Salimos de nuevo al pasillo.

—¿Pero dónde vamos? —balbuceo mientras intento seguir su paso acelerado.

—Shhhhh —y sosteniendo su dedo sobre mi boca me besa en la comisura de los labios.

Nos detenemos frente a una puerta. "Private Flights". Ya dentro se extiende ante nosotros una gran sala con diferentes estancias, separadas mediante mamparas. Alan me conduce hasta donde un diminuto cartelito pone "Room 8". Entramos.



Otra azafata, impecable dentro de su uniforme y tras una sonrisa de anuncio nos saluda, sentada detrás de su mostrador.

—Buenas noches señores. ¿En qué puedo ayudarles?

Su mirada se clava en mí, supongo que sorprendida al ver mi rostro, debo parecer asustada. ¡Y lo estoy! ¡Qué estamos haciendo aquí! Tengo que acordarme luego de matar a Alan. ¡Esto parece realmente para personas importantes! Y yo... ¡vestida con mi peor atuendo! No se lo voy a perdonar. Aunque él sabía donde veníamos y su atuendo también resulta ser bastante casual.

—Buenas noches —responde Alan extendiéndole a la azafata los mismos documentos que antes extendió a la chica de información.

—Perfecto. ¿Sr. Gass? ¿Srta. Cold? Su vuelo está preparado. Por favor, si son tan amables de acompañarme.

Alan me rodea la cintura con su brazo y me susurra —Qué, ¿nerviosa? —deleitándose con su sonrisa más irónica.

Yo no puedo apartar los ojos de la azafata que nos conduce por un pasillo, parecido a los que te llevan directos al avión, pero éste más pequeño. Llegamos al final, la azafata nos abre la puerta y nos señala que sigamos en línea recta hacia las escaleras del.....

¡Nooooo! ¡No me lo puedo creer! Estamos en la pista, creo. Y ante nosotros se extiende una hilera de cuatro... ¿miniaviones? ¿Jets privados? El dedo de la azafata señala frente a nosotros, un jet con el nombre en la cola de *Hawker 400*. De repente me doy cuenta que estamos andando hacia las escaleras del avión mientras mis oídos recuperan su funcionalidad y escucho las palabras de Alan.

—Sólo tenemos cinco días, así que tenemos que aprovechar el tiempo. No podía permitir el pasarnos quince horas volando. Así sólo estaremos dos horas y media en el aire.

—Pero... esto es... demasiado... aunque estuviéramos quince horas dentro de un avión, a mi me da igual, si es contigo, pero un vuelo privado... Alan —lo miro con desaprobación y eso hace aumentar más su estado de diversión ante la sorpresa causada en mí.

El interior es precioso. Predominan los tonos marrones lo que le da un aire de sofisticación, combinando el cuero de los sillones con los embellecedores de madera. La azafata nos invita a sentarnos y nos recomienda abrocharnos el cinturón, ya que despegaremos en seguida, porque llevamos unos minutos de retraso. Estoy totalmente absorta, mirando a través de la diminuta ventana que tengo a mi izquierda, y frente a mí, al otro lado de la mesita que se interpone entre nosotros, Alan, mirándome con sus ojos de chico malo y disfrutando a tope con esta situación.

—¿Quieres saber dónde vamos? —pregunta dándole un tono de misterio a su pregunta. Asiento con la cabeza incapaz de articular palabra. Ríe—. Vamos a una casita en la playa.

—Y... no había otra más cerca... ¿a la que pudiéramos ir en tu fantástico y nuevo coche?

—Sí, muchas, pero no una de las más románticas del mundo.

Mis ojos se clavan en los suyos. Debo parecer una idiota. Me encantaría tener un espejo para mirarme, porque a decir por su reacción, mi cara debe ser un poema cómico.

—Rebeca reacciona mi amor. Tienes que sobreponerte o no podrás disfrutar de las maravillosas vistas que estás a punto de presenciar — se burla.

—Alan mi amor, ya estoy disfrutando de una maravillosa vista contigo aquí delante, pero es que nunca dejas de sorprenderme, y esto es... difícil de asimilar...

—Pues ves haciéndote a la idea. En apenas dos horas estaremos tú y yo solos, en una preciosa casita, situada en la más bonita cala privada de Santorini, Grecia.

Quiero levantarme y abalanzarme sobre él, pero ¡maldita sea! No puedo, todavía no nos han avisado de que podemos sacarnos los cinturones. Al momento, se acerca una bonita azafata invitándonos a tomar algo.

—Château Smith, por favor —solicita Alan en un tono casi autoritario sin apartar los ojos de mí.

—Muy bien Señor Gass. Si lo desean puedo servirles el aperitivo en la zona de descanso —dice la azafata señalando hacia atrás, donde se divisa un gran sofá frente a una gran pantalla de plasma—. Si son tan amables de seguirme...

El rincón es realmente agradable y cómodo y por fin puedo estar al lado de mi querido chico. Casi al minuto llega de nuevo la azafata con una botella de vino dentro del enfriador, dos copas y unos fantásticos canapés, que deposita en la mesa de centro. Alan le hace una señal indicándole que ya lo servirá él mismo.

¡Es increíble! De todas las azafatas, a cuál más guapa, y más joven

por supuesto, y Alan ni siquiera las ha mirado... Está conmigo... Y realmente me quiere. Ahora mismo soy la mujer más feliz del mundo, también la más nerviosa, pero tengo que reconocerlo, estoy disfrutando con esta situación.

—¿Qué has pedido? —pregunto sorprendida.

—Es un vino blanco delicioso, muy apropiado para la ocasión. Tenemos que celebrar nuestras primeras vacaciones juntos.

Chocamos ligeramente nuestras copas y bebemos. Realmente Alan tiene razón, es delicioso, pero ahora mismo necesito algo más. Dejo mi copa sobre la mesa y lanzándole una profunda mirada, mientras acaricio su muslo, acerco mis labios a los suyos y le beso cálida y suavemente en los labios.

—Ahora sí que es delicioso —y sigo besándole, la mandíbula, el lóbulo de la oreja, el cuello—. Gracias cariño por este regalo. Presiento que van a ser las mejores vacaciones de mi vida.

—Para mí ya lo están siendo —y sus manos se aferran con fuerza a mi cuerpo mientras su boca busca la mía.

Al salir del aeropuerto tenemos un coche de alquiler preparado en la puerta. Dentro el gps preparado con la dirección de la casa. ¿Se puede pedir más? Está todo pensado. No falta detalle.

Al cabo de unos diez minutos Alan abandona la carretera y se desvía por un caminito sin asfaltar entre unas grandes arboledas y sin apenas luz. Me extraña lo bien que se orienta, aún y con el navegador, se hace bastante difícil circular por ese camino.

—¿Has estado aquí antes? —pregunto recelosa.

—No —ríe—. Pero he estado revisando durante tantas horas el viaje por internet que ya me parece que haya estado aquí mil veces. Ya estamos llegando. ¿Preparada?

—No sé. La verdad es que estoy un poco asustada.

—¿Te asusto Srta. Cold?

—Un poco Sr. Gass. Todo este misterio está incluso excitándome un poco.

Los ruedas del coche derrapan sobre la arena y el coche culea por la parte de atrás en respuesta al fuerte pisotón del pie de Alan sobre el pedal del freno al mismo tiempo que rápidamente gira su cuerpo sobre el asiento para colocarse a tan sólo dos centímetros de mí.

—¿Cómo has dicho? —me pregunta con ojos encendidos.

—¿Q-q-quéee? —balbuceo aterrorizada.

—¡Que qué es lo que acabas de decir!

—Que estoy un poco asustada —sus ojos parecen querer meterse dentro de los míos y sus labios son casi una fina línea rosácea a la imperceptible luz de la luna.

—¡No! Lo siguiente... —baja un poco la voz mientras su mano empieza a subir lentamente por mi muslo y en sus labios se dibuja una sensual, delirante y apetecible sonrisa.

—¡Ohh! Que este misterio me está excitando mucho —gimo.

—Creí que habías dicho un poco....

—Sí, pero acabas de hacer que sea mucho...

Su mano llega a mis ingles y sus dedos rozan mi sexo. Puedo sentirlo a través de mis vaqueros y no puedo evitar emitir un sonoro gemido mientras mi cabeza se apoya en el reposacabezas del asiento.

—Alan... me vas a volver loca.... —digo casi en un suspiro—.

—Tú ya lo has hecho Rebeca... ¿Quieres que continúe conduciendo? Sólo faltan unos cien metros. ¿O nos quedamos un rato aquí?

—¡No! ¡Aquí no! Sigue, sigue —pone la primera marcha y continúa el camino con su sonrisa lasciva en la boca.

Efectivamente a los pocos segundos aparecemos frente a la valla que cierra una hermosa casita que se divisa a lo lejos. Alan introduce un código en el pequeño interfono situado justo antes de la entrada y la valla empieza a abrirse de inmediato. Yo sigo alucinando. Estoy dentro de una película. Casi no me lo puedo creer.

El camino avanza en dirección a la casa. Cuando llegamos Alan detiene el coche en el lateral y nos disponemos a salir del coche, cuando vemos aparecer a una pareja de lo que parece el porche frontal de la casa. Le miro con cara preocupada y me toma la mano tranquilizándome.

—Son el personal que se encarga del mantenimiento de la casa. No te preocupes —nos acercamos a ellos.

—¿Sr. Gass? ¿Srta. Cold? Encantados de recibirles. Ya está todo preparado. Si son tan amables de seguirnos, les mostraremos la casa. Y si todo es de su agrado, y no precisan nada más, podrán ustedes empezar a disfrutar de su estancia aquí en nuestra preciosa isla.

La casa es realmente bonita, muy acogedora y muy... romántica. Predomina el blanco en todo el salón, muy amplio y con grandes ventanales que se abren frente a la maravillosa playa. La cocina está situada a la derecha, tipo americana. La suite inmensa con su cama con dosel y cubierta de un ligero y envolvente tul blanco, que cuelga majestuosamente del techo. El baño... más grande casi que mi salón, cuenta con bañera y con una gran ducha toda acristalada... ¡Oh es precioso todo! Otra vez en el salón, nos muestran el porche que se extiende a lo largo de toda la casa y brinda una visión perfecta de toda la belleza de la playa y del mar bañado por el blanco resplandor de la luna.

—En la cocina tienen suministros suficientes para todos los días — dice el hombre— aunque cada mañana cuando vengamos a proceder a la limpieza, revisaremos si les hace falta algo. Igualmente ustedes pueden solicitarnos lo que deseen.

—Esperamos que disfruten de su estancia —nos habla la mujer— y si los señores no necesitan nada más, nosotros ya nos retiramos.

—Todo está perfecto. Muchas gracias —responde Alan.

Se despiden con una inclinación de la cabeza, primero a Alan, luego a mí y se alejan por el porche en dirección contraria por dónde habían aparecido. No puedo apartar los ojos de la playa. Me parece una imagen tan bella. La arena iluminada por el reflejo de las luces de la casa, se extiende a tan sólo un metro de nuestros pies.

—Todo sólo para nosotros —dice Alan desde atrás, sujetándome por la cintura.

—¿Cómo? ¿La playa para nosotros? —pregunto sin poder salir de mi

asombro.

—Sí —dice sonriendo divertido—. Es una cala privada. Sólo podemos entrar nosotros y ellos —señala en dirección por donde se había ido la pareja que nos dio la bienvenida.

—Oh... Alan... pero todo esto... es... demasiado... —siento que mis ojos se llenan de lágrimas y no voy a poder contener la emoción.

—Shhhh.... nada es demasiado para ti.... aunque sinceramente también es para mí, aquí voy a poder disfrutar de ti, tú sólo para mí, sin interrupciones de ningún tipo. Para empezar el móvil ya no lo he conectado cuando hemos salido del avión.

—Ohhh... Alan... yo no puedo.... mis niños...

—Lo entiendo, tú debes tenerlo conectado. Pero sólo cogerás llamadas que pueden ser importantes, ¿ok?

—Vaaaleeeee —contesto resignada—. ¿Paseamos?

Nos deshacemos de nuestras deportivas y cogidos de la mano bajamos las escaleras del porche. La arena se siente suave bajo los pies. La temperatura es estupenda a esas horas de la noche, debe ser de madrugada ya. Espero que siga así, incluso podríamos darnos algún baño durante el día, bajo los rayos del sol. No puedo reprimir el deseo de abrazarlo y rodeo su cintura con mis brazos apoyando mi cara contra su pecho. Llegamos casi a la orilla y nos sentamos a contemplar el espectáculo que se extiende delante de nuestros ojos. El mar está inquietantemente tranquilo y la luna dibuja destellos en el agua que te hipnotizan al son de las casi imperceptibles olas.

—Oh... Alan... es precioso. Gracias. Ahora mismo soy la persona



más feliz del mundo. No puedo pedir nada más. Un sitio precioso. Unas vacaciones encantadoras. Y tú, un ser maravilloso junto a mí.

Nuestros ojos se encuentran y puedo percibir en los suyos la emoción y el deseo. Dos sentimientos juntos que últimamente hemos visto bastante a menudo. Sentada entre sus piernas me estrecha con fuerza entre sus brazos.

—Me alegra que te guste. No sabes lo mal que lo he pasado estos días. Me moría por decirte lo que estaba planeando. Pero quería que fuera una sorpresa.

—Y lo ha sido Alan, te lo prometo. Desde el principio.

—Te acuerdas... ¿cuando fuimos a cenar el otro día al paseo marítimo? ¿Que casi me haces perder la cabeza en la playa? — pregunta en tono seductor y con su sonrisa perversa.

—Sí... tengo un grato recuerdo de más tarde, cómo me ayudaste a deshacerme de la molesta arena... —le respondo maliciosamente.

—Pues bien... aquí no hay riesgo... de ojos indiscretos —y sus labios se acercan peligrosamente a los míos. Puedo sentir su respiración, el calor de sus manos en mi espalda, y su olor que me embriaga por dentro—. Rebecaaaa... te deseo tanto...

—Alan... yo también te deseo... pero... no se... estoy un poco desorientada... no se... y si hay alguien por aquí, preferiría ir a la casa —mi tono triste parece conmoverle.

—Ohhh.... mi casta princesa. Vamos dentro si quieres, pero te aseguro que no hay peligro.

Damos un recorrido por toda la casa. Está cuidado hasta el último detalle y todo está impecable. Alan abre la nevera y saca algunas cosas de dentro.

—¿Cenamos?

¡Es verdad! Sólo habíamos tomado el pequeño aperitivo que nos sirvieron en el jet privado. Para mí fue suficiente, mi estómago repleto de nervios y excitación no tenía sitio para nada, pero el cuerpo de mi Alan necesita mucho más.

—Vale voy un momento al baño.

—¡Bien! Preparo algo mientras —dice alegremente mientras me besa en los labios.

Cojo mi neceser al pasar frente a la cama y me encierro en el baño. Necesito ordenar las ideas en mi cabeza. Son demasiadas emociones juntas en tan sólo unas pocas horas. Estoy a punto de vivir una historia de película en una isla de película con un amante de película. ¡Esto no puede estar sucediendo a mí! No quiero ni imaginarme lo que le habrá costado todo esto. El jet. La casa. ¡Dios mio! Una cala privada para nosotros solos. Me invaden de nuevo todos los temores y noto que mis ojos empiezan a picar. Y yo, ¿qué puedo darle yo a él?

Estoy apoyada de cara al espejo en el mármol impoluto del lavabo luchando contra mis lágrimas cuando se abre la puerta y ahí aparece él, como un ángel. Se ha cambiado de ropa, lleva sólo sus ligeros pantalones de deporte con el cordón sin atar, dando golpecitos en su entrepierna al ritmo de sus pasos mientras se dirige a mí.

—Rebeca ¿qué te ocurre? ¿Te encuentras mal? —su cara refleja auténtica preocupación. Y cogiéndome el rostro entre sus manos me besa suavemente la frente.

—Estoy bien, estoy bien —no puedo aguantar más, su rostro, su contacto, hacen que mis ojos se conviertan en dos compuertas que se abren de par en par para dar paso a un torrente de lágrimas incontrolable.

—Rebeca por favor, ¿dime qué te pasa?

—Es que... me das tanto... Alan... yo nunca podré sorprenderte con algo así, yo no...

—¡Rebeca no sigas por ahí! ¡Yo no necesito nada de esto! Tú me sorprendes cada día con tus caricias, con tus besos, ¡con tu amor! ¡Eso es lo que yo necesito de ti! ¡Nada más! Qué puedo hacer para convencerte de que te quiero a ti, tal y como eres —su voz casi suplicante aumenta más mi angustia.

—Sí Alan, lo sé, sé que me quieres y yo a ti te quiero con locura, por eso quisiera poderte dar más y más.

—No mi amor, no necesito nada más, tú eres todo lo que necesito.

Sus labios besan mis mejillas secando las lágrimas que están recorriendo mi rostro. Mis brazos rodean su cuello y lo aprieto contra mí fuerte, muy fuerte.

—Alan me aterra el día en que decidas ya no quererme más. He vivido sin ti durante casi cuatro meses y no creo que sea capaz de volver a pasar ni un sólo día alejada de ti.

—Te prometo que eso no pasará nunca. Te lo prometo. Y ahora, ¿cenamos? —su sonrisa hace que me olvide de todo y recupere de inmediato la alegría y el buen humor.

—Vale, dame cinco minutos.

—¡Cinco! ¡No más! Te espero en el salón —me encanta su juego autoritario, aunque siempre le cuesta disimular sus deseos más profundos.

Me doy una ducha supersónica. Incluso el gel huele de maravilla. Deja sobre mi piel un delicioso aroma a miel. Me envuelvo en una toalla inmensa y muy suave, con un dulce olor a miel también a juego con el gel. Mmmm.... ¡que bien me siento ahora! Cojo de la bolsa una camiseta de tirantes, me la coloco rápidamente y luego mis shorts que me los voy subiendo a toda prisa en dirección al salón. Me parece que ya han pasado los cinco minutos.

Alan está sentado en el sofá frente a la mesa de centro, repleta de manjares y una botella del mismo vino que hemos bebido en el jet enfriándose en la cubitera.

—¿El mismo vino de antes? —pregunto sentándome a su lado.

—Sí, ¿no te ha gustado? —susurra acercando su nariz a mi cuello—. Mmm.... Rebeca... que bien hueles....

—Sí me ha encantado. Pero más cuando me has besado.

—Pues es un vino caro. Debería gustarte sin necesidad de mis besos.

—Pues lo siento. Me bastaría con un simple vino peleón siempre que fuera acompañado de tus besos.

Mis manos se enredan en su pelo y las suyas se aferran a mi cintura, el peso de su cuerpo me hace caer contra el respaldo del sofá y sus labios empiezan a recorrer mi cuello con dulces besos. Sus manos se deslizan por el interior de mi camiseta, recorriendo mi espalda arriba y abajo. Dejo caerme lentamente sobre el sofá y él se coloca sobre mí, entre mis piernas. La visión es tentadoramente irresistible, su torso desnudo sobre mí y su sonrisa retándome a tan sólo dos centímetros de mi cara.

—Levanta los brazos —susurra.

Le hago caso. Y sus manos agarran los bajos de mi camiseta y la desliza por ellos. Sus ojos se posan en mi cuerpo y no puedo evitar estremecerme de deseo. Sus labios recorren de nuevo mi cuello, y van descendiendo lentamente entre mis pechos hasta mi estómago. Su lengua dentro de mi ombligo, presionando con dulzura.

—Ahhh... Alan...te quiero...

—Y yo mi amor... no sabes cuánto... Oh... Rebeca... bájame los pantalones...

Hago lo que me pide y luego hago lo mismo con mis shorts. Nuestros cuerpos se unen en uno sólo, mientras sus labios me siguen electrizando hasta la última terminación nerviosa de mi cuerpo. Su penetración es lenta y suave, al compás de sus delicados besos. El calor extremo empieza a invadir mi interior, mis dedos se aferran a su espalda, y mis piernas lo aprisionan contra mis caderas. Y así juntos compartimos un maravilloso, dulce y sensual orgasmo.

—Oh... Alan... que dulce eres mi amor... —suspiro mientras acaricio su cabeza reposando en mi pecho.

—Te gusto más así, ¿dulce?

—Me gustas más así, dulce... —su rostro se ensombrece un poco—  
...pero también me gustas más sensual... me gustas más erótico...  
me gustas más duro... me gustas de todas las maneras posibles.

—Pues prepárate porque estos días te voy a follar de todas las  
maneras posibles que te puedas imaginar.

Incorporándose sobre sus fuertes brazos y sujetándome por la nuca  
me levanta con él y me besa en los labios, suave, para en décimas de  
segundo introducir luego su lengua en mi boca rápidamente con  
movimientos enérgicos, que me hacen otra vez perder el sentido.

—Y esto ha sido un adelanto de lo que te espera luego... —dice con  
su característica sonrisa, tan perturbadora para mí—. Pero ahora  
necesito comer algo, si no quiero volver a caer en coma otra vez.

Le clavo un puñetazo en el hombro.

—¡Aaauuugggg! Oh... sí... esa es mi Rebe... Mmmmm... me ha  
gustado ese directo tuyo... luego recuérdame que te enfade un  
poquito.

Nos reímos mientras nos vestimos un poco. Sería un poco difícil  
concentrarme en la comida viendo su cuerpo desnudo a mi lado. Ya  
me cuesta sólo con verle su precioso torso...

Estoy acabando de depositar los platos de la cena en el interior del  
fregadero cuando aparece Alan con la toalla que había usado yo  
antes en la mano. Todavía noto como despide ese dulce aroma a  
miel.

—Deja esto, no tienes que hacerlo. Ya lo hará mañana el servicio. Ven —y tomándome la mano me lleva hacia el porche.

La noche es oscura pero nos iluminan la luna y cientos de estrellas en el cielo. ¡Dios! Qué escena más bonita. Bajamos a la arena y nos acercamos a la orilla. Allí, casi nuestros pies tocando el agua, Alan coloca la gran toalla sobre la arena y nos estiramos. Nuestros ojos mirando al cielo, ese cielo repleto de infinitud de puntitos.

—Alan qué bonito es esto. Y que tranquilidad.

Sólo se escucha el suave murmullo de las olas. Me parece todo extremadamente perfecto, pero a la vez me infunde un poco de respeto, el estar ahí solos, y me aterra la posibilidad de que alguien consiga entrar en la propiedad.

—Tranquila, de verdad. Nadie puede entrar aquí. A no ser, que vengan en barco. Y entonces lo veríamos enseguida ¿no? De todas formas no pueden entrar aquí, son aguas poco profundas. En serio, este lugar es más seguro que mi casa.

Me convence al momento e incorporándome de golpe me siento a horcajadas sobre sus caderas. Sujeto sus manos a la altura de su cabeza y mirándole a los ojos fijamente acerco mis labios a los suyos deteniéndome a tan sólo dos milímetros de ellos mientras inicio un suave vaivén con mis caderas, rozando mi vagina contra su pene. Llevamos ropas delgadas por lo que es fácil notar la anatomía del otro sin ningún esfuerzo. Intenta zafarse de mis manos pero consigo retenerlo. Supongo, gracias a que quiere seguirme el juego, ya que no sería ningún esfuerzo para él, el voltearme y retenerme bajo su cuerpo en menos de cinco segundos.

—Las manos quietas —le susurro al oído—. Voy a soltarte las manos.... pero no quiero que te muevas... —sigo susurrándole.

Me deshago de mi camiseta y me sigo moviendo, ya puedo notar su excitación y por mi espalda empieza el baile de latigazos hacia mi clítoris. Noto como se remueve bajo mi cuerpo.

—Shhhh.... quieto.... no quiero que te muevas.... Ahora mismo... voy a comerme tu enorme polla... y no quiero que te muevas... ¿entendido? —sus ojos están encendidos, su boca entreabierta deja escapar un hilo de voz, asintiendo a mis órdenes, y su cuerpo me quema en todos los puntos en los que entra en contacto con el mío.

Voy recorriendo su pecho con mi lengua y mis manos van acariciando sus hombros, mis dedos se enganchan a sus pezones, retorciéndolos suavemente. Sus gemidos van en aumento y mi excitación también. Dibujó círculos con la lengua alrededor de su ombligo y colocándome entre sus piernas me quito los shorts. Es realmente excitante la sensación de hacer el amor al aire libre. Es increíble la sensación de libertad. Deslizo los dedos por dentro de la cinturilla de sus pantalones y los bajo lentamente dejando a la vista su enorme erección, luego los deslizo por sus muslos para ya dejarlos tirados entre sus pies.

Me tiendo sobre él frotando mi cuerpo totalmente contra el suyo y besando su abdomen una y otra vez. Mi mano derecha se aferra a su miembro con fuerza mientras la izquierda aprieta su fuerte pecho. Muerdo sus abdominales y su cuerpo se retuerce cuando mi mano empieza a masturbar su pene con fuerza, apretando, subiendo, bajando a un ritmo trepidante.



—Arrrggg.... ohhhhh.... si.... Rebe.... siiiii....

Sin soltar su pene lo cubro con mi boca, aprieto con fuerza y sigo moviéndome arriba y abajo, apretando, chupando, lamiéndolo todo una y otra vez. Siento unos deseos incontrolables de tocarme y con mi mano libre empiezo yo también a masturbarme. Mi vagina está totalmente mojada y mi clítoris increíblemente hinchado. Le miro. Él me mira. Se apoya sobre su codo y con la otra mano me sujeta la cabeza contra sus caderas. Al verme su excitación aumenta y sus gemidos se convierten en casi gritos de placer. Mis gemidos también se aceleran pero son amortiguados por el volumen de su pene en mi boca. Su mano intenta separarme.

—Ohhh.... Rebeca... ¡me voy a correr! Ahhh... siiii.... sigue... sigue...

El ritmo de mis manos acelera, su pene se endurece como la piedra, mi clítoris se inunda y mi boca se cierra más todavía entorno a él. Su mano me sujeta con fuerza el pelo y mi cuerpo estalla en mil pedazos al mismo tiempo que siento mi boca invadida de su jugo. Su cuerpo se tensa por completo mientras sus caderas se elevan hacia arriba para luego caer desplomado contra la arena.

—¡Joder! Rebeca... Otro así y acabas conmigo... —su voz se entrecorta y enseguida me asaltan los miedos.

—¡Alan! ¿Te he hecho daño? ¿Estás bien? —ya han pasado las dos semanas que tenía que hacer de reposo, aunque no hicimos mucho caso al doctor, pero no debemos olvidarnos que todavía todo es muy reciente.

—Sí, si, no es por eso mi amor... —me besa la oreja— ... es que ha sido increíble... y ver como te tocas... mientras me la comes... ha

sido brutal, ohhh.... solo de pensarlo, ¡vuelve a excitarme!

De repente agarrándome por la cintura me voltea, sometiéndome bajo su cuerpo, mi cara contra la toalla y mi espalda en contacto con su cuerpo. Noto su peso sobre mi trasero y mis piernas están aprisionadas entre las suyas. Sus labios empiezan a recorrer mi espalda y su mano se abre paso entre mi cuerpo y la toalla para tocar mis pechos.

—Ohhh... que dulce sabes.... tengo que comprobar si toda tú estás tan dulce...

—Alan.... mmmm.... quiero sentirte dentro de mí, fóllame te lo suplico...

—Mmmm.... chica impaciente... todavía no puedo...

Noto su cuerpo separarse del mío y sus manos agarrándose a mi cintura. Con un gesto brusco hace que me incorpore dejándome apoyada de manos y rodillas sobre la toalla.

—Ahora te toca a ti estarte muuuyyyyy quietecita.... —me susurra al oído mientras puedo notar su pene rozando mi culo.

—Ohhh... Alan... por favor...

Sus manos empiezan a acariciar mi trasero y su lengua las sigue por ahí por donde pasan, como queriendo calmar el calor que van dejando a su paso. Introduce sus dedos dentro de mí y siento mis piernas desfallecer. Su ritmo es lento, enloquecedoramente lento, lo quiero rápido, ¡lo necesito fuerte!

De repente cesa. Sus dedos están fuera de mí y no noto su mano en

contacto con mi trasero.

—Alan.. Alan... sigue... sigue...

Se coloca debajo de mí, su cabeza entre mis piernas y con sus manos en mi culo me obliga a acercar mi vagina a su boca.

—Ohhh... Alan.... Dios... no te va a dar tiempo de hacerme nada... no sabes como me excita verte así...

Su lengua se introduce dentro de mí, abriéndose paso hacia mi clítoris y sus dedos se hunden en mi vagina, dentro, fuera, dentro, fuera, su lengua arriba y abajo, arriba y abajo. Mis piernas empiezan a doler por la tensión que ejerzo sobre ellas, para retener un poco más la llegada del orgasmo que estan a punto de provocarme sus movimientos. Quiero sentir un poco más su lengua y sus dedos dentro de mí.

—Ohhh... Alan... no puedo más.... ¡ahh! ¡Ahh! Siiii... Ahhhh.....

Mil calambres recorren mi clítoris mientras él me retiene contra su boca con fuerza extrema. Siento como me inundo por dentro. Mis gritos de placer se elevan hasta el cielo. Y me corro dentro de su boca sin remedio. Intento separarme pero él no me lo permite. Voy a desmayarme.

—Para... para... Por favor... Ahhh... Arrgggg.... Alan...

Él sigue con su frenético ritmo sin darme tregua ni descanso, sus dedos se clavan dentro de mí, su lengua embiste con fuerza mi clítoris. Su respiración contra mi vagina... ohhh... su aliento caliente... me excita más....

—Alan... por favor... ¡Me correré otra vez! ¡Noooo! ¡Te quiero a ti dentro de mi! Por favor... Ahhh.....

Con una agilidad increíble y una rapidez casi inhumana, se coloca detrás de mí y sujetándome con fuerza por los hombros, se introduce dentro de mí, embistiéndome con una fuerza que roza la brutalidad, dentro, muy dentro. La primera punzada de dolor no tarda en convertirse en un placer incontenible con su segunda embestida, y con la tercera, y....

—¡Arrrrggggg! —su grito es descomunal y mi excitación aumenta si cabe, al escucharlo.

—¡Alaaaannn! ¡Más! ¡Más! ¡Fuerte! ¡Fóllame! ¡Fóllame! —le grito.

Mi vagina vuelve a inundarse de nuevo y nuestros flujos se unen dentro de mí en armonía con un orgasmo que lo he sentido correr por todo mi cuerpo. Alan sigue aferrado con fuerza a mis hombros y su pene sigue dando fuertes empujones dentro de mí, movimientos que se van ralentizando al mismo compás que nuestras respiraciones. Los dos caemos rendidos sobre la toalla

\*\*\*\*

Mientras Alan prepara un par de copas de refrescante vino me meto en la ducha. ¡Bufff! Me siento dolorida... los brazos, los hombros, las piernas... ha sido realmente intenso. La ducha me relaja y de golpe me siento muy cansada. He perdido la noción del tiempo, pero tiene que ser muy tarde.

Me envuelvo en una toalla y secándome frente al espejo entonces lo veo. Mis hombros. Sus manos. Sus dedos perfectamente marcados en mis hombros. Los repaso con mis dedos y siento un dolor punzante al rozar mi piel que ha cambiado completamente de color, pasando del rosado al oscuro morado. Ohhhh... por eso sentía dolor.

¡Dios! ¿Tan fuerte me sujetaba? Enseguida reacciono, Alan no puede verlo, le haría sentirse muy mal. Lo oigo todavía en el salón, corro hacia la habitación y busco entre sus ropas una camiseta de manga corta. Me estoy poniendo las bragas cuando atraviesa la puerta sosteniendo las copas.

—Qué bien te sienta mi camiseta —dice ofreciéndome la copa.

—¿Ves? No me dejaste traerme casi nada y ahora tengo que cogerte tu ropa. Me gusta dormir con ella, me relaja tu olor.

—¿Cansada? —pregunta abrazándome por la cintura.

—Un poco, ha sido todo muy.... intenso...

—Pues venga, vamos a dormir. Mañana nos espera un día más intenso todavía.

Y me duermo pensando en mañana cómo lo haré para disimular mis moretones antes de que él pueda darse cuenta.

Por la mañana me despierta el suave aroma a café que llega desde la cocina. Ala no está a mi lado. Me incorporo y se me escapa un gemido al sentir el dolor que proviene de mis hombros. Lo había olvidado. Tengo que ir al baño, me pondré maquillaje para disimularlos. Alan aparece en la puerta, cargado con una bandeja llena de comida, tostadas, fruta, zumos, el café... y un pequeño jarrón de cristal con preciosas flores de color malva. Y detrás de la bandeja, su rostro perfecto y su sonrisa encantadora.

—Buenos días bella durmiente —deja la bandeja sobre la cama y me besa cariñosamente—. ¿Has dormido bien?

—Mmmmm... sí... mi amor... muy bien ¿y tú?

—Sí, aunque estaba preocupado, porque te has movido bastante y gemías, como si estuvieras teniendo un mal sueño. ¿Estás bien?

—Ohhh... sii... cariño, no recuerdo que haya soñado nada. Estoy bien no te preocupes.

—Pues venga a comer. Tenemos que recuperar fuerzas —y coloca la bandeja entre los dos sonriendo.

—Pues deja de sonreírme o no probaré bocado... de la comida.... —graciosamente se tapa la boca con la mano y empezamos a desayunar entre risas.

Esa mañana Alan había planeado una visita por la isla. Es un sitio realmente precioso, con sus casitas blancas y azules. Paseamos abrazados el uno al otro, por sus estrechas calles, subimos, bajamos escaleras. Recorreremos la zona de pequeñas tiendas. Hay cosas verdaderamente preciosas.

—Entremos.

—No Alan, no podemos entrar a comprar todo lo que veo que me gusta. Ya tengo todo lo que quiero —y lo abrazo con fuerza.

Al subir mis brazos para rodear su cuello siento de nuevo las punzadas de dolor. Y noto como mi boca se tuerce en una mueca. Por suerte estoy fuera del alcance de su vista.

—Pero si no me has dejado comprarte nada de lo que has visto. ¡Sólo una cosa!

—¡No! Me hiciste traer una bolsa pequeña. ¿Recuerdas? No me cabe

nada más.

—Pues compramos una maleta grande, no hay problema.

—¡Que nooooo! Vamos sigamos paseando —y cogiéndolo de la mano lo arrastro calle abajo.

En seguida llega la hora de comer y nos decidimos por un increíble restaurante, que recorre parte del acantilado. Las mesas están a diferentes niveles y es impresionante bajar la vista y ver todo el mar a tus pies. La comida es exquisita, pero nada comparado con poder disfrutar de la compañía de mi amado Alan.

—¿Qué... miras? —me pregunta.

De repente me doy cuenta. Mi cabeza está apoyada en mi mano, mi boca entreabierta en una mueca de estupefacción y me sorprende a mi misma, completamente embobada, apreciando la hermosura de su rostro y escuchando su melodiosa voz, pero sin entender nada de lo que está diciendo.

—No me estás escuchando. Te preguntaba que cómo te has puesto esta camiseta tan tapada. Hoy hace un día estupendo. Y es realmente agradable ver tu piel bajo los rayos del sol —y sus dedos recorren mi cuello.

—Ohhh... Alan... perdona es que me pierdes... te estaba contemplando y... bueno.... es que pensaba que no haría tanto sol.

La verdad es que agradecería una camiseta más ligera, pero no podía ponerme otra cosa, tenía que ocultar las marcas de sus dedos.

Regresamos por el camino de la casa, Alan introduce el código,



cuando mi teléfono móvil suena. *JAN llamando.*

—Alan —le miro con sorpresa— es Jan.

Su cara se transforma, y su voz se vuelve grave.

—No lo cojas.

—Pero... y si es urgente... te habrá llamado a ti y como no lo tienes operativo... si me ha llamado a mí es que debe ser importante.

—¡No!

El teléfono deja de sonar. Estamos subiendo por las escaleras del porche de la casa cuando vuelve a llamar. Prácticamente Alan me arranca el móvil de las manos y descuelga.

—¡Se puede saber qué coño pasa Jan!

¡Mierda! ¡No! No quiero verlo así, entro en la casa y cierro la puerta, dejando a Alan en el porche, hablando por teléfono. Aprovecho y me meto en el baño para repasar el maquillaje de mis hombros, sólo faltaría, ahora que está tan enfadado que viera lo que me hizo la noche anterior. ¡No! No puedo creer lo que veo. El morado es más intenso ahora y el maquillaje no lo cubre. Mi mente se acelera, buscando una solución, una rápida salida a mi problema, pero no puedo pensar en nada. No voy a poder evitar que lo vea. Me cambio de ropa rápidamente, antes de que él entre en la casa. Me gustaría ponerme una de mis camisetas de tirantes, el día es caluroso, pero no puedo. Opto por una camiseta de manga corta y unos shorts. Salgo al salón.

Alan está descalzo por la playa, sigue hablando y gesticulando

exageradamente. Me imagino al pobre Jan al otro lado de la línea aguantando el chaparrón de voces y gritos. Pobre Jan. Me apresuro y cojo dos copas de la cocina y una botella del exquisito Château Smith. Me acomodo en el sofá con las copas llenas y la botella encima de la mesita de centro, colocada frente a mí. A través de la cristalera puedo ver cómo Alan ya ha colgado y se dirige a la casa, revolviendo nerviosamente con su mano, su pelo negro. Se sienta pesadamente sobre el sofá entregándome el teléfono, con la mirada fija en el infinito y sin articular palabra.

—Alan... ¿estás bien? —pregunto asustada, mientras acaricio su pelo alborotado.

—Sí, no te preocupes —intenta emitir una sonrisa pero no lo consigue.

—Mi amor, si necesitas trabajar... yo lo entiendo, tómate el tiempo que quieras, nos quedan muchos días todavía por delante —sus dedos se posan sobre mis labios y no me deja terminar.

—¡No! Te prometí que estaríamos los dos solos, sin interrupciones y así será. Su semblante sigue siendo serio y distante... tan distante.

—Pero... ¿es grave? ¿Ha ocurrido algo? Oh.... Alan...no me gusta verte así, me preocupas mucho...

—No Rebe... no es nada... —sus manos cogen las copas, me extiende la mía—. Por ti mi amor. Te prometo que nada ni nadie se interpondrá entre nosotros —y su rostro recupera su deliciosa sonrisa y sus ojos se clavan en los míos—. Voy a ponerme cómodo.

Mientras le espero en el salón, me doy cuenta de haber visto mis

shorts que llevaba ayer, doblados y perfectamente planchados encima de la cama, al igual que sus pantalones de deporte. ¡Hasta nos hacen la colada! Oh... podría vivir toda la vida en esa casa, si mis hijos estuvieran conmigo. Oigo correr el agua de la ducha, por lo que aprovecho para hacer una llamada a mis niños. Están muy contentos y se lo están pasando bien. Me preguntan por mis vacaciones y tengo que improvisar una excusa. Decido contarles que he ido a casa de una amiga en la playa. Y parece que se lo han creído.

Verlo aparecer en el salón simplemente vestido con su pantalón de deporte de fino algodón y ese cordoncito... sin atar... golpeteando en su entrepierna, clac...clac...clac...su torso desnudo, esos oblicuos cuyas líneas van a perderse en las profundidades de su... Mi mente se dispersa, mi vista se nubla y lo noto sentarse a mi lado.

Su sonrisa se muestra delante de mí y mis ojos sólo pueden ver sus labios, esos labios que hace meses me hipnotizaron la primera vez que lo vi. Esa sonrisa que sigue ejerciendo sobre mí, ese extraño efecto de excitación, deseo y amor. Mis manos se enredan en su pelo, mojado todavía y que despide ese dulce aroma de miel y nuestras bocas se juntan en un beso apasionado y lleno de deseo. ¡Lo deseo tanto! No me cansaría nunca de abrazarlo ni de besarlo. Lo necesito a mi lado. ¡Siempre!

Me separa con suavidad y con la mirada me recorre de arriba a abajo. Sus ojos se iluminan cuando se posan en mis pechos. Mi camiseta es ajustada y no llevo nada más debajo, por lo que se me marcan claramente los pezones excitados ya por el simple contacto de sus manos y su beso apasionado.

—Mmm... Me gusta esta camiseta... —me invade el miedo del

recuerdo del por qué he escogido esta camiseta y me apresuro a contestarle.

—¿Si? Pues te queda terminantemente prohibido sacármela durante el resto del día. Será tu penitencia por haberme tenido preocupada durante estos minutos.

Su rostro se transforma en una mueca imitando frustración y pena.

—Ohhh... Rebe... Rebe... que juguetona eres... pero me parece que tendrás que atarme las manos.

—No no, si no quieres que me enfade, tendrás que hacerme caso y portarte como un chico bueno.

—¿Y si lo que quiero es que te enfades chica mala?

Me lanzo sobre él con todas mis fuerzas, consiguiendo tirarlo sobre el sofá y sentándome sobre sus caderas le amenazo previniéndole de que no me ponga a prueba, pero me temo que eso hace aumentar más aún su excitación.

—Rebeca.... ¡quiero follarte!

—No mi amor... ahora quiero besarte... estás muy tenso... y voy a relajarte un poco...

—No quiero relajarme Rebeca... mmm... —pero mis labios ya están recorriendo su cuello.

Sus manos tiran de mi camiseta hacia arriba dejando mis pechos al aire, rozándose con su pecho y le advierto...

—Shhhh.... ya basta... de ahí no pases... esas manos quietecitas...

te recuerdo que estás castigado.

Emite un lloriqueo y su boca abierta de deseo se encuentra con la mía. Su dulce lengua se introduce con furia en mi boca, retorciéndose alrededor de la mía mientras sus fuertes manos me arrancan prácticamente los shorts. Sus caderas se elevan con rabia y aprovechando este impulso me incorporo sobre él mirándole fijamente a los ojos.

Sus manos empiezan a acariciar mi piel y lentamente van subiendo por mi abdomen para terminar su recorrido en mis pechos desnudos delante de él. Noto la fuerza de su presión y mi garganta emite un gemido que intento ahogar en mi boca. No quiero perder el control de la situación. Cojo sus manos y las sostengo al lado de su cabeza y voy recorro su pecho con suaves besos.

—Ohhh... Rebeca... quiero tocarte... —susurra.

—Todavía no Alan... quiero besarte mucho... todo... —gime y se rinde bajo mis labios.

Recorro todo su torso con mis labios, sus brazos, sus manos...

—Date la vuelta Alan... —obedece—. Ahora quítate los pantalones... sin volver a darte la vuelta —obedece también.

No quiero arriesgarme a ver su erección, todavía me queda mucho cuerpo por besar.

Mi lengua roza sus hombros y mis pechos acarician su espalda. Lleno de besos su columna vertebral.

—Oh... Rebeca... vas a hacer que manche el sofá... ¡joder! Deja que

me dé la vuelta, ¡quiero tocarte!

—No he terminado todavía... —le susurro de nuevo arriba, junto a su oído—. ¿Ves? Y si sigues interrumpiéndome nunca acabaremos. Ahora tengo que empezar otra vez desde el principio.

—Mmm... No... Rebeca....

—Shhhh.....

Repito mis besos sobre sus hombros, mordisqueo suavemente sus músculos, aunque es difícil, está tan duro... mis labios se encuentran ya con la curva de su trasero, instintivamente abre ligeramente sus piernas, imagino que para intentar liberar un poco la presión en su erección, pero le impido moverse demasiado con el peso de mi cuerpo. Mi lengua recorre sus glúteos tan firmes y duros. Los lleno de mil besos mientras descendo hacia sus muslos. No puedo evitar ver sus genitales entre sus piernas entreabiertas, me acerco muy lentamente y soplo cerca muy cerca.

—Ahhhh.... ohhhh.... Rebe.....

Los recorro con mi lengua y mis manos se aferran con fuerza a sus glúteos apretando sus músculos entre mis dedos. Siento tensarse totalmente la piel de sus testículos bajo mi lengua y al momento desaparece el contacto.

—Arrggg... mmmmm..... ¡Joder! ¡Rebeca! ¡Te quiero ahora!

De un salto se coloca frente a mí y tumbándome bajo él empieza a besarme el cuello con fuerza, sus manos se desbocan sobre mi cuerpo, siento mis pechos a punto de explotar entre sus dedos, ahora son sus dientes mordiendo mis pezones.

—Ahhhh..... Alan.... ¡no había terminado contigo! Ohhh....  
mmmmm.....

—Lo siento.... pero no aguanto más... —su pene se introduce con  
rapidez dentro de mí—. Ohhh... Rebe... ¿y tú cuánto ibas a  
aguantar? Estás tan mojada... me vuelves loco... Ohhh... mi amor  
vas a tener que darte prisa... ahhhh....

—¡Fuerte Alan! ¡Fóllame! ¡Fóllame! Siiii...

—¡Rebe! ¡Arrrggggg!

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Ohhh Alan! ¡Tu polla me vuelve loca! ¡Parece que me  
vaya a atravesar por dentro! Sigue... sigue... ya... ya... sigue...  
ahhhh...

—¡Rebeca! ¡Te quiero... te quiero!

\*\*\*\*

Alan está en la cocina cogiendo algún manjar para cenar. Ya ha  
preparado la mesa exquisitamente. Ohh... mi galán seductor.

—No conocía yo esta faceta tuya de amo de casa —río mientras le  
rodeo con mis brazos por detrás.

Se gira y me besa en la frente alzando las manos sosteniendo los  
platos.

—Voy a darme una ducha rápida y vuelvo enseguida para ver lo que  
me has preparado ¿vale?

—Vale. No tardes. Ya te echo de menos.

En la habitación cojo la camiseta de Alan que uso para dormir y unas

bragas y rápidamente me desnudo y me meto en la ducha. Me molesta el golpeteo del agua en los hombros y todavía puedo apreciar el color morado sobre ellos, ahora difuminando un poco al amarillo en los bordes de las marcas de sus dedos.

Me miro al espejo y puedo ver que mis mejillas han cogido un saludable color rosado, gracias a la fantástica mañana que hemos pasado hoy fuera de casa. Envuelvo mi toalla por debajo de mis axilas, secando mi cuerpo. Mmmm... cierro los ojos.. sintiendo la suavidad y el aroma característico de la miel. Es muy relajante.

Un sonido gutural detrás de mí me arranca de mi ensoñación y mis ojos se encuentran en el espejo con unos ojos llenos de terror, una cara transformada en una mueca de... ¿dolor? ¿Asco? ¡Mierda! ¡Alan! Intento rápidamente cubrir mis hombros con la toalla, pero es inútil, de un manotazo la lanza hacia atrás, dejándome totalmente desnuda e indefensa frente a él.

—¡Maldita... sea! ¡Rebeca! ¡Qué te he hecho! —sus manos se colocan sobre los moratones, como queriendo comprobar que las marcas coinciden con sus manos.

Inmediatamente me doy la vuelta e intento abrazarlo pero él se separa dos pasos de mí.

—¡No! ¡No dejes que te toque! ¡Qué he hecho!

Sus ojos siguen fijos en mis hombros, esos ojos llenos de terror que me están partiendo el corazón en dos.

—Alan mi amor ¡estoy bien! ¡No es nada!

—¡Noooo! ¡Rebeca! ¡Pero te has visto! Eso es de.... ayer por la



noche.... ¡JODEEEERRR! ¡Rebeca! Por eso antes no me has dejado quitarte la camiseta, para que no lo viera...

Se gira dándome la espalda y apoyándose en la pared lanza sobre ella un estruendoso puñetazo que retumba en mis oídos como una bomba.

—¡Mierda! ¡Rebeca! ¡Lo siento! —y estalla en sollozos llenos de dolor y desesperación.

—Alan mi amor —lo abrazo por la espalda, incluso en esta situación el contacto con su cuerpo me excita y empiezo a besarle la espalda.

—Estoy bien cariño. No me di cuenta hasta luego por la noche. No me enteré cuándo sucedió. Disfruté mucho de lo que hicimos. Y volvería a repetirlo, te lo prometo.

—No digas eso —dice girándose y cogiendo mi rostro entre sus manos—. No puedo volver a hacerte esto. Nunca más.

—Alan créeme, estoy bien. No me duele —miento—. Te quiero. Fue un... daño colateral... —intento bromear—. No te pudiste controlar. Yo a veces, sé que he clavado mis uñas en tu espalda... ¿o no?

—¡Pero yo soy más fuerte! No me haces daño. Me gusta —su voz suena ahora más débil, más tranquila.

—¡A mi tampoco me duele! Sólo que... los moratones son muy escandalosos, nada más. Me gustó Alan. Me gustó mucho —y nos fundimos en un tierno abrazo.

—¿Sabes lo que me duele ahora? —pregunta con cara de niño.

—No Alan, todo está bien, de verdad. No te preocupes.

—Vale, sí, pero me duele la mano.

—Ohhh... ¡Dios! ¡Tu mano!

Mi vista se desvía hacia el punto donde su mano impactó hace unos instantes con la pared, y ahí están dos pequeños agujeritos que se hunden en el cemento. Cojo su mano entre las mías y llevándolo hacia el lavabo, la coloco bajo el chorro de agua fría. Ya es claramente visible la inflamación y un tono rojo intenso cubre sus nudillos.

Vuelvo a enrollar la toalla bajo mis axilas y lo arrastro hacia la habitación. Suerte que he venido preparada y cojo de mi neceser mi pomada antiinflamatoria, que a veces necesito para mis castigadas cervicales. ¡Mierda! Podría haberme puesto en mis moratones, así igual hubiera frenado el avance del tan desagradable color morado.

—Ven te daré un masaje.

Suavemente cojo su mano entre las mías impregnadas de crema y voy masajéandola con cariño. Poco a poco su cuerpo se relaja y sin dejar que acabe de absorber totalmente la crema, coge el tubo, pone un poco en las puntas de sus dedos y empieza a acariciar mis hombros levemente, sólo rozándome, como con miedo a hacerme daño.

—Ohhh... Alan... que agradable....

—Lo siento Rebeca, lo siento mucho. Perdóname.

En respuesta a sus palabras cojo su cara con mis manos y le beso en los labios.

—No tengo nada que perdonarte —le digo clavando mi voraz mirada en sus negros ojos—. Lo volvería a repetir Alan. Y quiero que te quede bien claro. Te quiero de todas formas. Te quiero dulce. Pero te sigo queriendo duro Alan, sin miedos.

Sus ojos esquivan mi mirada. Y me río porque conozco el efecto que ejerce sobre él.

—¡Venga! Acaba de preparar la cena y deja que me vista.

—¡A sus órdenes mi señora!

\*\*\*\*

Los tres próximos días fueron un no parar. Visitamos hasta el último rincón de la isla. Nuestros cuerpos también se encontraron el uno al otro, de mil diferentes formas. Por suerte el desafortunado incidente de los moratones, quedó en el olvido, y seguimos gozando de nuestro sexo, dulce, rudo, salvaje, tierno...

El domingo fue un día especialmente caluroso, como si fuera un regalo de despedida, que nos permitió incluso darnos un baño en la playa por la tarde, antes de la cena, en un espectacular restaurante al aire libre y con música en directo.

Cuando llegamos a la casa, el calor sigue siendo agobiante.

—¿Te apetece otro baño? —invita Alan tras su delatadora sonrisa.

—Mmmm... siiii... tengo mucho calor.... —contesto ahuecándome la camisa, dejando más a la vista mi escote frente a sus ojos, que inmediatamente se iluminan y se hacen más profundos.

—Bien... pero... prohibido bañadores... —sus manos se cierran

sobre mi trasero y su boca se cierra sobre la mía. Su lengua invade mi boca y mi cuerpo se enciende con el deseo de su contacto.

Arrastrándome hacia el salón en dirección al porche, sus manos me van desnudando, mis dedos desabrochan su camisa rápidamente. En un suspiro suelto su cinturón, el botón, la cremallera, sus pantalones caen con facilidad al suelo. Estamos ya simplemente en ropa interior cuando salimos a la arena, sin perder el contacto con nuestras lenguas ansiosas y deseosas la una de la otra. Muerdo sus labios, él muerde mi lengua, mis manos tiran de su pelo y sus manos entran en mis bragas agarrando mi trasero fuerte y profundo de forma que las puntas de sus dedos rozan mi vagina.

—Mmmmm... Alan... no quiero bañarme....

—Síii mi amor... estás muy acalorada... necesitas refrescarte...

—Hazme el amor Alan... Te quiero tanto... —bajo sus boxers y no puedo reprimir mi gemido al sentir su erección sobre mi estómago, golpeándolo con fuerza al liberarlo de su prisión. Sus manos bajan mis bragas y sin esperarlos sus dedos se introducen dentro de mí con suavidad pero con firmeza.

—Ahhh... siiii... —mis intentos por tumbarnos en la arena son inútiles y sin dejar de masturbarme con sus hábiles dedos, me dirige hacia el mar.

Siento enloquecer, no puedo seguir el ritmo de sus pasos, al mismo tiempo que sus dedos me llevan a la gloria, mis piernas desfallecen, cuando con la otra mano, me rodea con fuerza la cintura, elevándome medio metro sobre el suelo, sin dejar de mover sus dedos dentro de mí. Nos adentramos en el agua. Está fría, pero la sensación es muy

placentera. El choque del calor en mi interior recibiendo el frescor en mi piel, hace estremecerme. Con la ayuda del agua, elevo mi cuerpo frente a él y enrosco mis piernas entorno a su cadera para recibir así, dentro de mí, su cuerpo, fuerte, duro, grande y sediento.

\*\*\*\*

Nos dirigimos ya a casa de Alan, a toda velocidad en el BMW. Me invade una profunda tristeza porque ya acaban las vacaciones junto a mi amor. Son las once de la mañana y es lunes. Todavía nos queda el día de hoy, pero ya mañana por la mañana debo irme a casa. Tengo que recuperar mi cordura y a Alan le espera una dura vuelta al trabajo. Aunque a pesar del triste recuerdo del fin de las románticas y desenfrenadas vacaciones, me siento feliz, feliz de tener a mi lado, a Alan, mi Don Perfecto. No puedo evitar poner mi mano sobre su muslo, a lo que él me responde con su sonrisa.

—Te quiero Alan. Gracias —le digo, mirándole con ternura—. No sólo por todo lo que me has dado estas vacaciones. Sino por ser como eres. Gracias por estar conmigo.

—Tú eres mi vida, Rebe. Y nada, nunca será suficiente para ti —y su sonrisa dice más que sus palabras.

Cuando llegamos a su casa su voz me sobresalta.

—¡Joder Gaby! ¡Ha vuelto a olvidar conectar la alarma! ¡Esta mujer no aprenderá nunca!

—¡Alan tranquilo! Nos queda un día de vacaciones. No te enfades —lo tranquilizo mientras acaricio su pecho.

Entramos en la casa y no puedo evitar percatarme de su tensión,

revisando todos y cada uno de los rincones de la casa.

—¡Alan relájate!

—Vale perdona... es que... no podría perdonarme el que te pasara nada por mi culpa.

Como un latigazo me invade la mente el recuerdo de su accidente. ¿Y yo? ¿Qué tendría que decir a eso? Por mi culpa, él estuvo postrado en una cama de hospital durante tres largos meses.

Tiramos nuestras bolsas en el suelo de la habitación y bajamos al jardín. Hoy luce un sol espléndido y nos tendemos en las tumbonas, descansando de nuestro viaje de vuelta.

—Mmmm... Que sol más bueno. ¿Alan me preparas un refresco mientras me pongo el bikini? A ver si cojo un poco de color.

—Hecho. Pero no tardes.

Saco de la bolsa el bikini que me llevé a la isla, limpio de nuevo gracias al excelente servicio de la casa y me lo pongo, cuando me doy cuenta que la puerta del vestidor está medio abierta. Juraría que antes estaba cerrada. La cierro. Sé lo perfeccionista que es Alan y lo que le gusta que esté todo correctamente puesto y en su sitio.

El jardín y la piscina de Alan gozan de total privacidad. Está todo cubierto con espeso brezo de dos metros de altura, revisado estrictamente día si y día no, por Samuel, el hombre de mantenimiento. Por eso, cuando salgo, mis ojos se encuentran, con un Alan totalmente desnudo estirado sobre la piedra que rodea la piscina. Mis músculos se paralizan. Lo he visto ya de todas las formas posibles. Pero su desnudez me sigue hipnotizando y su cuerpo bien

formado y cuidado me sigue excitando hasta límites insospechados.

Me siento sobre la piedra, con mis pies dentro del agua, junto a su cabeza, acariciando sus cabellos.

—¿Puedo decirte una cosa? —le pregunto. Él asiente, sonriendo—.

—¿Cómo lo haces, para después de tantos días juntos, después de haberte visto de mil posturas diferentes, después de haberte sentido de todas las maneras posibles... cómo lo haces para que con sólo mirarte, despiertes en mí los más calientes deseos?

Él ríe.

—Eso no es culpa mía mi querida Rebeca. Eso es culpa de tu calenturienta mente.

Sus manos se elevan hacia mi cabeza, atrayéndome hacia su boca para besarme profundamente. Y ahí junto a la piscina, nuestros cuerpos se unen de nuevo.

La tarde transcurre tranquila. Después de comer nos relajamos en una reconfortante siesta tendidos uno junto al otro en el sofá.

Por la noche Alan quiere despedir las vacaciones con una cena en nuestro rinconcito en el puerto. Y ya de vuelta a casa él nota mi tristeza. No lo puedo remediar. Quisiera que esto no acabara nunca.

Alan se dirige al aparato de música y empieza a sonar Ryan Star. Ohhh.... perfecto... o no... ¡Me despierta tantas emociones! Sus brazos rodean mi cintura y nuestros cuerpos empiezan a balancearse tímidamente al ritmo de la música.

—Rebeca... estos cinco días han sido los mejores de mi vida.

Sus labios rozan el lóbulo de mi oreja y un escalofrío recorre mi espalda. Es increíble, el leve contacto de sus labios la grandeza de sensaciones que puede hacerme sentir.

—Alan, para mí han sido eso y más. Daría lo que fuera para que pudiéramos estar así siempre.

—¿Vamos arriba? —asiento.

La música de Ryan se sigue escuchando a través de los altavoces repartidos por toda la casa. Sonando “You and me”. Al ritmo de los lentos acordes, Alan me va desnudando. Sus labios recorren mis hombros, donde todavía quedan leves resquicios de su desenfrenado agarre, mientras mis manos le liberan de sus pantalones y sus boxers. Su camisa descansa hace ya rato en el suelo de la habitación. Sus ligeros dedos se deshacen de mi sujetador mientras yo me libero de mis bragas. Yacemos juntos, piel con piel, labios con labios, lengua con lengua.

Su lengua abandona mi boca, se desliza por mi garganta, sus besos cubren mi esternón. Su brazo derecho por debajo de mis hombros me retiene junto a él, mientras su mano izquierda se cierra sobre mi pecho derecho, presionándolo suavemente. Su lengua eriza mi pezón izquierdo.

Mi combinación perfecta. Ryan Star en mis oídos y Alan Gass en mi cuerpo. Una combinación delirante. Su mano baja peligrosamente hasta mi pubis para adentrarse en la profundidad de mi ser.

—Ohhh... Rebeca... siempre tan dispuesta.... mmmmm...

Su boca vuelve a buscar frenéticamente la mía y nuestras lenguas



empujan, lamen, se introducen de forma insaciable una dentro de la boca del otro.

Ahora lo tengo frente a mí, encima, mirándome con sus ojos profundos, negros, brillantes y su sonrisa... delatadora... sensual... delirante...

Se hunde entre mis pechos y de ahí en una carrera kilométrica lo pierdo entre mis piernas. Su lengua impactando contra mi clítoris y sus dedos hundiéndose en mi tierna y húmeda carne, envolviéndole dentro de mi, caliente y ansiosa. Mi brutal orgasmo no tarda en llegar, son inútiles mis esfuerzos por retenerlo, es tanto mi deseo hacia este hombre, es tanto el poder que ejerce sobre mí, que a su lado soy como un pequeño juguete, al cual simplemente pulsando un botón, puedes ponerlo en marcha para que empiece a girar y girar.

—Rebeca.... —susurra subiendo hasta mi rostro.

—Alan... eres increíble. Si tuviera que quedarme con una parte de tu cuerpo, no sé si escogería tu polla o tu lengua —bromeo mientras le beso. Aun sintiendo mi sabor en su boca, me gusta, es él, es mío.

—¿Si? ¿En serio tienes dudas? —pregunta lanzando una mirada lasciva hacia su pene. Está en contacto con mi cadera, y puedo ver y sentir su dureza, su erección, llamándome, invitándome a tomarlo.

—A ver, déjame probar.

Introduzco mi lengua en su boca y cuando él extiende la suya en busca de la mía, se la envuelvo con mis labios y empiezo a succionarla arriba y abajo, lamiéndola, imitando una masturbación cuando está dentro de mi boca.

Sus manos recorren mi cuerpo abrasándome por ahí por donde pasan. Me sostengo sobre él con mis manos sobre su pecho y mirándole a los ojos no dejo de rozar mi sexo contra su pene.

—Ahora tengo que comparar. Voy a follarte con la boca y luego decidiré con cuál me quedo —le susurro mientras me relamo los labios.

Su garganta emite un gemido y sus caderas me embisten con suavidad. Me deslizo entre sus piernas y cojo su miembro con la mano, empezando a masturbarlo con energía. Lo meto en mi boca hasta el fondo y presiono con fuerza con mis dientes protegidos por mis labios. Sus gemidos son espectaculares, sus manos se aferran a las sábanas y los músculos de sus brazos se marcan a través de su piel, de una forma que nunca había visto. Cruza por mi mente la visión de mis hombros. Es tan fuerte...

—¡Arrrrggg! ¡Rebe! ¡Eres toda follable! ¡Ahhhh!

Mi cabeza y mi mano suben y bajan, suben y bajan, sin dejar de presionar. ¡Oh! ¡Está tan grande! ¡Mis dedos no se tocan! ¡Mis mandíbulas se resienten! De pronto me encuentro tendida en la cama de cara al vestidor, y él pegado detrás de mí, su fuerte mano sujetándome el muslo en alto y su pene introduciéndose rápidamente dentro de mí, mientras su otro brazo me rodea por debajo aferrándose a mi pecho. Sus embestidas por detrás me obligan a sujetarme al cabecero de la cama. Intento ahogar mis gritos de placer contra la almohada, pero no puedo, necesito su contacto y mi boca busca la suya, le muerdo, lo chupo, lo beso, mis manos cogen por detrás su cabeza y tiran de ella hacia mí, al mismo tiempo que nos unimos ferozmente entre gritos y gemidos en un orgasmo que seguro

recordaremos toda la vida.

Cuando al cabo de unos minutos él sale de mí, me giro y le miro.

—¡Qué! ¿Ya te has decidido? ¿Con cuál te quedas? —me pregunta.

—Definitivamente... me quedo con tu enorme polla

Y entre abrazos y besos nos fundimos en el más profundo de los sueños.

\*\*\*\*

Me despierta un movimiento extraño a mi derecha y tras sentir una fría y húmeda presión en la boca, me sumerjo en la más profunda oscuridad.

\*\*\*\*

Mi cabeza da vueltas. No puedo abrir los ojos. Y siento dolor en mis muñecas y mis tobillos. Poco a poco llegan lejanos sollozos... gritos... a mis oídos. Tengo frío. Lentamente la luz va entrando por mis ojos. Mi visión es borrosa. Pero consigo verle a él. Alan está sentado frente a mí. Sus ojos... encendidos... rojos... ¡rojos! No veo sus manos. Están detrás de la silla. Sus piernas abiertas. Está desnudo. Sentado frente a mí.

—¡Nooooo! ¡Déjala! ¡Hijo de putaaaaa!

De repente una figura oscura de pie a su lado se mueve, y algo que sostiene en la mano impacta contra el pecho de Alan.

—¡Aauuuggggg! Dejadla, por favor.... ella no... Por favor... cogedme a mí, pero ella no... —sus sollozos se clavan en mi mente y poco a

poco soy consciente de la situación.

Estoy atada a una silla de manos y pies, y una cuerda me rodea el abdomen. Alan está completamente envuelto en lo que parece cinta americana, igualmente atado a una silla. Yo también estoy desnuda. ¡Por Dios! ¡Qué es esto! Estamos en el salón y mi último recuerdo se remonta a nuestra cama. ¡Cómo hemos llegado hasta aquí!

—¡Buenos días zorra! —una voz grita a mi derecha, mientras siento el contacto frío de algo entre mis pechos. Bajo mi mirada y entonces puedo verlo, es un cuchillo, de afilada hoja, que está paseándose por mi escote. Mis lágrimas empiezan a correr por mis mejillas.

—¡Déjala cabrón! —la voz de Alan se eleva por encima de mis sollozos y veo como otro movimiento impacta de nuevo contra su pecho.

—¡Nooo! ¡Alan! Por favor... ¡qué quereis!

Eran dos hombres armados con cuchillos y cubiertos sus rostros con pañuelos y gorras. El terror se apodera de mí cuando mis ojos se cruzan con los del malnacido que está junto a Alan y puedo ver cómo los suyos recorren mi cuerpo desnudo. Busco la mirada de Alan, puedo ver su pecho magullado por los golpes y sus ojos abiertos fijos en mí, llenos de terror.

—Bien, bien, bien... —empieza a vociferar el que está junto a mí, sin dejar de deslizar el cuchillo sobre mí. Ahora lo mantiene entre mis piernas, golpeando con la afilada punta suavemente en la silla para luego sentirlo encima de mi sexo. Mi sangre se congela y vuelvo a escuchar a Alan revolviéndose entre sus ataduras.

—¡Aaarrggggggg hijooooo de putaaaaaaa! ¡Déeeeejalaaaa!

Vuelvo a ver al que está junto a él moverse.

—¡Nooo! ¡No le hagas más daño por favor! ¡Alan cállate! ¡Por lo que más quieras!

—Muy bien zorra, sabia decisión. ¡Ya has oído cabrón! ¡Cállate! ¡Si no quieres ver a tu putita hecha pedazos!

—Bueno... —empieza a decir el que está junto a Alan—. Nos hicisteis pasar una tarde muy entretenida. Las vistas desde la habitación a la piscina son muy buenas. Pero nada comparado, con la inmejorable vista que hemos tenido desde el armario de la habitación. Oh ha sido una noche inmejorable, ¿verdad? —pregunta dirigiéndose a su compañero.

—¡Verdad! ¡Amigo mío! Me pregunto qué podría hacer esta boquita con mi polla, ¡JA JA JA JA! —y me asquea el sentir el contacto de su mano sobre mis labios.

Por el rabillo del ojo veo a Alan luchar para deshacerse de la cinta que lo mantiene atado a la silla, cuando el hombre desaparece de mi vista y ya sólo puedo ver los ojos desorbitados de Alan frente a mí mirando por encima de mi cabeza. No puedo hacer otra cosa que cerrar mis ojos y esperar lo peor. Vuelvo a sentir el contacto frío del cuchillo, esta vez en mi garganta mientras el hombre sigue hablando.

—Ahora vais a escuchar calladitos lo que tenemos que contaros. Tú, maldito hijo de puta —le chilla a Alan— ahora mismo te vamos a desatar. Yo no voy a apartar el cuchillo de la garganta de tu putita....

—¡NOOOO LA LLAMMMESSSS ASI!! CABRONNNNN!

—Alan, por favor cállate, mi amor por favor.... —le suplico.

—Si MI AMORRR,,, CAAALLLAAATEEEEE O LE REBANO EL CUELLOOOOOO —siento más la presión en mi garganta y con los ojos le suplico a Alan que se calle. El hombre sigue hablando—. Vas a coger tu móvil y vas a decirle a tus compañeros que hoy no se trabaja. No quiero a nadie en esta puta casa. Sólo nosotros cuatro.

—Hoy no tiene que venir nadie... —los ojos de Alan no se apartan de mí.

—Bien, entonces... —sigue hablando mientras empieza nuevamente a recorrer mi cuerpo desnudo con el cuchillo, ahora pasa sobre mis pezones. Los ojos de Alan se abren aún más y mis ojos le imploran que se calle—. ...lo que vas a hacer ahora cuando mi compañero te desate, es sin hacer ninguna tontería... porque si no ya sabes lo que va a pasar... —y para demostrárselo apoya la punta del cuchillo sobre mi pecho derecho haciendo que la carne se hunda visiblemente, y ya estoy a punto de sentir cómo atraviesa mi carne cuando cesa la presión. Veo correr lágrimas por las mejillas de Alan—. ....vas a vestirte y vas a ir a tu querido banco, vas a retirar trescientos mil euros de tu puta caja de seguridad y nos los vas a traer aquí. Todo eso sin levantar ninguna sospecha y sin hablar con nadie. Mi compañero estará vigiándote de cerca. Al mínimo movimiento en falso me llamará y ya puedes imaginarte lo que le pasará a tu querida putita.

Ahora mientras siento el cuchillo sobre mi piel, su mano enfundada en un guante empieza a deslizarse por mi esternón para agarrar con fuerza mi vagina.

Un grito de dolor se escapa de mi boca y mi reacción sin pensar es lanzar mi cabeza con fuerza hacia atrás golpeándole fuerte en su estómago.

—¡Quítame las manos de encima cerdo!

—SUELTALAAAA HIJO DE P..... — ARGGGGG

De nuevo, ahora lo veo, la culata de una pistola inmensa, impacta ahora contra el brazo de Alan.

La mano del hombre agarra mi pelo con fuerza y me flexiona la cabeza hacia atrás de tal manera que tengo la garganta a merced del cuchillo que ahora blande victorioso sobre ella.

—¡Mmmmm... qué genio! ¡Sí señor! ¡Me gusta! —y pasea asquerosamente su lengua por mi mejilla.

—¡Suéltalo!. —le ordena al que ha estado golpeando a Alan—. Pero recuerda arquitecto pijo de mierda, al mínimo movimiento en falso, le rebano el cuello, pero antes.... me divertiré con ella un buen rato.

Ahora lo entiendo todo. Saben quién es Alan. Y quieren su dinero. ¿Su caja de seguridad? ¿Cómo saben ese dato?

Alan baja las escaleras con el otro hombre detrás empuñando la pistola contra su espalda. Alan hace el ademán de acercarse a mí pero de un golpe lo encamina hacia la puerta de salida. Cuando se cierra la puerta, el terror me invade de nuevo. Estoy sola con el animal ése. Mientras estaba Alan conmigo, me sentía más segura, aunque no pudiera hacer nada por mí, pero me sentía mejor. Se mueve detrás de mí y se sienta en la silla donde estaba Alan, enfrente.

Quiero cerrar mis piernas, pero me lo impiden las ataduras a la silla. Me muero de asco cuando veo sus ojos recorrer mi cuerpo de arriba a abajo.

—Vaya, vaya —dice sonriendo burlescamente—. Tú si que sabes comportarte en una cama ¿eh? ¡Tendrías que haber visto la paja que me hecho viendo cómo le comías la polla a tu arquitecto de mierda! Te gustaría probar LA MIAAAAAA ¿EHHHHH ???? —grita mientras se coge su asqueroso paquete con la mano libre mientras la que tiene el cuchillo la pasea por delante de su cara, paseando la lengua por el filo—. CONTESTAAAAAAA!!!!

—¡NOOOOOO! ¡NOOO ME GUSTARIAAA CERDO DE MIERDA!

—JAJAJAJAAJJA, ¡YA VEREMOS ZOOOORRRRAAAA! A ver qué pasa con tu arquitecto, y cuando vuelva.... pues igualmente nos divertimos todos un poco.

—Cerdo... —mis lágrimas aparecen de nuevo y me siento aterrada.

Mientras el cerdo cabrón enmascarado está asaltando la nevera, tengo una tregua para aclarar mi mente y me mortifico pensando en si Alan podrá retirar tanto dinero del banco sin que le pongan impedimentos. Y rogando por favor que no aflore su yo impulsivo y violento y cometa un error, porque entonces lo pagaríamos muy caro los dos.

El teléfono del tipo suena. Descuelga y escucha. —Bien. Y cuelga.

Un minuto más tarde se abre la puerta de la entrada y mi corazón se encoje cuando veo entrar a Alan cargado con una bolsa de deporte, seguido de su inseparable vigilante.



—¡Deja la bolsa ahí! ¡En el suelo!

—¡Mira que esté todo! —le ordena al acompañante de Alan—. Y tú ven despacio hacia aquí, ¡despacio! —y vuelvo a notar el cuchillo en mi garganta—. ¡Quieto! ¡Ahí está bien!

—Estás... bien... —susurra cuando llega a dos metros de mí. Asiento con la mirada e intento sonreírle.

Su compañero asiente con la cabeza mientras se cuelga la bolsa de la espalda sin dejar de apuntar en dirección a Alan.

—Ahora.... —susurra el tipo detrás de mí con el cuchillo en mi garganta — ...os voy a contar un secreto... —empiezo a temblar de pies a cabeza, recordando la amenaza asquerosa que me hizo hace unos minutos, horas, no sé cuánto tiempo ha pasado — ...tenemos a dos compañeros más vigilando vuestros movimientos. Si cualquier detalle de lo que ha pasado aquí hoy, llega a oídos de alguien, lo sabremos... y enseguida... vendremos a acabar lo que vamos a dejar pendiente. Su mano se cierne de nuevo sobre mi cuerpo. Cierro mi boca con fuerza y mis ojos clavados en Alan le ruegan que siga quieto y callado.

—Nos vamos a ir, y tú, te vas a entretener en desatar a tu putita —sus labios asquerosos rozan mi mandíbula, mientras su mano sujeta mis hombros, ahí donde todavía se ven las marcas de las maravillosas manos de mi Alan— y os vais a quedar aquí dentro sin moveros, sin acercaros a las ventanas y sin hablar con nadie durante unas horas, ¿entendido?

De repente se hiergue sobre mí y blandiendo el cuchillo frente a mí me sujeta por el pelo con fuerza y su boca impacta contra la mía. No

escucho nada más que el grito de Alan.

—¡NOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO!

Veo la cara desencajada de Alan por encima de la cabeza del cabrón hijo de puta que estaba encima de mí, y agarrándole por el cuello le separa de mí y caen los dos rodando por el suelo.

—¡ALAN NO! ¡POR FAVOR NO!

El otro hombre se acerca y de un golpe en la sien, lo tumba boca arriba y lo apunta en la cabeza con el arma.

—¡No por favorrrr, dejadlo ya! ¡No le hagáis daño por favor!

El que había estado todo el rato conmigo se gira hacia mí enfurecido y mientras se acerca a toda prisa a mi lado, puedo ver los ojos de Alan mirándome aterrorizado, inmovilizado bajo el pie del otro hombre y encañonado por su arma.

—Mantén a tu arquitecto quietecito, si no quieres que me arrepienta de irme tan pronto —susurra a mi oído—. Y recuerda, os estaremos vigilando. ¡Vámonos!

En cuanto Alan es liberado del pie del secuestrador y los dos malhechores se encaminan hacia la puerta que da al recibidor, se levanta rápidamente del suelo y se lanza sobre mí ocultándome completamente bajo su cuerpo.

—¡REBECAAAA! ¿Estás bien? ¡Qué te ha hecho ese bastardo! —grita entre sollozos. Sus ojos están completamente anegados por las lágrimas y su frente sangra a consecuencia del golpe recibido durante su acto de valentía.

—Estoy bien... estoy bien.... mi amor.... no me ha hecho nada... tranquilo... ni me ha tocado —no puedo parar de llorar acurrucada entre sus brazos—. Tengo frío.

—Ohhh... Rebeca, ¡creí que me volvía loco! No podía dejar de pensar lo que podría hacerte ese hijo de puta aquí solo contigo —mientras me habla entre sollozos va desatando las cuerdas.

Una vez libre, me coge en brazos y besándome la frente me lleva a la cama. Se quita la camisa y se tiende a mi lado, abrazándome fuerte y cubriéndome con la sábana. Me acurruco de nuevo entre sus brazos y su calor empieza a tranquilizarme.

—Alan ¿desde cuándo estaban aquí dentro?

—Supongo que cuando llegamos ayer, ya estaban aquí. Por eso la alarma estaba desconectada. No creo que Gaby lo olvidara.

—Y... será cierto... ¿que nos estarán vigilando? —pregunto aterrorizada, recordando las susurrantes palabras del secuestrador.

—No lo sé cariño. No te preocupes. No creo que vuelvan. Mañana llamaré a la empresa de seguridad para que instalen un equipo de vigilancia mejor y otro en tu casa. Pero esto no va a quedar así, voy a investigar. Algo no me cuadra... Estos tipos sabían que regresábamos ayer. Nos estaban esperando.

—Alan... tengo miedo. No soportaría que te pasara nada. Cada vez que recibías un golpe era como si me lo dieran a mí —recordando la escena, miro su pecho, está hinchado y amoratado—. Ohhh... mi amor, deberíamos ir al hospital que te hagan placas. Está muy hinchado.

—Estoy bien, sólo son los golpes.

—Voy a por hielo —salto de la cama corriendo a la cocina.

Cuando estoy sola frente a la nevera, me asalta de nuevo el miedo. ¿Y si no se han ido? Mis ojos recorren la cocina rápidamente, salgo despacio hacia el salón, ahí están las sillas, las cuerdas... Vuelvo a coger el hielo, lo envuelvo en un trapo limpio de uno de los cajones y subo corriendo.

Alan está sentado en la cama con su cabeza entre las manos, llorando entre gemidos. Se me rompe el corazón y corro a su lado, abrazándolo fuertemente contra mi cuerpo todavía desnudo. Ohhh.... no me había dado cuenta. Cojo su camisa y me la pongo. No la abrocho, pocos minutos antes Alan la arrancaba literalmente de su cuerpo, en su ansia por tenderse a mi lado para darme calor, y los botones saltaron en pedazos.

—Rebeca... no he sido capaz de protegerte....

—¡Alan no digas eso! ¡Lo has hecho! ¡Les has ordenado que me dejen! Mira tu pecho —mientras le obligo a estirarse y voy masajeadando suavemente sus pectorales con el frío hielo—. Y tu cabeza... estás sangrando... Sí lo has hecho Alan. Lo has hecho... — y le acompaño en sus sollozos, tendida junto a él.

Pasamos horas tendidos uno junto al otro, abrazados e intentando entender cómo pudo suceder. Después de una ducha tengo que irme a casa. Alan ha podido retrasar un poco la llegada de Jan y sus ayudantes, pero ya deben estar a punto de llegar, y la verdad, no tengo ganas de ver a nadie. La despedida es muy amarga. Después de esos días maravillosos juntos... y tras la horrible experiencia

vivida, quisiera no tener que separarme de él.

—Rebeca, por favor, déjame quedarme contigo. No quiero dejarte sola.

—No Alan, cariño. Estaré bien. No te preocupes. Luego hablamos.

Le beso cariñosamente en los labios acariciando su sien, donde ahora hay un apósito protegiendo la herida.

—Te quiero Alan —y salgo de su coche en dirección a mi casa.

Al entrar en ella me siento aterrada de nuevo y sin cerrar la puerta de entrada, recorro todas las habitaciones una a una. Está todo en orden. Aquí no ha entrado nadie.

Durante toda la tarde intento disimular mi nerviosismo y mi malestar. No quiero que mis hijos noten nada. Hablamos alegremente de nuestras vacaciones. Toda la tarde y entrada la noche, he ido recibiendo WhatsApps de Alan preguntándome si todo iba bien. Sobre las once de la noche cuando los niños ya están durmiendo, decido yo también meterme en la cama, no puedo más, estoy agotada y me duele todo el cuerpo. Pero soy incapaz de apagar la luz. Me aterra la oscuridad.

¡Tin tin tin! WhatsApp

ALAN: *Mi amor cómo estás*

En línea

*Me acabo de meter en la cama*

*estoy agotada*

*¿Y tú como estás? ¿Y tus golpes?*

Escribiendo

*Bien estoy bien no me duele*

*Pues intenta dormir y descansa*

En línea

*Lo intentaré aunque tengo miedo de apagar la luz*

Escribiendo

*¿Están ya durmiendo tus hijos?*

En línea

*Sí, ¿por qué?*

Escribiendo

*Déjame que vaya contigo*

*por la mañana me marcho temprano*

*y no se enterarán que he estado ahí*

*por favor no podré dormir si no estoy contigo*

En línea

*Yo tampoco creo que pueda dormir*

*Alan te quiero tanto*

*¡Síiiii ven por favor!*

Escribiendo

*Vale estoy saliendo*

*cuando llegue te hablo y me abres*

*Un beso mi amor hasta ahora*

Cogidos de la mano entramos en mi habitación y cierro la puerta con cuidado. Me abrazo a su cuello y lo estrecho con fuerza.

—¡Alan te necesito tanto! ¡Te quiero ya más que a mi vida! Mientras te golpeaban... prefería que me hicieran algo a mí antes que seguir viendo como sufrías...

—Shhhh.... no digas nada más. Tenemos que olvidarnos de esto.

Sus labios se posan en los míos y su lengua se pierde en mi boca. Desde la noche anterior no habíamos tenido ningún contacto, más allá de los abrazos de consuelo de esta mañana y del suave beso de despedida en su coche.

Nuestros cuerpos están agotados y magullados pero se percibe la tensión y el deseo mutuo.

—Ehhh... ¡me has robado mi camiseta!

En efecto llevo su camiseta puesta. La guardé en mi bolsa sin darme cuenta. Pero al llegar la noche, agradecí enormemente este error, ya que de esa manera me podría sentir más acompañada, sintiendo su olor.

Me meto en la cama y lo contemplo mientras se desnuda. Su pecho sigue inflamado, pero se siguen apreciando sus maravillosos músculos. Vuelvo a sentirme hipnotizada viendo sus lentos movimientos desabrochándose el pantalón y dejándolo caer al suelo y

consigo olvidarme de todos los malos pensamientos de hoy.

Se tiende junto mí y me reconforta enormemente sentirlo a mi lado.

—¿Te duele? —le pregunto, deslizando suavemente las yemas de mis dedos sobre su pecho.

—Ahora ya no —susurra mientras su mano acaricia mi espalda levantando su camiseta.

Empiezo a recorrer sus golpes con mis labios, besando cada centímetro de su piel. Bajo la tenue luz de la lámpara de pie, puedo ver su rostro, ahora relajado y su sonrisa me regala la más deliciosa sensación de tranquilidad.

Con extremada delicadeza se incorpora apoyándose sobre su codo y recostándose sobre la cama, acaricia mi cara con sus nudillos.

—Rebeca, quiero estar el resto de mi vida a tu lado. Todos los días de mi vida. Todas las noches de mi vida.

Agarro su pelo para besarle en los labios, cálida y profundamente. No puedo contestarle. Yo también quiero eso. Pero todavía no creo que sea posible.

—Alan desnúdame por favor... y hazme el amor.

Sus manos deslizan su camiseta fuera de mis brazos y bajan lentamente mis bragas. Luego se quita sus boxers. Colocándose entre mis piernas empieza a rozar suavemente su cuerpo con el mio, acariciándome el muslo y besándome, la cara, el cuello... Dulcemente lo noto dentro de mí, con movimientos lentos, sin dejar de besarme. Nuestros gritos y gemidos en nuestro último orgasmo ahora se han



convertido en ligeros suspiros. Y de esta forma, entre cálidas caricias y muy suaves embestidas llegamos al clímax juntos, un clímax muy dulce pero a la vez amargo, por el recuerdo de todo lo ocurrido.

A la mañana siguiente la empresa de seguridad de Alan, instaló en mi casa un sofisticado sistema de vigilancia y alarmas. Durante la semana, los dos intentamos volver poco a poco a la normalidad, y todas las noches las pasa conmigo en mi cama.

\*\*\*\*

Después de un ajetreado fin de semana, intentando complacer a mis hijos durante el día y a mi amante y deseable Alan durante la noche, me encuentro de nuevo en casa. Tras haber dejado a los niños en el cole, intento concentrarme en mi trabajo, pero... claro... he quedado con Alan para comer en su casa... y normal... no puedo apartar mi mente de él.

Llego media hora antes de la una a su casa. Sé que todavía estará trabajando, pero no puedo esperar más, al menos podré saludarle. Entro en su estudio, pero me sorprende no verle tras su mesa. Me dirijo al encuentro de Jan, que ya se está levantando. Sus brazos me rodean y sus labios besan mis mejillas. ¡Dios! Tendré que hablar con él. Imagino la cara de Alan si nos viera ahora. Sé que no le gustan nada sus muestras de cariño hacia mí, pero tengo que reconocer que a mí me reconfortan mucho. Sé que es sólo eso, cariño. Las mujeres tenemos un sexto sentido para eso.

—Buenos días Jan, ¿dónde está Alan?

—Hola Rebeca —me saluda mientras desvía su mirada al otro lado de la estancia, hacia la gran mesa de reuniones.

—¡Ups! No me había fijado —le respondo mientras le pido algo más de información con los ojos.

—No sé quién es. Es algo de lo que quiere ocuparse él —responde, dejando entrever algo de incomodidad en su voz.

Mis ojos se cruzan con los de Alan y su sonrisa me invita a que me acerque. Como hipnotizada mis pies empiezan a avanzar hacia su encuentro. Cuando llego no puedo evitar escuchar las últimas palabras de su “nuevo cliente”.

—Tranquilo Sr. Gass, le aseguro que no debe usted preocuparse. Todo está solucionado.

—De acuerdo. Mañana por la mañana recibirá lo acordado —contesta Alan, a la vez que cierra una carpeta que parece contener una serie de fotografías.

Se despiden y cuando el hombre se levanta para marcharse, se interpone en mi camino. Es entonces cuando puedo ver la expresión de su cara. No me parece que sea un típico cliente adinerado, que venga a solicitar los servicios de mi arquitecto preferido... Su cara es... bueno... parece... fría... siniestra... por no decir nada de su cuerpo... grande y amenazante.

—Disculpe... —aunque parece educado.

La imagen del rudo cliente se borra de mi mente para dejar paso a la visión de mi hombre, sentado tras esa inmensa mesa, que me espera con su caliente sonrisa.

—Buenos días mi amor, ¿vas a construir un gimnasio de sumo o qué? —bromeo mientras lanzo una mirada al nuevo cliente que sale

por la puerta.

—No exactamente. Buenos días mi princesa. Dame un beso —y sus manos me cogen por la cintura y me obligan a sentarme sobre su regazo.

Sus labios se funden con los míos y su lengua se introduce en mi boca. Mis manos se aferran a sus cabellos y le retengo contra mí con fuerza, pero de inmediato reacciono.

—¡Alan basta! Que estamos en tu oficina...—le reprimo mientras veo en su rostro una expresión de traviesa excitación.

—Aquí no pueden vernos...

En realidad tenía razón. La mesa de reuniones quedaba libre de miradas indiscretas, gracias a la isleta central de archivadores y maquinaria electrónica. En ese momento noto cómo me invade un deseo irrefrenable de tentar a la suerte y no puedo reprimir mis manos cuando se deslizan sobre el cuerpo de Alan.

Su boca se cierne de nuevo sobre la mía y mientras su lengua se enreda con la mía, mi mano se desliza entre sus piernas apretando con fuerza su miembro, que responde de inmediato a mis caricias.

—Ohhhh.... Rebeca... que acertada indumentaria has escogido hoy... —susurra a la vez que su mano se desliza por mi muslo, bajo mi falda en dirección a mi sexo.

Una vez llega a su destino sus dedos empiezan a acariciar mi vagina sobre mis bragas cuando...

—Alan perdona... —la voz de Jan nos sobresalta.

De un salto me levanto, me planto al lado de Alan y mis ojos se encuentran con los de un Jan avergonzado y conocedor de la que se le viene encima por haber interrumpido nuestro momento de intimidad.

—¡Joder Jan! ¡QUEEEEEEE! —la voz de Alan es estridente aunque no puede disimular el toque de tensión y excitación que todavía siente su cuerpo.

—Esperaré fuera —me apresuro a decir y me voy no sin antes lanzarle una sonrisa al pobre Jan intentando consolarle.

Poco después de la una las puertas del estudio se abren y oigo cómo los ayudantes de Alan se van. Estoy sentada en el jardín cuando oigo la voz de Jan a mi lado.

—Rebeca perdona por lo de antes —me giro y lo veo en cuclillas a mi lado implorando perdón.

Me incorporo de inmediato y me siento en la hamaca.

—No Jan, no pasa nada. Ha sido culpa nuestra. No era el momento ni el lugar adecuados. ¿Ha sido muy duro contigo?

—No tanto como me esperaba —y no puede evitar soltar una risita.

—Me alegro. Jan tengo ganas de ver a Sara... ¿te parece que organicemos una cena los cuatro?

—Me parece genial. Cuando queráis. Ella también tiene muchas ganas de verte.

—Jan me parece que ya has interrumpido bastante hoy ¿no? —la fuerte voz de Alan nos sobresalta a los dos.

—Alan por favor ¡ya basta! —las palabras salen de mi boca e instantes después de haberlas soltado es cuando mi cerebro empieza a procesarlas.

Los ojos de Alan se clavan en los míos y la expresión de su cara me dice que vamos a tener problemas.

—No Rebeca, tiene razón. Me voy —dice Jan al mismo tiempo que se levanta sin la intención de despedirse de mí.

En esos momentos se rebela dentro de mí el feminismo de toda mujer y agarrando con fuerza el brazo de Jan le obligo a acuclillarse de nuevo frente a mí.

—Dile a Sara que la llamaré para quedar —y para culminar mi frase le planto un beso en cada mejilla—. Hasta luego Jan.

Jan se despide de Alan al pasar junto a él, pero éste ni se inmuta a su paso. Sus ojos están clavados en mí y sus labios son una fina línea casi imperceptible a la vista de cualquier ser humano.

—Alan estás sacando las cosas de contexto —me apresuro a decirle.

Estoy asustada. Mi orgullo creo que me va a llevar a nuestra primera pelea y no me gusta nada esta situación.

—Rebeca... —sus ojos siguen inquietantes e imperpetrables— sabes cómo me molestan sus muestras de cariño hacia ti. He tenido que soportar que antes me cortara el rollo, dejándome más caliente que una antorcha y ahora... tú... me desafías... despidiéndote de él...

—¡No Alan! ¡No te equivoques! —me sorprende incluso a mí, la voz que sale de mi garganta—. Estoy ya cansada de que lo trates así

Alan. Es tu amigo. Y también es mi amigo. Sí Alan. Mi amigo. Sólo eso. No puedo hacer nada cuando yo no estoy aquí. Pero delante de mí, no lo puedo consentir más. Y además, cuando hoy no ha sido culpa suya.

—Pero... —no le dejo continuar, me levanto y me coloco frente a él intentando parecer amenazante, aunque sin conseguirlo creo, ya que me siento pequeña delante de su imponente físico.

—¡No Alan! En la cama soy tuya, puedes hacer conmigo lo que quieras, pero no pretendas que sea única y exclusivamente tuya las veinticuatro horas del día; y no quieras apartarme de la vida real, ¡porque eso no va conmigo Alan!

—¡Rebeca!

—¡Jan estuvo a mi lado en los peores meses de mi vida! ¡Cuando por mi culpa estuviste cuatro meses esclavizado en una cama! —mis lágrimas corren por mis mejillas y sus ojos vuelven ya a ser “humanos”—. O sea, que no pretendas que me aparte de él, porque él es parte de nuestra vida, ¡te guste o no! Él te quiere Alan y tú no eres capaz de verlo... —y ya no puedo seguir conteniendo mis sollozos.

Sus calientes manos envuelven mi rostro y sin pensarlo me abrazo a él acurrucándome en su pecho. Me siento fatal por haberle chillado, pero necesitaba sacar todo lo que llevaba dentro, desde hacía tanto tiempo.

—Rebeca... lo siento... Sé que no tengo que dudar de ti mi amor. Confío en ti plenamente... pero es que me aterra tanto volver a perderte...

—Alan eres el hombre de mi vida... nada ni nadie podrá apartarme otra vez de ti. Te quiero más que a mi vida. Y me gustas tanto... ¡lo sabes! Es imposible que pueda fijarme en otro hombre que no seas tú. Sabes lo que me haces sentir. Te deseo, te quiero, te amo... pero también necesito sentir la amistad, y eso es lo que me aportan Jan, Sara... y no quiero perder eso tampoco.

—Por supuesto mi amor. Perdóname, te lo suplico.

—Sí Alan, claro que te perdono, no hay nada que no pueda perdonarte mi amor. Pero... creo que quien se merece una disculpa es Jan. Y lo sabes —le digo mirándole a los ojos.

—Está bien. Luego hablaré con él. Te lo prometo —sus ojos me hipnotizan y su sonrisa me hace olvidarme de todo—. ¿Puedo besarte?

—Oh... Alan... por favor... y no sólo eso...

\*\*\*\*

Después de cinco meses del despertar de Alan, ya no queda ningún rastro en su cuerpo del fatídico accidente. Sus fracturas es como si no hubieran existido. Su cuerpo vuelve a ser el mismo cuerpo musculoso, escultural y fuerte que me cautivó aquél 16 de Noviembre en la exposición. También hemos aprendido a vivir con el recuerdo de lo sucedido a la vuelta de nuestras vacaciones. La vida ha vuelto a la normalidad.

Alan nunca ha querido contarme si descubrió algo, aunque creo que sí lo hizo y no me lo quiso contar. Coincidí en más de una ocasión en su estudio, con ese “extraño” nuevo cliente, que no encajaba mucho

físicamente con la clientela de Alan. Tenía más aspecto de matón que otra cosa. Su única explicación fue que no debía preocuparme ya más por esos tipos. Y la verdad, creo que hubiera preferido que no me hubiera dicho nada.

Durante el día sigue siendo el implacable y frío Sr. Alan Gass, para luego pasar a convertirse en mi Don Perfecto, sensual, excitante, caliente, insaciable... Alan.

—Rebeca, me gustaría pedirte una cosa —me dice cogiéndome la mano.

Es sábado y estamos cenando frente al puerto, acompañados por las embarcaciones y el tintineo de las velas en los palos mayores.

—El jueves por la noche se celebra una cena de gala, donde se va a adjudicar el concurso del proyecto de China, el proyecto más importante de mi carrera diría yo, por eso la persona más importante de mi vida tendría que estar conmigo. Me gustaría que me acompañaras. Mi padre está dentro del comité de selección, está bastante reñido el veredicto, somos cuatro los candidatos, muy buenos por cierto todos, pero estoy convencido que si me acompañas, la suerte estará conmigo.

Me quedo paralizada. Me está pidiendo que le acompañe a un evento importantísimo para él. Con sus colegas de profesión... y con sus padres... Ohhh. ¡Dios mío! Nuestro primer y único encuentro no fue muy bueno que digamos. No apruebo para nada su comportamiento con su hijo, sobre todo durante su convalecencia tras su accidente. Estoy muerta de miedo pero quiero complacerlo. Le quiero y sé que él me quiere.



—Pero... estarán tus padres... —baluceo.

—Sí, mis padres y doscientas personas más. ¿Y qué? Rebeca eres mi vida. Gracias a ti estoy aquí. Sin tu amor no habría podido superarlo. Por favor, ven conmigo. Te quiero, te quiero en mi cama, ¡pero también te quiero en mi vida!

—Pero... una cena de gala... ¡nunca he asistido a nada parecido a eso! ¡Qué me voy a poner! ¡Cómo tengo que actuar! —mis ojos lo miran aterrada.

No puede disimular una sonrisa divertida y mientras me acaricia la cara con sus nudillos intenta tranquilizarme.

—No te preocupes por la ropa, le diré a mi secretaria que se encargue de eso. Y en cuanto a comportarte, sólo tienes que ser tú. No me separaré de ti en toda la noche. No dejaré que hagas ninguna tontería, Srta. Cold.

El jueves por la mañana ya lo tengo todo preparado para que los niños se queden esa noche con su padre. Al mediodía Alan tiene una comida de negocios, por lo que no podemos vernos hasta la tarde. Se me hace interminable la espera, estoy hecha un manojo de nervios, no puedo imaginar cómo será el reencuentro con sus padres, realmente estoy aterrada. También me pregunto qué me habrá comprado la secretaria de Alan para la cena, ¿habrá acertado con mis gustos y la talla?

Por fin ¡Tin tin tin! ALAN GASS: *Estoy fuera. Te espero.*

Salgo por la puerta. Ahí está apoyado en su coche, sus brazos cruzados sobre su fuerte pecho, la corbata aflojada, su camisa

abierta... ohhh. ¡Cómo puede ser tan atractivo! Sólo verlo se me acelera el corazón, noto mi sangre subir a borbotones hacia mi cabeza y mi estómago se encoje. Llego hasta él, sus brazos ya abiertos para recibirme y su boca entreabierta para besarme. Nos fundimos en un beso apasionado mientras sus manos me retienen con fuerza contra sus caderas. Consigo separarme un poco de él.

—Que estamos en la calle Sr. Ejecutivo Pervertido —le reprendo.

Mis palabras parecen excitarle más porque ya me es imposible zafarme de él, sus manos se mueven rápidamente por mi trasero y sus caderas empiezan a empujarme una y otra vez, mientras su lengua no se detiene en su frenético movimiento dentro de mi boca.

—Ohhh. Alan vamos a tu casa... por favor... —mi súplica parece convencerle. Subimos al coche rápidamente.

Frente a la puerta de su habitación me pide que cierre los ojos. Cariñosamente rodea mi cintura con su brazo, para dirigirme dentro.

—No los abras hasta que yo te lo diga —me ordena.

—¡Listo! Ya puedes mirar.

Abro los ojos y allí estamos, frente a su armario. De una de sus puertas, cuelga un vestido impresionante, negro con delicados y pequeños cristales cubriendo la parte superior. Un vestido maravilloso, de tirantes, con un gran escote y un tacto de seda exquisito. En el suelo unos sencillos zapatos de tacón altíiiiisimo, pero a la vez tan elegantes... y encima del sillón, justo al lado, un pequeño bolso con cristales a juego con el vestido.

La verdad es que tengo que reconocer que su secretaria ha acertado

de lleno. Me gusta el color y realmente el vestido es una preciosidad.

—¿Te gusta? —me susurra Alan al oído.

—Me encanta. Es... casi lo más bonito de esta habitación —me giro y lo abrazo dulcemente—. Alan mi amor... me preocupa mucho que tus padres no me acepten. Más por ti que por mí.

—Mi amor, no te preocupes. Lo harán. Tengo un buen remedio para liberarte de tus preocupaciones, ¿quieres probarlo?

Y empieza a recorrer mi cuello con sus calientes besos y sus manos ardientes empiezan su cruzada por mi cuerpo.

Tumbados uno al lado del otro, piel con piel, nuestras respiraciones todavía aceleradas por el esfuerzo y la excitación experimentadas hace unos minutos, siento que no puedo dejar de mirarlo ni acariciar su pecho.

—Tenía usted razón Sr. Gass, tiene usted un buen y “gran” remedio para aliviar mis preocupaciones —le bromeo haciendo hincapié en su “gran” remedio.

—Me alegra satisfacer satisfactoriamente sus necesidades Srta. “Hot”. ¿Quieres ducharte conmigo? —su voz es tentadoramente sensual y su sonrisa me lanza intensos latigazos donde hace poco minutos él me estaba dando tanto placer.

—Ohhh. Mi amor no creo que sea buena idea. ¿No querrás llegar tarde a la cena?

—Prometo portarme bien. Lo juro —pero su sonrisa me está diciendo lo contrario.

—¿Tú crees que puedo resistirme a esa sonrisa? Vamos.

Alan abre el agua dejándola correr mientras se gira, me abraza y deposita un suave beso en mis labios.

—Gracias por estar conmigo siempre. Te quiero.

—Yo también te quiero Alan. No me dejes nunca.

Es agradable sentir el agua correr por mi piel caliente y más si como compañía tengo al hombre de mis sueños frente a mí. No puede apartar los ojos de mí. Coge la botella de gel, toma mi mano y deposita una buena cantidad sobre ella.

—Quiero ver cómo te lavas. Todo —ordena.

Sus ojos más oscuros que nunca, ohhh... mi dulce y caliente Don Perfecto nunca tiene suficiente. Pero me gusta, me gusta tanto.

Obedezco y pongo mi mano sobre el abdomen, reparto el gel con las dos manos, y subo acariciando mi piel hacia mi cuello, mi nuca, mis manos vuelven a encontrarse sobre mi esternón para separarse después, una sobre cada pecho, los acaricio lentamente. Desciendo sobre mi ombligo. Puedo ver la excitación en sus ojos pero también puedo ver su cuerpo frente a mí, apoyando sus manos contra la pared y la mampara de cristal. Ahí frente a mí, su cuerpo perfecto y su sonrisa invitándome a besarle.

Coloco mi mano sobre mi pubis, cuando de pronto se coloca frente a mí, nuestros cuerpos casi se tocan, su mano sobre mi mano, la acompaña hasta mi interior, puedo sentir mis dedos y sus dedos dentro de mí, es increíble todo lo que me hace sentir, es increíble lo bien que me hace sentir. En un rápido movimiento sujeta mis manos

sobre mi cabeza, mi espalda impacta con la pared de la ducha, un escalofrío recorre mi espalda al sentir el contacto de las ya conocidas frías baldosas contra mi ardiente piel y vuelvo a sentirlo de nuevo dentro de mí. Su increíble erección está otra vez dándome aquello que más deseo, nuestros cuerpos uno sólo, nuestras bocas unidas en un ardiente beso. Es excitante la facilidad con la que me penetra, es tal nuestra complicidad y tan grande su habilidad que todo ello hace aún más placentero el sexo con él. Pierdo casi la consciencia.

—Juraste... portarte... bien... —balbuceo— ohhh..... pero me alegro que no... cumplas... tu promesa....

—Ohhh ... Rebeca...no puedo contenerme si estas cerca... aahhh... mmmmm.....

Cómo puede todavía sorprenderme, después de todos los momentos calientes que hemos vivido, lo sigue haciendo y ahora sé con certeza, que no quiero que esto acabe nunca. Sus manos no sueltan mis muñecas, mientras su boca sigue pegada a la mía, su lengua invadiendo completamente mi boca, y su pene invadiendo profundamente mi vagina. Nuestros cuerpos explotan juntos, él llenándome por completo y yo envolviéndole en mi más ardiente, húmedo y excitante orgasmo.

Todavía él sigue dentro de mí, mientras cojo el gel con mis manos y empiezo a frotarle la espalda, el pecho, su imponente trasero, sus abdominales. Con los ojos le pido que se retire y él sorprendentemente entiende mi mirada y sale de dentro de mi cuerpo. Es alucinante, cómo podemos llegar a entendernos tanto. Froto mi mano contra su vello púbico, creando una bonita nube de jabón, y limpio delicadamente su miembro. Él cierra sus ojos y sus labios

sellan nuestro amor con un delicado beso.

\*\*\*\*

Doy gracias por decidirme a traer mi juego de ropa interior especial para escotes y tirantes. Es un bonito conjunto de encaje negro, el sujetador semitransparente sin tirantes y el coullotte a juego. Cuando me doy cuenta Alan está mirándome fijamente.

—¡Woooooowww! ¡No conocía yo este conjunto! —sus ojos ardientes brillan.

—Lo tenía guardado para una ocasión especial.

Doy una vuelta girando de puntillas sobre mí misma, dándole así una visión perfecta de mi trasero, semicubierto por el provocador coullotte.

—Ardo en deseos ya de que llegue el momento de quitártelo — y su sonrisa aparece retándome desde ese precioso rostro.

—Ohhhh... no no Alan, no pienso mirarte más hasta que estemos de vuelta. No quisiera montar una escena porno en medio de la cena.

—Mmmmm... no estaría nada mal eso.

Él está imponente con su traje gris oscuro. Puedo notar sus brazos bajo sus ajustadas mangas de la chaqueta, y sus piernas... dentro de esos pantalones sujetos con su cinturón pegadito a esa cintura... No creo que me costara mucho montar ese tipo de escenita en cualquier lugar con él.

A las nueve de la noche estamos frente a la casa de sus padres. La cena se celebra en el jardín. Ese detalle lo obvió astutamente en su invitación a acompañarle a la cena. Lo miro inquisidoramente.

—No te preocupes. Todo irá bien —dice acariciando mi barbilla y besando suavemente mis labios.

Sus padres se encuentran en la entrada de la casa dando la bienvenida a los invitados, mientras detrás un par de empleados del servicio van repartiendo copas de cava. Alan se percata de dónde se dirigen mis ojos y sujeta con fuerza mi mano. Es la primera vez en casi diez meses que llevamos juntos, que no me invade una sensación de calor al contacto con su piel. Me siento aterrada. Estamos a principios de un caluroso agosto pero un frío paralizante invade mi cuerpo.

—Mamá, papá, buenas noches —dice cogiéndome al mismo tiempo por la cintura, en un intento de dejar claro que seguimos juntos, que soy suya. Me incomoda la situación y el hecho que no se han dado ni un beso, ni un abrazo. Nada. Extiendo mi mano.

—Buenas noches Sra. Gass. Sr. Gass —creo que me voy a desmayar en cualquier momento, si no fuera porque Alan me está sujetando fuerte. Supongo que por eso también lo ha hecho. Él sabe mi nerviosismo por la situación y sabe que este puede que sea el peor momento de la noche.

—Bienvenidos. Adelante —responde su padre. Su madre sin apartar sus ojos de mí, asiente, con una sonrisa, un poco forzada a mi parecer.

—Alan me siento realmente mareada —le confieso a mi amado compañero una vez estamos lejos de sus padres. Él me estrecha con más fuerza todavía.

La hora antes de la cena, transcurre entre saludos y presentaciones.

Por suerte sus padres están muy ocupados, velando por sus invitados, definitivamente veo que su hijo poco les importa. En ese momento les odio a muerte.

Estamos disfrutando de una copa de muy buen vino bajo el velador contigo a la carpa preparada para el evento, cuando una grave voz me sobresalta.

—¿Alan? ¿Srta. Cold? —es su padre, seguido a un paso por la Sra. Gass.

—¿Papá, mamá? —yo solo puedo esbozar una mueca a modo de sonrisa, mi encogido estómago no me permite nada más.

—Tenemos que ocupar nuestros sitios ya. Van a empezar a servir la cena. Cuando acabemos me gustaría tener una conversación contigo —su voz suena tan fría... Me viene a la mente el implacable y serio Alan cuando está trabajando, ¿pero ahora? ¡Es un padre hablando con su hijo! ¡Cómo puede tener ese tono tan distante!

—Bien, vamos enseguida —contesta Alan respondiendo con igual frialdad. Me mira con tiernos ojos y nos dirigimos a la carpa.

Estamos sentados a la mesa junto a Jan y Sara, preciosa, enfundada en su vestido de terciopelo rojo. Agradezco profundamente esta situación, unas caras amigas cerca. Suspiro cuando me siento a la mesa. Alan me mira y coloca su mano sobre mi muslo en un ademán de tranquilizarme. Por un momento me olvido de todo y lo siento. Cubro su mano con la mía y dejo que lea en mis labios “gracias”. Me lanza un tímido beso y mi mente empieza a volar, deseando que esos labios estuvieran sobre mi piel ahora mismo.



Los camareros empiezan a servir la cena. Tengo que decir que todo estaba exquisito aunque mi estómago no estuviera muy dispuesto a recibir muy bien la comida. Pero gracias a la compañía de Jan y Sara, la velada fue más distendida de lo que esperaba.

El director de ceremonias anunció que en breves momentos asistiríamos al desenlace del reñido concurso y se otorgaría la concesión del preciado proyecto a la empresa más cualificada para ello. Se trata, nada más ni nada menos, que de la construcción de un prestigioso hotel en la ciudad más importante de China. Al parecer un proyecto que abrirá las puertas al mejor futuro, a la empresa que lo consiga.

—¡Señores! Si lo desean seguimos la ceremonia en la carpa contigua. Disfrutemos de un poco de música para esperar el veredicto.

Nos levantamos de la mesa para dirigirnos a la carpa. De camino sale a nuestro encuentro el Sr. Gass.

—Alan ¿te importa acompañarme al despacho?

Alan deposita un beso en mi sien y se despide con un “vuelvo enseguida, pórtate bien” en mi oído.

Llego a la carpa acompañada de Jan y Sara. Jan se percata de mi nerviosismo y vuelve a aparecer mi hermano mayor.

—No te preocupes Rebeca, todo saldrá bien.

—Ohhh. Jan estoy hecha un flan. Necesito ir al baño. ¿Me acompañas Sara? —Jan nos indica donde se encuentra el baño y nos dirigimos a él, las dos cogidas del brazo. Realmente es una chica

encantadora. Jan se lo merece, es un chico estupendo.

Al pasar por delante de una puerta cerrada contigua al baño, no podemos evitar escuchar una voces.

—¡Pero en qué demonios estás pensando! ¡Qué es lo que quiere de ti!

Es la voz del padre de Alan. Ohhh. No sé qué está pasando. Sara parece adivinarlo y tira de mí hacia el baño. Me quiero morir. Qué está pasando.

—Rebeca no te preocupes. Jan me ha hablado mucho de vosotros. Tranquila. Alan sabrá solucionar sea lo que sea que esté pasando ahí dentro.

Me miro al impresionante espejo que se extiende delante de mí. Refleja un rostro desencajado. Una mirada perdida. De pronto la puerta del baño se abre para dar paso a la Sra. Gass. Con un gesto seco y directo ordena a Sara que salga del baño y ahí está delante de mí. Su mirada.... conozco esos ojos, pero en ella son... fríos.... fríos como el hielo.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Qué quieres de mi hijo? ¿Dinero? ¡Pues que te quede clara una cosa! No vas a conseguir nada. ¡Nos ocuparemos de ello! —y se marcha dando un portazo tras de sí.

Al momento aparece Sara. A la vista de mi rostro, me rodea con sus brazos, supongo que habrá escuchado esa voz hiriente y chillona de la Sra. Gass. Me meto en el baño, me invaden unas profundas arcadas y no puedo retener una lágrima de rabia deslizándose por mi mejilla.

Salimos del baño una vez he conseguido recuperarme un poco del shock pero vuelvo a caer por un precipio de horror, al pasar por delante del despacho del Sr. Gass y escuchar que siguen las voces dentro. Nos paramos delante de la puerta, absortas por los gritos. Ahora se escucha la voz de Alan.

—¡No vais a conseguir nada! ¡Ni tus amenazas! ¡Ni tus enrevesadas tácticas! ¡Como tu llamada a Jan durante mis vacaciones en la isla con Rebeca! Ella está conmigo papá. Ella me ha dado más amor en estos diez meses que vosotros en toda vuestra ¡jodida vida! ¡Y seguirá estando conmigo! ¡Conmigo hasta que ella quiera! ¡No cuando tú lo decidas!

—¡Alan! ¡Te doy diez minutos para reconsiderar mi ofrecimiento! ¡De lo contrario te arrepentirás toda tu vida!

—¡A la mierda papá! ¡A la mierda tú y tus jodidos negocios!

Sara está tirando de mi brazo en dirección al jardín.

—Vamos Rebeca cariño, no debemos estar aquí. Vamos a por una copa.

No quiero una copa. Quiero huir de esa casa. Quiero empezar a correr y no parar hasta llegar a.... No sé hasta dónde. ¡Qué está pasando por Dios! Voy a enloquecer.

Llegamos junto a Jan.

—¿Qué ocurre? Parece que hayáis visto un fantasma.

—Más o menos —responde Sara mientras me acerca una copa de vino.

A lo lejos veo acercarse a Alan hacia nosotros. Cuando está frente a mí sus ojos le delatan, están llenos de ira y rabia, pero su sonrisa... sigue seduciéndome incluso ahora en estos momentos tan tensos.

—¿Alan qué ocurre? —le pregunto casi sin voz.

—Mi amor, nada que no tenga solución. No quiero que te preocupes por nada, pase lo que pase. Y no quiero que te separes de mí en toda la noche a partir de ahora.

—¿Pero qué te ha dicho tu padre? Pareces furioso.

—Sandeces, eso es lo que me ha dicho —y planta un dulce beso en mis labios.

Parte de mis preocupaciones se disipan, pero no puedo apartar de mi mente la visita inesperada de su madre ni las voces de su padre. Por supuesto no le comento nada de mi encuentro con su “amada” madre.

El maestro de ceremonias pide atención y anuncia que se va a dar a conocer en breves momentos el resultado final del tan ambicioso proyecto que se va a realizar en China. Se trata de un espectacular hotel de lujo, el mayor del mundo y por el cual han luchado por estar entre los elegidos, las mejores y más grandes empresas del mundo.

Frente a nosotros, en un gran escenario, se alinean los miembros del jurado capitaneados por el frío Sr. Gass. De pronto sus ojos se clavan en los de su hijo con mirada inquisidora e inmediatamente él me sorprende y cubre mis labios con los suyos en un ligero pero intenso beso.

—Buenas noches damas y caballeros —me sobresalta de nuevo esa voz grave y fría—. Es un gran honor para mí el estar esta noche

compartiendo con ustedes esta magnífica velada y un gran placer comunicar a continuación la empresa elegida para llevar a cabo semejante maravilla. Ha sido —continúa diciendo el Sr. Gass— una decisión complicada. Es mucho el nivel de las empresas que han entrado a concurso. Tengo que decir que la opinión del jurado incluida la mía era unánime —Alan en ese momento me estrecha con fuerza a su lado— aunque en los últimos minutos unos acontecimientos inesperados han cambiado el rumbo del veredicto. Me complace anunciarles que el fallo de las votaciones recae sobre... ¡Mc GRAHAM ENTERPRISES! ¡Mi más sincera enhorabuena! —veo miradas estupefactas que se cruzan entre el jurado. Algo está ocurriendo y ahora sé lo que es. Alan me coge entre sus brazos y besa mi frente, lo miro asustada y él me corresponde con su más tierna mirada.

—¡Alan no! ¡Por qué!

—Te quiero —dice acariciando mis labios con sus dedos.

—¡Celebrémoslo con buena música y champagne! —grita el maestro de ceremonias—. ¡Felicidades Mc Graham Enterprises!

Alan me arrastra hacia el centro de la carpa, me rodea con sus brazos y empezamos a balancearnos al son de la música.

—¿Alan qué ha ocurrido en ese despacho? —siento que mis ojos empiezan a ser inundados por las lágrimas.

—¡No mi amor! ¡Te lo ruego! No llores. Tranquila. No ha pasado nada que yo no quisiera que pasase. Confía en mí. Tengo entre mis brazos todo lo que deseo. Disfrutemos de este baile y luego nos vamos —me besa y nos dejamos llevar por el baile uno junto al otro.

Al terminar la canción Alan le hace una señal con la cabeza a Jan. Nos dirigimos los cuatro a la salida. Jan le conoce tanto o más que yo, por eso no hace falta mediar palabra entre ellos para saber qué es lo que piensan en todo momento.

—¿No nos despedimos de tus padres Alan? —pregunto sabiendo ya la respuesta.

—No mi amor, créeme no hace falta.

Nos dirigimos los cuatro a casa de Alan. Supongo que ellos tendrán que discutir algún aspecto relacionado con lo que ha ocurrido esta noche. En efecto cuando llegamos nos acomodamos Sara y yo en el salón mientras nuestros dos hombres se encierran en el estudio. Sara me abraza y sigue consolándome igual que lo hizo hace unas horas en el baño de la casa de los Sres. Gass.

—No te preocupes Rebeca, todo se arreglará.

—Sara pero no te das cuenta. Es por mi culpa. Por mi culpa no han conseguido todo por lo que han estado luchando durante meses — mis palabras se quiebran y no puedo remediar el estallar en sollozos.

—Rebeca... Jan me ha hablado mucho de Alan... y sé que es un hombre que sabe muy bien lo que quiere. Ha tomado su decisión. Y eres tú.

La puerta del estudio se abre, intento disimular mis lágrimas en vano. Jan se despide cariñosamente de mí con un abrazo. Sara besa efusivamente mis mejillas y desaparecen por el amplio recibidor en dirección a la puerta de entrada.

Me desplomo sobre el sofá y Alan se sienta a mi lado. Posa sus

manos sobre mis mejillas secando mis lágrimas y me besa en los labios.

—No quiero que estés triste. Estoy aquí contigo y soy feliz. No deseo nada más.

—¡No Alan no! ¡Esto no está bien! —me levanto repentinamente, dejándolo a él sentado en el sofá, mirándome con semblante sorprendido e inquieto por mi repentina reacción—. Tú deberías estar ahora brindando por tu elección y emborrachándote ¡para celebrar tu éxito! No aquí intentando consolar a una patética y madura mujer que no puede estar a tu altura y ¡nunca será aceptada por tu círculo familiar ni profesional! —mis piernas no responden, y caigo sobre el sofá, en el lado opuesto donde antes me encontraba y rompo a llorar desconsoladamente, lloros fruto de la rabia y de la impotencia ante la actual situación.

Como por la fuerza de un gigantesco imán, de un salto Alan se planta frente a mí, de rodillas en el suelo, mi cara entre sus manos y su rostro frente al mío.

—¡Te lo he dicho antes y te lo repito ahora! Tú eres lo más importante para mí. ¡Te quiero a ti y quiero que tú estés conmigo! Jan me ha hablado de tu encuentro con mi madre. ¿No pensabas decírmelo verdad? —ohhh... Sara se lo ha contado a Jan—. Rebeca me da igual lo que piense mi madre, me da igual lo que me diga mi padre, no me importan sus decisiones. Soy dueño de mi vida y de mis elecciones ¡y te elijo a ti! No seré la más importante empresa del mundo. Es verdad. ¡Pero me va muy bien hasta ahora! ¡Y tengo lo que quiero! ¡Tengo a la mejor mujer del mundo junto a mi!

—¡Alan te quiero! ¡Te quiero mucho! ¡Como nunca he querido a nadie! Pero.... —mi voz vuelve a quebrarse— ...pero esto es una señal. Nuestros mundos son diferentes y no voy a hacer más que perjudicarte.

—¡NOOOOOOOOOO! —un rugido surge de su garganta.

Siento miedo. No por su voz si no por mis pensamientos, siento que tengo que alejarme, tengo que dejarle vivir su vida próspera y su futuro prometedor, que voy a entorpecer si me quedo a su lado. Supongo que, como siempre, adivina mis pensamientos, y atisba en su mirada un hilo de miedo y desesperación.

—No Rebeca, por favor, ¡no quiero que pienses eso! No por favor, no me dejes, ¡por favor! —rompe en sollozos como un niño pequeño, aunque ahora ya no es mi Don Baby, ahora es mi Don Perfecto roto en mil pedazos.

Después de una larga media hora abrazados el uno al otro entre sollozos, necesito una necesidad imperiosa, de despojarme de mi fantástico vestido y regalarme una ducha, como si el agua pudiera eliminar de mi piel todo el odio y resentimiento que me he llevado de esa casa.

Cuando salgo del baño ahí está él sentado a los pies de la cama. Su cinturón desabrochado, al igual que su camisa, su corbata colgando de su cuello, su mirada... su mirada profunda... perdida... Me envuelvo fuertemente con la toalla y llego hasta su lado, sentándome junto a él.

Me acurruco en su pecho. El me abraza dejándose caer sobre la cama emitiendo un profundo suspiro. Realmente está derrotado. Han



sido muchas las emociones vividas esta noche y nuestra conversación de antes... ha sido realmente dolorosa.

Mi rostro reposa cálidamente sobre su pecho y mis manos se deslizan suavemente por su abdomen. Vuelven a mí los ardientes latigazos en mi espalda mientras mis labios recorren todo su torso, caliente... fuerte... las lágrimas inundan mis ojos al sentir los latidos de su corazón. Mi mano va en busca del botón de su pantalón, después bajo su cremallera, cuando sus caderas se levantan, tiro de ellos hacia abajo para dejarlo sólo con sus provocativos boxers. Me siento sobre sus muslos, agarro su camisa haciendo que se siente frente a mí. Arranco la camisa de sus brazos y nos fundimos en un beso sediento, brutal y doloroso. Nuestras lenguas se funden en una sola y nuestras manos recorren nuestros cuerpos sedientos.

Alan me arranca la toalla lanzándola lejos contra el suelo, en décimas de segundo lo tengo sobre mí, nuestras bocas todavía unidas, todo él entre mis piernas, sus manos sobre mis pechos, siento que su robusto cuerpo me aplasta pero sólo puedo emitir gemidos de placer al sentir su enorme erección en mi vagina. Mis manos se deshacen de sus boxers en un arrebató delirante de pasión y sin apenas darme tiempo a reaccionar lo tengo dentro de mí, embistiendo con una fuerza fuera de lo normal, como si fueran nuestros últimos minutos de vida, mis ingles estallan de dolor, no puedo abrirme más a él, lo necesito dentro, necesito sentirlo más que nunca, sentirlo mío para siempre.

Mi garganta no puede reprimir los gritos. Gritos mezcla de placer, de dolor, de tristeza. Él me acompaña con sus gemidos guturales, profundos, cada embestida la acompaña con un sonido sollozante,

siento mi rostro húmedo, las lágrimas están haciendo acto de presencia de nuevo. Nos miramos a los ojos... y sus ojos... negros... profundos... también están llenos de lágrimas... Noooo.... Alannn.... no mi amor.... Me estrecha fuerte entre sus brazos, mientras nos dejamos llevar por la pasión y nos corremos juntos entre gritos y sollozos de placer y dolor.

\*\*\*\*

No he podido pegar ojo en toda la noche. Luchando conmigo misma para encontrar una solución a nuestra vida. He fingido dormir, mientras sentía su cuerpo tenso y nervioso a mi lado. Tampoco él ha dormido mucho esta noche.

Cuando entran los primeros rayos de luz de la mañana por la ventana, me levanto sigilosamente al baño. Parece que finalmente ha conseguido dormir un poco. Estoy en la ducha, cuando me invaden las imágenes de la tarde anterior, amándonos los dos aquí, donde yo estaba ahora, mis lágrimas vuelven a correr por mi cara.

Bajo a la cocina para prepararme un café. Son las siete de la mañana. Jan no tardará en llegar. Tendré que vestirme rápido. Estoy apoyada contra el mármol de la cocina sosteniendo la taza de reconfortante café en mis manos cuando unos fuertes y calientes brazos rodean mi cuerpo y unos labios carnosos y suaves besan mi cuello. Pongo mi taza sobre el mármol, giro sobre mis talones y me refugio en sus brazos, sollozando de nuevo.

—Rebeca mi amor, no.... —suplica.

—Alan, no puedo... no puedo hacerte esto.... —sus ojos se abren, su boca se vuelve una fina línea blanca.

—Rebeca tú eres mi vida, no necesito nada más.

—No Alan, eso es lo que te parece ahora. Pero... dentro de un tiempo... te arrepentirás... lo sé. No puedo permitir que tires por la borda el trabajo de muchos años, el sufrimiento y la privación de amor que has tenido siempre... sólo por mí... sólo por un calentón... no puedo...

—¡UN CALENTOOOOONNNN! ¡Realmente es eso lo que piensassss! —su voz retumba nuevamente en mis oídos. Me invaden de nuevo las lágrimas, mi corazón está desbocado y mis manos tiemblan incontroladamente—. ¡TE QUIERO REBECAAAAA! ¡METETELO EN TU CABEZOTA! —grita golpeándome suavemente la frente.

No lo resisto más. No puedo estar ahí en contacto con su cuerpo. No cuando tengo que tomar una decisión. La más importante después de mi divorcio.

—Tengo que ir a vestirme Alan. Jan está a punto de llegar.

Lo dejo ahí en la cocina. Se me rompe el corazón en mil pedazos. No puedo apartar de mi mente sus ojos mientras me gritaba su dolor. Esos ojos perdidos... suplicantes...

Ya estoy vestida y mis cosas recogidas en la minúscula bolsa de deporte que traje el día anterior. Se abre la puerta de la habitación y ahí está él. Su aspecto me recuerda a la imagen grabada en mi cerebro, el primer día que lo vi sentado en el sofá del salón después de su despertar. Su rostro demacrado y pálido, sus ojos perdidos... aparenta derrota, sus brazos caen lánguidos a lo largo de sus costados...

—Rebeca por favor.... no te vayas... —solloza con mirada increíblemente triste.

—No Alan. No podría perdonarme nunca interferir en tu futuro. Tienes un gran corazón. Tienes un futuro brillante y estoy convencida que encontrarás a la persona adecuada que pueda acompañarte en tus éxitos. Te quiero. Nunca lo olvides. Siempre te querré. Pero nuestros caminos deben separarse aquí. Te suplico que sigas tu camino.... y que no me busques, te lo pido por favor....

Le abrazo con todas mis fuerzas, siento su cuerpo empequeñecer entre mis brazos, le beso dolorosamente en la mejilla y corro escaleras abajo.

En el salón está Jan, estupefacto ante mi bajada por las escaleras y mis sollozos, le abrazo al llegar junto a él.

—Por favor cuida de él. Y ayúdale a conseguir sus sueños. Yo no interferiré más en ellos.

—Rebeca ¿estás segura de lo que estás haciendo?

—Cuida de él por lo que más quieras.

Y me marcho corriendo. Necesito salir de esa casa, necesito dejar de sentir su calor... su olor... su amor....

\*\*\*\*

Tengo que hacer esfuerzos sobre humanos para sobreponerme por la tarde cuando tengo que reencontrarme con mis hijos.

—¿Mamá estas bien? Pareces cansada —pregunta mi hija.

—Si cariño, estoy bien. No estoy acostumbrada a trasnochar — intento parecer desenfadada.

Ese fué uno de mis peores fines de semana después del primero que pasé sin mis hijos tras mi divorcio. No puedo sacarme de la cabeza a Alan, su rostro desencajado cuando me estaba despidiendo de él, su mirada perdida mientras le dejaba...

No recuerdo cuando fue la última vez que comí algo, creo que fué el café que tome en su cocina, instantes antes de que me rodeara con sus fornidos brazos.

Estoy sentada frente a ella, su maravilla arquitectónica. La terminé el día antes de la maldita cena de gala. No quise decirle... que, tras su accidente, renuncié al pedido del Sr. Vetel y me dediqué de lleno a construirla para él. Su pequeña maravilla arquitectónica. Quería que fuera una bonita sorpresa para él. Algo tan bonito no podía estar en otras manos que no fueran las suyas. Y ahora está aquí, frente a mí, preguntándome qué será de ella, ahora que él ya no está conmigo. Vuelvo a sentir mis ojos húmedos y no puedo reprimir las lágrimas brotando de ellos, otra vez.

Por la noche me pongo en contacto con Jan. Ahora sé que ya no estará con él. Necesito saber cómo está.

JAN PEARCE

Última vez hoy a las 21:56

*Hola Jan, ¿qué tal?*

*¿Como está él?*

En línea

Escribiendo

*Hola Rebeca, ¿como estás?*

*Bueno Alan está mal*

*He estado este fin de semana con él y la verdad*

*lo está pasando muy mal*

*Esta mañana estaba irreconocible*

*Él de por sí en el trabajo es frío y calculador*

*pero esta mañana*

*rozaba la violencia y la tiranía de una manera extrema*

En línea

*ohh Jan entiéndeme es lo mejor para todos*

*sabes que lo quiero mucho*

*pero lo del jueves por la noche no se podía volver a repetir*

Escribiendo

*lo se lo se*

*te entiendo yo en tu lugar igual hubiera hecho lo mismo*

*él se muere por llamarte*

*pero me dijo que le pediste que te dejara en paz que no te siguiera*

*y sabes que tus deseos son ordenes para el*

En línea

*Es cierto, se lo pedí. Y cuántas veces me he arrepentido de ello.*

*Jan tengo la maqueta terminada.*

*Puedes recogerla para llevársela ¿por favor?*

Escribiendo

*Rebeca no sé dadas las circunstancias si será muy buena idea.*

En línea

*Si, Jan es lo único que yo le puedo dar. Es lo único que le puede quedar de mí*

*y así quiero que se lo transmitas. Es su obra y debe estar con él.*

Escribiendo

*Está bien como quieras*

*cuando salga a comer me paso por tu casa a recogerla.*

*Hasta mañana Rebeca*

En línea

*Hasta mañana Jan*

*Gracias*

Al día siguiente me paso media mañana intentando redactar una nota para acompañar con la maqueta, pero mi inspiración ha vuelto a dejarme, igual que bastantes meses atrás.

Finalmente lo consigo, no puedo decirle todo lo que realmente siento

para no hacerle más daño todavía, pero intento acercarme lo máximo a la realidad.

SIEMPRE LE AGRADECERE A ESTA CASITA QUE SE CRUZARA EN MI CAMINO AQUEL 16 DE NOVIEMBRE. ESTO ME PERMITIO CONOCER A LA PERSONA MAS MARAVILLOSA DEL MUNDO, CON UN CORAZON INMENSO Y CON MUCHO AMOR PARA DAR. ESTOY SEGURA QUE IGUALMENTE DENTRO DE NO MUCHO TIEMPO, A TÍ TE PASARÁ LO MISMO, SE CRUZARA EN TU CAMINO OTRA PERSONA MARAVILLOSA QUE TE QUERRA MUCHO Y CON LA QUE TU VOLVERAS A SENTIRTE BIEN Y VOLVERAS A AMAR. GRACIAS POR SER COMO ERES ALAN Y GRACIAS POR QUERERME COMO LO HAS HECHO. SIENTO TODO EL DAÑO QUE TE HAYA PODIDO CAUSAR PERO TARDE O TEMPRANO ME LO AGRADECERAS, ESPERO. NO ME GUARDES RENCOR POR FAVOR. SIEMPRE TE LLEVARE EN MI CORAZON. TE AMO.

REBECA.

Introduzco la nota en un sobre, abro la puertecita de entrada a la casa, coloco la nota dentro y cierro la puerta. Al mismo tiempo, noto como si también cerrara mi corazón. Sí, lo cierro, pero siento que dentro queda atrapado todo su amor, conmigo para siempre, y sé que su recuerdo persistirá siempre, dentro de él, doloroso y dulce... No creo que pueda volver a querer con la misma intensidad y con el mismo deseo con que lo he hecho estos últimos meses. Nunca más. Con nadie más.

*Sonríe. Alan, por favor. Sonríe. Nunca dejes de sonreír mi amor.*



FIN